

PAUL H. KOCH

LA HISTORIA OCULTA
DEL MUNDO

*De la prehistoria al terrorismo
internacional*

bronze



Nacido en Hamburgo en 1953, **Paul H. Koch** es doctor en Humanidades, Historia y Ciencias Sociales. Especialista en dinámica de grupos y organización de sociedades, así como consultor de diversas instituciones a nivel mundial, sus minuciosos estudios e investigaciones sobre los grupos de poder en el mundo le han permitido granjearse un moderado prestigio como analista de diversos tipos de crisis. Su libro anterior, *Illuminati*, desveló el funcionamiento de esta sociedad secreta y sus sucesoras en el complejo tablero de las jerarquías mundiales. Viajero incansable, para concluir con éxito la redacción de esta nueva obra se trasladó a Tarragona, donde reside en la actualidad.

Ilustración de la cubierta: Detalle del Retrato de Inocencio x de Diego de Velázquez (Akg-images/Album). Tratamiento digital de Alejandro Colucci.

PAUL H.
KOCH
**LA HISTORIA
OCULTA
DEL MUNDO**

DE LA PREHISTORIA
AL TERRORISMO INTERNACIONAL

bronze



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos
reservados

© Paul Heinrich Koch, 2007

© Editorial Planeta, S. A., 2007

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

ISBN 13: 978-84-8453-172-2

ISBN 10: 84-8453-172-4

Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 No. 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-1896-4

ISBN 10: 958-42-1896-4

Primera reimpresión (Colombia): mayo, 2008

Impresión y encuadernación: Printer Colombiana S. A.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Índice

Prólogo a la edición española 9

1. SUSPENDA SU CREDIBILIDAD 19
Las travesuras de la Historia 24
Las travesuras de los medios de comunicación 35
Las travesuras de la ciencia 48
La clave está en la conciencia 63
2. EL PRIMER HOMBRE, LA PRIMERA MENTIRA 71
El oscuro origen africano 74
Los dioses y el cromosoma misterioso 84
3. NO ESCARBÉIS DEMASIADO PROFUNDO 93
El incoherente caso del arte prehistórico 95
De Oriente, la luz. De Occidente... el origen 103
La clave prehistórica 111
4. EL MITO DE LOS MITOS 123
La huella de una sombra 124
La ubicación exacta 130
5. CUNA DE ESFINGES 141
El Padre del Terror 142

Los creadores de piedra	150
La clave egipcia	159
6. LOS ELEGIDOS	163
Al este del Edén	165
Soles que se mueven a voluntad	173
El éxodo según Moisés	180
7. JESÚS, EL CRISTO	187
Jesukrishna	188
En busca de Jesús	191
La prueba definitiva	201
Herejías completas de ayer y de hoy	208
La clave Jesucristo	213
8. EL ARMA MÁS PODEROSA DEL MUNDO	217
Las aventuras de Rufus	223
Hacia la conquista del mundo	231
Buscando alternativas	241
9. A CARA DESCUBIERTA	249
Una nueva civilización	251
<i>Wunderwaffen</i>	259
La herencia	266
10. HABÍA UNA VEZ...	271
<i>There's no business like show business...</i>	274
Cómo convertirse en propagandista de guerra en diez lecciones	287
<i>Epílogo</i>	301
Cuidado: alguien le está mirando	302
Bienvenido a Vigilancialandia	307
Sin miedo	312

Si un hombre pudiese comprender el horror que encierran las vidas de las personas ordinarias que dan vueltas en un círculo de intereses y metas insignificantes, si pudiese comprender lo que se están perdiendo, se daría cuenta de que sólo puede haber una cosa seria para él: escapar de la ley general, ser libre. ¿Qué puede haber más serio para un hombre encarcelado que está condenado a muerte? Sólo una cosa: cómo salvarse, cómo escapar, ninguna otra cosa importa.

G. I. GURDJIEFF, místico eslavo

Si desea esconder algo a la gente, incúlquele una manera de pensar y ver la vida que sea lo más distinta posible de lo que ocurre realmente. De esta forma, si la verdad llega a ser revelada, parecerá tan ridícula y fantástica que la mayoría no la aceptará. Si hace suficientemente bien el trabajo, todos terminarán transformando la verdad en algo irrisorio, diciendo que es una locura y ridiculizando a quien intenta promoverla.

DAVID ICKE, escritor británico

Incluso el pasado puede modificarse: los historiadores no paran de demostrarlo.

JEAN-PAUL SARTRE, filósofo francés

Prólogo a la edición española

En el nutrido panteón de los antiguos dioses griegos no encontraremos una encarnación del Mal Absoluto. Ni siquiera Hades, el Rey de los Infiernos, poseía una imagen propiamente satánica, aunque sus poderes y su ámbito de influencia pudieran calificarse de sombríos. Las divinidades lucían todo tipo de defectos y pecados, pero casi todos se entendían como una aplicación abusiva o malintencionada del excesivo poder del que disponían y, además, solían compensarlo con diversas virtudes. Sin embargo, nuestra imagen arquetípica del Diablo como ser individual fue robada a uno de aquellos dioses o, más bien, a un semidiós que vivía en la Arcadia: Pan. Su descripción nos resultará muy familiar, ya que se trata de un fauno peludo y sonriente, dotado de una masculinidad sobredimensionada y de patas de cabra rematadas en pezuñas hundidas, con cuernos en la frente. Sus actividades favoritas consistían en tocar música —la flauta de Pan, precisamente—, beber vino y perseguir mujeres para retozar con ellas. Con unas debilidades tan «naturales» se convirtió en seguida en uno de los seres mitológicos más populares entre los griegos... Pero esas mismas debilidades lo convirtieron en la imagen de Satanás que estaban buscando los Padres de la Iglesia cuando aplastaban el paganismo en Europa

a sangre y fuego para imponer su severa versión del mensaje cristiano. Donde ellos predicaban el más austero de los ascetismos, Pan suponía el mejor ejemplo de hedonismo; donde deseaban instituir el celibato más estricto, él gozaba de una actividad sexual desbordante; donde exigían renunciamiento al mundo, aquel semidiós griego promocionaba la felicidad de una vida con los instintos satisfechos. Tras el Concilio de Nicea en el 325 d. J.C., los cimientos del cristianismo tal y como hoy lo conocemos habían fraguado y la lucha contra los competidores en el supermercado espiritual exigía la demonización de Pan y de todas aquellas antiguas divinidades que se prestaran a consolidar la iconografía del Cielo y el Infierno según los cánones de Roma, aunque sus características iniciales fueran contrarias al papel que se les confería. Así sucedió también en el caso del semita Baal y su parentela divina, desde Baal Zebub hasta Bel Phagor. En resumen: la visión del Diablo que durante siglos ha atormentado a generaciones de creyentes jamás existió como tal más que en la mente de un puñado de altos jefes eclesiásticos que se encargaron de proyectarla al resto del mundo para reforzar la posición de su doctrina.

Este simple ejemplo nos demuestra que cuando pensamos en el mundo que nos rodea y en lo que creemos saber acerca de él no nos paramos a reflexionar que la mayor parte de nuestras ideas y creencias no son fruto de nuestra experiencia directa sino que han sido implantadas en nuestra mente desde el exterior y, en consecuencia, no tienen por qué ser fiables ni verídicas. Y no se trata sólo de las creencias. Los sentimientos que nos estremecen, las motivaciones que nos impulsan, nuestra entera concepción de la vida y no digamos ya nuestros conocimientos de cultura general, no nos pertenecen en absoluto. Han sido literalmente inyectados en nuestro cerebro por la sociedad que nos rodea: nuestros padres, profesores, amigos, enemigos, libros y películas, dirigentes políticos o sociales... Todos ellos

nos dicen que las cosas son así porque así dicen todos que lo son y siempre lo han sido. Y nosotros asentimos por comodidad, por mantener una artificial sensación de seguridad y porque, en el fondo, ¿quiénes somos para dudar donde todos los demás no lo hacen?

Sin embargo, la cuestión que se plantea es, por cierto, grave, pues ¿qué ocurre si las cosas no son en verdad como se supone que son? ¿Y si la mayor parte de lo que nos enseñaron, de lo que nos enseñan día a día, está incompleto o desenfocado con propósitos determinados pero ocultos para nosotros? No se trata de echar la culpa a nuestros educadores, ni siquiera a (la mayoría de) nuestros gobernantes, pues ellos se encuentran igual de limitados y desorientados: les contaron las mismas fábulas y los convencieron de las mismas historias de la misma forma que nosotros, ahora, hacemos con nuestros hijos.

Imaginemos que todos los seres humanos —excepto un puñado que lo guardara en secreto por sus propias razones— padeciéramos una patología concreta, tan generalizada que en la práctica resultara invisible para nosotros. Al no conocerla, no nos plantearíamos curarla. Pensemos por ejemplo en un bloqueo de nuestra capacidad de percepción que nos impidiera ver y escuchar a un pequeño número de personas cuyo color de piel fuera verde. Como nadie podría captarlas, nadie diría, ni siquiera imaginaría, que existen realmente personas verdes. No podríamos detectarlas ni deducir su existencia, aunque influyeran directamente en nuestras vidas para bien o para mal. Y si, por algún motivo, alguien lograra superar ese bloqueo y llegara a verlas, los demás le tacharían de loco peligroso y le ingresarían en un psiquiátrico en cuanto tratara de convencerlos de su existencia.

¿Es posible que suceda algo así? ¿Que todo funcione de acuerdo con unas reglas del juego que no conocemos a pesar

del impresionante desarrollo tecnológico que nos acuna y que nos hace sentirnos como los reyes del mundo?

Por mucho que irrite a los Esforzados-Defensores-de-la-Nada-y-el-Vacío-Existencial, vivimos en un universo donde el azar es una falacia: existe un orden natural estricto, un orden compuesto de leyes racionales, fijas e inviolables so pena de castigo directo, aunque su ritmo no sea, a menudo, el mismo que el del ser humano. Algunas de esas leyes ya las conocemos, y otras no. Sabemos de la existencia de la ley de la gravedad y que si se nos ocurre arrojar algo al aire, ese algo por fuerza se desploma atraído por la gravedad terrestre. Pero cuando sucede un hecho anómalo que contradice esta ley (si, de pronto, alguien ve a un santón hindú que, ignorando la gravedad, empieza a levitar), de inmediato le colocamos el rótulo de «sobrenatural». Esto es un error porque dentro de la Naturaleza ni existe ni puede existir nada sobrenatural, es decir, más allá de la misma Naturaleza, ya que si ésta no cumpliera sus propias normas aun en una sola ocasión se desmoronaría entera sobre sí misma (al contemplar al santón, no podemos limitarnos a comentar asombrados: «Es capaz de prodigios sobrenaturales», sino que deberíamos plantearnos la cuestión desde el punto de vista científico: «¿Cómo hace para anular la gravedad?»). Un aborigen australiano sin contacto con la civilización puede pensar que un avión es un ser prodigioso dotado del poder sobrenatural de volar, pero nosotros sabemos que no es más que la aplicación de los principios de la aeronáutica combinados con el uso de una potente energía.

De acuerdo con esas leyes, la existencia tiene un sentido. El problema es que ignoramos cuál es, y en lugar de tomarnos la molestia de buscarlo, nos entregamos al primer gurú que pasa ante nosotros, abrazamos el conjunto de creencias o ideologías que más nos gustan o simplemente nos dejamos llevar por el escepticismo absoluto. Por desgracia, sólo cuando el hombre está

alcanzando el final de su existencia física empieza a darse cuenta de que es muy probable que haya desperdiciado los breves años de que disponía, pero entonces es tarde para reaccionar. De ahí la amargura de tantos ancianos.

Hay un plan. Siempre hay un plan. Y porque lo hay suceden las cosas. El ser humano no está en este mundo por casualidad y, desde luego, no es el único ser inteligente. No puede serlo. ¿Existe mayor narcisismo que creer eso, sabiendo lo que sabemos hoy acerca de nuestro minúsculo planeta perteneciente a un pequeño sistema solar ubicado en una esquina de una de las miles de galaxias conocidas? En este sentido es otro error habitual decir que estamos solos en el cosmos porque, al menos oficialmente, no somos capaces de detectar seres como nosotros. Lo mismo podrían decir los piojos que atribuyen su exterminio a una «intervención divina» o a una «catástrofe natural» en lugar de a la acción directa del dueño de la cabeza en la que viven cuando, hartos de ser parasitados, se la lava con un champú antipiojos.

Un examen atento de la Historia nos aportará algo de luz y una aproximación a cierta explicación del mundo, pues encontraremos tres tipos de personas en este planeta. El tipo 1 y el tipo 2 pertenecen a grupos reducidos y organizados, rivales entre sí y compuestos por hombres y mujeres iniciados (esto es, que han iniciado un camino concreto a partir de ciertos conocimientos al alcance de muy pocos). Unos y otros influyen en el devenir de los acontecimientos generales mediante diversas técnicas y con objetivos diferentes (en líneas generales, actúan desde la sombra y sin dejarse ver en primera línea: de la observación indirecta de su actividad nacen las primeras teorías de la conspiración) y son los verdaderos artífices de casi todos los hechos históricos de importancia en la perpetua guerra que mantienen entre sí desde tiempos inmemoriales. Llamemos «sociedades secretas luminosas» al tipo 1 y digamos que su influencia se puede calificar de

benéfica, pues actúan como dinamizadores, guías e incluso protectores de los humanos comunes, que son los que, englobados en el tipo 3, agrupan a la mayoría de la humanidad. Llamemos «sociedades secretas oscuras» al tipo 2 y resumamos su influencia como de carácter maléfico, pues su intención es la acumulación de poder personal y dominio absoluto sobre el resto de seres humanos, sin importar el dolor y la destrucción que puedan generar en el proceso.

La casi totalidad de las personas del tipo 3 se limitan a vivir su vida en la ignorancia de las actividades e incluso de la existencia de los tipos 1 y 2. Carecen de poder sobre las circunstancias que los rodean a diario y sólo pueden alegrarse o lamentarse por lo que les ocurre, el azar de la vida, pero no generarlo a su gusto. Sin embargo, si se dan las circunstancias adecuadas y es capaz de superar su miedo y su comodidad, una persona 3 puede llamar a la puerta de los grupos 1 o 2 a fin de solicitar su ingreso. Deberá recorrer un camino difícil y sobre todo comprometido: una vez que uno abandona el tipo 3 no puede regresar jamás a él, pues el que sabe algo de verdadera importancia no puede dejar de saberlo y de actuar en consecuencia hasta el mismo día de su muerte. De ahí la grandeza y a la vez la carga de la real sabiduría. Este proceso está resumido en la película más famosa de los hermanos Wachowsky, *Matrix*, en la que el misterioso iniciador Morfeo ofrece al protagonista Neo la elección entre ingerir una pastilla roja —para conocer la verdad— y otra azul —para olvidarlo todo y regresar a la vida normal—, con la advertencia de que si escoge la roja no podrá nunca volver a ser quien fue.

Esas sociedades secretas, luminosas u oscuras, ¿quiénes son exactamente? Han recibido muchos nombres a lo largo de la Historia, según el momento en el que vivieron y la profundidad del conocimiento que manejaron. Hermetistas, rosacruces, sufíes, masones, alquimistas, illuminati, místicos, templarios, bru-

jos, cabalistas... Algunas de estas organizaciones han militado siempre en el bando de la luz, formando una cadena de oro cuyos eslabones se pierden en la noche de los tiempos. Otras lo han hecho en el bando de la oscuridad, construyendo una cadena paralela de plomo igual de antigua. También ha habido organizaciones que estuvieron primero en un lado y luego en el otro. La principal diferencia entre ambos bandos es que mientras que quienes trabajan en la luz buscan la conquista de sí mismos a través del mundo, los que lo hacen en la oscuridad persiguen la conquista del mundo a través de sí mismos. En todo caso, desde que existe el hombre vienen librando una lucha titánica: es el conjunto de consecuencias de esa lucha lo que hoy llamamos Historia.

Lo siento, pero es así, no hay nada nuevo: la clásica y maniquea división entre buenos y malos que tan clara tenían nuestros antepasados (sobre todo en las sociedades inspiradas por los grupos del tipo 1) y que nuestra confusa contemporaneidad (dirigida en general por los grupos del tipo 2) se niega a reconocer, argumentando que no existen ni el Bien ni el Mal absolutos porque todos vivimos en medio de una nebulosa ambigüedad gris que ora nos lleva hacia un lado, ora hacia otro. Este razonamiento es correcto aplicado a los seres humanos del tipo 3, que recordemos que constituyen la inmensa mayoría de la masa humana y se mueven cegados en medio de esa ancha y en apariencia insuperable franja gris en la que nada es claro ni concreto. Pero en los extremos de esta franja crepuscular siguen estando, como siempre estuvieron, los dos extremos: la Luz y la Oscuridad. Paradójicamente, el enfrentamiento entre ambos no tiene solución, está de todas formas destinado al empate infinito, puesto que la vida surge del roce de los polos opuestos y nada puede haber si no existe también su contrario. Por tanto, ninguno de los dos grupos puede llegar a triunfar definitivamente, por más que en algunos momentos parezca que lo han conseguido o

que están a punto de hacerlo. Los orientales resumieron este concepto en su famoso ideograma del yin y el yang, donde incluso en la zona negra del círculo hay un punto blanco y en la zona blanca hay un punto negro.

En este libro no se ofrece una detallada enumeración de cuáles fueron y son todavía hoy esas sociedades, ni cómo funcionan, ni qué rituales tienen, ni en qué eslabón exacto de la cadena podemos encontrarlos. No serviría de nada. Es más interesante echar un vistazo a la Historia y rastrear sus efectos en el devenir de las sucesivas culturas a lo largo de los milenios. Aprender a detectarlas. Comprobar, particularmente, cómo han suprimido o alterado el conocimiento de los hechos para ocultar su presencia y su influencia real, a fin de evitar que las personas del tipo 3 puedan salir de la ignorancia en la que siguen viviendo. Por desgracia, la limitada extensión de este volumen imposibilita abarcar todos los períodos históricos e incluso ampliar con el detalle necesario aquellos incluidos. Así que he preferido incidir en los que considero más significativos: en especial, los de la Antigüedad. Respecto a las localizaciones geográficas, el lector encontrará abundancia de referencias a la península Ibérica. Todas ellas tienen su sentido tras el trabajo de investigación que he realizado en los últimos cinco años sobre el terreno y donde me he topado con no pocas sorpresas personales.

A la hora de mirar hacia atrás en el tiempo es importante recordar dos de los principales errores que suelen cometer eruditos y estudiosos —del tipo 3— al analizar la trayectoria de un personaje histórico o un momento concreto de la evolución de una cultura. Primero, dar por sentado que las cosas sucedieron como se supone que sucedieron, sin plantearse que tal vez no hubiera sido así y, por tanto, sin liberar la mente a la posibilidad de un nuevo punto de vista que pudiera ayudar a entender el conjunto. Segundo, tratar de interpretar y comprender a nuestros antepa-

sados de acuerdo con parámetros actuales (razonando: «Tal personaje debió hacer esto porque nosotros, en su lugar, habríamos actuado así») y calificar su comportamiento de bueno o malo en función de nuestros valores modernos. Lo cierto es que aunque tuvieran las mismas virtudes y defectos que nosotros, nuestros antecesores también poseían una visión diferente del mundo y, por ello, una escala de valores distinta. La ausencia de empatía con su forma de entender su tiempo degenera en análisis históricos incompletos, deformados, confusos y a menudo completamente inservibles.

Por eso mismo, tampoco podemos creer en serio que una sociedad secreta determinada, ya sea luminosa u oscura, debería actuar de tal o cual manera preconcebida, por el hecho de que si estuviera en nuestras manos, nosotros la organizaríamos así. Ignorando la información en poder de esta sociedad y los planes que maneja, casi siempre a muy largo plazo, resulta banal intentar comprenderlas e incluso rastrearlas a lo largo de los siglos.

Por último, no demos nada por sentado. Nunca. Imaginamos saber más cosas de las que de verdad sabemos. Por ejemplo, la mayoría de la gente está convencida de que las pirámides egipcias son tumbas de faraones construidas a golpe de látigo por decenas de miles de esclavos que tiraban de cuerdas atadas a bloques de piedra sobre rodillos de madera. Como veremos en el capítulo correspondiente, todo eso es mentira. Una explicación tan cómoda como falsificada, producto de la ignorancia sobre la utilidad real de estas construcciones y el modo como se levantaron, así como de la febril imaginación de los guionistas de Hollywood. Este libro se basa en un concepto básico: las cosas no suelen ser lo que parecen.

Una última advertencia: cuanto se encontrará en las próximas páginas es fruto de una larga y compleja investigación, pero nada debe ser creído ni aceptado ciegamente. Tampoco

debe ser desestimado de entrada, sin haber sido examinado y reflexionado con atención. Se trata de información en general disponible —aun en ocasiones fuera del alcance de personas no especializadas— pero muy dispersa y, por lo general, no relacionada entre sí. Ojalá el lector no se limite a tragar los datos que se expondrán en los próximos capítulos para luego opinar a favor o en contra, sino que pueda meditar sobre ellos y a continuación perseguir su propia comprobación de los hechos. Ahí es cuando encontraría la mayor utilidad a esta obra.

Y si es de los que creen que todo está bien como está, que no hace falta buscar explicaciones extrañas, que las conspiraciones son fruto de una mente paranoica y perturbada, le aconsejo que no prosiga con la lectura. Resultaría perjudicial para su estabilidad personal.

PAUL H. KOCH

Finales de octubre de 2006, Sant Pere i Sant Pau, Tarragona.

Suspenda su credibilidad

Los más en el mundo no conocen ni examinan lo que cada uno es, sino lo que parece que es [...]. Vivimos sobre el testimonio de otros.

BALTASAR GRACIÁN, erudito español

Uno de los experimentos más conocidos organizados a mediados del siglo XX por el psicólogo norteamericano Solomon Asch, eminente representante de la escuela Gestalt, consistía en pedir a un grupo de estudiantes universitarios que observara con atención dos juegos de cartas. En el primero había una línea vertical en cada naipe y en el segundo, grupos de tres líneas de distinta longitud, de las cuales sólo una era idéntica a las del grupo inicial. Se trataba de emparejar cada línea en solitario con la que tenía el mismo tamaño entre el grupo de tres. Visualmente, la discriminación no era difícil y casi todos los estudiantes relacionaron sin fallos las líneas de ambos grupos. En la segunda parte de la experiencia, los mismos sujetos debían repetir los emparejamientos, pero en lugar de hacerlo en solitario, esta vez tenían a su lado a otros estudiantes que, presuntamente, también habían hecho la prueba. En realidad, eran miembros del equipo de investigación encargados de comentar en voz alta su opinión sobre la línea que ellos escogerían. Esa opinión tenía que ser errónea, porque el objetivo era comprobar hasta qué punto podían influir en la toma de decisiones

personal del sujeto principal. Tal y como temía Asch, la presencia del público invitado tuvo un efecto espectacular en las respuestas, ya que el juicio de quienes realizaban la prueba se tambaleaba en cuanto descubrían que su opinión entraba en conflicto con la de los espectadores. En lugar de mantener su decisión, tres de cada cuatro estudiantes aceptaron la influencia de las opiniones erradas a propósito y se dejaron llevar por el grupo, incluso en casos en los que su opinión era obviamente incorrecta.

Este experimento demostró por vez primera de manera científica la existencia y el poder del llamado «conformismo social»: los individuos comunes no suelen hacer ni decir, ni siquiera sentir, lo que en lo más profundo de su intimidad creen que es correcto, sino lo que hacen, dicen y sienten los demás. Y cuantas más personas hagan, digan o sientan de una manera determinada, aunque sea falsa o incluso perjudicial, con mayor facilidad se suman a la marea general. Numerosos ensayos científicos posteriores han confirmado las observaciones de Asch. Algunos de ellos fueron elaborados hace pocos años por Dan Ariely, catedrático del MIT, el Instituto de Tecnología de Massachusetts, quien concluyó que «la información que nos facilitan otras personas puede influir en nuestra percepción hasta un nivel muy profundo», con independencia de su veracidad.

Ya antes, sin embargo, algunos investigadores habían descrito la abdicación de la voluntad personal ante el poder de la mayoría. Es el caso del psicólogo francés Gustavo Le Bon, que a finales del siglo XIX detectó y describió con escalofriante detalle el concepto de «muchedumbre psicológica», según el cual nos gusta diluir nuestra identidad en la del grupo básicamente por dos motivos: primero, porque nos permite renunciar a nuestra responsabilidad por lo que ocurra y, segundo, porque vivimos la ilusión de ser tan fuertes como el mismo grupo. El ejemplo más recurrido es el de los hinchas de un equipo de fútbol.

bol, que en solitario son personas amables e incapaces de dañar a nadie, y en un partido decisivo y de máxima tensión pueden acabar atacando, golpeando y hasta asesinando a hinchas del equipo rival, hipnotizados por su servidumbre al grupo. Tal y como decía en su *Psicología de las multitudes* el mismo Le Bon: «Cualesquiera que sean los individuos que componen la muchedumbre psicológica, y por semejantes o no que sean su género de vida, ocupaciones, carácter e inteligencia, por el solo hecho de transformarse en muchedumbre adquieren una clase de alma colectiva que los hace pensar, sentir y obrar de una manera completamente diferente a aquella como pensaría, sentiría u obraría cada uno aisladamente.» Esa alma colectiva, como es de suponer, nunca se manifiesta a la altura de la mente más elevada entre las personas que la integran, sino más bien a la de la más baja. Es como una cadena compuesta por cien eslabones, de los cuales noventa y nueve fueran gruesos y poderosos y sólo uno, mal forjado, resultara endeble: la fuerza real de esa cadena es la de su eslabón más débil porque de nada servirá la potencia de los demás si éste se rompe. En ese sentido, una muchedumbre psicológica compuesta por sabios que tuvieran que decidir sobre un problema corriente no llegarían a conclusiones o soluciones muy diferentes si estuviera compuesta en su lugar por zapateros o campesinos iletrados, según Le Bon.

Es muy probable que no haya oído hablar nunca de los trabajos de este agudo psicólogo, y es normal, ya que no resultan políticamente correctos, al poner contra las cuerdas algunos de los principios de la democracia tal y como se nos ha inculcado en el último siglo. Según sus conclusiones, lo que decide la mayoría no tiene por qué ser lo mejor, sino más bien lo contrario. De hecho, los procesos electorales que conocemos en la actualidad son el marco perfecto para la formación de muchedumbres psicológicas potentes que anulan la voluntad de los individuos que las conforman, al encaminarlos no como ciudadanos

independientes que deciden su voto, sino como meros «soldados» del «ejército político» de cada partido.

Ideas como las precedentes resultan turbadoras, pero necesarias para afrontar lo que encontrará en este libro. Muchas de sus informaciones y conclusiones le parecerán en un primer momento difíciles de aceptar, especulaciones sin pruebas o simples aberraciones de una mente ociosa, por más que estén perfectamente contrastadas. Este capítulo previo no está destinado a limar los prejuicios del lector, sino a evitar su primer e instintivo ataque de negación sistemática de la evidencia o el razonamiento.

Comience preguntándose en quién confía, qué es lo que le da cierta tranquilidad sobre su visión personal del mundo y su historia. ¿La religión? ¿La política? ¿Los medios de comunicación? ¿La ciencia? De entrada, aquí descartaremos las dos primeras. La religión, porque es una cuestión de fe personal —es decir, creencia ciega— en la que nadie, salvo uno mismo, debe opinar y, por tanto, no se le puede exigir demostración empírica alguna. Además, si algo ha caracterizado a las religiones organizadas a lo largo de los milenios ha sido la sistemática manipulación que las clases sacerdotales en general —salvo excepciones contadas— han ejercido sobre los fieles, a los que a menudo han obligado a actuar de forma vandálica y «acientífica». Por poner un ejemplo reciente, el gobierno turco anunció en junio de 2006 que «limpiaría» una piedra con quinientos años de antigüedad en la que figura un lema que duda de la misma existencia de la divinidad, algo prohibido por el islam: *Inde Deus abest* («Donde Dios no existe»). Se trata de una desesperanzada inscripción en latín que fue grabada en la entrada de los calabozos construidos por el comandante del ejército bizantino Jacques Gatineau en el castillo de Bodrum, actual Museo de Arqueología Submarina. Estas celdas fueron utilizadas por los Caballeros de San Juan para encerrar a sus prisioneros en la

Edad Media. Las órdenes concretas del gobierno de Ankara al director del museo, Yasar Yildiz, fueron «borrar o al menos ocultar» la inscripción porque «Dios está en todas partes y no es lícito ponerlo en duda». ¿Cuántas evidencias, mucho más trascendentales, habrán ocultado o destruido de manera similar las religiones a lo largo de las eras? Más de las que imaginamos.

En cuanto a la política, hace falta ser verdaderamente ingenuo para confiar en las buenas intenciones de personas cuyo oficio es tomar el poder y ejercerlo, por más que disfracen sus ambiciones con palabras poéticas y conceptos utópicos. Transparency International, fundada en Berlín en 1993, es la única ONG del mundo que se dedica en exclusiva a la lucha contra la corrupción, y cada año publica un ilustrativo *Índice de percepción de la corrupción* que evalúa casi un centenar de países según la corrupción de sus sectores públicos. En 2001, su presidente, Peter Eigen, ya advertía de la existencia de «una crisis de corrupción a nivel mundial... No se ve un punto final al abuso de poder por parte de los funcionarios públicos. Nunca antes los niveles de corruptela han sido tan altos, tanto en los países desarrollados como en los que se encuentran en vías de desarrollo». Sus estadísticas (basadas en documentos proporcionados por instituciones como el Banco Mundial, el Foro Económico Mundial o PricewaterhouseCoopers, y que recogen la opinión de numerosos empresarios, académicos y analistas de riesgo) resultan demoledoras. «Chantajos, sobornos, financiación ilícita de partidos y campañas políticas, comisiones ilegales... constituyen el grueso de escándalos de corrupción que se reflejan a diario en la prensa hasta adquirir proporciones de virus universal.» Según sus datos, los partidos políticos están considerados en la mayor parte del mundo como las instituciones más corruptas, por encima de otros sectores, como los jueces, los militares o los empresarios. Transparency International ha reiterado en numerosas ocasiones su petición a los gobiernos de todo el planeta

para que aporten los recursos necesarios al combate real contra la corrupción. A juzgar por los resultados, año tras año, no parece que los gobiernos (y los partidos que los sostienen) les hayan hecho demasiado caso.

¿En quién confiamos, entonces, para diseñar nuestro proyecto vital?

Las travesuras de la Historia

En un capítulo de la serie de dibujos animados *Los Simpson*, la ciudad de Springfield prepara los festejos de su bicentenario y Lisa Simpson descubre que el fundador de la localidad en la que vive, Jedediah Springfield, no fue el valiente y generoso colono al estilo Daniel Boone que figura en todas las leyendas locales, sino un pirata despreciable. Cuando intenta abrir los ojos a sus conciudadanos, sólo consigue ponerlos a todos en su contra, porque están entusiasmados con la fiesta del aniversario. Además, existen importantes intereses económicos y políticos para honrar a la figura histórica. Sin embargo, ella prosigue su investigación y encuentra la prueba que demostrará su tesis en el mismo esqueleto del fundador: la lengua de plata que demuestra su relación con una banda pirata. Al exhumar los restos, la lengua no aparece, pero poco después Lisa descubre que fue robada por un respetado historiador local, que ha dedicado toda su vida a la versión mítica del héroe y no está dispuesto a que la realidad desbarate su carrera. Al final, la niña recupera la pieza y corre hacia la calle mayor de Springfield, donde se desarrolla el gran desfile del bicentenario, para anunciar por megafonía que ella tenía razón y mostrar la prueba a sus vecinos.

Como es costumbre en la serie, todo el capítulo está saturado de hilarantes sarcasmos que hacen pasar un buen rato al es-

pectador por su crítica del *American Way*, pero el final resulta devastador. Cuando toma el micrófono para contar lo ocurrido, Lisa mira a su familia, sus amigos, sus vecinos..., todos ellos disfrutando de la fiesta y encantados de tener un motivo de alegría y unión con el que gozar juntos: el recuerdo del héroe mítico gracias al cual se fundó su hogar, la ciudad en la que transcurren sus vidas. Lisa se quiebra y, en lugar de revelar la verdad, se limita a decir que tras muchas investigaciones ha llegado a la conclusión de que el fundador de Springfield fue alguien «genial». Todos la aplauden y ella se suma a la fiesta junto con el historiador. En el último diálogo reconoce que prefiere cerrar los ojos a cambio de sentirse parte de su feliz e ignorante comunidad. Fin del capítulo.

¿Qué hubiera hecho usted si hubiera sido Lisa Simpson? La respuesta inmediata es: «Yo sí me habría atrevido a abrir los ojos de mi comunidad.» ¿De veras lo habría hecho? Es muy difícil asumir la responsabilidad de encender la luz en una habitación oscura cuando lo que está en juego es la relación de uno mismo con el entorno habitual, a no ser que se esté dispuesto a renunciar a una vida, digamos, normal. Eso sin contar con las fuerzas de la ley y el orden, siempre dispuestas a imponer el mandato de aquellos que, detrás del telón, deciden qué ley y qué orden imponer en cada momento. La propia Lisa llega a estar en la mirilla de un francotirador policial por si llegaba a revelar algo que no debería decir...

A pesar de su importancia, de su complejidad y de su apasionante belleza intrínseca, la Historia es una de las ciencias menos valoradas del mundo moderno. Para la mayoría de las personas se trata de una aburrida sucesión de listas en las que sólo cambia su contenido: reyes, batallas, imperios y otros datos que en general no nos interesan lo más mínimo porque «ocurrieron hace mucho tiempo» y no suelen resultar útiles para ganarse la vida. Por desgracia, muchos historiadores com-

parten esa roma visión de su propia especialidad y son incapaces de ir más allá de los dogmas que petrificaron su idea de lo que se cree que ocurrió en el pasado, aunque aparezcan nuevas pruebas que pidan a gritos otro ángulo de observación. Así, ayudan a imponer un pasado reconstruido de acuerdo con ciertos intereses.

Otra vía útil para la recreación textual de nuestros antepasados es la publicación de novelas históricas en las que se deforman los hechos de manera sistemática con la excusa de dotar a los personajes de un mayor dinamismo narrativo. El efecto adquiere mayor fuerza en las películas basadas en esas novelas, que suelen retorcer aún más el suceso, alejándolo de la realidad y conduciéndolo al terreno de lo mítico. El público, en general ignorante, traga esa interpretación y se convence de que así sucedió de verdad; más tarde utilizará las fabulaciones de los autores para defender, como si fuera un experto, esa visión del hecho histórico y será difícil que acepte una versión distinta, aunque sea verídica. Ejemplo de esto es una de las películas más famosas del mundo: *La lista de Schindler*, que Steven Spielberg rodó en 1994 y que le reportó siete Oscar, además de consagrarle definitivamente en Hollywood. Este largometraje está basado en el libro de Thomas Kenneally, en el que se especifica claramente que se trata de una novela «cuyos nombres, personas, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o han sido utilizados ficticiamente». Y así es, porque utiliza hechos reales para recrearlos como mejor le parece. El problema es que Spielberg hizo lo mismo al traducir el libro a imágenes y se olvidó de la advertencia. Es más, incluyó un epílogo documental para dar verosimilitud a una cinta llena de tergiversaciones que, sin embargo, suele considerarse fiel reflejo de un momento histórico.

Las líneas generales sobre las que transcurre son verídicas: la dominación nazi de Polonia y sus efectos en la población civil,

y en especial aquellas personas que, internadas en los campos de concentración, sirvieron como mano de obra esclava en las fábricas del Tercer Reich. Sobre este marco se relata la historia de Oskar Schindler, un empresario avisado y vividor cuyos contactos con el régimen le permitieron hacer fortuna y vivir muy bien a su sombra. Se cuenta que gracias a su bondad y su conciencia, en torno a un millar de judíos se salvaron de morir en el complejo de campos de Auschwitz-Birkenau porque los incluyó en una lista de trabajadores especializados insustituibles que trabajaban en su fábrica. En la práctica, estos judíos —una lista inicial de unas ochocientas personas, engrosada después hasta superar las mil doscientas— le habían sido asignados como esclavos, aunque él los tratara con humanidad y, finalmente, consiguiera liberarlos en los últimos días de la guerra mundial.

Éste es el mito. En la realidad, la fábrica de Schindler no fabricaba inocentes ollas de aluminio como aparece en la película, sino material bélico para el ejército alemán. Además, él no era el dueño de la empresa, sino un simple testaferro de la colectividad judía, que le encargó la administración por sus buenas relaciones personales con altos cargos nazis. En el largometraje se relata cómo su coordinador de personal añade nombres a una lista de trabajadores judíos (en la novela no acceden gratuitamente a ella, sino que compran su ingreso con diamantes) a fin de garantizarles un mejor trato y la literal supervivencia en el KZ Plaszow (Campo de Concentración de Plaszow). Este campo se describe como el particular coto de caza humana del sádico comandante nazi Amon Goth (no deja de ser curioso que la traducción de este nombre sea *Dios Amón*: rival egipcio de Jehová, el dios judío), quien dispara por diversión a los escuálidos y torturados internos desde el balcón de su hermosa mansión ubicada en lo alto de una colina. En realidad, y de acuerdo con las fotos aéreas tomadas por los aliados, la man-

sión de Goth se encontraba detrás de una colina dentro del KZ y su balcón miraba hacia el lado opuesto a los barracones de los internados, por lo que difícilmente pudo tener puntería de esta forma.

En cuanto a los datos del auténtico Oskar Schindler que hoy poseemos, no se parecen tanto a los del concienciado personaje que interpreta Liam Neeson. Sabemos, sí, que amasó una considerable fortuna con sus negocios, pero no la empleó en facilitar la huida de judíos desesperados, sino que la dilapidó en sus diversiones favoritas, especialmente el juego y la bebida. De hecho, en octubre de 1993 se publicó una entrevista con su viuda, Emile, quien calificó a su marido de «inútil y estúpido» porque «él no salvó a nadie como cuenta el libro», en referencia a la novela de Kenneally, sino que había sido ella quien había ayudado a los judíos. Y lo cierto es que esta mujer acabó viviendo de la caridad de la agradecida judería argentina después de que su marido la abandonara en el país sudamericano para no tener que afrontar sus cuantiosas deudas. En privado, llegó a referirse a él como Oscar Schwindler, con *w* (en alemán, *timador*).

Cuando uno toma conciencia de estas manipulaciones queda una duda terrible: cuántas cosas más de las que le han contado no sucedieron exactamente así. Teniendo en cuenta que la época ya aportó en la realidad bastantes sucesos horribles, ¿qué necesidad veía Spielberg de recargarlos e intentar engañar a su público, describiendo como reales sucesos que no lo fueron? El director de cine, una de las más poderosas fuerzas de la industria cinematográfica mundial, albergaría sus razones, pero un caso como éste demuestra que no podemos fiarnos de las interpretaciones históricas para el gran público, aunque nos hablen de unos sucesos que creemos conocer más o menos bien.

Se pueden citar numerosos ejemplos para convencernos de que un estudio sistemático y pormenorizado de la Historia des-

truirá sin piedad nuestros conceptos preconcebidos, o al menos cuestionará muy en serio hechos que suponíamos comprobados y de común conocimiento y que en verdad han sido falsificados para servir a determinada visión del mundo. Por lo general, el ser humano contemporáneo, obsesionado por sus preocupaciones personales y deseoso de liberarse de sus obligaciones y responsabilidades diarias, no tiene tiempo ni ganas de comprobar que lo que le cuentan es así.

Veamos otro hecho histórico del siglo xx: la guerra civil española de 1936-1939. Parece increíble que un grave conflicto bélico acaecido hace sólo setenta años pueda ser hoy reinterpretado desde tantos puntos de vista distintos, teniendo en cuenta que fue uno de los más documentados de la Historia contemporánea. Entre la avalancha de estudios y ensayos publicados en los últimos tiempos hay historiadores que afirman que los franquistas no hubieran podido ganar sin la ayuda alemana e italiana, mientras que otros aseguran que ésta no fue tan determinante. Unos argumentan que los rebeldes no contaban con más apoyo que sus armas, mientras que otros insisten en que si el conflicto se alargó, fue por el elevado porcentaje de la población que simpatizaba con el levantamiento. Hay quien explica la Segunda República como una democracia similar a la actual, pero sin monarquía, que permitió la llegada a España de avances sociales y políticos sin precedentes, mientras en el otro lado se describe un régimen parapolicial que propició el caos, destruyó el Estado, persiguió a los religiosos y asesinó al líder conservador con sus propios agentes... Incluso las declaraciones de supervivientes del ejército republicano y del franquista resultan contradictorias, pues a pesar de sus diferencias ideológicas, suelen coincidir en dos ideas: volverían a militar en el bando en el que les tocó, al creer que hicieron lo correcto, pero desearían que nunca más volviera a reproducirse un conflicto semejante.

¿Quién tiene razón? Resulta obvio que en ambos lados hubo parte de ella, pero ninguno la tuvo por completo, de la misma forma que en ambos bandos hubo héroes y criminales. La fotografía final depende de lo que se quiera contar. Imaginemos una colina, con su ladera oriental cubierta de frondosa vegetación junto a un riachuelo y con su ladera occidental seca y pelada. En función de dónde se coloque el observador, el mismo lugar se transformará en un paraíso o en un árido secarral. Lo más interesante es que se trata de unos hechos que sucedieron, en términos históricos, ayer mismo en plena Europa y que fueron fotografiados, filmados y descritos por multitud de periodistas, novelistas y poetas de todo el mundo. Más tarde, esos mismos hechos fueron estudiados, diseccionados y analizados hasta la extenuación por historiadores e investigadores. Y a pesar de todo, sigue sin existir una única versión que los defina de manera objetiva. El propio escritor británico George Orwell, que vivió la tragedia in situ, recordaría más adelante que «desde muy temprano me di cuenta de que no hay acontecimiento que sea relatado correctamente en un diario, pero en España por primera vez vi crónicas periodísticas que no guardaban relación alguna con los hechos: ni siquiera la que implica una mentira ordinaria». Para aquellos que no conocimos lo ocurrido de primera mano sólo resta, pues, hacernos nuestra propia idea en función de las informaciones que lleguen a nuestro poder; pero eso no hace sino confirmar el hecho de que si existe semejante disparidad de criterios sobre algo tan conocido, ¿cómo podemos dejar de dudar de la práctica totalidad de hechos históricos, mucho más alejados de nuestra experiencia directa?

Ante un planteamiento semejante suele argumentarse que es preciso que pase bastante tiempo, siglos quizá, para poder formarse una opinión realmente independiente y objetiva respecto a un hecho, pero ¿por qué? El estudioso que se acerca hoy

a un suceso del ayer se informará en los documentos de los contemporáneos de ese suceso, que estaban «contaminados» por la emoción del momento y, además, tendrá que hacer un esfuerzo suplementario para ponerse en su piel y adecuarse a su mentalidad, casi siempre distinta de la actual. Además, ¿cuánto tiempo debe transcurrir antes de acercarnos a lo ocurrido con ciertas garantías? ¿El suficiente como para que nuestra ignorancia de base supere el conocimiento accesible? Examinemos el caso de la antigua Grecia. ¿Cree que sabe algo acerca de ella? Si no es profesor de griego, no ha estudiado su cultura y no ha viajado al país para aprehender su esencia, sus conocimientos se limitarán probablemente a un conjunto de imágenes tópicas que sólo de manera vaga se conectarán con lo real. Cuenta el venezolano Fernando Báez en su impresionante *Historia universal de la destrucción de libros* que, «según las estimaciones más optimistas, el 75 por ciento de la literatura, la ciencia y la filosofía de la Grecia antigua se ha perdido». Eso quiere decir las tres cuartas partes de su conocimiento. ¿Es consciente de lo que implica? Hoy en día poseemos los nombres de un centenar de historiadores griegos, pero apenas las obras de tres del período clásico y unas pocas más de tiempos posteriores. Sabemos que en Atenas se representaron más de dos mil obras teatrales entre el 500 y 200 a. J.C. y, sin embargo, en la actualidad no podríamos llevar a escena ni medio centenar. El más antiguo fragmento de un libro griego que conservamos es el llamado *Papiro Dérveni*, fechado a principios del siglo IV a. J.C. y que se encuentra parcialmente carbonizado. Parece antiguo, pero el dato es penoso si tenemos en cuenta que los primeros libros griegos difundidos mediante papiro importado de Egipto fueron compuestos en el siglo IX a. J.C., es decir, quinientos años antes. Y de ese medio millar de años no queda nada. ¡Nada!

¿Cómo nos atrevemos, pues, a reconstruir el mundo de los viejos griegos, a decir con gran exactitud y catedrática solvencia

si les gustaba esto y lo otro, si practicaban tal o cual ceremonial religioso, si desarrollaron una idea concreta, si nos falta por saber la mayor parte de cuanto ellos fueron o conocieron del mundo? Nos imaginamos a los ascéticos y graves filósofos de barbas cuidadas y togas blancas paseando por los jardines de las ciudades, en lugar de los filósofos astutos, irónicos y vividores, provistos de togas multicolores y dueños de tierras y esclavos que fueron la mayoría de ellos. Creemos que ideas como la democracia o la ciudad-Estado las inventaron en la antigua Grecia, cuando no hicieron otra cosa que copiarlas de las primitivas culturas ibéricas y mesopotámicas. Estamos convencidos de que sus misterios religiosos fueron originales y profundos, cuando no constituyen más que una copia gruesa de los misterios egipcios. Pensamos que su historia, sus creencias, su arte, etcétera, fueron todo invención suya, que forjaron la cuna del mundo, cuando las últimas investigaciones arqueológicas, históricas y filológicas indican que si por algo se distinguieron los viejos griegos, no fue por su originalidad, sino por su ecléctica capacidad de aprovechamiento y reciclaje de los recursos intelectuales, culturales, religiosos, políticos y científicos ajenos. Su mayor virtud fue la de la curiosidad con la que recorrieron todo el mundo antiguo, asumiendo y adaptando todos aquellos adelantos de cualquier índole que les fueran provechosos, sin importar la cultura original de la que los extrajeran.

Igual harían en siglos posteriores sus herederos naturales, los romanos. Aun con una diferencia esencial: los griegos consiguieron adquirir nuevos conocimientos a través básicamente del comercio y el intercambio; carecían de ambición real de poder y respetaban los lugares donde algo habían aprendido. Incluso regresaban periódicamente a ellos por intentar aprender más, como hizo Heródoto siguiendo las huellas de Solón. Pero los romanos no negociaron ese conocimiento: lo rapiñaron con brutalidad documentada y, a medida que se apoderaban de él,

arrasaron sus fuentes originales e impusieron una despiadada dictadura que llamaron pomposamente *pax romana* y que fue el primer intento conocido de globalización. Su objetivo era acapararlo todo y destruir cuanto pudiera denunciar ser más antiguo que su imperio y por ello aspirara a arrebatárles la gloria. La vieja Roma deseaba fundar de nuevo el mundo entero de acuerdo con sus arrogantes y exclusivos cánones. Ansiaba que las gentes del futuro miraran hacia atrás y, cabeceando meditabundos, dijeran: «Cierto es que nunca antes de Roma hubo un mundo verdaderamente civilizado.»

Los romanos no han sido los únicos. En la Historia de la humanidad se han sucedido con alarmante periodicidad los aspirantes a refundar el mundo de manera definitiva, rescribiendo en su favor los sucesos históricos. Aunque la culpa última no cabe echarla a los pueblos o los imperios, ni siquiera a las grandes instituciones, que no pasan de ser meras herramientas de aquellos que, sin pasar a primer plano, las manejaron a su antojo. Las sociedades secretas oscuras son las verdaderas impulsoras del conflicto como camino para lograr su anhelado objetivo final: un solo mundo con un solo tipo de sociedad regido por una sola autoridad, la suya. Los antiguos romanos ayer, como sus equivalentes norteamericanos hoy, o cualesquiera otros que se hayan sentido orgullosos por pertenecer a la superpotencia de turno, son sus primeras víctimas: si el plan sale mal, el resto del planeta los culpará a ellos de lo que ocurra, y si sale bien, ellos sufrirán, como los demás, las consecuencias de la monstruosa dictadura mundial para la cual trabajan sin saberlo.

Mientras, todo es ocultamiento y tergiversación, hasta el punto de obligar a los ciudadanos a creer, bajo pena de cárcel, en una u otra versión del pasado. El último ejemplo lo tenemos en Francia: un país que se enorgullece de su contribución libertaria, su protagonismo en la revolución ciudadana y su defensa

de las libertades civiles, como la de expresión, y que durante los últimos decenios parece trabajar para valores exactamente opuestos a los que se supone que defiende. Véase la reciente decisión de los parlamentarios que integran la Asamblea Nacional Francesa de legislar nada menos que sobre la realidad de una versión histórica concreta, en referencia a las matanzas de armenios a manos de los turcos durante la agonía del Imperio otomano en 1915-1916. Los ilustrados políticos franceses decidieron imponer sus ideas al respecto dictando una ley según la cual todo aquel ciudadano que diga que «genocidio» no es el término apropiado para calificar las matanzas armenias de aquella época (cuando matanzas hubo, pero no está nada claro que se deba utilizar semejante término; el mismo escritor y explorador francés Pierre Loti acusaba a los armenios de exagerar lo ocurrido para perjudicar a sus odiados enemigos turcos y obtener ayudas de todo tipo) se arriesgará a ser castigado con arreglo a las leyes francesas. Como decía en un reciente artículo el parlamentario laborista y ex ministro británico para Europa Denis McShane: «Que el Parlamento francés se haya unido a los enemigos de la libertad (intentando imponer por ley lo que se puede creer y lo que no se puede creer sobre los hechos históricos y encima de otro país) con este intento de controlar la Historia no es una tragedia: es una farsa de la que hay que reírse con desprecio. En un momento en el que Europa debería estar defendiendo la libertad de expresión, resulta difícil creer que unos políticos europeos traten de convertirla en delito.»

Pareciera que estamos cada vez más cerca del trágico momento descrito en la mejor obra del escritor norteamericano Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*, en la que los bomberos del futuro no se dedican a apagar incendios, sino a quemar libros porque, según el gobierno, «leer impide que los hombres sean felices: los hace ser antisociales, al generar en ellos preguntas que deben responder por sí mismos en lugar de recibir la res-

puesta directamente de las autoridades, los hace ser distintos cuando deberían ser iguales». Lo más pavoroso es que cada vez hay más ciudadanos comunes que piensan exactamente eso.

Las travesuras de los medios de comunicación

No podemos fiarnos de la Historia y, por tanto, de la educación recibida, a la hora de interpretar la realidad. ¿De quién entonces? Tal vez de los medios de comunicación. Al fin y al cabo, se presentan como el cuarto poder, nacido para compensar los excesos de los otros tres: el Legislativo, el Judicial y, sobre todo, el Ejecutivo. Y así actúan... en ocasiones.

Una vieja historia de periodistas habla de John Swinton, durante muchos años jefe de redacción del diario norteamericano *The New York Times*, que a principios del siglo xx y durante un almuerzo de trabajo tuvo la osadía de lanzar una de las más brutales confesiones jamás escuchadas dentro de la profesión. Su discurso fue recogido y reproducido por multitud de autores estadounidenses y canadienses, como Douglas Reed o Adrien Arcand, y acabó traspasando fronteras para impactar en redacciones de todo el planeta. En aquel almuerzo con el que sus compañeros quisieron homenajearle en el momento de su jubilación, uno de los comensales levantó su copa al llegar a los postres y propuso brindar por la independencia de la prensa. Swinton contestó con estas palabras: «No existe una prensa independiente, a no ser en una pequeña ciudad de provincias: vosotros lo sabéis y yo lo sé. No hay ni uno sólo entre vosotros que ose escribir su honesta opinión y, si lo hiciera, sabéis de sobra que vuestro texto jamás sería publicado [...]. El oficio de periodista en Nueva York, y en toda América, consiste en destruir la verdad, en mentir abiertamente, en pervertir, en envile-

cer [...]. ¿Qué locura es esa de beber a la salud de una prensa independiente? Somos herramientas y criados de hombres ricos que se ubican tras las bambalinas. Somos unos polichinelas: ellos tiran de los hilos y nosotros bailamos. Nuestros talentos, nuestras posibilidades y nuestras vidas son propiedad de otros hombres. Somos unos prostitutos espirituales.» Años más tarde, en 1994, otro editor del mismo diario, Max Frankel, pronunció palabras muy parecidas sobre la servidumbre del periodismo, por supuesto tras jubilarse.

Más cerca aún de nosotros en el tiempo, en mayo de 2005, se celebró en la ciudad norteamericana de San Luis la «Conferencia para la Reforma de los Medios de Comunicación», una especie de minicumbre de periodistas anglosajones en la que participaron unos dos mil profesionales que discutieron sobre el preocupante estado del sector y la sumisión de la prensa al poder. Como lema del seminario se utilizó una frase del músico George Clinton: «Quien controla los medios de comunicación determina nuestro destino.» Amy Goodman, directora de «Democracy Now» («Democracia ahora»), programa con diez millones de personas como audiencia diaria estimada, describía la situación de un modo dramático: «A los ciudadanos se los trata como meros consumidores a los que hay mucho que vender pero nada que contar.» Otra de las participantes, la canadiense Naomi Klein, autora de *No Logo* y activista antiglobalización, habló del «muro invisible de cemento» que rodea al ciudadano corriente, un muro similar al de un campo de concentración con «los grandes medios de comunicación interpretando el papel de torretas de vigilancia levantadas por las grandes empresas para velar por sus intereses y tener sometida a la sociedad». En medio de un panorama bastante sombrío, Robert Greenwald, impulsor de «Brave New Films» («Nuevas Películas Valientes»), intentó arrojar algo de optimismo, subrayando la crisis de los medios tradicionales y advirtiendo de una posible salida a través

de la revolución digital: «Cada día se crean veinte mil nuevos *blogs* en la Red y ahí podemos escuchar las voces de los periodistas como ciudadanos sin filtros.» Por ello pidió «hacer lo imposible» para que Internet siga siendo «una ágora pública» a salvo del control de las autoridades. Como es «natural», los debates generados por este seminario apenas obtuvieron difusión en Estados Unidos y mucho menos fuera del país de todas las libertades, incluidas la de expresión e información.

● Ocultar una noticia no es la forma más grave de silenciarla. Resulta bastante peor mezclar algo de verdad con algo de mentira, batirlo bien y servirlo caliente y bien aderezado para que no se note el sabor de lo falso. La información se convierte entonces en propaganda y está tanto mejor cocinada cuanto menos nota el consumidor la metamorfosis. En la Antigüedad, las sociedades secretas se limitaban a esconder los conocimientos, pero ahora prefieren utilizar esta otra fórmula que, según cuenta el autor español Joaquín Bochaca en *La manipulación de la mente*, puede elaborarse de acuerdo con las siguientes ocho recetas:

1. La afirmación permanente. El emisor no discute lo que dice sino que se limita a escoger el aspecto de la información que le interesa y lo repite hasta la saciedad. En nuestro ejemplo anterior, «la colina es verde». Alguien puede replicar: «Sí, es verde por un lado, pero por el otro está seca.» Y el emisor insiste: «La colina es verde» —y señala la zona verde obviando la otra— una y otra vez, sin entrar a debatir su afirmación.

2. La repetición. Si alguien repite durante el tiempo y la frecuencia suficientes una afirmación, por increíble que suene, el hecho de que sea aceptada por la gente es mera cuestión de tiempo. Éste es también el principio básico de la publicidad: importa más las veces que se repite un anuncio que la calidad del mismo. ● Observe los *spots* de detergentes y pregúntese por qué todas las marcas ruedan siempre el mismo.

3. El uso de frases clave. Ésta es una variante de la técnica

anterior y también de origen publicitario. El objetivo es formular palabras —no más de ocho, por lo general—, refranes o frases clave que se adhieran mentalmente al sujeto al que hay que convencer. Piense en una marca lo suficientemente conocida y verá cómo su cerebro le obsequia, sin que se lo haya pedido, con su eslogan publicitario. También se usa mucho en períodos electorales.

4. El empleo de estereotipos. Bien utilizada, esta técnica permite marcar profundamente un concepto erróneo en la mente que será casi imposible de borrar ni siquiera por la experiencia directa. Ejemplos: todos los alemanes son cabezas cuadradas; los ingleses, fríos y estirados, y los mexicanos, vagos y comedores de picante.

5. La sustitución premeditada de nombres y adjetivos asépticos por otros que posean connotaciones emotivas favorables o desfavorables. Volviendo a la guerra civil española, muchos españoles no definen su identidad política y mucho menos la de sus rivales con un simple «es de izquierdas» o «es de derechas». En lugar de ello, utilizan respectiva y despectivamente las expresiones «es un rojo» o «es un facha».

6. El argumento de autoridad. El público tiene tendencia a creer ciegamente en todo aquello que diga una figura destacada, aunque sea una auténtica sandez y, cuanto más alto sea su cargo, más crédito le dará, sin plantearse siquiera si se le está intentando engañar o simplemente el emisor está hablando por hablar. En el caso de Lisa Simpson y el historiador de Springfield, nadie creía en la niña, sino en la «autoridad intelectual».

7. La mentira descarada. A menudo se le añade una dosis de verdad para hacerla más digerible, pero la mentira integral también es frecuente. Y cuanto más grande sea, más probabilidad de prosperar, ya que el consumidor tiende a pensar que algo tan tremendo no podría ser inventado por nadie, precisamente por temor a no ser creído. ¿Recuerda el cuento de las ar-

mas de destrucción masiva, la excusa principal utilizada por Estados Unidos y sus aliados para invadir Iraq?

8. La tergiversación. Deformar los hechos o palabras de alguien, a base de citarlas fuera de contexto, suprimiendo o extrapolando otras palabras o frases que no aparecían en el original o cambiando significados en las traducciones. Abra un periódico cualquier día de la semana: encontrará multitud de ejemplos.

Varias de estas técnicas fueron utilizadas por el gobierno norteamericano en sus comunicaciones de prensa —y, más grave, con sus propios aliados israelíes— a propósito de los populares misiles Patriot que se presentaron como una auténtica panacea contra los proyectiles Scud que Saddam Hussein lanzó sobre territorio israelí durante la primera guerra del Golfo. El Pentágono los definió como «armas inteligentes» que permitían un eficaz «escudo de protección», al interceptar en el aire los disparos enemigos con extraordinaria eficacia. El general estadounidense Norman Schwarzkopf, comandante de la «Operación Tormenta del Desierto», anunció personalmente la primera interceptación de un misil balístico iraquí por parte de un Patriot en los cielos de Israel y pronosticó que antes de cuarenta y ocho horas, la amenaza de los Scud habría terminado para este país. Todo esto fue recogido con grandes titulares en los medios de comunicación del mundo entero.

El ejército israelí recibió los Patriot y los probó. Poco después, aunque esto no apareció publicado masivamente, el ministro de Defensa israelí, Moisés Arens, informó de la inutilidad de los Patriot. Primero cifró su capacidad para interceptar un Scud en vuelo en menos del veinte por ciento; más tarde, precisó el porcentaje: «Se acerca más al cero por ciento.» Una investigación del propio ejército israelí comprobó que el primer Patriot de cuyo éxito alardeara Schwarzkopf no había interceptado nada. Se había disparado por error y, sí, hubo una

explosión en el aire, pero fue la del propio, defectuoso y solitario misil «inteligente». Aun así, cuando terminó la guerra, la prensa dio gran difusión al informe del Pentágono ante el Congreso de Estados Unidos. El general responsable de este tipo de proyectiles testificó que la eficiencia de los Patriot había sido de un espectacular 98 por ciento, mas uno de los congresistas, informado por los israelíes, preguntó qué entendía por «interceptar» un misil enemigo y el general respondió sin sonrojarse que se refería a que «pasa muy cerca del otro misil, no choca necesariamente con él». ¿Cuál es el dato que apareció destacado en titulares? ¿Los Patriot rozan el ciento por ciento de eficacia!

Uno de los decálogos más conocidos para la composición de informaciones tendenciosas lo resumió Laurenti Paulovitch Berkowitz, Beria, el jefe supremo de la NKWD, los servicios secretos soviéticos posteriormente conocidos como KGB, en una célebre conferencia en la Universidad Lenin. Un ex agente comunista llamado Kennet Goff facilitó el documento al FBI y otro ex agente y escritor ruso, Vladimir Volkoff, lo explicó partiendo de un hecho concreto: el ciudadano Iván se encuentra a su mujer Natascha en la cama de su vecino Pavel. A partir de ahí, la información se puede contar de muchas maneras, según se quiera beneficiar o perjudicar a uno, a varios o a todos los protagonistas. Lo recoge Bochaca en el libro citado.

1. Utilizando la «contraverdad» no comprobable. Como no ha habido testigos del hecho, el consumidor no puede comprobar la noticia. Si conviene, se publica justo lo contrario a lo que sucedió: «El ciudadano Pavel ha encontrado a su mujer Irina en la cama de Iván.»

2. Mezclando la verdad con la falsedad, si hay testigos. Se escribe entonces un artículo detallando que el matrimonio de Iván y Natascha hace tiempo que no va bien y que es cierto que días atrás el marido se la encontró en la cama con Pavel, pero «qué iba a hacer el pobre vecino si ella se le insinuó. Además, la

semana anterior había sido Natascha la que sorprendió a Iván con Irina, la mujer de Pavel».

3. **Deformando la verdad.** Se reconoce que Natascha estaba en casa de Pavel, pero se ironiza sobre el detalle de si estaban o no en la cama. En realidad, el mobiliario no debería tener nada que ver: acaso ella estuviera sentada en un sillón, que es más cómodo. Por lo demás, «hay que tener en cuenta que Iván es un borracho empedernido y no es la primera vez que calumnia o maltrata a su desgraciada esposa. Seguramente, ella había acudido a casa de Pavel en busca de protección contra su miserable esposo...».

4. **Modificando el contexto.** Sí, es verdad: Iván ha encontrado a su mujer en casa de Pavel. ¡Pero es que Pavel es «un perverso sexual!» Y es muy posible que «ya haya sido condenado por violación... Lo más probable es que él la engañara o forzara a ir a su apartamento. Por fortuna, el honrado Iván, que también regresaba a su hogar tras un duro día de trabajo, y al escuchar los gritos de su mujer, echó la puerta abajo del vecino para salvarla».

5. **Difuminando el contexto.** Éste me parece especialmente divertido. Se ahoga el hecho informativo concreto en medio de una auténtica avalancha de datos de todo tipo. «Tal vez conozcan al ciudadano Pavel: un verdadero estajanovista en el trabajo, que toca muy bien el acordeón. Todo el barrio le conoce porque es un gran jugador de ajedrez. Nació en Novgorod y está tan unido a su madre que cuando ella cumplió sesenta años, le regaló una figura de madera tallada por él mismo. Tiene varias queridas, como Natascha, la mujer de Iván. Es capaz de beber hasta dos botellas de vodka antes de quedarse dormido. Es buen amigo y extraordinario vecino.»

6. **Seleccionando la verdad.** Es un procedimiento inverso al anterior porque se trata de escoger algunos detalles verídicos, pero presentándolos de forma incompleta. «No se puede decir

que el ciudadano Iván esté bien educado, porque el otro día no se le ocurrió otra cosa que entrar en casa de Pavel sin llamar. Su mujer Natascha, que sufre del corazón, se llevó un susto innecesario al verle entrar así. Los dos vecinos intercambiaron opiniones sobre el relajamiento de las costumbres y poco después Iván y Natascha volvieron juntos a casa.»

7. Apoyando el comentario. No se modifica el hecho sustancialmente, pero se aprovecha para dar publicidad a otros que interesa más promocionar. En este caso, se critica la falta de intimidad de los apartamentos comunitarios que acaba conduciendo a todo tipo de encuentros amorosos ilegales para a continuación hacer propaganda de las ventajas de la nueva ciudad, mucho más cómoda, amplia y confortable, que el régimen soviético acaba de construir en Siberia y para la cual está buscando voluntarios. «¡Qué felices serían allí Iván y Natascha si se apuntaran al programa de colonización!»

8. Generalizando. Se utiliza el caso para atacar conceptos concretos y reforzar estereotipos. Por ejemplo, el machismo: «La conducta de Natascha muestra la ingratitud, la infidelidad y la lujuria típicas de las mujeres, motivo por las cuales deben estar subordinadas al hombre, ya que son incapaces de desarrollar valores superiores como él.»

9. Apoyando una versión con las partes desiguales. Se pide a los lectores que opinen sobre el incidente y luego se publica en la misma página una carta en que se condena a Natascha y Pavel (aunque se hayan recibido trescientas en su contra) y diez en las que se les defiende y justifica (aunque se hayan recibido sólo esas diez). El efecto para el lector es que la mayoría de las personas apoya el comportamiento de los amantes, aunque la realidad sea la contraria.

10. Apoyando una versión con las partes iguales. Se le encarga a un profesor universitario, buen tertuliano y conocido por el público, un artículo de ochenta líneas en contra de Na-

tascha y Pavel. Luego se le encarga otro artículo de la misma extensión pero a favor de los amantes a un novato incapaz de argumentar y expresarse con soltura. Y se deja a los lectores que tomen partido «libremente».

Si piensa que todas estas técnicas desaparecieron con el desmoronamiento de la Unión Soviética y su desaparición formal en diciembre de 1991, le sugiero que escoja cualquier medio de comunicación actual, y presuntamente imparcial, y siga allí de cerca las noticias de un día para otro sobre un asunto polémico del momento, en especial si tiene algo que ver con aspectos sociales delicados, como la homosexualidad, el racismo, el aborto o la energía nuclear. Es más fácil descubrir las trampas si se compara el distinto tratamiento que aplican a idéntica información dos medios de ideología rival.

Y si lo que desea es pasar miedo, vea la película *Forrest Gump* de Robert Zemeckis, rodada en 1994, en la que se emplearon las técnicas audiovisuales más novedosas del momento para ubicar al personaje en situaciones insólitas, falseando su presencia codo con codo con algunos de los personajes reales más conocidos del siglo xx en Estados Unidos. Después pregúntese: si esas asombrosas escenas están al alcance de cualquier director de cine, ¿de qué técnicas dispondrán políticos y militares para falsear lo que quieran falsear? El periodista británico Richard Last lo expresó de esta forma: «En los viejos tiempos, abundaba más la ficción que la verdad porque resultaba siempre más espectacular y por tanto atractiva, pero al menos se podía diferenciar la una de la otra. Ahora, el implacable avance de las técnicas televisivas nos ha llevado a una especie de tierra de nadie en la que los hechos y la ficción se mezclan y desdibujan hasta el punto de no poder ya distinguirlos.»

El galardonado escritor chileno Antonio Skármeta ha reclamado en público en más de una ocasión la libertad del ciudadano frente a «la hegemonía de los mensajes» lanzados por me-

dios de comunicación cada día más y más «dirigidos ideológica y comercialmente y que ofrecen una distorsión brutal de la realidad». A su juicio, mucha gente piensa que «está siendo dominada por una información que le escamotea la verdad» en lugar de asumir el papel de prensa «seria». Pese a ello, sólo tenemos que echar un vistazo a nuestro alrededor para comprobar cómo la mayor parte de las personas confían ciegamente en los medios como si el hecho de que algo apareciera publicado en ellos fuera una verdad incontestable y definitiva. Lo grande del caso es que muchas veces lo es, pero como hemos visto, el problema no es el suceso en sí, sino la interpretación que se ofrece del mismo. Se trata, entonces, de analizar las informaciones que recibimos, reflexionar sobre ellas y diseccionarlas, no engullirlas sin más.

Un caso muy obvio sucedió en agosto de 2006, cuando Scotland Yard anunció la desarticulación de un «masivo atentado» de «perspectiva global» en el que fueron detenidas más de dos docenas de personas de origen pakistaní, aunque muchas de ellas con la nacionalidad británica. Su objetivo, según la denuncia, era embarcar con explosivos líquidos en una decena de aviones que cubrían la ruta desde aeropuertos británicos hacia otros estadounidenses para hacerlos explotar en vuelo. El presidente de Estados Unidos, George W. Bush, felicitó al Reino Unido por descubrir el complot y aprovechó para «recordar» que «seguimos en guerra contra los fascistas islámicos». Esta definición del enemigo no era baladí porque el destinatario último del mismo era el ciudadano europeo, al que intentaba atraerse hacia la «cruzada» impulsada por Bush en los últimos años con un término como el de «fascista», que posee una fuerte carga emocional en el viejo continente. El mensaje subliminal era que la guerra ya no es contra un simple grupo de terroristas procedentes del integrista islámico sino directamente contra el islam, identificado con una suerte de fascismo con-

temporáneo, cuando en realidad se trata de dos conceptos muy distintos. Durante los días siguientes, los principales diarios europeos acataron sus directrices, reproduciendo su mensaje y llenándose de referencias inequívocas. Uno de los más importantes, *El País* (el de mayor circulación en España y con una tendencia habitualmente asociada con el centro izquierda y crítica con la Casa Blanca), publicó en su dominical de ese mismo fin de semana un reportaje de uno de sus enviados especiales al Líbano titulado «La trinchera de Hizbulá». La fotografía de portada de su suplemento mostraba un amenazante grupo de niños musulmanes (con sus caras al descubierto, cuando este periódico suele enorgullecerse de proteger la identidad de los menores pixelando sus rostros en las imágenes que publica) vestidos con uniforme de camuflaje y con el brazo en alto... emulando el saludo fascista. Coincidencia, seguramente.

La llegada de los medios audiovisuales ha complicado todavía más el panorama para aquellas personas que aspiran a mantener cierta independencia de criterio. La cámara ofrece un plus de credibilidad para el ciudadano medio, que confía en exceso en sus ojos y de esta manera puede ser engañado con mayor facilidad. Ya con las primeras fotografías se produjeron los primeros engaños, al adornar las imágenes de acuerdo con lo que se esperaba de ellas. Durante la guerra de Secesión norteamericana, el fotógrafo Matthew Brady realizó auténticos montajes escénicos, desplazando cadáveres en las trincheras de Gettysburg para obtener fotografías más dramáticas e impactantes. En la Gran Guerra, la prohibición de fotografiar lo que ocurría en el frente en tiempo real llevó a los enviados especiales a negociar con oficiales y soldados de su propio ejército para que sirvieran de modelos durante los períodos de calma, escenificando asaltos a trincheras, gestos heroicos y muertes en primer plano. Así se publicaron álbumes como *Verdun, visions d'une histoire* («Verdún, visiones de una historia»), en la que

una ofensiva de soldados franceses avanza hacia el fotógrafo —francés— de guerra mientras el grupo es tiroteado por los alemanes. Era materialmente imposible que el fotógrafo pudiera, con el material de la época, tomar la imagen desde donde la tomó sin resultar muerto, pero el público no se fijaba en ese detalle: estaba totalmente fascinado por la carga que venía hacia él desde la imagen.

Desde los primeros tiempos de la fotografía y el cine abundan los ejemplos de documentos falsos (algunos de ellos elaborados de forma chapucera, como la reconstrucción de la guerra de los bóers en un campo de golf o la reproducción de la guerra de Cuba en una bañera) que hoy nos hacen sonreír por lo ingenuos, pero que demuestran que la voluntad de modelar la realidad siempre estuvo presente en el sector. Uno de los trabajos más populares del reconocido periodista de guerra Robert Capa fue la impactante secuencia mostrada por vez primera el 5 de septiembre de 1936 por la publicación francesa *Vu* y titulada «Muerte de un miliciano». El hombre en cuestión era un combatiente republicano español que aparecía de pie pero desplomándose hacia atrás por el impacto de una bala en Cerro Muriano, Córdoba. Según el fotógrafo norteamericano Carl Mydans, que compartió con Capa la redacción de la revista *Life*, aquella imagen era «un momento de verdad apresado para siempre, no sólo en el negativo sino en la mente de todos aquellos que la han visto». En 1975, el británico Philip Knightley denunció que este icono del conflicto había sido en realidad un montaje. El propio Capa le habría confesado el fraude al periodista O. D. Gallagher, que había compartido el riesgo de la primera línea con él. Como en el caso de las imágenes de Verdún, ante la escasa actividad bélica en ese momento en el frente, un oficial republicano accedió a acompañar al fotógrafo con varios de sus hombres a unas trincheras cercanas para escenificar los rigores del enfrentamiento armado. Dos datos que avalan esta

revelación, que causó una gran polémica en su día entre los que pensaban que Capa era incapaz de semejante fraude y los que creían que podía haber incurrido en él, son llamativos. El primero es que la misma *Vu* publicó, veinte días después, otra fotografía de un soldado distinto caído exactamente en el mismo lugar que el primer miliciano. El segundo, que el alemán Alfred Kantorowicz, comisario político de las Brigadas Internacionales, aseguró que Capa había repetido el tipo de foto —escenificando una muerte con objetivos propagandísticos— en 1937 en Aragón.

Verdad o mentira, la potencia de las imágenes para provocar una opinión es algo reconocido en la actualidad, y el mejor ejemplo es cómo se han utilizado para conmover a los espectadores occidentales a fin de que apoyaran en los últimos años las políticas internacionales de sus gobiernos, con independencia de que poco después se hubieran demostrado falsas. Es el caso de los enterramientos masivos de Timisoara (los muertos de la revolución rumana, que concluyó con la caída de Ceaucescu, que aunque fueron presentados como tal, en realidad no procedían de la represión sino de los tanatorios de los hospitales), los campos de reclusión serbios en Bosnia (donde se trataba de recuperar la imagen de los campos de concentración alemanes en la segunda guerra mundial, aunque los de los serbios nunca existieron) o el genocidio de Ruanda (que fue presentado como unos simples enfrentamientos tribales, ocultando la tragedia real que se estaba produciendo entre los tutsis a manos de sus agresores hutus).

El intelectual italiano Giovanni Sartori se lamenta en su interesante *Homo videns* del tremendo poder que ha adquirido la imagen, y en especial la televisión, para controlar al ser humano. El proceso, señala, comienza en la infancia, cuando la televisión se convierte en la primera escuela del niño, quien se educa en función de imágenes que le enseñan que lo que ve es lo único que

cuenta. La persona se forma viendo en lugar de leyendo y, mucho menos, pensando. La pantalla es la única autoridad y el individuo sólo cree en lo que ve a través de ella, puesto que es la única interlocutora: la imagen no discute sino que impone y sentencia. La aterradora consecuencia es que «un mundo concentrado sólo en el hecho de ver es un mundo estúpido. El *Homo sapiens*, un ser caracterizado por la reflexión, por su capacidad para generar abstracciones, se está convirtiendo en un *Homo videns*, una criatura que mira pero no piensa, ve pero no entiende». Y añade: «Si es cierto que la democracia es el gobierno de la opinión y que los medios, en especial la televisión, son en gran medida formadores y transmisores de la misma, entonces la importancia que adquieren como instrumentos de y del poder es enorme.» ¿No es esto lo que desean aquellos que controlan el poder? ¿«Un hombre-masa que no atiende a razones», como decía el filósofo español José Ortega y Gasset, que en teoría es más libre que nunca pero en la práctica está alucinado y preso de la imagen y, por tanto, es fácilmente dirigible a través de ella?

El pensador rumano Ghita Ionescu recuerda: «El hecho de que la información y la educación política estén en manos de la televisión [...] representa serios problemas para la democracia. En lugar de disfrutar de una democracia directa, el *demos* [pueblo] está dirigido por los medios de comunicación.»

Las travesuras de la ciencia

La situación empieza a ser preocupante... Pero alguien tiene que existir en el mundo en quien podamos creer sin miedo a que nos engañe. Alguien que nos facilite información real, que luche por conocer la verdad, que obtenga sus conocimientos de la experiencia misma porque el empirismo sea su método de trabajo... La ciencia, ¿no?

Muchas personas, sobre todo las de carácter materialista más marcado, han sustituido la falta de una guía personal en la religión o la ética por esta otra fuerza en teoría confiable por su misma naturaleza, que consiste en no conceder crédito a nada que no sea tangible y experimentable en repetidas ocasiones. Sin embargo, a la ciencia le ocurre lo mismo que a los otros conceptos: al ser una actividad humana, está también sujeta a la manipulación humana. Y más si tenemos en cuenta que el científico ha adquirido en los últimos años un gran prestigio, basado precisamente en su contribución al desarrollo de nuestra civilización, que ha sido espectacular... desde el punto de vista tecnológico. Desde el punto de vista moral o puramente humano, casi nada nos diferencia en el fondo de nuestros antepasados: sufrimos los mismos vicios, disfrutamos las mismas virtudes y anhelamos las mismas cosas.

Si bien es cierto que existen numerosos científicos honrados que creen en su trabajo (igual que tantos historiadores, educadores, periodistas y directores de cine también honrados, a pesar de cuanto hemos comentado hasta el momento), no lo es menos que también los hay dispuestos a lo que haga falta con tal de alcanzar el éxito y el reconocimiento público. Y suelen ser éstos los que más influencia ejercen en la sociedad. Por lo demás, no son pocas las ocasiones en las que la ciencia ha dictaminado que sus ideas e hipótesis son ciertas simplemente porque parecen las más razonables y las más probables de acuerdo con el conocimiento de la época. Pero a medida que ese conocimiento se enriquece y cambia, cambian también la perspectiva y las hipótesis aceptadas hasta entonces como correctas. Y un científico de un momento histórico determinado no pide perdón por los errores cometidos por sus predecesores, ya que no se siente responsable de ellos, aunque sí suele sentirse heredero de sus aciertos. Hoy en día usamos trenes que superan los trescientos kilómetros por hora, pero nadie pidió perdón al escocés

James Watt por las burlas y humillaciones que sufrió a manos de los científicos contemporáneos cuando presentó la primera máquina de vapor y éstos la calificaron de locura porque decían que, aun en el remoto caso de que llegara a funcionar, un medio de transporte que desarrollaba una velocidad de cuarenta kilómetros por hora mataría a sus pasajeros, que no resistirían la presión ni la falta de aire.

La necesidad de estar en vanguardia de la sociedad, la búsqueda del éxito lleva a muchos científicos a caer en la tentación del plagio o de la invención pura y dura. El profesor de la Universidad de Seúl y responsable de la Fundación Mundial de Células Madre, el coreano Hwang Woo Suk, protagonizó uno de los grandes escándalos de los últimos años tras anunciar que había logrado clonar por primera vez células madre de un ser humano y descubrirse más tarde la falsedad de sus líneas de investigación. Pero no es un caso aislado: entre 2001 y 2006, el médico noruego Jon Subdo, vinculado al Hospital Radiológico de Oslo, publicó varios estudios en revistas científicas tan importantes como *Lancet*, *The New England Journal of Medicine* y *Journal of Clinical Oncology*, inventándose unos resultados sobre el cáncer de boca que, según reconocieron después varios expertos, eran «tan chapuceros que podrían haber sido detectados por un profano». Desde luego, algunas de sus conclusiones no parecían muy trabajadas, como cuando afirmó con total seriedad en uno de sus artículos que «la extracción de unas cuantas células de la boca no tiene ningún efecto en la mortalidad de los pacientes». Sólo se descubrió su peculiar manera de entender la investigación cuando Camilla Stoltenberg, la directora de epidemiología del Instituto Noruego de Salud Pública, se extrañó al leer su último trabajo publicado, en el que la principal conclusión era que varios «fármacos antiinflamatorios de uso común reducen el riesgo de cáncer de boca en los fumadores». Subdo decía haber obtenido sus irrelevantes resultados de

los hábitos de vida registrados en una base de datos de la cual Stoltenberg era la principal responsable. Ella los comprobó y se dio cuenta de que mentía. Stein Vaaler, director del hospital donde trabajaba desde hacía diez años el peculiar investigador, acabó confirmando la inanidad de sus artículos al tiempo que confesaba compungido haber recibido donaciones por valor de cerca de nueve millones de euros por parte de diversas instituciones, incluido el Instituto Nacional del Cáncer de Estados Unidos, para apoyar los «progresos» de Subdo. No se sabe que haya devuelto un solo euro.

Otro fraude sonado lo protagonizó el doctor indio Ram B. Singh, especialista en alimentación y su relación con el funcionamiento del corazón. En 1992 había publicado un conocido y valorado trabajo en el que aseguraba demostrar cómo el consumo de fibra, a través de las frutas y los vegetales, disminuía a la mitad los infartos de miocardio en personas con este tipo de problema. Pocos años después se demostró que había falsificado los datos para que le dieran la razón.

Hay muchos más casos, demasiados, en los que la presunta autoridad del científico basta para imponer ideas no comprobadas o simples fraudes a una mayoría de la población analfabeta desde el punto de vista del conocimiento profundo de la ciencia. Desde los experimentos que falsificó Gregor Mendel a mediados del siglo XIX para apoyar con mayor rotundidad su formulación de las leyes fundamentales de la herencia hasta el hallazgo del Hombre de Piltdown, un supuesto fósil del eslabón perdido datado en el Pleistoceno tardío y con el que el paleontólogo Charles Dawson logró engañar durante cuarenta años a la comunidad científica, pasando por el presunto fósil de *Archaeoraptor* obtenido en China y presentado por *National Geographic* como «prueba definitiva» del parentesco entre dinosaurios y pájaros, hasta que se descubrió que era otra hábil falsificación.

¿Cómo saber que un estudio científico es fiable? ¿Cuántas de las cosas que los científicos dicen ser ciertas lo son de verdad? En los últimos años, el número de artículos falsos o absurdos, a veces pagados por la industria farmacéutica o sanitaria para promocionar sus productos, a veces por prosperar en la carrera personal y a veces incluso por pura diversión, se han multiplicado de forma escandalosa. En un sector en el que los fondos y el prestigio se ganan publicando trabajos novedosos en las revistas especializadas, esta avalancha de investigaciones parciales, incompletas, erróneas o falsificadas se ha convertido en un verdadero quebradero de cabeza para dichas revistas. Algunas de ellas, como *The Journal of Cell Biology*, utilizan desde 2002 un test específico que ha permitido descubrir que el veinticinco por ciento de las investigaciones presentadas para su publicación contenía imágenes o ilustraciones (importantes para demostrar algunos resultados científicos) manipuladas.

En 2005, un grupo de expertos dirigido por Brian C. Martinson, de la fundación Health Partners, elaboró con el apoyo del sistema sanitario norteamericano el primer análisis cuantitativo sobre conductas de la Oficina de Política Científica y Tecnológica. Esta oficina fijaba como prácticas censurables «la producción, falsificación y plagio a la hora de proponer, realizar o revisar la investigación o dar a conocer los resultados» de un trabajo científico. Y los resultados fueron desoladores. Uno de cada tres científicos estadounidenses reconoció haber falseado en alguna ocasión sus estudios o los resultados de los mismos (habría que añadir al porcentaje de estafadores aquellos que lo hicieron pero no lo reconocieron). La conclusión de Martinson: este tipo de comportamiento deshonesto supone «una mayor amenaza para el campo científico que el causado por malas conductas de más alto nivel, como el fraude». Según los expertos, los campos más propensos para presentar trabajos poco veraces son los elaborados en laboratorios de medicina y biología.

Eso, cuando no son las propias revistas las que manipulan su contenido, como denunció Richard Smith, director entre 1991 y 2004 de una de las mejores revistas médicas del mundo, *British Medical Journal*. Según Smith, estas publicaciones no son más que «una extensión del departamento de marketing de las compañías farmacéuticas». En su opinión, no es que estas empresas se inventen los datos que publican, sino que se limitan a «hacer las preguntas adecuadas para obtener las respuestas que desean» y organizar la investigación de forma que se obtengan diversas conclusiones, con lo cual basta con publicar únicamente las que resultan favorables.

Esto explica por qué los estudios científicos que aparecen en la prensa cambian de opinión con frecuencia: depende de quién los pague. Hace unos años, todas las investigaciones apuntaban hacia la maldad intrínseca de la grasa y, en especial, del colesterol; ahora resulta que hay «grasas buenas» y «grasas malas». Antes, comer huevos era una amenaza para la salud, igual que tomar alcohol. Ahora resulta que tanto los unos como el otro no sólo no son malos sino que, tomados con moderación, parecen casi imprescindibles en una dieta sana. El chocolate, del que siempre se dijo que lo único malo que tenía era que engordaba, pero por lo demás era un alimento muy completo, ahora ha entrado en la lista de nuevos «sospechosos» de afectar nuestra salud, entre otras cosas por su excesivo aporte en azúcares y por contener un principio adictivo similar al de la marihuana...

Pero los pagos no se limitan a financiar pruebas. A menudo, las compañías del sector, sobre todo las farmacéuticas, pagan a profesionales médicos para que trabajen como consultores y, por supuesto, apoyen el lanzamiento de sus nuevos medicamentos. Lo cierto es que la industria farmacéutica se ha ganado a pulso su actual mala fama con una serie de actuaciones concretas que muestran hasta qué punto parece interesarles más

mantener el negocio que contribuir a la salud de los consumidores de sus productos. Por ejemplo, apenas un mes antes de que el presidente norteamericano George W. Bush anunciara en 2002 una partida presupuestaria contra el sida en África —donde viven dos de cada tres enfermos de esta afección—, los responsables sanitarios modificaron un informe para esconder los riesgos del fármaco que iba a ser financiado para su distribución: la nevirapina. Experimentos previos en Uganda con este medicamento demostraron que podía tener efectos letales, pero la industria tenía ya fabricado un *stock* importante que necesitaba distribuir para no perder la inversión, y no se paró a considerar este detalle. Cuando se conoció el caso, el activista negro Jesse Jackson calificó el envío de la nevirapina de «crimen contra la humanidad», mientras la Casa Blanca se deshacía en excusas diciendo que desconocía los problemas del fármaco. Es la misma industria que presentó una demanda judicial contra el gobierno sudafricano por su intención de fabricar e importar medicamentos genéricos (mucho más baratos que los elaborados por los grandes laboratorios) para tratar a los enfermos de sida en su país.

Otro ejemplo: recientemente, la farmacéutica Schering-Plough llegó a un acuerdo para pagar 435 millones de dólares tras declararse culpable de conspiración por realizar declaraciones falsas al gobierno de Estados Unidos y de esa forma cerrar su caso, que estaba en manos del Departamento de Justicia y la oficina del fiscal general en Boston. Es la más alta compensación económica de este tipo hasta la fecha. Schering-Plough había sido acusada de sobornar a los médicos para prescribir fármacos concretos contra el cáncer y la hepatitis: pagaba quinientos dólares por cada paciente que comenzara un tratamiento con sus fármacos.

Se calcula que el sector farmacéutico gasta cada año entre ocho mil y trece mil euros por médico en marketing y regalos.

Además, los laboratorios hacen generosas donaciones a los partidos políticos (sólo en Estados Unidos, los diez laboratorios más grandes del país contribuyeron con diez millones de dólares a la campaña electoral 1999-2000) para adquirir influencia sobre ellos cuando alcanzan el gobierno y orientar la puesta en marcha de leyes que los favorezcan, como por ejemplo las estrictas regulaciones en contra de los herbolarios y otros pequeños comercios que venden o promocionan terapias eficaces y alternativas a la cara medicina oficial. Así se consigue, por ejemplo, que los ciudadanos alemanes inviertan una media de hasta el catorce por ciento de su salario en medicinas que, quizá, no necesitan en realidad. Porque para mantener el negocio, las empresas farmacéuticas tienen que tratar cada vez a más personas, estén o no estén enfermas. Es por ello por lo que surgen enfermedades nuevas con una pasmosa rapidez: al terminar la segunda guerra mundial, existían veintiséis enfermedades anímicas, hoy hay casi cuatrocientas.

Jörg Blech, redactor de *Der Spiegel*, denuncia este miserable negocio con la salud humana en su más que interesante «Los inventores de enfermedades», donde pasa revista a dolencias de moda —y de dudosa existencia— como la fobia social, una supuesta forma patológica de timidez que le permitió a Roche poner en circulación su antidepresivo Aurorix. O el llamado síndrome de Sissí, una extraña depresión que se manifiesta en personas activas (!), que se dio a conocer en 1998 y de la que sólo en Alemania existen hoy tres millones de personas en tratamiento. O el trastorno por déficit de atención con hiperactividad, para el cual Novartis tenía una pastilla, Ritalin, lista para el mercado desde 2002: con ella se trata hoy a más de cinco millones de niños estadounidenses. Una de las últimas enfermedades «descubiertas» es el síndrome posvacacional, una presunta depresión que se supone afecta a las personas cuando terminan su período de vacaciones y se enfrentan con la vuelta al trabajo. Para solu-

cionarlo de inmediato, lo mejor es comprar las pastillas adecuadas. Ninguno de los afectados por estas dolencias de diseño se pregunta nunca cómo es posible que las personas del Tercer Mundo, que tienen muchos más motivos para estar deprimidas que los de países del primero, siguen viviendo sin necesidad de drogas legales.

Un estudio de Consumers International, una organización que agrupa a 230 asociaciones de consumidores de 113 países, demostró en 2006 cuatro cosas concretas: primera, que las compañías farmacéuticas hacen gala de una escasa transparencia al informar sobre aspectos clave de su política de responsabilidad social corporativa; segunda, que las nuevas técnicas de mercadotecnia no favorecen un uso racional de los fármacos por parte de los consumidores; tercera, que el mecanismo de autorregulación de la industria es frágil o inexistente según los casos; cuarta, que las compañías tienen una relación «poco clara» con los investigadores médicos. Son conclusiones similares a las que había llegado un informe de la organización Health Action International ocho años antes.

Y como es natural, la industria apoya sólo la lucha contra las enfermedades para las cuales tiene su propio remedio preparado. El caso del médico Manuel Elkin Patarroyo es especialmente sangrante en este sentido. Este colombiano extraordinario, que entre otras cosas es el fundador del Instituto de Inmunología de su país, diseñó una vacuna sintética, barata y eficaz para luchar contra la malaria, una de las enfermedades que mayores estragos ha causado en los países menos favorecidos del mundo. Pero en lugar de recibir el aplauso de sus colegas y el apoyo incondicional de las grandes compañías para desarrollarla, se encontró con el gélido desprecio de sus envidiosos colegas y la escandalosa propuesta económica para que vendiera la patente a las multinacionales a fin de que éstas produjeran la vacuna a escala mundial, respetando sus adjetivos de «sintética» y «eficaz».

pero eliminando el de «barata». Patarroyo insistió en que la idea desde un primer momento había sido la de crear una medicación asequible a todos los bolsillos y en especial a los de los más pobres, así que donó su descubrimiento a la Organización Mundial de la Salud para que la fabricara y comercializara en beneficio de toda la humanidad. Jamás se lo perdonaron: su vacuna, sus demás investigaciones y su misma persona han sido cuestionadas sistemáticamente desde entonces, incluso desde dentro de la propia OMS, mientras los laboratorios de las compañías continuaban —y continúan hoy— buscando su propia vacuna para venderla a su precio. Recientemente, una docena de especialistas en malaria oriundos de varios países, encabezados por el abogado y especialista de la Universidad de Ottawa Amir Attaran, acusaban a las instituciones internacionales, en especial al Banco Mundial, de engañar al mundo y propiciar todo tipo de errores en sus campañas —que no incluyen la vacuna de Patarroyo— contra la enfermedad. Traducción: la muerte de «centenares de miles de niños».

El último caso de este tipo del que tengo noticia hace referencia a las investigaciones de un doctor en física español, Antonio Brú, que ha diseñado una nueva terapia contra el cáncer que prescinde de la devastadora quimioterapia y, en su lugar, potencia el sistema inmunológico del paciente. Los estudios presentados, incluyendo el tratamiento de dos pacientes inicialmente desahuciados que consiguieron recuperarse a plena satisfacción, aparecieron en la prensa como curaciones casi milagrosas. Sin embargo, la investigación necesita dinero y confianza de las autoridades sanitarias, y no parece que Brú ande sobrado de ellas. Los oncólogos en general no apoyan sus trabajos, por no ser él mismo un científico del sector. Y las multinacionales miran para otro lado porque si desaparecieran los tratamientos de quimioterapia y radioterapia, dejarían de ganar miles de millones.

A estas alturas, parece bastante claro que la ciencia tampoco es algo de lo que podamos fiarnos plenamente, aunque a primera vista no se advierta ninguna mano negra detrás de ella; simplemente, personas cegadas por el dinero y el éxito. Mas pregúntese, igual que lo hizo con la Historia o los medios de comunicación: ¿Qué descubrimientos, qué conocimientos que podrían cambiar la mente de la Humanidad —y su vida diaria— no han sido silenciados durante todos estos años y por motivos no aclarados?

Entre los numerosos textos conspiranoicos que circulan por el mundo, el último que ha conseguido cierto impacto ha sido *The Secret Covenant* («El pacto secreto»), publicado por primera vez en junio de 2002 en Internet, a través de la web de Bankindex, una compañía punto.com de origen estadounidense dedicada a la consultoría financiera. Alguien remitió el texto de manera anónima y desde allí fue difundido y traducido a diversos idiomas. Los profesionales de Bankindex recibieron una avalancha de correos electrónicos solicitando información sobre el texto: quién lo había publicado, por qué y con qué intenciones. Pero la empresa no pudo facilitar datos adicionales porque quienquiera que fuese el autor de aquellas líneas las había hecho llegar anónimamente mediante uno de sus formularios y aportando una dirección de correo electrónico no utilizable. Lo que nos interesa aquí de este escrito es el hecho de que cita reiteradamente el uso de la ciencia como una arma para que los miembros de la sociedad secreta oscura a los que parece ir dirigido consigan su propósito, que, por cierto, es el de costumbre. Después de lo que hemos visto hasta el momento, el documento resulta lo bastante inquietante como para ser una mera broma. Y lo bastante breve como para reproducirlo íntegro a continuación:

EL PACTO SECRETO

Una ilusión que será tan grande, tan inmensa, que escapará a la percepción normal. Aquellos que la vean serán acusados de dementes. Crearemos frentes separados para impedirles ver la conexión entre nosotros. Nos comportaremos como si no estuviéramos conectados, para mantener viva la ilusión. Así lograremos nuestro objetivo, paso a paso, de tal manera que jamás nadie sospechará de nosotros. Esto también les impedirá ver los cambios cuando se produzcan... Siempre estaremos por encima de su parcial campo de experiencia, porque conocemos los secretos del Absoluto.

Trabajaremos juntos y permaneceremos unidos por la sangre y el secreto. La muerte llegará a todo aquel que hable.

Reduciremos sus expectativas de vida y debilitaremos sus mentes, mientras pretendemos hacer lo contrario. Usaremos nuestro conocimiento de ciencia y tecnología en forma sutil, de tal forma que ellos jamás verán lo que está pasando. Utilizaremos los metales, aceleradores de envejecimiento y tranquilizantes en la comida, el agua y también en el aire. Ellos se verán rodeados de venenos por todas partes, miren a donde miren. Los metales les harán perder sus mentes. Prometeremos encontrar la cura en algunos de nuestros campos de experimentación y, en realidad, les proporcionaremos nuevos venenos. Estos venenos los absorberán por su piel y sus bocas, y destruirán sus mentes y sus sistemas reproductores. Por todo esto, sus niños nacerán muertos, y nosotros ocultaremos esta información. Los venenos se esconderán en todo lo que los rodea: en lo que ellos beban, coman, respiren y vistan. Debemos ser ingeniosos distribuyéndolos porque ellos pueden darse cuenta. Les enseñaremos que los venenos son buenos, con imágenes divertidas y tonos musicales.

Aquellos que pudieran ayudar serán reclutados por nosotros para empujarlos hacia nuestros venenos. Verán cómo nuestros productos se usan en las películas, crecerán acostumbrados a ellos y nunca sabrán su verdadero efecto. Cuando ellos den a luz, inyectaremos los venenos en la sangre de sus niños y los convenceremos

de su utilidad. Comenzaremos a edad temprana, cuando sus mentes son aún jóvenes. Tendremos a los niños como objetivo con lo que ellos más desean: las cosas dulces. Cuando sus dientes se deterioren, los llenaremos de metales que matarán sus mentes y robarán su futuro. Cuando su habilidad de aprender haya sido afectada, crearemos medicinas que los enfermarán aún más y que causarán nuevas dolencias para las cuales crearemos más medicinas. Mediante nuestro poder, los haremos dóciles y débiles ante nosotros. Crecerán deprimidos, lentos y obesos y, cuando ellos vengan a nosotros pidiendo ayuda, les daremos más venenos.

Nosotros enfocaremos su atención hacia el dinero y las cosas materiales; así jamás se conectarán con su yo interno. Los distraeremos con la fornicación, los placeres externos y todo tipo de juegos para que jamás puedan ser uno con la unidad de Todo. Sus mentes nos pertenecerán y harán todo aquello que digamos. Si ellos se negasen, encontraremos maneras de usar técnicas de alteración de la mente en sus vidas. Usaremos el miedo como nuestra arma. Estableceremos sus gobiernos y estableceremos la oposición a sus gobiernos. Poseeremos ambos lados. Siempre esconderemos nuestros objetivos, pero llevaremos a cabo nuestro plan. Realizarán la labor para nosotros y prosperaremos de su trabajo. Nuestras familias nunca se mezclarán con las suyas. Nuestra sangre deberá ser pura, siempre: ésa es la fórmula.

Nosotros los haremos matarse entre ellos cuando nos convenga. Los mantendremos separados gracias a los dogmas y la religión. Controlaremos todos los aspectos de sus vidas, les diremos cómo y qué pensar. Los guiaremos suave y amablemente, dejándolos pensar que se guían a sí mismos. Fomentaremos la animosidad entre ellos a través de nuestras diversas facciones. Y cuando una luz brille entre ellos, la extinguiremos por medio del ridículo o de la muerte: lo que nos satisfaga más. Haremos que rompan los corazones de sus padres y que maten a sus propios hijos. Nosotros lograremos esto, usando el odio como nuestro aliado y la ira como nuestro amigo. El odio los cegará totalmente y nunca verán que, de sus conflictos, saldremos triunfadores y gobernándolos. Estarán demasiado ocupados

matándose unos a otros. Se bañarán en su propia sangre y matarán a sus vecinos hasta el momento que lo consideremos propicio para nuestro ataque.

Nos beneficiaremos enormemente de esto, porque no nos verán, porque no pueden vernos. Continuaremos prosperando gracias a sus guerras y sus muertes. Y repetiremos esto una y otra vez hasta que nuestra última meta sea lograda. Seguiremos haciéndolos vivir en medio del miedo y de la ira mediante imágenes y sonidos apropiados. Usaremos todas las herramientas que tenemos para lograr esto, que serán proporcionadas por su propio trabajo. Los haremos odiarse a sí mismos y a sus vecinos. Escondaremos siempre la verdad divina ante ellos: que nosotros somos todos Uno. ¡Esto es lo que ellos nunca deberán saber! Ellos nunca deberán saber que el color es una ilusión; siempre deberán pensar que ellos no son iguales entre sí. Paso a paso, paso a paso avanzaremos hacia nuestra meta. Tomaremos sus tierras, sus recursos y riquezas para ejercer el control total sobre ellos. Los engañaremos para que acepten leyes que robarán la pequeña libertad que puedan tener. Estableceremos un sistema de dinero que los encarcelará para siempre, manteniéndolos a ellos y a sus hijos en la deuda permanente.

Si ellos logran unirse en algún momento, acusaremos a quien lo haga de muchos crímenes y presentaremos una historia diferente al mundo, porque nosotros poseeremos todos los medios de comunicación. Los usaremos para controlar el flujo de información y su sentimiento en nuestro favor. Si ellos luchan contra nosotros, los aplastaremos como insectos, porque son menos que eso. Ellos carecerán de poder para hacer algo porque no tendrán ninguna arma. Reclutaremos algunos de los suyos para llevar a cabo nuestros planes: les prometeremos la vida eterna, aunque nunca la tendrán porque ellos no son de los nuestros. Los reclutas se adoctrinarán para creer en falsos ritos de paso a los más altos reinos. Los miembros de estos grupos pensarán que ellos son uno con nosotros, pero nunca sabrán la verdad. Jamás deberán aprender esta verdad o de lo contrario se volverán en contra de nosotros. Por su trabajo se los premiará con objetos materiales y con grandes títulos, pero nunca

serán inmortales y nunca se nos unirán. Nunca recibirán la luz ni viajarán a las estrellas. Ellos nunca alcanzarán los reinos más altos: los crímenes contra su propio género impedirán el paso al reino del esclarecimiento. Esto nunca lo sabrán. La verdad se ocultará en sus rostros: tan cerca, que serán incapaces de enfocarla hasta que sea demasiado tarde. Oh, sí: tan grande será la ilusión de libertad que nunca sabrán que son nuestros esclavos. Cuando todo esté en su lugar, la realidad que nosotros habremos creado para ellos los poseerá. Esta realidad será su prisión. Ellos vivirán en el autoengaño.

Y cuando nuestra meta esté cumplida, una nueva era de dominación comenzará. Sus mentes se limitarán por sus creencias; las creencias que nosotros hemos establecido, desde tiempo inmemorial. Pero si ellos alguna vez averiguan que son iguales a nosotros, entonces pereceremos. ELLOS NUNCA DEBERÁN SABER ESTO. Si ellos alguna vez averiguan que juntos pueden vencernos, tomarán la iniciativa. Ellos nunca deben, en toda su vida, averiguar lo que hemos hecho, porque si lo hacen, no tendremos lugar a donde huir. Para ellos será fácil ver quiénes somos una vez que el velo que los ciega haya caído. Nuestras acciones se habrán revelado, sabrán quiénes somos, nos cazarán y ninguna persona nos dará cobijo. Éste es el Pacto Secreto por el cual viviremos el resto de nuestra vida actual y las futuras; para esta realidad, trascenderán muchas generaciones y esperanzas de vida. Este convenio se sella por sangre, nuestra sangre. Nosotros, los únicos que vinimos del Cielo a la Tierra. La existencia de este pacto NUNCA deberá, en ningún caso, ser conocida. Nunca deberá escribirse o hablar de él, si no queremos tener en cuenta que la conciencia que generaría soltará la furia del Creador sobre nosotros y seríamos lanzados a las profundidades de donde venimos para permanecer allí hasta el fin de los tiempos o la infinidad misma.

Dos opiniones autorizadas para terminar este epígrafe sobre la relación del ciudadano corriente con la ciencia.

El catedrático de la Universidad de Stanford y premio Nobel de Física 1996, el estadounidense Douglas Osheroff, advirtió durante un seminario en Kuala Lumpur en 2004: «Cada vez hay más gente analfabeta en asuntos científicos, a pesar de la conciencia creciente de la importancia que tiene la educación en esta materia; y la tendencia no es exclusiva de Estados Unidos, sino que constituye un fenómeno mundial.»

El *hacker* más famoso del mundo, el norteamericano Kevin Mitnick —cuyo historial arranca con su afición a los sistemas telefónicos e informáticos a los trece años de edad y que llegó a encabezar la lista de los más buscados del FBI hasta que fue detenido y encarcelado—, sentenció en una entrevista reciente: «La gente no está entrenada contra el engaño a través de la tecnología.»

La clave está en la conciencia

Una postura tan respetable como cualquier otra: «No creo en nada de lo que he leído hasta el momento. Es un conjunto de sinsentidos y absurdos sin conexión alguna con la realidad. Historiadores, periodistas, científicos y demás seres humanos no son más que eso: seres humanos y, por tanto, imperfectos. No es preciso sugerir ni buscar conspiraciones ocultas generalizadas. Simplemente, cada uno tiene sus motivos.»

Por supuesto que la gran mayoría de las personas del mundo (¿recuerda el tipo 3?) no está implicada en conspiración alguna y lo más probable es que ni se les haya ocurrido que pueda existir algo así, ni conozcan ninguna en toda su vida. Es más, si no fuera por el trabajo honrado que han aportado y publicado todos aquellos que trabajan en estos sectores de los que hemos hablado hasta ahora y que no tienen intereses escondidos en su oficio, no tendríamos datos suficientes para intentar

mirar qué hay detrás del decorado. Mucho de lo que vamos a examinar en las próximas páginas se lo debemos a historiadores, periodistas y científicos que no se rinden a pesar de todo y que buscan también saber qué está pasando. De lo que se trata aquí y ahora es de demostrar la dificultad de conocer el mundo que nos rodea tal y como éste es, porque los encargados de informarnos sobre él no son en general de fiar. Y aún más, porque nosotros mismos no somos de fiar... Olvidemos todo lo escrito hasta ahora e imaginemos durante un momento que todo está en orden y no existe ningún grupo oculto organizado. Aunque así fuera, tendríamos graves dificultades para conocer la verdad porque carecemos de la conciencia suficiente para ello: de nosotros y de nuestro entorno.

El hombre contemporáneo no es en general consciente de que vive en un mundo ambiguo y fantástico que nada tiene que ver con la realidad, sino que está convencido de que le ha tocado disfrutar del mejor momento histórico jamás conocido. Los propios medios de comunicación se encargan de recordarnos periódicamente las presuntas virtudes de la bautizada como Sociedad del Ocio, donde la televisión y los videojuegos se han convertido en los negocios más rentables para entretener y, por tanto, desactivar intelectualmente a las personas. Nos referimos de manera específica al hombre occidental, que dispone de todo tipo de comodidades físicas y tecnológicas y que se ha acostumbrado a vivir en un paraíso artificial que le colma de una (falsa) seguridad acerca de sí mismo y su lugar en la vida. Para el resto de los seres humanos del planeta —es decir, para la gran mayoría de la humanidad—, cuyo objetivo principal consiste apenas en poder comer y sobrevivir un día más, la existencia sigue siendo tan dura, complicada e incluso cruel como lo fuera para sus antepasados.

El alejamiento de la realidad es la razón de que, a pesar de todos los avances científicos y materiales conseguidos en los últi-

mos milenios, el hombre corriente siga siendo fácil presa de la angustia, la superstición, el miedo y otros elementos que manos más astutas que las suyas saben utilizar para sus propios fines.

Lo primero que habría que considerar es que la herramienta fundamental para entendernos con lo que nos rodea no son nuestros ojos ni nuestras manos ni el resto de nuestros sentidos, sino nuestro cerebro, y que éste además, según demuestra el profesor del Instituto Tecnológico de Massachusetts Steven Arthur Pinker en sus libros *El instinto del lenguaje* y *Cómo funciona la mente*, no es otra cosa que una máquina, cuyo funcionamiento exacto y completo ignoramos y, por tanto, desaprovechamos. Es como si dispusiéramos del ordenador personal más potente del mundo y lo utilizáramos sólo como calculadora para sumar y restar. A ello hay que sumar el hecho cierto de que el cerebro está sometido a todo tipo de filtros, restricciones y controles, la gran mayoría de ellos de carácter inconsciente, que acaban por alterar completamente nuestra percepción del entorno, pues la misión principal de nuestras neuronas es rechazar el 99 por ciento de los estímulos que recibimos en cada momento y almacenar tan sólo el uno por ciento restante so pena de enloquecer por exceso de información.

Por ello no podemos fiarnos en absoluto de lo que dicen nuestros sentidos. El ejemplo más claro es la visión. Tendemos a pensar que algo es cierto si podemos ser testigos de ello, de acuerdo con expresiones como «si no lo veo, no lo creo» o «lo he visto con mis propios ojos». ¡Como si no supiéramos lo sencillo que resulta engañar a nuestros ojos a través de figuras inestables, estereogramas, dibujos distorsionados y todo tipo de ilusiones ópticas! O el tacto: algo es real si lo tocamos y, si no lo tocamos, no existe. Pero ¿acaso no puede un médico amputarnos un brazo o una pierna sin que nosotros lo sintamos gracias a la anestesia? Con todos los sentidos sucede igual: es fácil engañarlos y, por tanto, engañarnos a nosotros mismos.

El estudio de las verdaderas posibilidades del cerebro y de la percepción del mundo a través de él es una de las ramas más prometedoras de la ciencia moderna, pero pasarán años antes de que el ciudadano común pueda acceder a los beneficios de las actuales investigaciones. Uno de los pocos científicos que ha trabajado intensamente en este campo y que ha difundido a un público amplio sus investigaciones y conclusiones es el chileno Darío Salas Sommer, cónsul científico de Rusia en Iberoamérica. Salas defiende que sólo un grado significativo de vigilia, una capacidad elevada de atención y una poderosa fuerza de voluntad nos permitirán aproximarnos a la realidad tal cual es, y no según nos la resumen acelerada y desordenadamente nuestros sentidos. A ello hay que sumar una adecuada «digestión mental» o reflexión profunda, de forma que nuestro cerebro pueda penetrar hasta el fondo en las impresiones recibidas y extraer de ellas su significado real, no el aparente.

La percepción del entorno depende de múltiples factores que se suceden fisiológicamente y dejan poco margen voluntario para que la persona intervenga en ellos: los receptores sensitivos envían mensajes sensoriales en forma de corrientes nerviosas que, al llegar a estructuras encefálicas internas como el tálamo o el hipocampo, son interpretadas en función de nuestro «banco de datos» de la memoria cerebral. El guardián definitivo es el sistema reticular ascendente mesodiencefálico, el encargado de regular los ciclos de sueño y vigilia. Él, en última instancia, más que nuestra voluntad corriente, será quien decida qué informaciones, qué sentimientos, qué emociones, etcétera, pueden aflorar a nuestra conciencia y cuáles quedarán encerrados en un nivel subliminal de nuestro cerebro. El resultado final es que nuestro conocimiento del mundo es fragmentado, incompleto e individual: no alcanzamos a captar la realidad, ni mucho menos a hacer una copia fiel de ella, sino que interpretamos en nuestro interior lo que creemos que es la

realidad, construimos nuestra propia y característica versión, y actuamos en consecuencia, dispuestos a pelear e incluso a morir por defender nuestra percepción falsa del mundo. Ésa es la historia de la humanidad.

Darío Salas señala como especialmente importantes los avances de la física cuántica, que en los últimos años ha cuestionado todo el método científico, al plantear que el observador de un hecho puede influir en el mismo hasta el punto de forzar a ese hecho a que se desarrolle de una forma distinta a la que, por naturaleza, debería haber sido. Una película interesante para iniciarse en ese sentido es *¿Y tú qué sabes?* (*What the Bleep Do We Know?*) de William Arntz, que explica con palabras sencillas muchos de los conceptos de este tipo de física.

La única forma entonces de aproximarse a la realidad absoluta sería «perfeccionar nuestro instrumento de conocimiento para que nuestro ser pueda acceder a la realidad tal y como ésta es, no como la representa nuestra personalidad con sus prejuicios y sus limitaciones». Para ello deberíamos, como observadores, aprender a colocarnos ante un hecho concreto en una posición que fuera tan neutral como si no existiéramos. Eso significa evitar ideas y creencias preconcebidas, no opinar en ningún sentido y mantener un grado elevado de impersonalidad. De esta forma, sería posible acceder a un grado de comprensión más allá de la programación cerebral que, según Salas, nos convierte en auténticos robots humanoides fáciles de dirigir por todo aquel que sepa tocar los botones adecuados a través de unas dolencias concretas:

- a) un estado de vigilia carencial que nos hace vivir en estado de «duermevela» (no estamos tan despiertos como pensamos);
- b) un sistema educativo erróneo, de carácter memorista (en el que no aprendemos a aprender);
- c) un estado de percepción subliminal que nos afecta per-

manentemente (lo habitual no es que vivamos en estado de alerta ante la vida sino más bien lo contrario);

d) un caudal de información indiscriminada que desborda nuestra capacidad (y que constituye un auténtico implante informático mental que sirve para controlarnos).

A pesar de todo esto, ¿cree usted que controla su cerebro, su capacidad de pensar? Haga la siguiente prueba: deje de hacerlo durante unos minutos. Si no puede dejar de pensar a voluntad, está equivocado.

«¡Un momento! Aún me queda algo: mi propia memoria. Puedo recordar quién soy, así como las cosas que he vivido o he dejado de vivir», podría argumentar. Pero no le queda ni eso. Existen numerosos acontecimientos vitales de los que no guarda recuerdo alguno consciente, como su propio nacimiento o la primera vez que habló o caminó. En las películas aparecen esos testigos capaces de decir dónde estaban y qué hacían a las cuatro y veinte de la tarde hace siete años... ¿Recuerda usted lo que hacía a esa hora hace tanto tiempo? Los últimos ensayos cognitivos han demostrado que todos alteramos de una u otra forma nuestros recuerdos a través de ligeras modificaciones o bien con auténticas recreaciones de la imaginación, según nuestra personalidad, nuestro grado de emotividad o nuestra sinceridad con nosotros mismos. Y al menos un cuarto de la población es susceptible de incorporar a su memoria falsos recuerdos que nunca ocurrieron. En la película *Blade Runner* de Ridley Scott, basada en la novela de Philip K. Dick ¿*Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, encontramos unos androides tan perfeccionados que ellos mismos no saben que lo son porque poseen injertos de memorias ajenas en su cerebro artificial. Resulta inquietante que la realidad se parezca tanto a la ficción, cuando sabemos lo sencillo que es introducir memoria falsa en el cerebro humano.

Así lo prueban los trabajos de expertos como la norteameri-

cana Elizabeth Loftus, psicóloga de la Universidad de Washington, dedicada precisamente a la investigación de falsos recuerdos, que obtuvo un sorprendente resultado en uno de sus experimentos: más de un tercio de los participantes «recordó con nitidez» tras unos minutos de charla amistosa que, siendo niños, Bugs Bunny los había abrazado cariñosamente durante una visita a Disney World. Estaban convencidos de ello. El problema es... que este personaje no pertenece a la compañía Disney sino a la competidora Warner Brothers, luego difícilmente pudo producirse este suceso. Una de las asociadas de Loftus, Jacqueline E. Pickrell, realizó una experiencia similar. Presentó a los voluntarios que participaron en ella hasta cuatro sucesos concretos de su infancia, corroborados por sus padres, y les pidió que hicieran un esfuerzo por recordarlos. Tres de esos sucesos eran reales y uno falso. Y el falso era el mismo para todos los voluntarios: se habían perdido en unos grandes almacenes cuando tenían cinco años de edad. Uno de cada tres encuestados dijo recordar perfectamente lo ocurrido en una primera entrevista. En una segunda ronda de entrevistas «sólo» uno de cada cuatro decía acordarse con claridad de algo que nunca había sucedido.

A principio de la década de 1990, este tema de los falsos recuerdos desató un estrépito judicial en Estados Unidos cuando varios terapeutas se vieron obligados a indemnizar a sus pacientes con cantidades millonarias por haberles hecho creer mediante hipnosis y otras técnicas de sugestión que durante su infancia habían sido víctimas de abusos, a menudo a manos de sus familiares, con violaciones, cultos satánicos, rituales caníbales, orgías sexuales y todo tipo de aberraciones semejantes por medio. Hacia 1996, diversas pruebas periciales certificaron la falsedad de estos recuerdos que habían construido a medias entre el terapeuta y el paciente, ambos fascinados por esta exploración en los límites de la certeza.

Incluso cuando recordamos algo que sucedió efectivamente, las imágenes que evoca nuestro cerebro son alteradas respecto al suceso original, pues analizamos sólo uno de los aspectos del mismo y no otros que también lo condicionaron en su momento. Recordamos antes lo positivo que lo negativo. Además, teñimos esa imagen de acuerdo con el estado de ánimo en el que nos encontramos ahora mismo —no el que teníamos cuando se generó— y con nuestra experiencia actual —por fuerza más amplia que la del pasado—. En resumidas cuentas, no se trata ya de una reproducción del hecho, sino de una auténtica reconstrucción.

CAPÍTULO 2

El primer hombre, la primera mentira

La memoria llega justo hasta donde llega nuestro interés.

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE,
filósofo alemán

Un estudio publicado por la revista *New Scientist* recordaba que el ser humano es un prodigio de rapacidad, ya que en unos pocos miles de años ha sido capaz de colonizar con ciudades y cultivos más de un tercio de la superficie terrestre, exterminar miles de especies y contaminar el planeta hasta límites próximos a lo insostenible. Mas también advertía de que si mañana nuestra especie desapareciera radicalmente por cualquier motivo, la Tierra apenas tardaría unos cien mil años en barrer los rastros de nuestra existencia. Un extraterrestre que llegara pasado ese plazo bien podría creer que nuestro mundo jamás estuvo habitado.

Según este estudio, la polución lumínica desaparecería en cuestión de días: los que tardaran las placas solares y las plantas eólicas en colapsar. Sin electricidad, los accesorios de la vida moderna que se mantienen automáticamente dejarían de funcionar en el acto. En tres meses, el nivel de contaminación atmosférica disminuiría sensiblemente y a los diez años, el meta-no desaparecería de la atmósfera de manera natural. La falta de mantenimiento cotidiano destruiría autopistas, acueductos y rascacielos, que se derrumbarían en unos doscientos años. Las

plantas reconquistarían las carreteras rurales en cuestión de dos decenios y, en treinta años más, las avenidas de las ciudades. Los puentes se desmoronarían pasados los primeros cien años, más o menos el tiempo que aguantarían sin ser devorados por la naturaleza los núcleos urbanos. Las presas sólo aguantarían doscientos cincuenta años antes de ceder a la presión del agua. En resumen: en poco más de dos siglos, la huella del hombre sería inexistente, aparte de algunas ruinas polvorientas. Yendo más allá, antes de mil años se renovarían la corteza terrestre y el dióxido de carbono habría vuelto a los niveles anteriores a la era industrial. A los cincuenta mil años, la mayoría de los plásticos y los cristales habrían desaparecido y a partir de entonces sólo algunos restos arqueológicos podrían dar una pista de nuestro paso por el planeta, sin contar algunos componentes químicos artificiales que desaparecerían pasados doscientos mil años. Aun en el caso de que el ser humano se esfumara por un holocausto atómico, el tiempo necesario para borrarlo todo no iría más allá de dos millones de años: un plazo breve en términos geológicos. Tenemos algunas pruebas acerca de esta sorprendente capacidad de regeneración de la Tierra. Por ejemplo, durante la segunda guerra mundial, muchos pescadores abandonaron su oficio al ser reclutados para la Marina. A consecuencia del descenso de su actividad pesquera, especies como el bacalao, que se encontraban en serio riesgo, se recuperaron con una rapidez asombrosa.

Sabiendo todo esto, ¿cómo es posible que nuestros libros de Historia sean capaces de establecer con cierta rotundidad cuándo y cómo comenzó la aventura del ser humano, sin dejar lugar a nuevas interpretaciones y teorías? ¿No es acaso posible que existieran, hace tanto tiempo que lo desconocemos, otras humanidades anteriores a la nuestra? ¿Humanidades que no dejaron ni rastro, como no lo dejaremos nosotros? ¿Cómo terminaron? ¿Qué hicieron bien y qué hicieron mal? ¿Qué pistas

podrían habernos dado para explicarnos por qué el mundo es como es y cómo evitar acabar como ellos?

Si fuera el dirigente de la sociedad secreta oscura más poderosa del planeta y dispusiera de tiempo, dinero y medios, además del afán insoportable de erigirse en amo y señor del mundo, seguramente su primer paso sería el de alterar el conocimiento histórico de lo ocurrido tiempo atrás para adecuarlo a sus planes. El ser humano es rebelde por naturaleza; es difícil que se someta durante mucho tiempo a una voluntad ajena porque sí, a no ser que se le convenza de que ello comporta alguna ventaja inmediata, incluyendo la propia supervivencia. Así que es preciso empujarle a la conclusión de que le conviene dejarse liderar por los miembros de nuestro grupo, por supuesto camuflados bajo un halo benefactor. Ha habido momentos en los que el ser humano ha marchado por el camino correcto, ascendiendo por la espiral de la vida gracias a la guía de las sociedades secretas luminosas, y otros en los que ha vagado por rutas tenebrosas, pisando sus huellas una y otra vez en un círculo diabólico, desorientado por las sociedades secretas oscuras. Recordemos: la clave está en la conciencia. Una persona, una sociedad consciente de sí misma es capaz de recordar y quintaesenciar la experiencia, pero si pierde su memoria o ésta se altera, corre el riesgo de cometer los mismos errores eternamente. Un mundo sin memoria es mucho más sencillo de controlar, igual que el individuo amnésico que acepta cuanto le digamos. Por ello resulta tan rentable robar el conocimiento de lo que ocurrió, destruirlo a martillazos y usar los escombros para inventar un pasado nuevo que favorezca ciertos intereses.

Y si alguien descubre que este monstruo de Frankenstein intelectual es demasiado feo, absurdo e inviable y sugiere en voz alta que habría que replantearse la imagen del pasado, caerán sobre él todos los improperios, descalificaciones y maldiciones posibles a fin de desautorizarle y obligarle a callar. Le ta-

charán de inculto, charlatán, supersticioso y mentiroso. Buscarán acorralarle y expulsarle de los foros públicos para evitar que siga propagando sus dudas y sus planteamientos alternativos. En el peor de los casos irán físicamente a por él. No sin cierto sarcasmo, la mayor agresividad en su contra provendrá del mundo académico, de aquellos que precisamente tendrían que ser más sensibles a la apertura de nuevos horizontes para resolver los enigmas y agujeros negros reconocidos por todos, pero que no soportan la idea de haber construido una, a menudo larga y fructífera, carrera profesional y un prestigio personal sobre la base de conocimientos erróneos. Un obcecado investigador perteneciente a un importante centro científico español dijo en un reciente curso de verano que el mero hecho de dudar o negar «cuestiones admitidas por la comunidad de científicos» —infallible según parece— debería considerarse «terrorismo científico».

Así hablan los tontos útiles de los que permanecen en la sombra.

El oscuro origen africano

Existe un vago asentimiento general acerca de cuál debe ser la edad concreta de la Tierra y cuándo pudo comenzar la vida en ella. A partir de esas fechas calculadas sobre el vacío se aventuran hipótesis sobre el momento en que nació el ser humano, pero todo es demasiado confuso, demasiado neblinoso, y no podría ser de otra manera: no había nadie allí para tomar nota y dejárnoslo por escrito. Hasta hace poco, la comunidad científica admitía como correcta la hipótesis de que los primeros seres vivos aparecieron hace unos mil novecientos millones de años, pero en el oeste de Australia se ha encontrado no hace mucho un arrecife fosilizado con un tipo de organismo más antiguo: los estro-

matolitos (restos fosilizados de microbios) enterrados en la región de Pilbara, con más de tres mil cuatrocientos millones de años de antigüedad. Estos estromatolitos se encuentran en un arrecife de diez kilómetros de longitud y son la prueba evidente de que la vida es mucho más antigua de lo que pensábamos. Y si se puede retrasar el origen de la vida casi al doble de tiempo de lo que se creía, ¿significa eso que el hombre también podría ser más viejo de lo que pensábamos? Primero debemos plantearnos qué es un hombre.

Se supone que el ser humano como especie nació hace varios millones de años en algún punto del África oriental. Allí se han concentrado, en el último medio siglo especialmente, las excavaciones en busca del llamado «eslabón perdido», ese enigmático ejemplar a medio camino entre el homínido más o menos bestial y el *Homo sapiens sapiens* que hoy dice dominar la Tierra gracias a su tecnología. La teoría oficial asegura que esa evolución se produjo en algún momento indefinido tras el cual, por razones desconocidas, nuestros antepasados emprendieron un largo peregrinaje que los habría llevado hasta Oriente Medio, para después dividirse y seguir viaje, unos hacia el este, adentrándose en el continente asiático (y mucho más tarde, pasando al americano a través de un estrecho de Bering temporalmente accesible), y otros hacia el oeste, rumbo a la parte más occidental de Europa. Diversos equipos de arqueólogos, en su mayor parte norteamericanos, han revuelto una y otra vez los yacimientos africanos y han hallado abundantes restos de antropoides de todos los tipos, tamaños y nombres. El penúltimo, la calificada como Niña de Dikika o «la niña más antigua del mundo». En realidad, se trata de un homínido más parecido a un chimpancé que a un humano, de unos tres años de edad y más de tres millones de años de antigüedad.

Muchos millones de dólares y muchas toneladas de tierra removidas después, sólo se ha encontrado eso: restos de homí-

nidos más o menos desarrollados. Pero nadie ha sido capaz de hallar ni el eslabón perdido ni el primer *Homo sapiens* en África. Así que, a la espera de que aparezcan esos ansiados restos, no hay razón alguna por la que creer en la teoría oficial más que en cualquier otra, a no ser que queramos correr el riesgo de ser considerados *terroristas científicos*. Aunque le moleste a muchos, lo más probable es que si las excavaciones se hubieran concentrado en otros lugares de África o en cualquier otra región del mundo donde existieran homínidos, los resultados hubieran sido muy similares.

Para poder ejercer su profesión, tanto los paleoantropólogos como los arqueólogos deben someterse a la visión predeterminada impartida en la universidad y, después, trabajar sólo en aquellos yacimientos aceptados por todo el sector como «buenos» de acuerdo con la dirección de los excavadores más veteranos. Organizar una campaña de unos pocos meses cuesta muchísimo dinero y llevarla a cabo precisa numerosos permisos oficiales, así como un esfuerzo físico ímprobo sobre el terreno: es como buscar un anillo de oro en un vertedero. Si además se plantea la posibilidad de excavar en un lugar distinto, del que todavía nadie ha extraído nada y del que no se sabe si en verdad contendrá algún hallazgo interesante, las probabilidades de que prospere la campaña se reducen casi a cero. Un equipo español dirigido por Manuel Domínguez Rodrigo, de la Universidad Complutense de Madrid, descubrió el amargo sabor de la impotencia cuando se intenta romper el monopolio en busca de la verdad. Integraban el primer equipo europeo que, tras infinitas gestiones y numerosos gastos, había conseguido permiso para trabajar en la garganta de Olduvai, al norte de Tanzania, una de las pretendidas «cunas de la humanidad» porque en su día aparecieron restos de homínidos de casi dos millones de años de antigüedad. El objetivo era un yacimiento abandonado hacía cincuenta años. Sin embargo, cuando se presentaron en la zona,

descubrieron que se les había denegado la autorización y se les ofrecía, como mucho, la posibilidad de excavar en un punto alejado del lugar más rico en fósiles. Eso, o volver a casa. Asumiendo el chantaje tanzano, Domínguez Rodrigo y los suyos tuvieron que limitarse al «suburbio» designado, donde, de todas formas, desenterraron unos mil quinientos fósiles de fauna prehistórica, además de cientos de herramientas de piedra y un pedazo de cráneo perteneciente a un homínido, hoy en estudio.

¿Por qué no pudieron trabajar donde deseaban? Aunque la garganta de Olduvai fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco y debería ser de libre acceso para todos los investigadores de acuerdo con las autoridades tanzanas, en la práctica funciona como el coto privado del equipo norteamericano de la Universidad de Rutgers, dirigido por Robert Blumenschine desde la década de 1980. Al menos, así lo considera él, pese a que lleva casi veinte años excavando, unos dos millones de dólares gastados, y tan sólo ha logrado hallar un trozo de mandíbula de un antropeide no especialmente relevante. Tanto tiempo y tantos recursos... ¿Es porque realmente no hay gran cosa que encontrar, pero resulta cómodo seguir viviendo de la especulación, del «y si después de todo hubiera algo más...»? ¿O es que se trata de encontrar sólo lo que es conveniente encontrar y entonces hacer como que se hace para esconder que nada se hace? En cualquiera de los dos casos, la llegada de un equipo europeo rompía el control de la región por parte de los encargados del monopolio, así que había que asegurarse de que no tuviera acceso a los lugares de mayor interés. Por ello, Blumenschine acudió a la Comisión Tanzana de Ciencia y Tecnología y, mediante los adecuados argumentos fácilmente imaginables, forzó la anulación del permiso inicial otorgado al equipo de Domínguez Rodrigo, quien sintetizó el comportamiento del estadounidense con una definición rotunda: «inmoral e imperialista».

Volviendo a nuestro eslabón perdido, resulta llamativo que ningún defensor del origen africano de nuestra especie haya sido capaz de explicar convincentemente por qué se supone que emigró desde el África oriental hacia Asia y Europa. ¿Acaso iba a encontrar mejor hábitat para desarrollarse y construir las primeras civilizaciones en un territorio en comparación mucho más árido y menos cómodo como Oriente Medio o en otro mucho más frío y peligroso como la Europa glacial? Si buscaba un lugar para expandirse con seguridad y comodidad, ¿no hubiera sido más lógico que primero colonizara otras zonas del continente africano?

Aun en el caso de que algún día se demostrara realmente que el hombre nació en África, ¿a partir de qué momento debemos considerarlo como tal? Michael A. Cremo cuenta en su *Forbidden Archeology* («Arqueología prohibida») una serie de hallazgos que cuestionan más que seriamente el dogma científico sobre la edad real del ser humano. Relata por ejemplo el caso de Virginia Steen-McIntyre, una geóloga que en los años setenta participó en los trabajos de datación de algunas herramientas de piedra obtenidas en Hueyatlaco, cerca de la ciudad mexicana de Puebla. Usando diferentes métodos, como series de uranio y estratigrafía, el equipo de Steen-McIntyre cifró estas herramientas en doscientos cincuenta mil años de antigüedad. Esto causó un gran revuelo en los científicos que evaluaron sus resultados porque, de acuerdo con la tesis oficial, se supone que los seres humanos no habían llegado a América del Norte por aquellas fechas. Y además, los hombres capaces de fabricar ese tipo concreto de herramientas no deberían tener más de cien mil años de antigüedad. Ella revisó sus pruebas y afirmó que eran correctas. Resultado: el artículo en el que describía sus trabajos no fue publicado, perdió su posición como profesora en la universidad en la que trabajaba y sus colegas le dieron la espalda, acusándola de buscar publicidad barata con

descubrimientos ambiguos. Consternada, la geóloga escribió una carta a la publicación científica *Quaternary Research* («Investigación del Cuaternario»), en la que decía textualmente que el problema «es más grande que Hueyatlaco. Conciérne a la manipulación del conocimiento científico mediante la supresión de “datos enigmáticos” que desafían el modo de pensar predominante [...] en las actuales teorías de la evolución humana. Nuestro trabajo ha sido rechazado por la mayoría de los arqueólogos porque contradice tales teorías, y punto».

Otro caso interesante es el de las huellas de pisadas que se encontraron en 1979 precisamente en Tanzania, en Laetoli, impresas en unos depósitos de ceniza volcánica cifrados sin error alguno en más de tres millones y medio de años de antigüedad. La explicación oficial asegura que quien caminó por allí hace tanto tiempo fue el *Australopithecus*, un homínido semihumano, pero lo sorprendente es que ninguno de los huesos de pie fósiles que conservamos de semejante ser se parecen a los de las huellas de Laetoli. Y más sorprendente aún es el hecho de que sí coinciden con los del pie de un humano contemporáneo... Para los que piensen que, después de todo, esta huella muestra que el hombre más antiguo fue africano, recordaremos que en la localidad italiana de Castenedolo, cerca de Brescia, el geólogo italiano Giuseppe Ragazzoni desenterró los huesos de cuatro individuos anatómicamente modernos en una formación de lodo azul del Plioceno Medio, cifrada entre tres y cuatro millones de años de antigüedad. Las diversas capas de sedimento estaban intactas, así que la teoría de que pudieran ir a parar allí en tiempos más próximos a nosotros se desmorona. Otro esqueleto de época similar y estructura igualmente/moderna fue encontrado por otro equipo de investigadores en la también ciudad italiana de Savona. ¿Quiere ir más atrás en el tiempo? En la localidad francesa de Midi, el antropólogo Gabriel de Mortillet dio cuenta del hallazgo, en una formación del

Mioceno, de un esqueleto muy parecido a los italianos, pero esta vez con una antigüedad mínima de cinco millones de años. Y no se trata sólo de huesos, porque el portugués Carlos Ribeiro encontró, también en formaciones geológicas del Mioceno próximas a Lisboa, herramientas de piedra de la misma edad, muy parecidas a las que hallaron otros científicos en la zona francesa de Thenay y también en Burma, India. ¿Aún más lejos? Si no le asusta el vértigo, sepa que en Illinois, Estados Unidos, se encontró otro de estos extraordinarios esqueletos humanos en una mina de carbón a poco menos de treinta metros de profundidad, pero justo encima de los restos había más de medio metro de roca intacta. El carbón de este yacimiento se remonta al período carbonífero. Quienquiera que fuera el ser humano allí enterrado, sobre él habían pasado unos trescientos millones de años...

Las minas de carbón han proporcionado otras sorpresas considerables. De los diversos casos documentados, que en su día causaron gran impresión pero que fueron de inmediato apartados de la luz pública y relegados a un forzoso olvido porque no encajaban en absoluto con el dogma oficial, destacamos el de la cadena de oro que se encontró dentro de una pieza sólida de carbón extraído en otra mina de Illinois (apareció por accidente cuando el pedazo se partió y descubrió el increíble tesoro que albergaba en su interior), un tornillo oxidado dentro de un pedazo de feldespató datado en veintiún millones de años de edad (hallado en una mina de Nevada) o las monedas y la tabla de madera petrificada que se encontraron a quince metros de profundidad en una cantera del municipio francés de Aix-en-Provence. Si todo lo anterior le resulta difícil de creer y prefiere objetos más próximos en el tiempo para plantearse la posibilidad de que de verdad las cosas no son como siempre se las contaron, sepa que en 1957, durante unos trabajos de reconstrucción en Hamburgo, Alemania, una excavadora

tropezó con unas piedras semejantes a cabezas humanas de dimensiones colosales que fueron desenterradas y estudiadas por el profesor Mattes, quien llegó a la conclusión de que se trataba de objetos esculpidos por el ser humano hace «sólo» doscientos mil años. Comentando este y otros hallazgos similares, el arqueólogo ruso Z. A. Abramov afirmó haber llegado a la conclusión de que la imagen típica del hombre primitivo es una simple «pesadilla de arqueólogos clásicos» que «no se corresponde con la realidad».

Tal vez la estrella de esta colección de lo que el mundo anglosajón conoce como OOPART (*Out Of Place ARTifacts*, objetos fuera de lugar y sin ninguna explicación plausible) sea el famoso paralelepípedo metálico descubierto por el doctor A. Gurlt en 1885, que fue llevado al Museo de Salzburgo, en Austria, para ser expuesto. La revista *Nature* publicó información sobre este objeto casi cúbico de menos de 800 gramos de peso, que medía 67 milímetros en sus caras largas por 47 milímetros en las anchas, las cuales estaban ligeramente redondeadas y presentaban una incisión profunda que le daba la vuelta casi por la mitad. El aspecto general a primera vista parecía el de un pequeño estuche. No era una formación natural mineral, ya que poseía una composición casi idéntica a la del acero, con una mínima proporción de níquel y carbono y carente de azufre (elemento que siempre aparece en los pedazos de mineral de hierro). Además, no existe ningún mineral que cristalice en la forma en la que apareció este cubo. La conclusión es que se trataba de un objeto artificial, pero ¿trabajado por quién?, ya que lo más asombroso de esta pieza es que fue encontrada en el interior de un bloque de carbón vegetal de la Era Terciaria. Tras permanecer expuesto varios años en el museo, desapareció del inventario, aunque entre 1950 y 1958 pudo volver a verse (o al menos un molde en yeso que se había confeccionado con el original) en otro museo austríaco, en la ciudad de Linz.

¿Cómo hemos de interpretar todo esto? La explicación fácil para los OOPART es que a lo largo del tiempo siempre ha habido tipos ingeniosos dispuestos a gastar bromas muy bien preparadas a los científicos o que éstos son, en general, bastante ingenuos. La realidad es que la mayoría de los hallazgos se produjeron en circunstancias fortuitas y con varios testigos delante y que los fascinados expertos que se ocuparon de estudiar estos objetos y publicar sus conclusiones no tenían mucho que ganar y sí mucho que perder, como su prestigio o el respeto a su estabilidad mental. Por lo demás, habría que saber cuál es el revolucionario medio técnico utilizado por los presuntos bromistas para incrustar objetos modernos en el interior de rocas de millones de años de antigüedad y luego enterrar éstas bajo toneladas de terreno, sólo para tomarle el pelo a alguien.

El error básico, inducido desde detrás del escenario, consiste en pensar que el hombre sólo ha conseguido crear una única civilización desde que apareció en este planeta y que esa civilización que hoy dispone de luz eléctrica y agua corriente, ordenadores personales y sondas estelares arrancó hace seis o siete mil años. Antes, durante millones de años, sólo habría hombres barbudos vestidos con pieles y cachiporras que arrastraban a las mujeres por el pelo... Teniendo en cuenta el horizonte de la evolución humana que abarca semejante lapso de tiempo, un lapso del que no sabemos prácticamente nada, seguir manteniendo semejante hipótesis de trabajo hoy por hoy se antoja, como mínimo, arriesgado. Sobre todo, cuando las mitologías de todas las antiguas culturas nos hablan de la existencia de civilizaciones anteriores, de las que apenas queda nada más que el recuerdo de una sombra... o tal vez algo más, según veremos en seguida.

En el *Popol Vuh*, el libro sagrado de los mayas quichés, se cuenta por ejemplo la historia de la creación del hombre en tres intentos. Según la leyenda, los dioses decidieron crearle «a su

imagen y semejanza» para que les sirviera. Curiosamente, los mitos mesopotámicos, en el otro extremo del mundo, defienden lo mismo: que nuestra especie no es libre e independiente, sino un mero instrumento creado a propósito para realizar una serie de tareas rutinarias que las divinidades se cansaron de hacer personalmente. En el caso de los mayas, y tras mucho dilucidar, el Creador y el Formador como principales deidades construyeron al primer ser humano a partir del barro, pero el resultado no fue muy satisfactorio; este robot biológico carecía de iniciativa, no veía ni escuchaba bien, no tenía capacidad suficiente para enfrentarse al mundo y, lo peor, no reconocía a sus creadores ni los adoraba. En consecuencia, los dioses enviaron unos rayos de fuego que le destruyeron y se sentaron de nuevo a deliberar. El segundo intento se llevó a cabo con madera. El hombre de madera demostró ser bastante más listo que el de barro. Procreó a gran velocidad y en seguida progresó en todas las artes y las ciencias, construyó grandes culturas y se adueñó de buena parte de América, pero en su soberbia tampoco adoraba a los dioses. Irritados, éstos le enviaron un diluvio colosal que destruyó su mundo y ahogó a casi todos sus representantes (el Diluvio Universal es, como su apellido indica, un mito que encontramos en todos los pueblos del planeta). Sólo se salvaron aquellos hombres de madera más ágiles y fuertes que lograron trepar a unos gigantescos árboles, donde sobrevivieron como pudieron durante el largo tiempo que duró la inundación. Sometidos al instinto y la barbarie, degeneraron hacia la animalidad y se convirtieron en los primeros monos (una teoría interesante: no es que el ser humano sea pariente de los simios, sino que los simios lo son del ser humano, anterior en el tiempo). Por fin, los dioses acertaron a la tercera con el material adecuado para construir a sus criaturas: el maíz. Los hombres creados con maíz se mostraron igual de capacitados para progresar que los hombres de madera, pero al mismo

tiempo actuaban con mayor docilidad y reverencia hacia las divinidades: levantaron templos en su honor y les presentaron sacrificios. Satisfechas, ellas los dejaron crecer y prosperar, y así nacieron los mayas quichés.

Los dioses y el cromosoma misterioso

La intervención divina que relata el *Popol Vuh* no es una circunstancia única ni extraordinaria. La práctica totalidad de tradiciones del planeta poseen mitos y aventuras legendarias parecidos, con independencia de las diferencias culturales concretas. Así lo comprobaron para su sorpresa los misioneros católicos, que convirtieron con gran facilidad a los pueblos célticos bajo el control de la casta druídica en Irlanda. O aquellos otros que en América descubrieron cómo algunos conceptos concretos de su religión (entre ellos la consideración de la cruz cual símbolo sagrado o la existencia de un dios redentor que se sacrificaba por los hombres) eran ya conocidos y respetados por los nativos. Uno de los iconos religiosos fundamentales del cristianismo, la Virgen con el Niño, no es más que una reinterpretación medieval de las antiguas figuras egipcias de Isis con Horus niño. Y así todo.

Una de las leyendas que encontramos por doquier es esta intervención de seres superiores en la creación directa del ser humano. La teoría de la evolución formulada por el británico Charles Darwin y considerada hoy como la piedra angular de la antropología afirma que el hombre no es más que otro tipo de mono. Un mono que sabe conducir coches, preparar pizzas, pintar un cuadro o recortarse la barba, pero, en definitiva, un «mono desnudo», como diría otro famoso antropólogo británico, Desmond Morris. Sin embargo, en la mitología se insiste en este hecho concreto: los hombres no llegaron a ser lo que son a

través de un lento proceso evolutivo, sino que fueron directamente creados por los dioses tal y como hoy siguen siendo. Como mucho, algunas razas de hombres degeneraron hacia el salvajismo, como en el caso de los mayas quichés, pero no sucedió al revés.

La verdad es que existen dos detalles en la teoría de la evolución que no terminan de encajar. En primer lugar, ¿por qué un mono que siempre ha sido mono un día decide que quiere dejar de serlo y empieza a caminar erguido o a utilizar el fuego o a plantearse preguntas sobre su propia existencia y el sentido de la vida? Sabemos que los animales son presa de las rutinas de su especie y que éstas nunca cambian si no son forzadas desde el exterior. Ahí está el caso del celacanto, pez que se creía extinguido hace al menos sesenta y cinco millones de años y que fue redescubierto en el siglo xx cuando se hallaron ejemplares vivos en las costas de Sudáfrica, en las islas Comoras y en las Célebes. Los ejemplares capturados hoy son exactamente iguales que los fósiles que teníamos de sus lejanos antepasados. El celacanto no evolucionó en todos estos millones de años. ¿Para qué? Tampoco lo hicieron el resto de especies animales del mundo (al menos, ninguna protagonizó nunca un salto evolutivo de semejante calibre al del eslabón perdido), y en especial los primates, que no se caracterizan por su voluntad, su tenacidad o su seriedad, ya que está más que demostrado su afán juguetón y su gusto por divertirse, retozar y dejar pasar el tiempo sin preocupaciones. En segundo lugar, ¿por qué no aparece ese famoso eslabón perdido? Pese a los esforzados trabajos de miles de especialistas desde el siglo xix, hoy conocemos diversos homínidos prehumanos y diversos hombres posthomínidos, pero nadie ha sido capaz de encontrar al que se supone fue primer hombre africano, el primero que mereció el nombre de *Homo sapiens sapiens*.

Nuestro parentesco con los simios es innegable. A mediados

de 2005, un grupo de casi setenta investigadores procedentes de Estados Unidos, Alemania, España, Italia e Israel, que trabajaron conjuntamente en el estudio genético, hizo público el primer borrador del genoma del chimpancé, según el cual el 96 por ciento del ADN (ácido desoxirribonucleico o elemento químico primordial con el que se construyen nuestros genes) de este animal es exactamente el mismo que el del ser humano. Para que nos hagamos una idea, una rata y un ratón tienen diez veces más diferencias genéticas entre sí que las que nos separan a nosotros del *Pan troglodytes*. ¿Cómo podemos ser tan parecidos y al mismo tiempo tan distintos? Cualquier persona que haya tenido ocasión de estudiar de cerca a los chimpancés no puede menos que sentir escalofríos ante la similitud de muchos de sus comportamientos con los nuestros. No se puede negar el parentesco, aunque no sepamos dónde delimitarlo. La mayor divergencia encontrada hasta el momento entre la secuencia de cromosomas del chimpancé y la del ser humano radica en el cromosoma Y. No se sabe por qué existe esta diferencia, aunque los científicos sugieren que de alguna forma la estructura humana es capaz de limpiar por sí misma los errores genéticos a través de un proceso que han llamado Selección Purificadora, que la estructura del chimpancé es incapaz de elaborar.

Y ahora recordemos que nuestra especie posee 46 cromosomas en cada célula sexual. Estos pequeños filamentos son la causa de los factores hereditarios y gracias a ellos tenemos los ojos azules o marrones, somos calvos o disfrutamos de una abundante melena, altos o bajos, gordos o delgados, y muchas otras características de nuestro cuerpo. Están agrupados en veintitrés parejas iguales compuestas por dos cromosomas X, excepto en un solo par que resulta variable. Si el par contiene dos cromosomas X, el sexo del individuo será hembra, pero si el par contiene un cromosoma X y otro Y, el sexo será varón. ¿Está en el cromosoma Y la clave de la evolución humana?

En el verano de 1944, a finales de la segunda guerra mundial, una enfermera alemana de diecinueve años de edad llamada Emminarie que vivía en Hannover acudió al médico porque llevaba varios días sintiéndose mal, con mareos y vómitos. El especialista que la atendió le dijo que su situación era normal teniendo en cuenta que, según acababa de comprobar, estaba embarazada de tres meses. La mujer, sorprendida, contestó que era imposible por la sencilla razón de que era virgen: jamás había tenido contacto sexual. Pero la preñez siguió su curso ante el estupor de la familia y, a comienzos de 1945, tuvo una niña a la que llamó Mónica. Terminada la guerra y casada con un ciudadano británico, se fue a vivir a Londres con su hija. Más tarde acudió a un médico inglés, el ginecólogo londinense Stanley Balfour Lynn, porque deseaba tener más hijos y no había podido quedar embarazada de nuevo tras el primer y extraño nacimiento. Las pruebas a las que la sometió este médico ofrecieron resultados chocantes. No se trataba ya del impresionante aunque natural parecido físico entre ellas sino del hecho de que compartieran datos biológicos característicos, como el tipo de sangre o que un injerto realizado con piel de su progenitora en el brazo de la niña diera positivo. Más que madre e hija, Emminarie y Mónica parecían hermanas gemelas. El doctor Balfour Lynn llegó a la conclusión de que estaba ante un rarísimo caso de partenogénesis en humanos. Esta forma de reproducción es propia de algunos insectos cuyas hembras son capaces de fecundarse a sí mismas sin ayuda del macho. Impresionado por el caso, el ginecólogo escribió y publicó en 1956 un polémico artículo en la revista *British Medical Journal* e inició una investigación para averiguar si se trataba de un hecho único en la historia de la ciencia. Estudió el caso de varias mujeres que habían dado a luz en condiciones anormales y, tras desechar algunos de obvio adulterio, encontró para su sorpresa a otras dos mujeres que les había sucedido lo mismo. Ambas habían dado a luz sendas niñas.

En 1967, el químico alemán Friedmund Neumann retomó el caso para utilizarlo en el Congreso de Farmacología de Berlín en el que participó y donde acabó por lanzar una sensacional declaración sobre sus propios estudios, según los cuales todos los seres humanos poseemos los dos sexos en estado latente en nuestro propio organismo; que se desarrolle uno u otro se debe exclusivamente a la acción hormonal. Posteriores estudios científicos demostraron su teoría de que la testosterona, la hormona masculina, es a la postre la principal responsable de la aparición de los atributos viriles, como los testículos o el vello en el cuerpo, además de impedir el crecimiento de las mamas. Si un hombre no produce concentraciones normales de testosterona, no se desarrollará completamente como tal; incluso puede acabar desarrollándose como una mujer (sobre todo si recibe inyecciones de estrógenos, como sucede con los transexuales), aunque psicológicamente se sienta masculino, lo cual explicaría en parte el fenómeno de la homosexualidad. Resulta obvio subrayar que los estudios de Neumann nunca fueron bien recibidos por las organizaciones homosexuales que suelen defender que ésta es una opción personal y no aceptan la posibilidad de que en realidad estemos ante un simple condicionante físico.

Lo más interesante del trabajo de Neumann es que creó una corriente de opinión apoyada por numerosos científicos de su especialidad, según la cual el ser humano es, esencialmente, femenino y sólo la intervención de las hormonas determina que su destino varíe y pueda nacer como un hombre. Tomando como ejemplo las investigaciones de Balfour Lynn, llegó a la conclusión de que el ser humano primitivo poseía los dos sexos y podía, por tanto, fecundarse a sí mismo. Estamos ante lo que ciertas leyendas mitológicas, reutilizadas a nivel simbólico en la Edad Media y el Renacimiento, calificaban como el ideal humano: el hermafrodita, el individuo completo porque era a la

vez hombre y mujer. Éste sería el origen de la obsesión popular por encontrar lo que se ha llamado «media naranja», la pareja ideal que nos complete como personas. Neumann estaba convencido de que el primer humano o, mejor dicho, la primera humana primitiva se reproducía sola a través de la partenogénesis, con lo que las hijas que nacían eran iguales que sus respectivas madres, al poseer cromosomas de una sola clase. El misterio radicaría en cuándo y cómo se introdujo el cromosoma Y en la cadena evolutiva humana.

A pesar de su formación y de las críticas que suscitó este planteamiento, Neumann recurrió a las creencias religiosas para intentar explicar lo que no le resultaba posible desde el punto de vista científico. Acabó defendiendo la misma conclusión a la que habían llegado muchos otros, miles de años antes que él: la intervención divina era el único factor que podría justificar un cambio radical en la monosexualidad original. Echó mano de la Biblia para mostrar cómo en tiempos de Moisés, éste todavía recriminaba a los israelitas el hecho de acostarse con animales (otras culturas recuerdan el intercambio carnal con otras especies, como la griega cuando explica la existencia de monstruos como el Minotauro en el resultado de un comercio carnal de carácter zoofílico), tal y como lo habían hecho sus antepasados. A su juicio, los primeros humanos andróginos empezaron a practicar sexo con animales cuando se dieron cuenta de que otros mamíferos poseían machos y hembras; estos encuentros arrojaron sucesivos fracasos, pero la costumbre se mantuvo incluso cuando el ser humano ya disponía de ambos sexos. Según Neumann, la respuesta al enigma puede estar en el capítulo del Génesis en el que se describe cómo «los ángeles de Dios» hallaron a «las hijas de los hombres» bellas y deseables y doscientos de ellos descendieron de la montaña de Hanon para «engendrarles descendencia». De aquellas uniones habrían nacido las primeras hembras que no eran réplicas exac-

tas de sus madres... y también los primeros varones, gracias a la aportación cromosómica de los «ángeles». Así habría nacido la separación de los sexos.

Esta parte del primer libro de la Biblia (como otras, que usualmente no se citan por todo lo que implican) supone un auténtico desafío para todos aquellos que aún siguen creyendo a pies juntillas en el icono angélico asexuado y con alas de algodón. Y desde luego plantea muchas dudas sobre quién era en realidad el dios del Antiguo Testamento, que se hacía acompañar por ángeles de anhelos tan terrenales como el sexual. Para Neumann, como para muchos otros investigadores contemporáneos tras él, comenzó un delicado proceso en cuyo curso el objetivo era reinterpretar y modernizar las viejas creencias, a fin de sustituir la acepción «dioses» por la de «extraterrestres»: seres muy parecidos a nosotros —tanto como para poder cruzarse sexualmente con éxito— pero de cultura mucho más avanzada y origen incierto, aunque desde luego no terrestre, visto el despliegue de tecnología del que hacen gala en los mitos con sus «discos de fuego voladores» y sus «mortíferos rayos». En algún momento, en circunstancias desconocidas para nosotros, estos seres habrían recalado en la Tierra y habrían sido los directos responsables, premeditadamente o no, a través de relaciones sexuales normales o de inseminación artificial vía genética avanzada, de que determinado antroipoide de aspecto prehumano y aun así atractivo obtuviera la preciosa oportunidad de dejar de ser un simple animal y subir un peldaño en la escalera evolutiva. Después, esa poderosa raza extraterrestre habría vuelto a su lugar de origen (o quizá no, quizá permaneciera aún cerca de nosotros, observando cómo se desarrolla su experimento; por lo menos ésa es la opinión de un sector de los defensores del origen extraterrestre de otro suceso tan peculiar como es el fenómeno ovni) allá en algún lugar del cielo. Después de todo, ¿no comienza la oración más famosa del cristianismo con la

alocución «Padre nuestro, que estás en los cielos...», tan parecida a rezos similares de otras religiones que sitúan siempre al Creador en lo más alto?

Volviendo a los tiempos en los que el ser humano femenino estaba solo, se ha querido relacionar esta teoría con la consolidación y expansión del culto medieval a la llamada Virgen Negra, que en realidad ya era adorada en el Mediterráneo mucho antes de que naciera la Virgen María. De hecho, durante años imperó la adoración a la mujer como el primer ser que habitó en el planeta. Hoy hablamos de Dios, pero las civilizaciones más antiguas que conocemos pensaban en el Ser Supremo no como Él sino como Ella. El culto a la Gran Madre ha estado presente desde la Antigüedad a través de figuras cambiantes y parciales como Isis, Dana, Astarté o Istar, representaciones más trabajadas del mismo concepto básico que inspiró a aquellos —o aquellas— que tallaron las Venus prehistóricas o las cuevas paleolíticas con esculturas sobre la roca viva que representaban la vulva y que constituyeron los antiguos lugares sagrados.

Luego, en otro momento por determinar, alguien ocultaría todo esto e impondría la adoración a una nueva modalidad de divinidad masculina. Y durante milenios nadie volvió a hablar de ello en voz alta.

No escarbéis demasiado profundo

Los españoles, los españoles..., he aquí los hombres que han querido ser demasiado.

FRIEDRICH NIETZSCHE,
filósofo y escritor alemán

Los visitantes del Museo Británico de Londres tuvieron oportunidad de apreciar en 2005 una breve e insólita exposición temporal compuesta por una sola pieza: una piedra de veinticinco por quince centímetros titulada *Early Man* («Hombre antiguo»), en la que una escueta pintura rupestre mostraba un bisonte con flechas y, al lado, un hombre estilizado que empujaba algo muy parecido a un carrito de supermercado. El texto explicativo rezaba: «Este ejemplo de arte primitivo, finalmente preservado, data de la era poscatatónica y representa un hombre antiguo que se aventura en los campos de caza de las afueras de la ciudad.» Y añadía: «El autor creó una importante colección de obras en el sudeste de Inglaterra bajo el seudónimo de *Banksymus Maximus*, pero apenas existe más información sobre él» porque según precisaba el texto «la mayoría de estas piezas no ha sobrevivido, pues suelen ser destruidas por celosos funcionarios municipales que no reconocen el mérito artístico y el valor histórico de pintar paredes».

Obviamente, se trataba de una falsificación. Pero una falsificación que nadie, excepto su autor, el interesante artista *underground* Banksy, también conocido como *Terrorista del*

Arte, sabe cuánto tiempo estuvo expuesta. Por increíble que parezca, ni los vigilantes del museo (según dirían más tarde, fue difícil de localizar porque «se parecía mucho a otras piezas de la exposición y el texto explicativo era muy similar») se percataron de su existencia, ni al público en general le llamó la atención lo bizarro de la obra y el texto adjunto. De hecho, fue el propio Banksy el que, decepcionado porque su impostura no llamara la atención y fuera publicitada como esperaba, acabó convocando un concurso a través de su página web mostrando una imagen de la pieza y anunciando que aquel que la encontrara y se hiciera una foto junto a ella recibiría una de sus pinturas originales: otro carrito de la compra... La obra de Banksy se puede apreciar gratuitamente en algunas calles de Londres, desde donde sus trabajados dibujos (más allá de los desechables *grafitti* de tantos desocupados usuarios urbanos del spray de colores) han saltado a algunos de los museos más importantes del planeta, como el Louvre de París, el Metropolitan de Nueva York o la Tate Gallery también en Londres. En todos ellos ha colocado sin permiso sus falsificaciones, en una cruzada personal para sonrojar a las instituciones y los críticos en protesta por el grotesco gusto imperante entre los modernos críticos de arte. En todos, su obra fue descubierta y localizada en poco tiempo, mientras que en el Museo Británico el juego se alargó un poco más. Finalmente, el desafío de Banksy llegó a oídos de la dirección del museo y un vigilante encontró la piedra en la sala 41, reservada habitualmente para el arte de la Antigua Roma, lo que hace más sonrojante aún el hecho de que pasara inadvertida hasta entonces, teniendo en cuenta que todo el mundo sabe la diferencia que existe entre el arte rupestre, aunque sea falso, y el romano. O se supone que todo el mundo lo sabe.

El incoherente caso del arte prehistórico

La estampa típica del hombre primitivo como un tipo barbudo y vestido con pieles, con el ceño propio de un gorila y pintando bisontes en una gruta es tan prefabricada como otros iconos (del estilo del centurión romano con capa y penacho, o el explorador colonial del siglo XIX con salacot y machete) insertados en nuestra memoria a través de los modernos medios de comunicación. Como ellos, no es más que un retrato robot que vagamente se acerca a la realidad que intenta representar, porque, como dijera la arqueóloga y antropóloga británica Jaquetta Hawkes, «el arte de la época paleolítica puede aspirar a ser el hecho más improbable de la historia de la humanidad».

Cuando, según la versión oficial, el *Homo sapiens* en su versión también conocida como Hombre de Cromañón llegó a Europa (en el Paleolítico Superior, hace unas pocas decenas de miles de años) tras su nunca explicada migración desde África (en el curso de la cual perdió con milagrosa rapidez sus características raciales —que aún hoy día conserva el hombre africano— para sustituirlas por las del hombre caucásico), se encontró con un territorio dominado por un clima riguroso y en el que tundras, estepas y frío sustituían a junglas, sabanas y las agradables temperaturas del sur. Obligado a cazar para sobrevivir, perseguía alces, ciervos, caballos, bóvidos y otras especies en una vida de constante nomadeo que no le permitía un asentamiento estable. Además, se encontró frente a frente con un pariente evolutivo: el Hombre del Neanderthal (así llamado porque sus primeros restos fueron hallados en 1856 en el valle alemán de Neander, en el estado federado de Renania del Norte-Westfalia), que era mucho más grande y fuerte que él, poseía un cerebro más desarrollado y conocía bien el terreno porque

llevaba allí instalado mucho más tiempo. El primer enigma es cómo a pesar de las ventajas iniciales del Neanderthal, el Cromañón terminó por desplazarle y hacerle desaparecer de escena en un tiempo muy corto.

No se pueden invocar meras razones evolutivas. En apenas cinco mil años no desaparece una especie consolidada, a no ser víctima de una catástrofe natural que, de haberse producido, habría afectado también a las que compartieran el espacio con ella. El Neanderthal llevaba miles de años adaptado al clima glacial europeo, mientras que el Cromañón acababa de llegar —se supone— de África, con unas condiciones de vida más benignas. El primero, además, acumulaba un currículum antropológico de entre trescientos mil y cuatrocientos mil años, con un linaje reconocido que incluía a predecesores como el *Homo erectus*, datado en un millón seiscientos mil años de antigüedad, y, a partir de su definición como especie, vivió sin ningún problema unos setenta mil años... hasta que apareció el Cromañón. Un Cromañón que, según los datos disponibles, no se aleja más de cuarenta mil años en el tiempo, cuando, según los cálculos que aplicamos hoy en día para otros *Homo*, debería haber evolucionado durante unos doscientos mil antes de alcanzar las características con las que aparece en Europa. No lo hizo: ni siquiera existen precromañones tal y como están descritos los preneanderthales. Nuestro más directo antepasado apareció de pronto en medio del Paleolítico Superior tal y como ya lo conocemos. Como si hubiera sido, efectivamente, creado.

Hoy es opinión generalizada entre los paleontólogos que ambas especies tuvieron sólo roces esporádicos y que no se cruzaron entre sí, prefiriendo evitarse la una a la otra hasta que cada cual halló su propio destino, mas esta hipótesis no se sostiene si se aplica la lógica, pues ningún animal cede su territorio a otro si no es obligado por la superior fuerza del recién lle-

gado. Lo lógico es que cuando el Neanderthal se encontrara con el Cromañón arremetiera contra él por considerarle una competencia en la caza y, por tanto, un peligro para su supervivencia como especie. O viceversa. Sea como fuere, se piensa que el Cromañón prevaleció gracias a su presunta superioridad para relacionarse en grupo y colaborar en un esfuerzo común, materias ambas en las que habría superado a su más individualista rival. Antes de debatir sobre las diversas hipótesis para explicar la misteriosa y súbita desaparición del Neanderthal sería bueno que echáramos un vistazo a las leyendas de todas las culturas europeas en las que se relatan las luchas de los hombres antiguos —transformados en dioses por la mitología— contra gigantes y ogros, residuo de una era primigenia. Las tres versiones más conocidas son la griega (los dioses encabezados por Zeus/Júpiter que derrotaron a los Titanes que gobernaban desde tiempos inmemoriales), la céltica (los mismos dioses liderados por el Gran Dagda que vencieron a los colosales Fomoré en una épica batalla tras perder con ellos en un primer enfrentamiento) y la nórdica (de nuevo los mismos protagonistas, esta vez con Wotan/Odín al frente, que expulsaron a los Gigantes de Hielo a parajes remotos).

Aunque la ciencia no se atreva a afirmarlo en voz alta con todas las consecuencias, da la impresión de que el Cromañón se limitó a hacer lo que mejor sabe hacer, lo que seguimos haciendo hoy nosotros, sus descendientes, con el mismo entusiasmo que el primer día: exterminar alegre y sistemáticamente a otras especies. En la Antigüedad usábamos hachas de sílex; hoy somos más civilizados y disponemos de una amplia gama de recursos, incluyendo misiles nucleares, armas biológicas o contaminantes tóxicos. Aunque quizá sí nos mezclamos después de todo, y se produjo una hibridación que absorbió al homínido más anticuado. Hay teorías más audaces, como la que plantea que en realidad el Neanderthal fue remodelado genéticamente

por una muy desarrollada raza extraterrestre para producir el Cromañón a base de una serie de cambios inducidos, como si se instalara una versión superior de un programa informático sobre el anterior: reduciendo la frente huidiza y las fosas nasales, introduciendo el mentón y el prognatismo maxilar en lugar del medio facial original... cambios para los que se necesitarían demasiados cientos de miles de años de evolución natural y que en este caso fueron resueltos en un período corto de tiempo.

Ocurriera lo que ocurriera, se nos dice que aquel hombre primitivo no era gran cosa desde el punto de vista cultural: carecía de conocimientos de arquitectura, cerámica o industria textil; se adornaba apenas con conchas y dientes de zorro y lobo que perforaba con buriles de sílex para colgárselos como collares o pulseras y sus sepulturas eran muy simples, cuando las tenía, porque practicaba también el canibalismo. Ni siquiera hablaba, pues carecía de un aparato fonador lo bastante evolucionado, así como de abstracción mental suficiente para disponer de un lenguaje complejo, más allá de cuatro gruñidos. Su tiempo lo invertía en sobrevivir: cazando, recolectando frutas, curtiendo pieles o vagabundeando.

¿Este ser tenía entonces tiempo y capacidad intelectual para invertirlos pintando el interior de las grutas o modelando figuras representativas de las deidades femeninas conocidas como Venus y encontradas en una área que abarca desde el sur de Francia hasta Ucrania? Hay muchas cosas que no cuadran. Por un lado, sabemos que el Cromañón no poseía conocimientos de cerámica, ni siquiera del tratamiento de la arcilla para crear útiles de barro, y desde luego ignoraba el horno; pero por otro lado se le atribuye la creación de maravillas como la *Venus* de Willendorf de Austria, con una edad de unos veinticinco mil años, o la de Dolni Vestonice en la República Checa, con unos veinticuatro mil. Figuras que tuvieron que cocerse en hornos, teóricamente inexistentes, a muchos grados centígrados de

temperatura y cuya composición de polvo de hueso y arcilla dio como resultado un producto mejor cocido que la muy posterior y se supone que más evolucionada cerámica griega del siglo v a. J.C. (y ello sin tener en cuenta el misterio de que tribus nómadas que no podían permitirse el lujo de llevar con ellos mujeres reales de semejante porte y tampoco poseían capacidad de abstracción suficiente para imaginarlas manejaran como ideal de belleza el de estas gruesas mujeres).

En cuanto a las pinturas prehistóricas, el investigador español Juan Francisco Romero López describe en su breve *El origen extraterrestre del arte de la Prehistoria* un interesante descubrimiento. Sin entrar a considerar el origen de este arte, que por el título del libro se puede inferir dónde lo sitúa, el autor demuestra que los dibujos tanto en cuevas como en plaquetas esconden a menudo, bajo un rayado en apariencia absurdo y formalmente calificado como «contornos inacabados» o «líneas sin significado», un fascinante pasatiempo que denomina «rompecabezas paleolítico». Y es que estas líneas sirven para camuflar otros dibujos que sólo son comprensibles si se observa el conjunto desde un ángulo inusual, como los pasatiempos actuales en los que es preciso encontrar la figura que se esconde dentro de la que se ve a primera vista. Por ejemplo, en la valenciana Cova del Parpalló, donde se ha desenterrado la colección más importante de plaquetas prehistóricas de toda Europa, hay una en la que se ve un cervatillo amamantado por su madre con numerosas rayas superpuestas en esta forma característica de arte paleolítico: como si el autor hubiera querido tachar el dibujo después de completarlo. Pero si hacemos abstracción de la imagen que se ve en primer plano y estudiamos esas otras líneas por separado, nos llevaremos la sorpresa de encontrar un pájaro, disimulado entre el cuello, el pecho y la barriga de la madre y la cabeza y el primer tercio del cervatillo. Y si luego somos capaces de obviar también esta inesperada figura, podremos dis-

tinguir nada menos que dos delfines saltando por encima del cervatillo.

Otra espectacular plaqueta es la encontrada en la localidad francesa de Bruniquel, significativamente conocida como *Plaqueta con caballos y líneas sin significado*. A primera vista se aprecia lo que parecen ser tres cabezas de caballos diferentes con sus cuerpos entremezclados y en apariencia incompletos, además de los consabidos trazos superpuestos y líneas entrecruzadas sin fin aparente. Romero López descubre que en realidad se trata de un solo caballo, representado en el mismo dibujo en tres momentos distintos, como se hace a menudo en los cómics cuando se quiere dar sensación de movimiento a un personaje y se le pintan varios brazos o varias piernas en la misma viñeta. Esos tres momentos en la vida del caballo son: primero, en alerta —el animal del centro, en el dibujo— porque ha oído el peligro cerca de él; segundo, presa del miedo —el de la izquierda— al comprobar que ese peligro se le viene encima; tercero, en el momento de morir —el de la derecha—, ya que no pudo escapar. ¿Y cuál es el peligro? Hay que dar la vuelta a la plaqueta y ver el dibujo al revés para encontrarlo: se trata de un gran felino que, abrazándose a la barriga del equino, le muerde el cuello y lo mata.

Existe otro tipo de pintura paleolítica misteriosa. Es la conocida como esquemática, que muestra asombrosas coincidencias con las representaciones gráficas de diversos conceptos científicos modernos, aunque la incapacidad de sus descubridores para entender qué significaban les llevó a clasificarlas inicialmente de acuerdo con los trazos más conocidos. Así, se habla de pintura en aspa, cruciforme, ancoriforme, etcétera. No obstante, hay dibujos muy particulares, como los de tipo «serpentiiforme» que se dice representan a muchas serpientes juntas, aunque, la verdad, se parecen bastante más a las fotografías de espermatozoides obtenidas por microscopio. También exis-

ten pinturas esquemáticas llamadas «carros», que parecen una copia de la estructura molecular en doble hélice del ADN descubierta por los británicos Watson y Crick, y otras sin descripción cuya imagen recuerda de inmediato a las representaciones de los orgánulos celulares conocidos como mitocondrias e incluso al citoesqueleto. En su análisis de la pintura prehistórica en cuevas, Romero López acaba mostrando el rostro de los, a su juicio, instructores extraterrestres y creadores de facto del ser humano —según él, verdaderos artífices de estos dibujos— en la Cueva de los Casares en Guadalajara. Entre los más de doscientos grabados de esta gruta, aparecen en efecto algunos seres difícilmente reconocibles como hombres prehistóricos. Oficialmente son descritos como «dibujos antropomorfos», pero llaman la atención teniendo en cuenta que carecemos de otros retratos de este tipo: el Hombre de Cromañón nunca pintó un retrato del mejor cazador de su grupo, ni de su brujo más sabio, ni siquiera de su mujer más hermosa... Entonces ¿quién aparece ahí? Son seres de cabeza ovoide, grandes ojos almendrados y una especie de apéndices nasales a modo de pequeña trompa que tocan la mandíbula inferior cuando su boca, que carece de dientes, está cerrada. Sus cuellos son largos y delgados y sus cuerpos no se distinguen bien, pues se mezclan con otros trazos difíciles de seguir. Sólo hay unas imágenes similares en otras grutas del mundo: las que se supone representan a los dioses, como en las pinturas argelinas del Tassili.

Para apoyar su teoría, hace hincapié en otro de los aspectos del hombre primitivo que resultan complicados de explicar: la domesticación de animales. Se nos dice que el hombre pasó en un momento dado del estado de cazador nómada al de agricultor y ganadero estable (aunque tampoco se sabe cómo lo hizo y de nuevo hay que bucear en la mitología para encontrar una explicación: los «dioses civilizadores» que aparecen en todas las leyendas para enseñar al ser humano y que suelen tener siempre

el mismo aspecto de hombres altos, blancos, rubios y barbudos, incluso en zonas del mundo donde en teoría no existía ese tipo físico cuando se forjaron estas historias), y que este último estatus lo logró entre otras cosas gracias a su habilidad para domesticar animales. Es fácil entender la domesticación de algunas especies, como el lobo, que acabó siendo perro, o la cabra salvaje, que llegó a ser doméstica, pero existen otros cuyo proceso es más difícil de entender. Por ejemplo, la gallina. En la naturaleza no conocemos aves que no vuelen, a no ser que hayan desarrollado otras cualidades para defenderse de los predadores, como es el caso del avestruz, que a cambio de su incapacidad para alzar el vuelo desarrolló una fuerte musculación en sus patas que le permitió dotarse de una considerable velocidad, aparte de ser un animal de un tamaño respetable. Pero ¿la gallina? Ninguna gallina sobreviviría en un ambiente natural más allá de unas horas, puesto que no posee forma alguna de defenderse contra los numerosos depredadores que la devorarían dada su indefensión. Otro caso es el del cerdo. Aquí suele aducirse que el cerdo es en realidad una evolución del jabalí. Sin embargo, y obviando otros detalles anómalos como el hecho de que el cerdo carezca de los poderosos colmillos de su primo, resulta que entre el cerdo doméstico de granja y el salvaje hay una diferencia de dos cromosomas de más en este último. ¿Cómo es posible? Tanto la gallina como el cerdo comparan, además, una característica peculiar: son animales de los que se aprovecha todo para el consumo humano. Casi como si no fueran naturales, como si más bien alguien los hubiera diseñado genéticamente, pensando en su uso exclusivamente alimentario.

Un último aspecto que cabe considerar nos conduce a los más recientes descubrimientos respecto a los útiles de que disponía el Cromañón. Los arqueólogos norteamericanos Olga Soffer, de la Universidad de Illinois, y James M. Adovasio y David C.

Hyland, del Mercyhurst Archaeological Institute de Pennsylvania, han descubierto en los campamentos prehistóricos de Dolni Vestonice —los mismos de la *Venus*— miles de pequeños grupos de arcilla seca que muestran huellas de tejidos que entraron por casualidad en contacto con ella cuando estaba fresca y así pudieron imprimir su imagen. Con las pruebas en la mano de que aquellos «salvajes con pieles» conocían ya la ropa, revisaron minuciosamente las estatuas femeninas elaboradas en un lapso de tiempo entre hace veintisiete mil y quince mil años y constataron lo que nadie había destacado —o examinado con detalle— desde que fueron descubiertas: que muchas de ellas lucían todo tipo de prendas. Desde finos vestidos de fibras entrelazadas hasta sombreros que parecen confeccionados a ganchillo. Desde tangas similares a los actuales hasta elegantes túnicas de piel con capucha como las utilizadas por los esquimales hasta hace un par de siglos. Desde faldas de todo tipo hasta tirantes de sujetador, cinturones amplios y redecillas para el cabello... Se suponía que el tejido no había sido inventado hasta la época de los agricultores del Neolítico, pero también esto era falso. Según Adovasio, hay que retrasar su origen por lo menos cuarenta mil años.

De Oriente, la luz. De Occidente... el origen

Los datos facilitados hasta ahora son apenas una muestra de que en realidad sabemos bien poco acerca de nuestros predecesores en la línea evolutiva, y por qué empezó ésta. El profesor de antropología de la Universidad de Florida, el estadounidense John H. Moore, lo resumió así: «Antropólogos, etnólogos, arqueólogos y lingüistas tienen plena conciencia de encontrarse en una situación comparable a la de Charles Darwin en el siglo XIX: la masa de datos acumulada en biología, prehistoria y lingüística sufre una cruel ausencia de teoría general.»

Olvidemos por el momento los descubrimientos «imposibles» con decenas de millones de años de antigüedad citados en otro epígrafe y diseccionemos la teoría oficialista: el hombre es el resultado de una evolución de millones de años, tras desgajarse de una rama común con los simios en África. La verdad es que el presunto nacimiento del ser humano en el llamado Continente Negro es una de las teorías más endebles de la ciencia moderna y un debate falsificado desde el primer momento. Sigue siendo todavía la opinión generalizada de los expertos... en público, pero no en privado, donde las dudas aumentan cada día que pasa tras los descubrimientos de los últimos años (como el esqueleto desenterrado en 1974 en el lago Mungo de Australia, fechado hace sesenta mil años y cuyo ADN es más antiguo que el material genético del último Neanderthal que murió hace veintiocho mil años, pero que a la vez posee «sorprendentemente» todas las características del *sapiens* moderno; o como los ejemplares del Paleolítico Superior encontrados en la cueva china de Zhoukoudian, que presentan caracteres mongoloides y australoides al mismo tiempo, a pesar de los miles de kilómetros y el mar que separa ambos territorios) o los análisis de diversos especialistas (como el secretario general de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas Luiz Oosterbeek, quien muy recientemente afirmaba que quienes colonizaron el sur de Europa fueron las migraciones procedentes del Asia central, no de África; o la paleontóloga española María Martín Torres, quien tras analizar 5.200 piezas dentales fosilizadas de antepasados humanos afirma en su tesis doctoral, que recibió la máxima calificación en la cátedra Atapuerca, que el género *Homo* no nació en África sino en Asia, donde se habría producido el cambio por el cual llegamos a ser bípedos, aumentar la capacidad craneal y desarrollar una tecnología; esta teoría es apoyada por el propio codirector de la excavación de Atapuerca, José María Bermúdez de Castro).

Por mucho que moleste la obvia conclusión, desde que en 1925 el paleontólogo Raymond Dart desenterrara el primer cráneo de un *Australopithecus* (fósil íntimamente relacionado con el mono, pero considerado también como lejanísimo ancestro del ser humano), jamás se han encontrado en África restos de seres humanos primitivos, sino de homínidos que pertenecen, como mucho, a la estirpe común primigenia del simio y el hombre. Ni siquiera podemos considerar a la hembra de *Australopithecus afarensis* desenterrada en Etiopía en 1974 y bautizada como Lucy en honor de la famosa canción de los Beatles *Lucy in the sky with diamonds* («Lucía en el cielo con diamantes»; en inglés, abreviatura de LSD), de la que se llegó a decir que podía ser considerada «la abuela de la humanidad», puesto que de ella descenderían los hombres actuales. No podemos hacerlo porque hoy sabemos que su especie pudo haberse extinguido perfectamente sin que a partir de ella continuara ninguna de las ramas de la evolución humana.

Es verdad que los análisis genéticos emparentan al hombre moderno con estos primates antiquísimos, pero de la misma forma nos emparentarían también, si fuera posible realizar las pruebas remontándonos en el tiempo, con el primer mamífero, que según se calcula vivió en la Tierra hace ciento ochenta millones de años, fuera éste un marsupial, un roedor o cualquier otro antecesor del primero de los primates a su vez antepasado de los homínidos africanos. Por esa regla de tres, el origen del hombre habría que situarlo tal vez en Australia o en Canadá, donde se encontrara el resto más antiguo de ese otro mamífero.

El fondo del debate, hurtado una y otra vez, no es el origen del tatarabuelo del hombre sino el del hombre mismo. Cuándo y dónde —y ojalá por qué— aparece lo que podemos considerar como ser humano y, más en concreto, el primero de la especie a la que pertenecemos: el primer *Homo sapiens sapiens*. Y

resulta que sus fósiles más antiguos han aparecido en el mismo lugar en el que muchas viejas tradiciones y leyendas ubicaban el nacimiento del ser humano: en la Europa occidental, en el viejo continente.

En los últimos años, la península Ibérica se ha revelado como el gran parque temático de la prehistoria en todos los sentidos. Recientemente, un equipo multidisciplinar compuesto por varias universidades españolas y el Museo de Historia Natural de Londres ha confirmado los «sorprendentes resultados» obtenidos del análisis de la anfibolita (un tipo de roca oceánica dura y pesada, rica en hierro y magnesio) encontrada en cabo Ortegal, en la provincia gallega de Coruña. Unos resultados que confirman que al menos parte de la península Ibérica existe como tierra emergida desde hace 1.156 millones de años. Eso duplica la edad, ya de por sí respetable, de la roca de seiscientos mil años localizada tiempo atrás en Asturias, también en el norte de España.

Sumemos a ello otros datos interesantes, como las numerosas huellas y restos de dinosaurios encontrados en La Rioja o en la provincia aragonesa de Teruel (entre estos últimos, los del saurópodo más grande de Europa, con 35 metros de largo y un peso de 50 toneladas), además del fósil en ámbar de la telaraña más antigua del mundo (unos ciento diez millones de años, con restos de insectos atrapados en ella) también en el mismo Conjunto Paleontológico de Teruel. O la araña más antigua descubierta hasta la fecha, preservada en ámbar en un yacimiento de Álava, en el País Vasco. O el asombroso esqueleto del *Pierolapithecus catalaunicus*, una especie de simio que vivió hace trece millones de años en Cataluña, cuyos restos fueron desenterrados por el equipo de Salvador Moyá Solá, del Instituto de Paleontología Miguel Crusafont de Sabadell, en el barranco de Can Vila en Hostalets de Pierola, y que está considerado uno de los predecesores de todos los grandes primates, incluyendo

los seres humanos. O, ya más próximos en el tiempo, hace sólo unos quince mil años, los objetos «espectaculares y únicos, de los más significativos en el continente europeo» de origen Cromañón, desenterrados en Deba, País Vasco. Hay muchos más ejemplos, casi todos situados en el tercio norte de la península Ibérica, pero la abundancia y variedad de yacimientos resumidos en las líneas anteriores deberían hacernos reflexionar. Sobre todo cuando resulta que es también en la misma zona, en la localidad burgalesa de Atapuerca, donde los arqueólogos han desenterrado una familia humana con cerca de un millón de años de antigüedad y extraordinariamente análoga al *sapiens*. Nada igual se ha descubierto en ningún otro yacimiento del planeta.

Hechos como éstos han llevado a diversos investigadores a conclusiones fascinantes. Sin duda, el más destacado es el filólogo y prehistoriador Jorge María Ribero Meneses, quien está convencido de que la humanidad racional nació efectivamente en España, en la región conocida como Cantabria (la única región de este país que ha mantenido el mismo nombre, aunque no la misma extensión, desde hace miles de años, según atestiguan documentos históricos de todos los tiempos) y, más concretamente, en lo que hoy conocemos como la bahía de Santander. Planteó la hipótesis por vez primera en 1984, y desde entonces la ha argumentado y reforzado con diversos descubrimientos paleontológicos y genéticos, además de sus propias, complejas y documentadas investigaciones históricas, artísticas y sobre todo filológicas que ha venido publicando durante los últimos años en una verdadera enciclopedia sobre los orígenes de la humanidad racional.

Uno de los puntos fuertes de sus estudios señala el lugar exacto donde, a su juicio, comenzó todo: el entorno de Peña Castillo (casi reducido a la nada en la actualidad gracias a la sistemática destrucción del monte a lo largo de los últimos siglos)

y la finca hoy conocida como La Remonta o Campo Giro, donde ubica el punto exacto en el que estuvieron las Fuentes Tamáricas, las más famosas fuentes termales y oraculares mencionadas en los textos de los autores grecolatinos y hasta entonces no localizadas. Esta heredad ubicada en plena ciudad de Santander, aunque recortada en su extensión original, se ha mantenido milagrosamente virgen hasta ahora, aun permanentemente amenazada con sucesivos planes urbanísticos para edificar viviendas, al haber sido utilizada por el Ejército español para la cría de caballos: una actividad a la que se dedica este lugar desde tiempos inmemoriales. Y en ella existe todavía hoy una laguna de atractiva forma circular. El nombre de Remonta está claro que se refiere a la reproducción de los caballos. El de Campo Giro hace alusión, según sus estudios filológicos, a Gerión o Jerión: el mítico y tricéfalo primer rey de España según las antiguas leyendas peninsulares, pero también a Jirón/Kirón, en referencia al centauro (mitad hombre y mitad caballo) Quirón, maestro de los antiguos héroes de la antigüedad clásica. Curiosamente, uno de los linajes más antiguos de la zona es el de Quirós, según reza una conocida coplilla local: «Antes de que Dios fuera Dios y los peñascos, peñascos, los Quirós eran Quirós y los Velascos, Velascos.» Podría incluso referirse también al mismísimo patrón de España: Santiago o Sant Yago, donde *yago* es una palabra del mismo origen filológico que *yegua*. Todos estos personajes serían en realidad el mismo, según sugería ya en el siglo XVII el padre Francisco Sota en su *Chronica de los Príncipes de Asturias y Cantabria*, donde alude a un antiquísimo palacio ubicado a orillas de la bahía de Santander, en el término municipal de Igollo, que según la población autóctona había sido fundado tres mil años antes y en cuyas paredes se podía leer la siguiente afirmación: «Jerión sangre me dio, Hércules este suelo y Jacobo [Santiago] fe y consuelo.» Hércules o Herakles sería la versión grecolatina del mismo concepto.

Resulta impresionante el número de ciudades españolas cuya mitología asevera arrancar de la fundación a manos de este héroe, desde Cádiz en el sur peninsular hasta La Coruña en el norte, pasando por Segovia en el mismo centro de la meseta castellana.

Según Ribero Meneses, en última instancia, Gerión —y los demás personajes— sería una antropomorfización de las Tamaricas, como simboliza el hecho de que el mítico rey poseyera tres cabezas de la misma forma que las fuentes originales eran tres; y la idea perviviría en las tres Gracias, las tres Parcas, las tres Nornas... incluso en la Trinidad religiosa que encontramos reproducida en la mayor parte de las religiones del mundo. Las fuentes, junto con Peña Castillo, se encontraban, decenas de miles de años atrás, en una pequeña península en lo que entonces era la laguna de Santander y habrían fascinado a nuestros antepasados por su carácter de aguas termales y saludables, en un entorno de aguas frías y peligrosas, que les hicieron pensar habían surgido de los senos nutricios de la Gran Diosa primigenia, igual que el «mar de leche» que podían apreciar en el cielo nocturno y que nosotros llamamos Vía Láctea. Allí, según sus estudios, nació el *Homo sapiens sapiens*, allí inventó el lenguaje, la medicina, la arquitectura y otras ciencias y artes. Y desde allí partió hacia el este, a la conquista del planeta.

¿Una teoría absurda? El concienzudo análisis filológico, arqueológico, histórico y mitológico elaborado y publicado durante los últimos veinte años por este autor resulta cuando menos significativo, cuando no demoledor. Para aquellos que siguen pensando que las primeras civilizaciones fueron las surgidas en la región de Oriente Medio resulta complicado justificar la existencia del monumental legado que encierra el entorno del macizo cántabro del Dobra y que parece indicar que si alguna cultura nació antes, por fuerza tuvo que ser allí. No se trata sólo del impresionante yacimiento de Altamira (con diferencia, el

más importante conjunto de pintura rupestre descubierto hasta la fecha en todo el planeta) sino de todo lo demás...

En el Dobra encontramos también las pinturas rupestres de Monte Castillo, en una zona bautizada hace tiempo como «la primera ciudad troglodítica del mundo» y donde se concentra el mayor número de cavidades conocidas con evidencia de haber sido utilizadas y habitadas por el ser humano durante una secuencia ininterrumpida de ciento cincuenta mil años (!); no existe nada igual en el mundo. Allí encontramos, además, la gruta de Hornos de la Peña, que conserva la más antigua colección de grabados prehistóricos conocida. Y las minas más antiguas documentadas de todo el planeta, en la Cueva del Oso, donde apareció una auténtica «fábrica» fechada entre treinta y cinco mil y diez mil años atrás para explotar, transformar y transportar el ocre utilizado en las pinturas rupestres. Y la Cueva de Juyo, que contiene el considerado primer santuario documentado del planeta, con una antigüedad mínima de catorce mil años y presidido ya por un altar de piedra. Y entre muchas otras y contundentes pruebas, la más antigua manifestación de escritura conocida que ha llegado hasta nosotros, interpretada por el propio Ribero Meneses: un triángulo pulimentado de piedra arenisca sobre la que aparece tallada la palabra más vieja que se conoce, con letras similares a las que utilizamos en la actualidad, a medio camino entre los alfabetos mediterráneos y los rúnicos. Esa palabra es «LA», aunque resulta imposible saber si se trata del final de otra más larga o tiene significado por sí misma. Este maravilloso hallazgo fue desenterrado en 2003 en un nivel estratigráfico datado hace treinta y ocho mil quinientos años y es, por tanto, mucho más antigua que cualquiera de las tablillas cuneiformes descubiertas en las ciudades sumerias donde hasta ahora se ubicaba el nacimiento de la escritura. Y todo ello tan próximo a los yacimientos de Atapuerca, donde, como sabemos, han aparecido

los restos de los europeos más antiguos: todos del género *Homo*.

Muchos y respetados autores antiguos (griegos, sobre todo, pero también egipcios) señalaban en sus leyendas la península Ibérica como el lugar donde estaba el *Finis Terrae* o fin del mundo, pero también donde todo había comenzado, mezclando el Paraíso original con la Boca de los Infiernos. Existen documentos sobrecogedores como la obra *Geographica* de Ptolomeo, que hace mil ochocientos años dibujó un mapa en el que incluía el nombre de cerca de doscientas ciudades habitadas en su época, distribuidas por todo el territorio peninsular y no sólo en la costa mediterránea, la que presuntamente debería ser más conocida por los intercambios comerciales. Otros autores llegaron a asignar a los primitivos pueblos españoles la creación de más de un millar de urbes, pero aunque sólo hubiera esos dos centenares, semejante concentración de ciudades no tiene comparación en ninguna de las culturas que conocemos: ni en Grecia, ni en Italia, ni en Egipto, ni en Mesopotamia, ni en la India... ni siquiera sumándolas todas.

Si todo esto es así, ¿por qué ha permanecido oculto hasta hoy?

La clave prehistórica

«Existe la orden expresa, dictada a los que trabajan en el macizo del Dobra y en otros enclaves de Cantabria, de ocultar cualquier hallazgo que se produzca y, en la medida de lo posible, destruirlo.» Afirmaciones como ésta no le han servido a Ribero Meneses para granjearse precisamente la simpatía de las diversas administraciones implicadas, pero resultan coherentes con lo que sabemos acerca de la forma de actuar de las sociedades secretas oscuras. Es preciso hacer desaparecer lo

que no conviene para potenciar la versión histórica que interesa.

A pesar de todos los indicios que señalan la urgente necesidad de dictar leyes que conserven el entorno del Dobra y otros lugares sensibles al hallazgo de las primeras reliquias de la humanidad, así como de planificar la excavación ordenada de la región, semejante enclave arqueológico sufre hoy el más brutal de los atentados contra su patrimonio a través de la apertura de numerosas canteras destinadas a extraer minerales y, de paso, destruir las huellas del pasado. Nadie sabe cuántas maravillas habrán sido destruidas a estas alturas por las excavadoras o los cartuchos de dinamita, o cuya aparición habrá sido fácilmente silenciada en unos tiempos en que los medios de comunicación —lo hemos visto en un epígrafe anterior— poseen el poder de dictar lo que existe y lo que no. Esto no sólo ocurre en el norte de España, sino en el resto del país y en otros sitios de Europa, donde simplemente «no se puede» excavar en lugares donde podrían hallarse elementos distorsionantes de la Historia oficial. Sólo se dejan salir a la luz, y no siempre, aquellos restos del pasado que, siendo relativamente modernos, no plantean interrogantes y además se pueden rentabilizar desde el punto político, como ocurrió hace poco en Toledo con unos restos visigodos en un terreno donde se pretendía construir una urbanización.

La única forma de rasgar la oscura cortina del silencio y detener la destrucción de los valiosísimos vestigios del pasado sería mostrando al mundo una prueba definitiva, indiscutible e incontestable de que el primer hombre racional vivió en Cantabria. ¿Existe? Ribero Meneses cree que sí. Y recuerda una vieja costumbre céltica que conocemos gracias a la descripción que de ella hacen los antiguos historiadores romanos, así como a los hallazgos arqueológicos recuperados: los celtas solían realizar ofrendas a los dioses para pedir su ayuda y protección arrojando

todo tipo de enseres militares o religiosos a la orilla de los grandes lagos, en rituales dirigidos por sus druidas (en realidad, esta costumbre no era exclusiva de los celtas sino que estaba extendida por otros lugares del mundo, como demuestran por ejemplo los cenotes mayas). En su opinión, estas ceremonias no eran sino lejanos ecos de la forma de actuar de los hombres primitivos que descubrieron las Fuentes Tamáricas y les otorgaron el carácter de sagrado. Ellos creían que habían sido horadadas por la Diosa Solar primigenia —con el tiempo, fue sustituida por un dios con forma de toro— al caer desde el cielo y que, por tanto, constituían un puente hacia las estrellas y la inmortalidad. Por ello, pensaban que la única forma garantizada de «subir» a reunirse con la Diosa y vivir así para siempre era morir en aquellas aguas. Ése habría sido el origen real de las peregrinaciones hacia el oeste, hacia el fin del mundo, de las personas que habían pasado su vida conquistando nuevas tierras, fundando familias y ciudades en lugares lejanos y que, sintiendo cómo les llegaba su hora, dedicaban los últimos días de su vida a regresar al sitio donde todo comenzó. Con el paso del tiempo, se sustituyó el sacrificio humano por los exvotos y las ofrendas de aquellas personas que deseaban ir al cielo pero no suicidarse ritualmente. Y mucho más tarde aún, estos objetos fueron reemplazados por las monedas, que contaban con la efigie de una persona (un dios, un emperador...) que simbolizaba al resto de los hombres. En la Edad Media, cuando la ubicación concreta de las Tamáricas se había perdido ya, pero persistía la búsqueda del solar original de Jerión/Herakles/Yago, la peregrinación se trasladó aún más hacia el oeste, hacia donde hoy se levanta la catedral de Santiago de Compostela, en Galicia.

Considerando entonces que el lago de La Remonta sería lo que queda de las primitivas Fuentes Tamáricas, la solución pasaría por desecarlo y excavar lo que inicialmente fue una sima, antes de que empezaran a manar allí las aguas termales. Te-

niendo en cuenta la salinidad de las aguas y la consecuente facilidad para la fosilización de los restos que podrían haberse acumulado desde tiempos inmemoriales, «lo que de allí saldrá el día que las autoridades decidan dar el paso definitivo —dice Ribero Meneses— sólo Dios lo sabe, pero lo de Atapuerca a su lado parecerá un chiste.» Un proyecto semejante no sería demasiado costoso y, en caso de obtener resultados tal y como parecen indicar todos los indicios, estaríamos ante el descubrimiento arqueológico más importante de toda la historia de la humanidad. Sin embargo, sus consecuencias en el ámbito cultural, histórico, filosófico, político, educativo e incluso religioso y económico serían las de un terremoto de grado diez sobre diez y, probablemente, ésa sea una de las principales razones por las que determinadas instancias políticas se niegan a aclarar este caso.

Pensemos en ello. Las teorías de Ribero Meneses implican que el ser humano racional colonizó el mundo partiendo desde la península Ibérica hacia el este de Europa en primer lugar. Hacia Asia y África más tarde. Y al resto del mundo finalmente. En su camino, los colonos ibéricos habrían encontrado a otros tipos de homínidos menos desarrollados y más o menos compatibles, con los que se habrían mezclado y dado a luz a diferentes grupos raciales o étnicos que acabarían con el tiempo desarrollando su propia cultura una vez que los lazos con el solar original del hombre se hubieran perdido. Tenemos pruebas de grandes expediciones de este tipo, aunque más próximas en el tiempo, en las que grupos de colonos europeos penetraron por razones desconocidas en otros continentes, como es el caso de Asia, en épocas en las que se supone que no debían estar allí.

Por ejemplo, en 1978, el arqueólogo chino Wang Binghua realizó en la región de Sinkiang, en la cuenca del río Tarim, el descubrimiento de su vida: restos materiales de indudable valor que las dataciones posteriores remontarían a cuatro mil años

antes de Cristo, junto con las momias de un grupo de hombres vestidos con ropas de colores vivos e intensos (rojos, amarillos y azules) y calzados con botas adornadas de manera similar... momias todas ellas de hombres blancos. La nariz prominente, el pelo rubio o pelirrojo, las barbas pobladas, los ojos redondos y una talla media grande —en especial el denominado Hombre de Cherchen, de dos metros de altura, y la conocida simplemente como Dama, de un metro noventa— no dejaban lugar a dudas. Binghua enterró de nuevo la mayoría de estos restos porque carecía de presupuesto para culminar su excavación y transportar su fruto a un lugar seguro para conservarlo y exhibirlo. Hoy en día ignoraríamos todo esto si no fuera porque nueve años más tarde el investigador estadounidense Victor Mair, profesor de estudios chinos de la Universidad de Pennsylvania, se encontró por azar en el museo de la localidad de Urümqui con la exposición de las únicas tres momias que habían sido trasladadas desde el yacimiento: un hombre, una mujer y un niño de entre dos y tres años. Tras muchos esfuerzos, Mair localizó a Binghua y consiguió financiación para regresar a Sinkiang. Desenterraron más de un centenar de momias, la mayoría de ellas en perfecto estado de conservación gracias a las condiciones climatológicas del cercano desierto de Takla Makan, así como a sus abrigo, guantes de cuero, sombreros, mantas con dibujos similares a los de los tartanes escoceses, espejos, navajas y alforjas con hierbas posiblemente de carácter medicinal.

Nadie ha sabido explicar qué hacían allí esos hombres relacionados con nuestro Cromañón de la Europa paleolítica y que nada tenían que ver con la población local de origen mongol o sinomongol. Los documentos históricos chinos dicen que los primeros contactos con los europeos no se produjeron antes del año 120 a. J.C., pero la presencia de las momias de Sinkiang avala viejas hipótesis arrinconadas que apuntan a que el miste-

rioso inicio de la civilización china pudiera haber tenido una base original europea. De hecho, los investigadores que trabajaron con estas momias llegaron a la conclusión de que fueron emigrantes europeos los que introdujeron en China elementos tan importantes para el desarrollo como la rueda, el metal, la cabalgadura y los vehículos tirados por caballos. El propio Mair encontró en una de las tumbas, aún no excavadas por su colega chino, una rueda de carro idéntica a las que se construían tres mil años antes de Cristo en las llanuras de Ucrania. Y hay descubrimientos anteriores aún, como el que un equipo de arqueólogos chinos realizó en 2005 cuando encontró en Gingyuan, al sur de la región de Guangxi, los restos de humanos de una cultura neolítica que medían uno ochenta de altura, una media muy superior a la de la época y extremadamente rara para hombres de origen mongol, aunque no caucasiano. También se desenterraron restos de animales, herramientas de piedra y un tótem fálico. En la misma zona se habían hallado ya en 1973 indicios evidentes de que las gentes que habitaban la zona ochocientos mil años atrás disponían de la misma habilidad para fabricar utensilios que la que se les supone a los hombres africanos.

¿Colonizadores?

En su Libro II dedicado al Antiguo Egipto, el viajero griego Heródoto nos habla de un faraón llamado Psamético, fundador de la xxvi dinastía e iniciador del conocido como período saíta en el siglo VII a. J.C. Durante su reinado, la guarnición de la ciudad de Elefantina, encargada de vigilar a los vecinos etíopes, se rebeló después de llevar tres años de servicio sin relevos y sin paga, y desertó en masa en dirección a Etiopía con la intención de sojuzgar en calidad de auténticos señores de la guerra a los habitantes del país, inferiores en armamento y cultura. Al enterarse, Psamético reaccionó con rapidez y se lanzó en su persecución. Cuando los alcanzó, en lugar de castigarlos, les rogó que

regresaran a sus puestos porque necesitaba a todos sus soldados en los agitados tiempos en los que vivía. Intentando ablandar su corazón, afirmó que no podían abandonar a los dioses de sus antepasados ni tampoco a sus mujeres e hijos. «Se cuenta que uno de ellos, señalándose su sexo, le dijo que mientras lo tuviera tendría también hijos y mujeres», relata Heródoto.

Unamos esta historia a otra que se remonta bastante menos en el tiempo y que apareció publicada en la prensa estadounidense: el escenario esta vez es una perdida isla del Pacífico y la época el final de la segunda guerra mundial, cuando las unidades norteamericanas acorralaban al menguante Imperio japonés. En el curso de su avance por el Sudeste Asiático, una unidad de *marines* desembarcó en una de las muchas islas de la zona con la intención de comprobar que no estaba bajo control de los soldados nipones, y descubrieron con sorpresa a un grupo de nativos que vivía literalmente en la época prehistórica y que se arrodillaron a sus pies como si los militares estadounidenses fueran dioses. Los nativos les condujeron después a su pueblo, donde mostraron a los asombrados soldados diversos efectos (brújulas, prismáticos, botas...) convertidos en objetos de culto porque, según les contaron, el «dios pájaro» se los había enviado como regalo. Según pudieron averiguar finalmente los mandos del grupo de *marines*, aquellos hombres vivían en la isla desde tiempo inmemorial y nunca habían visto hombres blancos; mucho menos, armados y uniformados al estilo del siglo xx. Un avión de transporte había dejado caer parte de su avituallamiento por error y los nativos lo habían tomado como un presente y a la vez como una especie de aviso de que los dioses descenderían entre ellos para resolver su vida y hacerles felices. Por increíble que parezca, todavía quedan un puñado de pueblos diseminados en lugares de difícil acceso en diversas partes del mundo que siguen viviendo en la Edad de Piedra, y algunos de ellos no tienen siquiera constancia de la existencia

de otros seres humanos. Conocemos un ejemplo reciente a raíz del pavoroso *tsunami* de diciembre de 2004, cuando algunos helicópteros de rescate sobrevolaron las islas del Índico para examinar y valorar la magnitud del desastre y pasaron por encima de Sentinel del Norte... donde fueron recibidos a pedradas y flechazos. Allí vive todavía hoy una tribu cuyo número exacto de miembros se desconoce pero que se cree no llega a doscientas personas descendientes de las que alcanzaron la región hace unos sesenta mil años procedentes de África. Se sabe que viven de la caza, la pesca y la recolección, así como que hablan una lengua que nadie conoce fuera de su comunidad. Y no son amistosos: en enero de 2006 mataron a dos hombres que desembarcaron en su isla.

Ahora reconsideremos lo que nos cuentan las mitologías de todo el mundo: la existencia de unos seres «superiores» y «civilizadores» conocidos generalmente como «dioses» en función de su poder y su nivel de tecnología respecto a los hombres locales. Seres que se asocian siempre a la luz y la claridad, el cielo y el fuego, y que son descritos con piel blanca y cabellos —a veces barbas también— rubios, castaños y pelirrojos en lugares donde no existía el tipo caucasiano. Seres que enseñan a cultivar la tierra y a pastorear, a fabricar cerámica y edificar construcciones sólidas y resistentes, a trabajar metales para producir utensilios duraderos, a crear arte y adorar a la divinidad. Que combaten en ocasiones contra monstruos o contra otros «dioses» similares a ellos en luchas que constituyen auténticas epopeyas por la duración de los combates y las devastadoras armas utilizadas, en comparación con las escaramuzas a palos y pedradas de los hombres locales, más atrasados. Que en un momento determinado desaparecen con la promesa de regresar algún día y este emplazamiento crea una fiebre religiosa por conservar su recuerdo, con la fundación incluso de grupos sacerdotales específicos encargados de diseñar leyendas y calendarios...

Estos seres sólo cometen un «pecado» durante su estancia entre los hombres: el sexual. Porque para los jefes de los «dioses», el hecho de que algunos de los suyos puedan entablar relaciones duraderas con miembros de las tribus primitivas que están civilizando puede suponer que se rebelen y prefieran quedarse allí en lugar de acompañarlos hacia el destino siguiente. Es a esos híbridos entre «dioses» y humanos corrientes a los que posteriormente harán remontar los orígenes de sus legendarios linajes aquellas familias de la nobleza y la aristocracia que se consideran de «sangre azul» porque los «dioses» tienen su piel tan blanca que a través de ella se puede distinguir las venas azules, mientras que los hombres primitivos poseen la piel más oscura o tostada y saben que su propia sangre es roja —ignoran que también lo es la de los «dioses»— porque la han visto derramada en muchas ocasiones.

Las teorías más heterodoxas han atribuido el papel de esos «dioses» a razas extraterrestres que visitaron nuestro planeta en la Antigüedad y luego se marcharon, pero a no ser que exista un molde único universal para el ser humano en toda la creación, resulta una casualidad, cuando menos espectacular, que esos seres de otros planetas sean físicamente iguales que los hombres primitivos. Tan iguales como para poder procrear con ellos.

¿No resulta más lógico pensar en la existencia de una civilización matriz ubicada en una localización concreta, por ejemplo en lo que hoy conocemos como el norte de la península Ibérica, cuyos miembros —que responderían a las descripciones mitológicas— hubieran iniciado una exploración del mundo que los rodeaba en busca de nuevos recursos y territorios? ¿No sería más comprensible imaginar a pequeños grupos de esta civilización encontrándose con seres más atrasados que ellos —tal vez *sapiens* en un desarrollo incipiente, tal vez pertenecientes a otras ramas homínidas— ante los cuales hubieran actuado como verdaderos dioses, enseñándoles los rudimentos

de las ciencias y las artes, con el objetivo probablemente de convertirlos en futuros esclavos o quizá en aliados? ¿Y que de esos cruces con grupos humanoides más atrasados hubieran nacido el resto de las que hoy consideramos como distintas razas o etnias humanas? ¿Y que algunos de esos grupos se quedaran atrapados, por diversas razones, o tal vez por gusto, en distintos puntos del planeta sin llegar a regresar jamás, con lo que darían origen a futuras culturas diferentes, pero todas con las mismas raíces y creencias lógicamente similares?

Para una mente libre de prejuicios, el estudio pormenorizado de leyendas y tradiciones de todo el mundo, así como el examen in situ de los restos de las antiguas civilizaciones y la comparación de diversas piezas procedentes de culturas distintas y en teoría sin contacto entre ellas pero asombrosamente parecidas unas con otras, refuerza esta hipótesis.

No obstante, a día de hoy, nadie parece especialmente interesado en comprobar la viabilidad de este origen ibérico de la humanidad racional, comenzando por los propios españoles. ¿Por qué? Admitir siquiera la posibilidad de que realmente hubiera sucedido así, y ya no digamos iniciar un proyecto serio de excavaciones que ofreciera resultados explícitos, como propone Ribero Meneses, desmoronaría la forma de pensar y de enfrentarse al mundo que ha costado tanto tiempo consolidar. Para empezar, destruiría la carrera de todos los profesores, catedráticos e investigadores de la Historia, que deberían enfrentarse al durísimo hecho de que toda la labor de su vida no vale para nada, al estar basada en datos erróneos. Después tendríamos graves problemas religiosos y culturales al considerar que el libro más vendido y leído del mundo, la Biblia, también estaría errado en su redacción conocida (y con él la teórica primogenitura de Israel como pueblo elegido y primero en contactar con «el Dios verdadero»), a no ser que se reconociera que los primeros israelitas nacieron en la península Ibérica (¿el río Ebro

tiene algo que ver con el pueblo hebreo o con la ciudad de Hebrón?, ¿por qué los judíos expulsados de España en el siglo xv se referían a ella como Sepharad o Paraíso?) o que, en realidad, la mayor parte de los textos veterotestamentarios no son de origen judío, sino adaptaciones por parte de este pueblo de relatos pertenecientes a culturas anteriores, como veremos en un capítulo posterior. Con el desmoronamiento de los mitos bíblicos se vendría abajo la tradición que está en la base del actual cristianismo, que a su vez es la base de la cultura occidental, sin olvidar que en la Biblia bebe también el islam.

A ello habría que sumar las brutales envidias entre países con las consecuencias correspondientes: recordemos los despiadados ataques que tuvo que soportar Marcelino Sanz de Santuola por parte de los prehistoriadores franceses encabezados por Émile Cartailhac (que no podían ni considerar que la «atrasada» España pudiera disponer de un tesoro paleontológico superior al de su propio país) tras presentar en 1879 su descubrimiento de las cuevas de Altamira. Hubo que esperar al hallazgo de cuevas similares en territorio francés para que Francia reconsiderara su postura y a que el siglo xx estuviera ya bien entrado para que reconociera la importancia de la llamada capilla Sixtina del Cuaternario.

Por si todo esto fuera poco, la confirmación de semejante hipótesis de trabajo desenterraría uno de los peores fantasmas del ser humano: el racismo. A nadie se le ocultan las consecuencias ideológicas y políticas que conllevaría la confirmación de que la primera cultura fue desarrollada por hombres europeos blancos. En lugar de servir para completar un importante hueco en el conocimiento de nuestros orígenes y para avanzar hacia un mayor hermanamiento de todos los seres humanos, este hecho alimentaría nuevas guerras y disputas entre aquellos que exigirían privilegios y honores gratuitos y aquellos otros que, sintiéndose humillados, no podrían soportar la realidad de los hechos y

lucharían por destruir sus pruebas. De hecho, el presunto origen africano de la humanidad moderna aparece, cada día que pasa, más como un cómodo arreglo para evitar la proliferación de ideas acerca de la supuesta superioridad de uno u otro color concreto de piel y los presuntos beneficios que debería llevar aparejado que como una certeza científica digna de tal nombre. Un origen africano ambiguo y difuso en medio de la nada no plantea ningún inconveniente político a nadie, pero otro europeo con nombre y apellidos dispararía todos los defectos típicos de la naturaleza humana.

Por último, a las sociedades secretas oscuras no les interesa que el ser humano crezca interiormente y se hermane cada vez más, sino que continúe dividido y enfrentado entre sí, por razones religiosas o culturales o de cualquier otra índole. A mayor división, más facilidad para la manipulación y mejor control.

CAPÍTULO 4

El mito de los mitos

Vosotros siempre estáis haciendo preguntas. Nunca os limitáis a observar y escuchar.

Suele ser posible aprender todo lo que realmente importa saber sólo observando y escuchando.

Anciano jefe indio,
en conversaciones
con representantes de Washington

Si existe un mito sobre antiguas civilizaciones que ha fascinado a estudiosos e intelectuales, a la par que a novelistas y poetas de todos los tiempos, sin duda ése es el de la Atlántida. Desde las ruinas de la ciudad sumergida en *20.000 leguas de viaje submarino* del francés Julio Verne hasta la salvaje saga de *Kull el Conquistador* en los relatos del norteamericano Robert E. Howard, pasando por el más antiguo superhéroe (*Namor, príncipe de Atlantis*) de la empresa de cómics Marvel o el poema clásico *L'Atlàntida* del español Jacinto Verdaguer, la evocación de la antigua y poderosa cultura que desapareció «en un día y una noche» ha sido una tentación permanente para los constructores de historias. Difícil sustraerse a la evocación de sus altas murallas pintadas de rojo, blanco y negro, sus brillantes incrustaciones del legendario oricalco, su ejército invencible dotado de centenares de naves de guerra, sus riquezas sin fin... todo ello

retratado de tantas formas posibles como las sensibilidades de aquellos que las conjuraron a lo largo de los siglos. Se ha descrito a la Atlántida como un imperio dirigido por bárbaros, por dioses, por magos, por científicos, por extraterrestres y hasta por viajeros en el tiempo. Se la ha ubicado en el mismo centro del Atlántico, en la antigua Groenlandia, en la península escandinava, frente a la península de Florida, en el entorno mediterráneo de Santorini, en la península Arábiga o en Indonesia. Se la ha buscado por tierra, por aire y, sobre todo, por mar.

Y nunca se la ha encontrado. O tal vez no se la ha querido encontrar.

La huella de una sombra

Los detractores del mito atlante aducen que la descripción de esta tierra fabulosa, que debemos a Platón antes que a nadie, no es más que una metáfora para describir las ventajas de una sociedad ideal. Dicen que nunca ha sido hallado resto alguno de su existencia y que incluso los contemporáneos del filósofo griego, como su discípulo Aristóteles, pensaban que la leyenda carecía de base real. No obstante, la atracción de la Atlántida en el imaginario popular parece excesiva para que achaquemos su origen y su potencia a la elucubración de un pensador que vivió hace dos mil quinientos años. Antes al contrario, esta historia posee la fuerza de un auténtico mito fundacional. Sabemos que el planteamiento de una raza primigenia o una civilización matriz de la que descenderían todos los demás reinos e imperios de los que desde entonces se tiene noticia es un punto recurrente en las cosmogonías de culturas y religiones en todo el planeta. El detalle de la catástrofe súbita que destruyó esa civilización también es común. Y resulta imposible ignorar las sugerentes semejanzas en lo filológico (la cadena montaña-

sa marroquí del Atlas, el océano Atlántico, el origen de los pueblos mexicanos en su legendaria Aztlán) o lo mitológico (ese lugar original en el que aseguraban las leyendas antiguas que nació el hombre: para los egipcios, al oeste; para los precolombinos, al este).

Es cierto que no conocemos restos físicos relacionados con la Atlántida... ¿o sí los conocemos pero no los llamamos así? Recordemos la fábula oriental de los tres ciegos que no sabían de la existencia de un animal llamado elefante hasta que un día tuvieron ocasión de palpar uno. Para el primer ciego, que sólo tocó la trompa, el elefante era una especie de serpiente con pelo. Para el segundo, que tocó las patas y el cuerpo, se parecía más al muro de un templo sostenido por sus columnas. Para el tercero, que tocó la cola, el elefante era como un espantamoscas de fibra. Y el elefante se parecía a todo eso pero no era nada de eso. ¿Y si hiciera mucho tiempo que conocemos restos atlantes, que los hubiéramos fotografiado, filmado y paseado junto a ellos, pero sin considerarlos, por pura ignorancia, como tales?

Continuemos en la península Ibérica, donde el origen de determinados hallazgos arqueológicos de Andalucía ha sido «repartido» por los arqueólogos entre las culturas antiguas conocidas, adjudicándoseles una presunta pertenencia a pueblos como los fenicios, los griegos o los iberos. Hace pocos años se reconocía finalmente de manera oficial que, en realidad, estos hallazgos pertenecen a un pueblo distinto que existió hace al menos unos tres mil años pero del que hoy sabemos aún muy poco: Tartessos, cuya capital ya aparece citada en la Biblia con el nombre de Tarsis, una de las ciudades más importantes de la Antigüedad gracias al trabajo y la exportación de oro y plata.

Entre las piezas de origen dudoso figura la llamada Bicha de Balazote, una espectacular obra datada hoy en el siglo VI a. J.C., aunque probablemente anterior en el tiempo, que parece una síntesis de la Esfinge egipcia y los Toros Alados mesopotámi-

cos. Representa a un toro recostado con cara de hombre, provisto de barba y bigote. En su *Tartessos y Europa*, el escritor español Miguel Romero Esteo recuerda que los antiguos griegos, y tras ellos los demás pueblos históricos, situaban en la costa oeste peninsular, la costa atlántica, el Infierno o Tártaro (una palabra prima hermana del mismo nombre Tartessos), habitado por los seres más extraordinarios y peligrosos, desde el elegante caballo alado Pegaso hasta la monstruosa Quimera, pasando por el mismo guardián del inframundo: el can Cerbero. El afán por recluir semejante progenie en la zona podría deberse a que «algo muy desagradable les ocurrió en el ámbito del estrecho de Gibraltar a los protogriegos remotísimos —pongamos que de por allí los expulsaron, y puesto queda— y que pues nunca lo olvidaron». Entre esos seres figuraba la Esfinge, por lo que, afirma Romero Esteo: «Al menos en las legendarias historias es en su origen no precisamente egipcia sino que más bien tartesia y geriónica. O bastante eurooccidental e hispana, si dicho de otro modo.»

De la cultura tartésica sólo falta por encontrar los restos de su capital o de alguna de sus ciudades para encajar muchas de las piezas que sobre ella poseen ya los arqueólogos, pero es muy posible que nunca las encontremos porque yazgan enterradas, sirviendo de cimientos para las urbes actuales, como por ejemplo Cádiz, la más vieja entre las habitadas de Europa. Cuando el arqueólogo germano Heinrich Schliemann desenterró las ruinas de la mítica Troya en la colina de Hissarlik, encontró no una sino nueve ciudades de Troya: la misma población se había ido construyendo, desmoronando y reconstruyendo sobre sí misma desde tiempos prehistóricos. Quién sabe cuántas Tartessos se esconden debajo de las ciudades milenarias que hoy aún subsisten.

Centrándonos de nuevo en la Atlántida, y si hemos de hacer caso a la descripción de Platón, lo que está claro es que nunca

hubo ninguna isla gigantesca en medio del océano, tal y como se la suele representar en los portulanos renacentistas y en la imaginación popular. Lo sabemos desde que se demostró la teoría geofísica de la tectónica de placas, también conocida como de la deriva continental, según la cual los continentes se asientan sobre titánicos pedazos de corteza terrestre que se desplazan, separándose o aproximándose entre sí a un inapreciable ritmo de escasos centímetros anuales. Cualquiera puede hacer el experimento de tomar un mapa moderno y recortar el perfil de los continentes actuales para luego encajarlos unos con otros como si se tratara de un colosal rompecabezas. El primero que lo hizo fue el científico alemán Alfred Wegener, que en 1915 dibujó el apelotonado aspecto que pudo tener una Tierra más que prehistórica con todas sus masas terrestres unidas configurando una especie de «S» gigantesca que luego se escindiría en dos: Laurasia (con el territorio de lo que conocemos hoy como Europa, la mayor parte de Asia y América del Norte) en el hemisferio norte y Gondwana (con América del Sur, África, India, Australia y Antártida) en el hemisferio sur. Después, estos supercontinentes se fragmentaron y modelaron hasta alcanzar su actual configuración. Como de costumbre en estos casos, los colegas contemporáneos de Wegener le ridiculizaron por considerar sus teorías un auténtico delirio, aunque medio siglo más tarde los geólogos modernos encontraron las pruebas que confirmaban sus estudios. Por lo que hoy sabemos, la costa este americana se separa de las costas oeste europea y africana a medida que el Atlántico se expande desde la grieta conocida como Dorsal Atlántica Central. La cuenca oceánica a ambos lados de esta dorsal es un campo de roca enfriada en continua expansión con tres placas gigantes: la norteamericana, la sudamericana y la africana, empujadas lenta pero constantemente. Así que en la cuenca atlántica jamás pudo existir una masa de tierra del tamaño de un continente, ni siquiera de una gran isla. ¿Entonces?

Platón habla de la Atlántida en dos de sus diálogos: *Timeo* y *Critias*. En ellos, Critias explica a Sócrates y a otros invitados el origen, la forma y la historia del continente perdido, recogiendo los datos que le había facilitado Solón, el legislador ateniense. Éste, a su vez, los había recibido de Sonchis, un sacerdote de Tebas que le había traducido al griego algunos viejos textos durante una visita a los templos de la localidad egipcia de Sais. Según este conocimiento, los antiguos dioses dividieron la Tierra de forma que cada uno pudiera poseer una parte. El dios del mar (Poseidón, para los griegos) eligió un lugar, más grande que Libia y Asia Menor juntas, ubicado en las proximidades de las Columnas de Heracles. Contaba con una cadena montañosa en el norte y otra que llegaba más al sur hasta la costa, con una gran llanura de forma oblonga en el suroeste. En uno de sus montes vivía una mujer de la que el dios se enamoró y con la que tuvo cinco pares de gemelos. Cuando los hijos crecieron, se repartieron el dominio de esa tierra. El mayor de sus hijos, llamado Atlas, fue elegido rey principal entre ellos y por eso dio nombre al país (Atlántida) y al mar (Atlántico), además de quedarse con el control de la montaña donde todos habían nacido y con sus regiones limítrofes. Su hermano gemelo, conocido como Gadeiros o Eumelos, obtuvo el dominio de la región que llegaba hasta las Columnas, que también bautizó con su nombre: Gadeira o Gades (antiguo nombre de Cádiz). El resto de provincias atlantes, incluyendo las islas bajo su dominio, se repartieron entre las demás parejas de gemelos: Amferes y Eudaimon, Mneseas y Autochthono, Elasippos y Mestor, Azaes y Diaprepes.

Poseidón había horadado la montaña donde vivía la amada madre de sus hijos para convertirla en un palacio y la rodeó con tres fosos circulares concéntricos separados por dos anillos de tierra. Después, los atlantes construyeron puentes, murallas y fortalezas sobre los fosos y cavaron túneles, canales y muelles en

la roca viva para intercomunicarlos y convertir así su capital en un impresionante laberinto que protegía sus viviendas y todas las instalaciones que edificaron para su conveniencia: mercados, gimnasios, hipódromos, acuartelamientos y otras. Y prosperaron. Platón dice que «aunque su imperio les proporcionaba grandes rentas, la propia Atlántida los proveía de todas sus necesidades», al brindarles recursos mineros («tanto sólidos como de fundición», incluido el hoy desconocido oricalco, «que sólo cedía en valor al oro»), forestales («cuantas maderas son útiles al carpintero y el constructor»), ganaderos («animales tanto salvajes como domesticados, incluso abundaban los elefantes») y agrícolas («su suelo producía raíces, tallos, cañas y resinas exudadas por flores y frutas y también todo tipo de cultivos»). Era un auténtico paraíso: «Todo lo producía aquella sagrada isla entonces acariciada por el sol con maravillosa hermosura y abundancia inagotable.»

La ambición de los reyes atlantes los llevó a expandirse por el Mediterráneo hasta alcanzar primero Etruria y luego Egipto, y sometieron a los diversos pueblos que encontraron a su paso. Critias se enorgullece entonces al recordar cómo fueron los griegos más antiguos quienes consiguieron frenarlos merced a una alianza forjada por los atenienses (habla más bien de los lejanos antepasados de la Atenas de su tiempo), los que tras un largo conflicto lograron al fin sacudirse el yugo de la expedición militar atlante. Después de esta victoria se produjeron una serie de terremotos «de gran intensidad» seguidos de una «gran inundación», posiblemente un importante maremoto, que hundieron la capital o isla de la Acrópolis y destruyeron el imperio. De acuerdo con los datos facilitados por Sonchis a Solón, aquello habría sucedido unos nueve mil años antes de su visita a Sais (para nosotros, hace entre once mil y doce mil años).

Platón cuenta todo esto con seriedad y utilizando la expresión *Alêthinon Logon*, que se empleaba para definir una Histo-

ria Verdadera, algo que había sucedido realmente aun en tiempos remotos o circunstancias ambiguas. Si hubiera querido referirse a la Atlántida como una fábula o una creación poética, hubiera usado la expresión *Mithos*. De hecho, y a excepción de Aristóteles y algún otro de sus seguidores, durante los casi novecientos años que permaneció en pie la Academia, la institución de enseñanza filosófica creada por Platón, la mayoría de sus discípulos repitieron esta historia inscribiéndola en el índice de textos *Alêthinon Logon*.

La ubicación exacta

Si la Atlántida no está en el Atlántico, entonces ¿dónde? De entre las docenas de teorías y los miles de libros publicados al respecto en que se plantean todo tipo de ubicaciones, existe una de especial coherencia que podría ayudarnos a resolver este enigma. Se trata de la hipótesis del imperio iberomauretano desarrollada por el investigador y epigrafista hispanocubano Georgeos Díaz Montexano, según la cual todo el problema radica en los graves errores de traducción cometidos con los textos platónicos, incluso en las versiones de eminentes catedráticos, que suelen ser simples copias de traducciones fallidas. Porque la casi práctica totalidad de ediciones a las que hoy tenemos acceso de los relatos del filósofo griego son copias de copias de copias, no del original griego, sino de las primeras transcripciones al francés y al inglés, en las que se cometieron diversas equivocaciones al trasladar la copia que a su vez elaboró el filósofo renacentista florentino Marsilio Ficino, quien en el siglo xv cometió también algunas inexactitudes al verter el texto al latín. El resultado es que lo que hoy leemos en una edición moderna padece sutiles pero importantísimas diferencias respecto a lo que dejó escrito en su día Platón. Díaz Montexa-

no lo comprobó al traducir directamente de las fuentes primarias: las copias griegas más antiguas que se conocen de los textos originales. Básicamente, distingue tres grandes errores que son los que han enmarañado todo.

El primero es la ubicación: intentar situar la Atlántida en cualquier lugar del mundo excepto en el sitio exacto donde la describe Platón, que no es otro que el mismo *Atlantikou Pelagos*, la marisma o estrecho ubicado en el Atlántico (*Pelagos* se ha traducido como *océano*, cuando en realidad significa *marisma*, *estanque*, *laguna* e incluso *estrecho*; si Platón hubiera querido decir que esta tierra fabulosa se hallaba en medio del mar habría utilizado la palabra *Okeanos*, que significa precisamente eso) «al lado» de la región de «Gadeira»; es decir, junto a Cádiz, y no, como suele interpretarse, «más allá» de las conocidas Columnas de Heracles.

El segundo error es pensar en la Atlántida como en una única y gran isla. El filósofo utiliza el término *Nesos*, que significa *isla*, pero también *península*, si va acompañada, como sucede a veces en el texto platónico, por la partícula *Pasan* (un ejemplo lo tenemos en la denominación de la propia península griega del Peloponeso). En ese sentido, no deja de llamar la atención que en el texto original haya referencias por un lado a «la isla Atlantis» y por otro lado a «la isla entera». ¿Y si en este último caso hubiera que traducir «la península entera» porque se refería a algo distinto de la isla donde estaba ubicada la capital? Díaz Montexano afirma que esa Atlantis era, en efecto, el centro capitalino del imperio atlante y que estaba en una isla en medio de lo que hoy es el estrecho de Gibraltar (allí se ubicaría el laberinto de anillos concéntricos de tierra y agua), pero el imperio, la Atlántida como tal, se extendía por lo que hoy es la península Ibérica (¿a qué otra «gran península» podía referirse el autor?) y también parte del norte de Marruecos. Fue Atlantis la que se hundió a consecuencia de un gran desastre, no el resto de su imperio.

Éste, sin embargo, al perder la dirección de los reyes descendientes de Poseidón y al quedar aislados unos territorios de otros, procedió a desmembrarse tras la catástrofe. Algunas ciudades se perderían en el pozo negro de la Historia y otras sobrevivirían refundadas como «colonias» fenicias y griegas o como «culturas autóctonas de origen incierto» cual Tartessos.

El tercero y definitivo error se refiere al tamaño. Normalmente se traduce que la Atlántida «era más grande que Asia y Libia juntas», entendiendo la primera como la zona de Asia Menor que conocían los griegos (hoy Turquía) y Libia como la franja del norte de África que habían explorado. Ello ha hecho pensar, más que en una isla, en una especie de pequeño continente que, por supuesto, no cabría en el estrecho de Gibraltar. Ahora bien, la traducción literal de este fragmento afirma que «junto a Libia, igualmente a Asia en tamaño», o lo que es lo mismo: «junto a Libia es del mismo tamaño que Asia». No es lo mismo un territorio tan grande como Groenlandia que otro que, sumado a Libia, era tan grande como Asia. Si tenemos en cuenta las medidas que facilita el texto del *Critias*, Platón está hablando de un mínimo de 380.000 kilómetros cuadrados de extensión, refiriéndose sólo a la llanura central de la «isla entera» o península, sin tener en cuenta las montañas de su interior ni sus archipiélagos. En consecuencia, las dimensiones completas del imperio atlante serían muy parecidas a los 584.000 kilómetros cuadrados que tiene hoy día la península Ibérica.

Todo esto estaría en consonancia con lo que vimos en el capítulo anterior: si el hombre moderno nació en el extremo suroeste de Europa, lo lógico es que se recuerde a la civilización más grande de la Antigüedad ubicada justo allí (aunque el antes mencionado Ribero Meneses plantea que esta Atlántida que los griegos conocieron era un reflejo de otra más primitiva ubicada en la costa cantábrica). Pero si es cierto que constituyó el

imperio atlante, ¿qué pruebas quedarían de ello? Encontrar la isla Atlantis sería más o menos fácil si se dispusiera del suficiente dinero y, sobre todo, voluntad política para ello. De hecho, algunas imágenes tridimensionales tomadas vía satélite e interpretadas con filtros infrarrojos y ultravioletas parecen mostrar diversos recintos, estructuras de calles e incluso promontorios piramidales escalonados sumergidos bajo el estrecho de Gibraltar. Unas fotografías aéreas tomadas en 2003 sobre la bahía de Cádiz muestran, además, la existencia de un espectacular cráter bajo el agua, que se supone de origen meteorítico (una de las teorías sobre la causa que provocó el maremoto que destruyó la civilización atlante es la caída de un meteorito) y cuya existencia ya había probado el sónar.

Por desgracia, las autoridades españolas nunca se han distinguido por su eficacia a la hora de proteger su riquísimo patrimonio histórico, para desesperación de las escasas unidades policiales que intentan evitar la rapiña de las bandas de saqueadores y expoliadores que operan a menudo con impunidad en su territorio nacional. Por cierto que el estrecho de Gibraltar junto con la costa levantina están considerados los yacimientos arqueológicos costeros más ricos (entendiendo como tal la existencia, a menos de cincuenta metros de profundidad, de pecios de todas las épocas de la humanidad) de un país que atesora, según los expertos, «el patrimonio subacuático más valioso de todo el planeta».

Sería tal vez más productivo buscar entonces los restos de la Atlántida que no se hundieron, los que según Díaz Montexano se salvaron por hallarse en tierra firme en la península Ibérica, pero ¿dónde? La respuesta del mismo investigador resulta asombrosa, pero a estas alturas del libro estamos acostumbrados a las sorpresas: algunos de los monumentos y edificaciones que durante los últimos siglos han sido catalogados y considerados de origen romano serían en realidad restos atlantes que

los césares se habrían limitado a reutilizar e incluso a copiar y exportar como modelos para el resto de su imperio. No sería nada extraño: conocemos numerosos ejemplos de culturas que han aprovechado lo que dejaron detrás sus antecesoras e incluso se lo han adjudicado como propio con el correr del tiempo. Los druidas que utilizaron Stonehenge, por ejemplo, se limitaron a usufructuarlo pero no fueron sus constructores, pues este impresionante templo megalítico fue levantado por hombres que vivieron mucho tiempo antes de que naciera lo que conocemos como civilización celta. Las catedrales medievales fueron construidas casi en su totalidad sobre los antiguos santuarios paganos venerados desde tiempo inmemorial por los habitantes de la zona. Los visigodos, que sustituyeron a los mismos romanos como principal potencia en la península Ibérica, heredaron muchas de sus edificaciones, costumbres y usos administrativos.

Así pues, el ejemplo más espectacular de construcción atlante que aún quedaría en pie en España sería el Acueducto de Segovia. Antes de reírnos y criticar a su autor por este aserto, usemos la lógica y una lupa. La lógica, para recordar que el acueducto no es una invención romana: los asirios ya abastecían Nínive, la capital de su imperio, con este tipo de obra. Y aún más importante es recordar que la ciudad de Segovia fue declarada Patrimonio de la Humanidad en 1985 por su excepcional conjunto de bellezas monumentales de todos los tiempos, entre las que no se cuentan muchas de origen romano. De hecho, no se puede hablar de ninguna, excepto el acueducto, en el caso de que de verdad hubiera sido construido por Roma. No se conoce la fecha de la fundación de Segovia. Los legionarios romanos la conquistaron a los celtíberos, asentados desde un tiempo indefinido, hacia el año 80 a. J.C., y después instalaron allí un campamento militar. Mas nunca construyeron una ciudad romana propiamente dicha: no hay hermosos palacios ni mansio-

nes con mosaicos y pinturas al fresco, ni colosales circos, ni llamativos teatros, ni ninguna gran obra característica de la ingeniería romana que sí podemos admirar en otras ciudades españolas, como Mérida. Y, sin embargo, precisamente en Segovia encontramos el acueducto mejor conservado del mundo, más grande que el de la propia Roma: una obra maestra compuesta por 20.400 bloques de granito que no están unidos entre sí por masa ni por cemento alguno... ¿para abastecer un campamento militar? Este monumento mantiene un equilibrio de fuerzas magistral que le ha permitido sobrevivir miles de años a incidencias meteorológicas de todo tipo y sólo se ha visto afectado por las acciones del ser humano: desde los arcos que destruyera el líder musulmán Al-Mamún de Toledo al conquistar la ciudad en el siglo IX —luego reconstruidos por los Reyes Católicos— hasta la contaminación de los automóviles modernos. Y no existe un solo documento romano del siglo I o II d. J.C. (que es cuando se supone que debió ser edificado) en el que se cite a sus constructores, se evalúe el coste de la obra o quién la encargó o bajo qué César se culminó.

Sabemos que en uno de los nichos del acueducto hubo una estatua del Hércules egipcio, considerado fundador de la ciudad, aunque la Iglesia católica sustituyó esta imagen por una de la Virgen de Fuencisla, a la que se dedicó el patronazgo de la ciudad, y otra de san Esteban, el primer mártir cristiano. Curiosamente, las leyendas locales afirman que no fueron los romanos quienes levantaron la obra sino el mismo Diablo. Cuentan que una muchacha, harta de arrastrar su cántaro por las empinadas calles de la ciudad, llegó a un pacto con las fuerzas infernales para que se quedaran con su alma si antes de que cantara el gallo eran capaces de llevar el agua directamente hasta la puerta de su hogar. Cuando cayó la noche, una gran tormenta asoló la zona y todo el mundo se refugió en casa. Sólo la muchacha sabía que el fenómeno había sido provocado por el

Diablo para poder trabajar sin ser molestado. Le entró miedo y se arrepintió del pacto: pasó toda la noche rezando para evitar que se cumpliera lo acordado. Y lo consiguió, porque el gallo cantó justo antes de que el Amo de las Tinieblas colocara la última piedra que le quedaba para terminar. La muchacha confesó luego su culpa a sus vecinos, que rociaron con agua bendita los arcos y colocaron las imágenes cristianas, aceptando desde entonces la construcción como la expresión del milagro que suponía la salvación del alma de la joven por una sola piedra. Estamos ante otra evidente cristianización de una leyenda muy anterior, de hecho similar al cuento en el que el dios nórdico Loki engaña a un gigante para que construya en un plazo muy corto el colosal muro que los dioses necesitan para proteger el Valhalla. Loki le promete como recompensa la mano de la hermosa Sif, la esposa de Thor. También en este caso, el gigante está a punto de cumplir con su parte del trato pero los dioses lo frustran en el último momento y Sif no llega a caer en sus manos.

Platón nos muestra la civilización atlante en una fase de esplendor, como una cultura tan avanzada o más que la griega, pero en todo caso de corte clásico. Habla de gentes que rinden culto a animales como el toro o el caballo (animales sagrados de Poseidón); cuyas leyendas mencionan los mismos pegasos y nereidas que los de la tradición griega; cuyos guerreros emplean escudos circulares, lanzas, hondas y carros de guerra como los demás ejércitos del Mediterráneo; cuyos arquitectos diseñan estelas, columnas y bóvedas y cuyos ingenieros construyen templos, hipódromos, gimnasios y... «acueductos sobre lo alto de los puentes para canalizar agua». Resulta un poco difícil defender que acueductos como el de Segovia fueron inventados por los romanos si, siglos antes de que se pusieran a construirlos, Platón hablaba ya de ellos señalando este origen atlante. El razonamiento contrario parece más factible y, desde luego, más

acorde con el conocido pragmatismo romano de importar y asumir como propias aquellas invenciones ajenas que encontraban durante sus campañas militares y que hallaban convenientes para sí mismos (así «romanizaron» desde la espada corta de sus legionarios hasta la capa corta con capucha, la hoz de segar o los pantalones, entre otras muchas cosas): los romanos se toparon con el acueducto, comprendieron su grandeza y su utilidad, y lo copiaron para su uso en el resto del imperio.

Además de la lógica, necesitábamos una lupa. ¿Para qué? Para examinar con detalle otra circunstancia que apoya el origen atlante —o, al menos, antiquísimo— del Acueducto de Segovia: las soldaduras naturales en las juntas de los bloques de piedra que, en algunos tramos, llegan a perder la línea original que unía sillares distintos y que hoy constituyen uno solo. Estos bloques, según señala Díaz Montexano, se han fundido por el efecto natural de meteorización y diagénesis. Esto es, el conjunto de cambios físicos, químicos y biológicos mediante los cuales los sedimentos se transforman en rocas sedimentarias con el paso del tiempo. El problema es que para que una roca tan dura como el granito se erosione y después se compacte y recristalice de forma natural como sucede aquí deben pasar varios miles de años, no los mil ochocientos o dos mil que se le atribuyen como edad al acueducto, sino bastantes más. Quizá los once mil o doce mil que transcurrieron desde que, según Platón, se produjera la catástrofe de Atlantis.

Díaz Montexano señala otros monumentos atribuidos también a los romanos y cuyo origen podría ser atlante; en algunos casos, por sufrir idénticos problemas de erosión en la piedra que a la fuerza remontan su origen mucho más atrás en el tiempo de que naciera la propia Roma. Entre ellos figuran el Arco de Medinaceli en Soria, el Tetraarco de Cáparra en Cáceres o las murallas de Carmona en Sevilla. Por si fuera poco, en todo el territorio peninsular, y sólo en él, se han encontrado innu-

merables petroglifos que muestran el esquema de la ciudad de Atlantis según lo describió Platón: un punto central rodeado de una serie de tres o cinco círculos concéntricos atravesados todos por un trazo que parte desde el interior del esquema y sigue recto —a veces ondulado— hacia el exterior de los anillos.

Curiosamente, ha sido en la provincia andaluza de Jaén donde se ha descubierto y se está desenterrando en los últimos años una primitiva ciudad circular concéntrica organizada según este diseño: el llamado Asentamiento de Marroquíes Bajos, que contaba con fosos para canalizar el agua que llegaba desde las faldas del monte para distribuirse luego en el interior de los anillos hasta las viviendas. El diseño es único: no se ha encontrado una ciudad prehistórica similar y tan parecida a lo que describe Platón en ningún otro punto de Europa. Según las primeras excavaciones arqueológicas, fue habitada desde la Edad del Cobre y durante toda la Edad del Bronce, hasta principios de la Edad del Hierro, y podría ser la ciudad más antigua de todo el continente europeo descubierta hasta el momento. Especialistas de Protección del Patrimonio Histórico aseguran que «cambia todo lo que hasta ahora se había escrito para esta zona, pues estas gentes del Jaén de hace cuatro mil años vivieron en torno a sistemas de fortificación y canalización de agua [...] con empalizadas, muros de adobe o piedra [...] parece incuestionable que este asentamiento expresa una alta concentración tanto de población como de poder». En las excavaciones también aparecieron cerámicas con idéntico símbolo de círculos concéntricos.

Y aún otra pista de interés: los misteriosos verracos (de los cuales los más famosos son los conocidos como Toros de Guisando, en Ávila), esos deteriorados toros de piedra por lo común considerados de origen celtíbero y cuya función ha sido calificada por los expertos como «mágico-religiosa» a falta de una definición mejor por carecer de dato alguno para fecharlos

o interpretarlos. Semejantes esculturas no serían más que otro ejemplo de la presencia atlante: símbolos del poder de Poseidón sobre las tierras donde se levantaron, teniendo en cuenta que el toro era el animal consagrado al dios.

El mismo animal que simboliza, hoy en día y desde tiempos inmemoriales, el ser español.

Cuna de esfinges

No hinches tu corazón debido a lo que sabes. Aprende con el ignorante lo mismo que con el sabio.

Es cierto que el Mal te procura riquezas, pero la fuerza de la Verdad y la Justicia está en que duran y que el hombre puede decir: «Es la herencia de mi padre.»

PTAH-HOTEP,
poeta del antiguo Egipto

Toda persona que se precie de buscar el conocimiento debería, al menos una vez en su vida, visitar los restos del antiguo Egipto. Este extraño país aferrado a un solo río que, visto desde las alturas, parece el Árbol Cósmico que sostiene el mundo fue el epicentro de una de las civilizaciones más maravillosas de las que tenemos noticia gracias a la benéfica influencia de una importante sociedad secreta luminosa que la inspiró y protegió durante milenios. Una influencia que dotó a la sociedad egipcia de una solidez y una coherencia como nunca hemos vuelto a conocer históricamente, según demuestra su largo periplo y sus efectos en posteriores culturas, así como la fascinación que aún hoy despierta.

Suele creerse que los antiguos egipcios eran politeístas y que poseían dioses para casi cualquier actividad, pero nada más lejos de la realidad. El profundo sentimiento religioso que caracterizó

su cultura, y que impregnó desde el faraón hasta el último esclavo, partía de la adoración a un solo dios inmortal, invisible y omnisciente. Este único Dios se manifestaba en la Tierra a través de distintos *neteru* o potencias, no *dioses*, como se traduce de forma errónea la palabra original. Gracias a esas potencias o atributos, la divinidad actuaba y se manifestaba según lo requería la ocasión. Los *neteru* se representaban gráficamente como hombres con cabezas de animales de acuerdo con las características de cada arquetipo: Sejmet como un león para la fuerza y la guerra, Anubis como un chacal por su carácter de psicopompo, etcétera. En este sentido, la famosa «herejía» del faraón Akhenatón y de su hermosa mujer Nefertiti (cuyo nombre significa *La belleza ha llegado*) apostando por la adoración a un dios único representado en el Espíritu del Sol y creando así «el primer monoteísmo de la Historia» resulta no ser tal. Akhenatón no creó nada: todo parece indicar que más bien intentó dar un golpe de timón para limpiar y purificar la clase sacerdotal, que en principio había sido dirigida por los hierofantes iniciados en la antigua sociedad secreta luminosa, pero que, en su época, había degenerado ya hacia una casta corrupta e interesada en la mera acumulación de poder y riquezas, tras haber sido infiltrada por las sociedades oscuras.

Hoy es preciso hacer un esfuerzo de imaginación para retomar entre las impresionantes ruinas de sus templos y monumentos la vieja gloria y el verdadero esplendor del antiguo Egipto; pero para aquel que dispone de sensibilidad suficiente, el premio es jugoso, pues aún es posible percibir el eco de una enseñanza elaborada para superar la escala humana.

El Padre del Terror

Justo enfrente de la Gran Pirámide de Kufu o Keops se encuentra la estatua más colosal tallada por el hombre de la que

tengamos noticia directa: los antiguos griegos la llamaron *Sphinx (Enigma)* y más tarde los árabes la rebautizaron como *Abu-el-Hol (el Padre del Terror)*. Nosotros la conocemos por la traducción moderna de la palabra griega, esto es, la Esfinge. Se trata de un ser híbrido de cabeza y torso humanos y cuerpo y patas de león que, pese a su grave deterioro sobre todo en las patas, aún es capaz de impresionar a las miles de personas que acuden a diario a preguntarse qué significa exactamente esa mole de 74 metros de longitud y 20 de altura tallada sobre una sola pieza de piedra calcárea. Si no ha tenido la oportunidad de verla en persona, puede hacerse una idea de sus dimensiones al pensar que cada una de las orejas mide cerca de metro y medio. Según la versión oficial, la Esfinge fue levantada durante la IV dinastía, unos dos mil quinientos años antes de Cristo, por orden del faraón Kefrén, cuando, durante la construcción de la pirámide que lleva su nombre y al pavimentar el sendero que unía el templo funerario local con la misma pirámide, apareció una masa de piedra calcárea sin uso útil. Sus arquitectos habrían decidido emplearla para tallar la figura pero, una vez comenzada la obra, se dieron cuenta de que no contaban con material suficiente para terminar de esculpir las patas y las remataron con sillares del mismo tipo de roca. El mismo cuerpo de Kefrén estaría enterrado en una cámara subterránea en alguna parte bajo el monumento, si bien el rostro podría corresponder a su hermano Djedefre, al que usurpó el trono. Ambos eran hijos de Kufu, el faraón al que a su vez se atribuye la, posiblemente, más impresionante construcción en la superficie de la Tierra: la pirámide más grande de las que componen el monumental conjunto de Gizeh.

De todo esto no hay pruebas: es sólo la conclusión provisional de los arqueólogos a raíz de los datos disponibles. Esto demuestra que a veces los científicos tienen más imaginación que los novelistas. ¿Cabe en la cabeza que los autores de una obra

maestra de ingeniería como las pirámides decidieran construir de buenas a primeras una figura en medio de un conjunto prediseñado y milimetrado sólo porque encontraron un bloque de piedra con el que no contaban? ¿O que tuvieran los conocimientos para levantar semejantes moles piramidales y luego no fueran capaces de calcular bien el tamaño de sus patas?

La única inscripción que apareció en el coloso híbrido fue la *Estela del Sueño*: un muro de granito de algo más de dos metros en el que se relataba la peripecia del faraón Tutmés IV (hacia el 1400 a. J.C.), que, habiéndose quedado dormido en el desierto cuando aún era un simple príncipe, dijo haber soñado con la Esfinge. Ella le había prometido que llegaría al trono si la desenterraba, ya que por entonces estaba sepultada por las arenas del desierto (como en tantas ocasiones anteriores y posteriores: la última vez que emergió de las arenas fue en 1925). Teniendo en cuenta la importancia que los hombres antiguos conferían a los mensajes oníricos, el joven Tutmés se apresuró a reclutar hombres suficientes para limpiar la estatua y, tiempo después, llegó en efecto a faraón. Nadie sabe cuál es en realidad la verdadera antigüedad de la Esfinge. Sí que sufrió numerosos desperfectos por culpa de los agentes físicos que la erosionaron hasta el punto de que los propios antiguos egipcios llevaron a cabo al menos dos importantes restauraciones: una durante el Imperio Nuevo y otra en la época Ptolemaica. Lo interesante es que el grado y el tipo de erosión no se corresponden con la edad que presuntamente se le adjudica.

El investigador alsaciano René Adolphe Schwaller de Lubicz, que pasó diez años en Egipto, escribió durante el primer tercio del siglo xx en su *Templo en el hombre* algo que entonces resultaba revolucionario pero que hoy está científicamente comprobado: la erosión del cuerpo de la Esfinge no se debe al viento ni a la arena, sino a la acción del agua de lluvia. ¿Agua de lluvia junto al desierto egipcio en cantidad suficiente como

para causar semejantes daños a aquel monstruo de piedra? El geólogo norteamericano Robert Schoch confirmó la hipótesis en 1991 y de paso enfureció a los arqueólogos oficiales al añadir que la obra no había sido creada por el faraón Kefrén ni por ninguno de sus contemporáneos, sino que se remontaba varios miles de años más atrás. Schoch había utilizado ondas sonoras para visualizar el desgaste por erosión de lluvia, así como la estructura de la roca subyacente en la que fue esculpida semejante criatura, con la ayuda técnica de una compañía de Houston especializada en el análisis de subsuelos. Presentó sus inapelables conclusiones en el congreso anual de la Sociedad Norteamericana de Geología celebrado en San Diego, California: la parte delantera, la más dañada, había sufrido erosión de más de dos metros de profundidad a causa del líquido elemento mientras que el desgaste de la parte posterior es de poco más de un metro. Conclusión: lo único que hizo Kefrén fue reparar y reacondicionar la Esfinge, pero ni la diseñó, ni la construyó, sino que había que retroceder de manera espectacular en el tiempo... y tirar a la basura los manuales de Historia. La alternativa a la erosión por lluvia era que el coloso pétreo hubiera permanecido directamente bajo el agua al menos durante seiscientos años. Y la última vez que la región fue anegada por semejante volumen acuático sucedió tras la última glaciación, hace unos diecisiete mil años.

Schoch no está solo. Numerosos autores han apuntado en la misma dirección, algunos incluso desde la ciencia oficial, como el egiptólogo John West, quien insiste en que los verdaderos constructores fueron muy anteriores a lo que hoy se supone. West dice que «la Esfinge supone para la Historia lo mismo que en su día supuso la Teoría de la Relatividad para la física clásica». O como el profesor de historia de la ciencia Charles Hapgood, quien en su *Maps of the ancient sea kings* («Mapas de los antiguos reyes del mar») explica su convenci-

miento de la existencia de una civilización desconocida muy desarrollada y con capacidad marítima que le permitió llegar tanto al continente americano como al extremo del Mediterráneo para dejar sus huellas en fantásticos monumentos de piedra como éstos. En su día, el ruso Dimitri Merejkovski ya dejó escrito que «la Esfinge es muy anterior a las pirámides y la más antigua de todas las obras que ha creado la humanidad. En sus rasgos se manifiesta por vez primera la faz humana». Mucho antes, hacia el siglo XIV, un historiador árabe llamado Al-Makrizi había recopilado toda la información existente en su época sobre las pirámides de Gizeh y su entorno y señalaba a un faraón llamado Saurid como el verdadero constructor del conjunto de Gizeh. Su intención habría sido poner a salvo todo el conocimiento de su época ante la gran catástrofe que sabía se avecinaba y que calificó como el Gran Diluvio. *El Libro de los Muertos* egipcio contiene algunos párrafos interesantes al referirse a «la terrible noche de las tempestades de las inundaciones» o «el hundimiento del mundo». Y entre las cosas que los sacerdotes de Sais relataron al griego Solón cuando visitó Egipto había una frase significativa: «Vosotros los griegos sois un pueblo joven y sólo recordáis un diluvio terrestre, pero hubo antes muchos otros.» Entre las leyendas y noticias recopiladas figuraban las anotaciones del historiador grecoegipcio Manetón, quien comentaba como cosa sabida que la época predinástica en Egipto había arrancado miles de años antes de la primera dinastía, cuando hicieron su aparición los *neteru* y los *Shemsu Hor* o Compañeros de Horus: misteriosos seres civilizadores cuyo origen nunca ha quedado claro.

Según la tradición, la Esfinge —que mira hacia el punto exacto en el que nace el sol cada mañana— es uno de los restos más significativos que conservamos de las antiguas sociedades secretas luminosas y simboliza el camino espiritual del hombre capaz de dominar y sobreponerse a su origen animal. Por eso es

una bestia híbrida, describiendo al iniciado que ha conseguido, a través de un camino de esfuerzo personal, dominar sus pasiones e instintos y ponerlos a su servicio. Tampoco sabemos exactamente si representa a un hombre o a una mujer, pues su estado de deterioro es brutal respecto a la magnificencia que debió de tener en su mejor época. Sin embargo, algunos textos egipcios la llaman «la Diosa de la Pirámide».

Se cree que este monumento estaba conectado, a través de una complicada red de pasadizos subterráneos hoy formalmente desconocidos, con la Gran Pirámide, en algunas de cuyas cámaras todavía ocultas se practicaron ciertos trabajos de magia operativa real, así como la celebración ritual de los misterios iniciáticos. En ese laberinto se desarrollaban también las pruebas que el aspirante a conocer la sabiduría secreta debía superar si pretendía acceder a este conocimiento extraordinario, en una verdadera ordalía en la que se enfrentaba a diversos retos relacionados con los cuatro elementos clásicos (el aire, el agua, el fuego y la tierra) y donde no estaba garantizado el éxito. Si el novicio no estaba a la altura exigida para triunfar, podía morir en el intento o quedar esclavo del templo, sin conexión con el mundo exterior para el resto de su vida. De pie frente a una Esfinge impresionante en todo su esplendor y colorido (según los testimonios de diversos autores, poseía un pectoral ornado sobre su cuerpo íntegramente pintado de rojo), se le preguntaba al aspirante por última vez antes de iniciar las pruebas si estaba dispuesto a arriesgar su propia vida por acceder a los conocimientos fuera del alcance del hombre común. Había que poseer un gran arrojo personal y una ansia sobrehumana de sabiduría para sostener la mirada del Padre del Terror y aceptar el reto antes de introducirse en las cavidades bajo el ser mitológico. Algunos griegos que fueron iniciados en los misterios recrearon la terrible prueba de forma simbólica en el mito de Edipo, cuando el trágico héroe resuelve la adivinanza que planteaba la

esfinge griega («¿Cuál es el único animal que camina a cuatro patas al amanecer, con dos al mediodía y tres durante el crepúsculo?») a cuantos caminantes se cruzaban con ella camino de Tebas, una ciudad griega cuyo nombre también se inspiraba en su homóloga egipcia. Si el peregrino no contestaba correctamente, era devorado allí mismo. La respuesta a la adivinanza es: el hombre, el único animal que camina a cuatro patas al amanecer (gateando durante su infancia), con dos al mediodía (camina erguido) y tres durante el crepúsculo (se apoya en un bastón durante su vejez).

Las maravillas de la Esfinge quedan eclipsadas por la monumentalidad de las pirámides que se encuentran a sus espaldas. De hecho, si por algo es conocido Egipto en todo el mundo es por el conjunto de Gizeh, que muchas personas extrapolan al resto de edificaciones similares que se pueden encontrar a lo largo del Nilo. Sin embargo, no existen otras pirámides de tanta perfección y grandeza como las hoy conocidas con los nombres de Keops, Kefrén y Mikerinos. Todas las construcciones de este tipo que conocemos se ubican en la orilla occidental del Nilo y en su inmensa mayoría se concentran en el Bajo Egipto, en la zona de Menfis (lo que nos da una pista sobre por qué diversas sociedades secretas, sobre todo en los últimos siglos, practicaron un ceremonial llamado precisamente «ritual de Menfis») y El Faiyún. Se supone que, hace unos siete mil años, grupos de cazadores nómadas decidieron hacerse sedentarios en cuatro lugares concretos: Deir Tasa, El Amra, El Badari y El Gerza, en la zona antes reseñada. Con el paso del tiempo formaron núcleos de población cada vez mejor estructurados en torno a un poder central, hasta constituir lo que llamamos los pueblos del Bajo Egipto —los más próximos a la desembocadura del Nilo en el Mediterráneo— y los del Alto Egipto. Y hacia el 3200 a. J.C. aparece un líder que unifica a unos y a otros: Narmer, el Rey Escorpión, o Menes, fundador de la primera

dinastía. A continuación se suceden una treintena de dinastías a lo largo de unos tres mil años. Todo este período es lo que conocemos como el antiguo Egipto.

Ningún arqueólogo, egiptólogo, antropólogo ni historiador ha sido capaz de explicar cómo es posible que unas gentes acostumbradas durante generaciones a una vida errante de caza y recolección deciden de la noche a la mañana dedicarse a cultivar la tierra y apacentar ganado, y hacerlo además en una región como Egipto, donde, lejos del Nilo, sólo el desierto cubre un territorio que no ofrece ninguna feracidad. Tampoco ha podido detallar de dónde sale una civilización que, desde el principio, lo tiene todo (desde escritura hasta arquitectura monumental, desde matemáticas hasta medicina, desde trabajo con metales preciosos hasta astronomía), como si la evolución nunca hubiera contado para su desarrollo. Ni por supuesto ha podido precisar quién, cómo y cuándo comenzó la construcción de las pirámides. La hipótesis (no hecho demostrado) general atribuye a Djoser la edificación de la que se cree es la primera de ellas, la de Saqqara, que fue erigida gracias a su divinizado arquitecto Imhotep. Y se afirma que las pirámides de Gizeh fueron construidas durante la quinta dinastía, cuando los expertos habrían adquirido la cima de su arte constructor, a partir de la cual comenzaría la decadencia en complejidad y grandeza de la obra.

A estas alturas, y tras lo que hemos visto sobre los indicios de la primera civilización humana, pareciera más lógico pensar que las pirámides de Keops, Kefrén y Mikerinos fueron las verdaderas primeras construcciones de este tipo, levantadas mucho antes de la primera dinastía (o bien remontando la primera dinastía bastante más atrás de la fecha que hoy se le asigna) por la misma cultura que creó la Esfinge, con medios que en la actualidad desconocemos y para un uso en principio desconocido, aunque la tradición siempre las consideró grandes tem-

plos con capacidad para aplicar magia operativa real. Claro que lo que nuestros antepasados llamaron *magia* puede ser lo mismo que nosotros llamamos *ciencia*. Es posible que uno de los usos de semejantes moles fuera el de servir de acumulador o gestor de energías poderosas de carácter electromagnético, telúrico o cualquier otro. ¿Quién lo sabe? No nuestros científicos, desde luego, cuya teoría general flota sobre los hechos conocidos como un madero sobre las arenas movedizas: en cuanto alguien se atreve a pisarlo para comprobar su fortaleza, el madero se hunde y la persona que puso el pie encima se hunde con él. Según las tablas cronológicas del santuario de Osiris en el templo de Abydos, la primera dinastía se remontaría nada menos que hasta treinta mil años antes de Cristo, a la época en la que «los dioses caminaban sobre el mundo». Hacia el 16 000 a. J.C., el poder habría sido transferido a los semidioses, que a su vez cedieron el testigo a los reyes dioses, y sólo cuando terminó el ciclo de éstos aparecería la primera dinastía enteramente humana en manos del mítico Narmer. Así lo creían los antiguos egipcios y también los griegos que habían tenido acceso a los misterios, como Heródoto, quien escribió: «Antes de que los hombres reinaran, fueron los dioses quienes gobernaron conviviendo con los humanos. Y siempre era un dios el que detentaba el poder. El último que reinó tras deponer a Tifón [o Seth] fue Horus, el Hijo de Osiris.»

Los creadores de piedra

La ignorancia general alimentada por los falsificadores de la Historia ha creado, entre otros falsos arquetipos, el del faraón egipcio tiránico y fanático que es capaz de sacrificar a decenas de miles de esclavos haciéndolos trabajar a latigazo limpio para la construcción de una tumba hipertrofiada con aspecto piramidal.

A mediados de los años setenta se publicó en la revista española *Mundo Desconocido* una celebrada serie de artículos titulada «Enigmas técnicos del Egipto faraónico», en la que uno de los principales expertos españoles en construcción de grandes estructuras metálicas, el perito industrial y estudioso del antiguo Egipto Pedro García Micieces, explicaba por qué resultaba técnicamente imposible la existencia de ciertos edificios y objetos egipcios si se mantenía la estrecha visión sobre esta cultura que existía entonces y que, por desgracia, sigue existiendo ahora. En el caso de las pirámides, sentenciaba que «la construcción de estas montañas de piedra es uno de los mayores enigmas de la humanidad», al ser inviable el uso de la simple fuerza bruta para subir los bloques de piedra por rampas a lo largo de veinte años, como siguen creyendo tantos egiptólogos: «Levantar las rampas alrededor de la pirámide supone casi más trabajo que levantar la pirámide misma.» El dato de los veinte años lo facilitaba vagamente el mismo Heródoto, pero lo cierto es que el griego pasó muy por encima en todo lo relativo a las pirámides igual que la Esfinge, ya que fue iniciado en los misterios y en consecuencia tenía prohibido hablar de ello. Es muy probable que facilitara un dato erróneo o aleatorio para no dar demasiadas explicaciones.

De hecho, la imposibilidad técnica radica en un simple cálculo matemático. Sólo la pirámide de Keops estaba formada por un mínimo de dos millones y medio de bloques de piedra caliza y granito que ajustaban perfectamente entre sí, sin necesidad de mortero; y cada uno de los sillares poseía un peso mínimo de dos toneladas y media, aunque se han encontrado algunos de hasta sesenta toneladas. Si tenemos en cuenta una jornada de doce horas diarias trabajando sin interrupción durante todo el año (sin detenerse siquiera durante los períodos de crecida del Nilo, lo cual es mucho decir, porque la crecida anegaba por completo las zonas anexas a la construcción), em-

pleando el año egipcio que, como el nuestro, era de 365 días, disponemos durante veinte años de 87.600 horas de trabajo. O lo que es lo mismo: para que la pirámide de Keops hubiera sido levantada en ese tiempo, habría sido necesario colocar 28 bloques de piedra por hora. Un bloque de varias toneladas cada dos minutos. Estamos hablando de una organización capaz de cortar y tallar los bloques en las canteras, transportarlos (¿existían barcos de cañas que aguantasen semejante peso?, ¿o supercamellos tan bien alimentados?) hasta Gizeh, llevarlos a la obra y ajustarlos. Sin detenerse, sin un solo fallo en la organización, durante todo el día, en veinte años, hace al menos cinco mil, y en el seno de una sociedad de tecnología presuntamente primitiva con escasez de árboles (de los que obtener el material para fabricar rodillos o trineos deslizadores) y de soldados para vigilar a tantos esclavos (que se hubieran rebelado en repetidas ocasiones en cuanto tuvieran oportunidad, aunque nunca nos ha llegado noticia de la existencia de ningún Espartaco egipcio).

Un científico francés, Joseph Davidovits, especialista en química, geopolímeros y cementos antiguos, y autor de diversas patentes para la producción de cementos, acelerantes y retardantes del fraguado, propuso una solución interesante y plausible para explicar el enigma de este tipo de construcciones. En su opinión, los egipcios no trasladaron la piedra desde las canteras sino que, literalmente, la crearon en los mismos lugares donde se necesitaba. De hecho, éste habría sido el descubrimiento técnico gracias al cual acabaría siendo divinizado Imhotep, el sumo sacerdote, arquitecto y canciller del faraón Djoser. Según el investigador francés, Imhotep ideó una fórmula química que le permitía aglomerar y solidificar la piedra a partir de roca caliza muy blanda y sencilla de transportar, que primero diluía en agua para convertirla en un barro arcilloso y a la que a continuación añadía otros elementos químicos que la endurecían con rapidez. De esta forma habría construido des-

de pequeñas vasijas pétreas hasta los grandes bloques utilizados en la construcción de las pirámides. Algunos textos egipcios parecen corroborar esta hipótesis, como los jeroglíficos conocidos como *Revelaciones de Imhotep* en la isla egipcia de Sehel. O la *Estela de Irtisen* que se guarda en el Museo del Louvre y en la que un sacerdote que vivió hace unos cuatro mil años afirma poseer esa fórmula secreta que permitía fundir y moldear en piedra todo tipo de estatuas. A partir de Davidovits, algunos autores creen que Djoser e Imhotep planearon y ejecutaron en sólo siete años la construcción de la pirámide escalonada de Saqqara (cuyo nombre significaría «la que abre y muestra el camino»), que se convertiría así en la primera edificación de este tipo. Los sucesores de Imhotep habrían perfeccionado la fórmula química para construir apenas un siglo más tarde las pirámides de Gizeh.

Los enigmas no terminan con el proceso de edificación: hay demasiados elementos oscuros. Por citar sólo uno, en la Pirámide de Keops encontramos la Gran Cámara o Cámara del Rey, considerada como verdadero corazón de este misterioso lugar. La estancia fue construida con granito rojo de Asuán, con unas dimensiones de diez por cinco metros y otros cinco metros de altura, y está vacía, a excepción de un sarcófago de piedra sin tapa. Pero no se encuentra en el centro de la pirámide, sino a un tercio de su altura y fuera del eje vertical, excéntrica respecto a las conocidas como Cámara de la Reina y la Cámara Subterránea, ambas por debajo de ella. ¿Por qué razón los arquitectos capaces de levantar semejante mole de piedra, perfectamente simétrica, no se tomaron la molestia de «ordenar» las cámaras? Además, el techo de la Cámara del Rey lo ocupan unas losas de granito inmensas que oficialmente se dice sirven para descargar el peso de la imponente masa que hay encima... pero la Cámara de la Reina, metros más abajo y sobre la que habría por tanto que aliviar un peso mayor, carece de esas cá-

maras. Aún más: de esta misma sala parten los conocidos «conductos de ventilación», que en realidad no podían ser tales. Si lo hubieran sido, la arena en suspensión habría terminado por cegarlos. Y por cierto, ¿para qué necesitaba ventilación la momia del faraón si se supone que la pirámide era una tumba?

Porque no era una tumba, por más que se insista una y otra vez sobre esa tesis absurda. Si así fuera, no tendría sentido, por ejemplo, que un solo faraón, Sneferu, se hiciera construir varias pirámides. Lo cierto es que jamás ha aparecido ni en Gizeh ni en ninguna otra pirámide una sola momia, ni se ha encontrado traza alguna de que el lugar hubiera podido ser usado para sepultar a nadie (las tumbas reales hay que buscarlas en otros lugares, en necrópolis como la del Valle de los Reyes). Sí ha aparecido algún sarcófago, como el de piedra de Keops o el que encontró el arqueólogo británico Howard Vyse en 1838 en Mikerinos: Vyse decidió embarcarlo rumbo a Inglaterra para estudiarlo allí, pero el barco que lo transportaba naufragó cerca de Gibraltar. Pero estos sarcófagos pudieron ser empleados con otros fines.

Respecto a la Cámara Subterránea, ubicada bajo tierra, representa otro importante enigma: ¿por qué toda la construcción posee un diseño preciso, con alineaciones trabajadas y bloques completamente ajustados, excepto esa misteriosa sala de forma irregular, simplemente desbastada en la roca, y en la cual se encuentran los restos de un pozo y otro conducto? No por falta de tiempo, de especialistas o de material. Se dejó así a propósito... Quizá aquí se encierra la clave del uso de la Gran Pirámide de Keops. ¿Es acaso este pozo uno de los utilizados para el proceso iniciático de los aspirantes a ingresar en las sociedades secretas luminosas y acceder al conocimiento secreto? Si pudiéramos excavar allí abajo, tal vez alcanzaríamos algún complejo secreto de pasadizos y templos bajo tierra como el conducto navegable artificial y la isla subterránea que el mismo Heródoto dijo que existían.

Las pirámides no son el único gran problema de la construcción en el antiguo Egipto. García Micieces describe las dificultades para explicar la existencia de otro elemento característico de su arquitectura: el obelisco (del griego *obeliskos*, que significa literalmente *espetón* o *asador*), ese monumento con forma de prisma cuadrangular de sección decreciente desde la base hasta la coronación, tallado con jeroglíficos por sus cuatro caras y con el extremo final rematado en forma piramidal (se cree que recubierta con *elektron*: una aleación de oro y plata que entre otras cosas tenía la propiedad de reflejar de forma espectacular los rayos del sol). El mero hecho de que los egipcios fueran capaces de seleccionar la zona de una cantera de la que obtener semejantes troncos de piedra de forma que al cortarlos no encontraran una grieta que los estropeará conduce a reflexionar sobre sus conocimientos de geología; después, la extracción plantea problemas aún más serios. Por ejemplo, cómo dar el corte final para extraer el obelisco de su *cama* original de piedra, según el método de trabajo que se aprecia en el famoso obelisco inacabado de Asuán (aquí no cabe la explicación de la creación de piedra de Davidovits, puesto que contamos con un elemento directamente extraído de la cantera). O cómo conseguir el extraño acabado regular de las caras del monolito, que no coincide con las secciones de rotura lógicas si se hubieran empleado los métodos y herramientas que se supone se empleaban: es decir, la perforación de la piedra y fragmentación con cuñas de madera hinchadas por medio de agua. En ese caso, la línea de fractura debería ser totalmente irregular e imposibilitaría el paralelismo de las dos caras del corte del obelisco, pero los cortes que conocemos son como los que daría el cuchillo sobre la mantequilla caliente. ¿Qué instrumental utilizaron? ¿Y cómo transportaron estos obeliscos? ¿Igual que con los sillares de las pirámides y otras piedras descomunales para los templos?

El esfuerzo de tracción de un obelisco sería de unas 120 to-

neladas o, lo que es lo mismo, al menos dos mil hombres tirando a la vez con elementos lo bastante resistentes para llevarlo primero hasta el Nilo, cargarlo allí en una embarcación suficientemente fuerte como para aguantar semejante coloso y luego descargarlo y llevarlo a su punto de colocación. Utilizando como referencia el de Asuán, con unas 1.200 toneladas de peso y 41 metros de longitud por 4 de lado, habría que colocar 40 rodillos de 5 metros de longitud cada uno. Según la fórmula general para el cálculo de apoyos al rodamiento cilíndrico, cada rodillo debería tener un diámetro de 2,16 metros para soportar 30 toneladas. Pero esto es imposible, pues habíamos colocado un rodillo por metro. La única forma de que este sistema funcionara sería que los rodillos estuvieran contruidos con acero dulce, porque entonces podríamos utilizar un diámetro de 0,70 metros. ¿Acero dulce en el antiguo Egipto? Aun así, los rodillos deberían ser, todos ellos, exactamente iguales en diámetro para que el reparto de la carga fuera uniforme (es decir, debería existir un sistema adecuado de mecanizado) y se necesitaría un terreno adecuado para apoyar el rodillo: si cada uno de ellos transmite esas treinta toneladas al suelo con una superficie de contacto de unos diez centímetros (con lo que la carga sobre el terreno sería de unos seis kilogramos por centímetro cuadrado), la rodadura habría que hacerla sobre roca, el único terreno capaz de admitir dicha carga.

En resumen, los antiguos egipcios deberían haber construido auténticas autopistas de roca perfectamente niveladas desde la cantera hasta el Nilo y desde el punto de desembarco hasta el de su colocación, suponiendo que pudieran cargar semejante masa sobre la borda de un barco de aquella época y suponiendo que éste no se hundiera con el peso. Recordemos que, según los expertos, los egipcios no conocían las máquinas más elementales y en especial las necesarias para levantar pesos que oscilan entre las 600 y las 1.200 toneladas.

Y otro detalle para pensar. Se nos dice que los egipcios dispusieron de todo el tiempo del mundo para realizar estas gigantescas obras porque generaciones enteras de trabajadores, esclavos o no, se empleaban en ellas... pero la verdad es que sólo en tiempos de la reina Hatsepsut se elevaron dos obeliscos en el templo de Karnak. Uno de ellos aún se puede admirar de pie. Según las crónicas de la época, ambos fueron extraídos y tallados en granito rosa de Asuán, desde donde fueron transportados Nilo abajo durante 250 kilómetros hasta llevarlos a su punto de emplazamiento definitivo. Toda la operación duró siete meses. Y los meses egipcios eran de treinta días, igual que los nuestros.

Otra construcción controvertida es la llamada Gran Excavación de Zauyet el-Aryan, cerca de Gizeh. Se trata de una enorme trinchera cortada en forma de «T», que mide 110 metros de largo por 8,5 de ancho y 20 de profundidad. Hoy se justifica su existencia afirmando que iba a servir para levantar una pirámide, pero esto es tan sólo una suposición. De todas formas, la pregunta es cómo realizaron semejante trabajo en el granito los antiguos egipcios si en la actualidad nosotros sólo podríamos hacerlo empleando excavadoras de última generación.

Por último, las sorpresas no sólo llegan de los grandes edificios sino de los útiles caseros y en apariencia más humildes. Ahí están las vasijas de piedra de forma panzuda, boca estrecha y asas muy pequeñas, típicas de la cultura de El-Gerza. El vaciado de estos recipientes posee una forma paralela a la curva exterior de la vasija y, en algunos ejemplares, se observa la existencia de estrías concéntricas en su interior. ¿Cómo lo lograron? ¿Acaso disponían de tornos y fresas? También tenemos las extraordinarias copas del Imperio antiguo fabricadas con diorita, un material de una dureza casi metálica y al mismo tiempo de una extrema fragilidad para trabajar con él, pese a lo cual cada una posee infinidad de surcos microscópicos y

concéntricos (con unos rayados tan regulares y una distancia tan pequeña entre ellos que se necesita una iluminación adecuada y una lupa de aumento para apreciarlos) que cubren la superficie interior con una precisión que hoy sólo la confiere la más avanzada tecnología. Y un tercer elemento para la reflexión es la anómala figura de la tumba de Sabú, en Saqqara, tallada hace más de cinco mil años en un bloque sólido de esquisto: una roca de estructura laminar que se rompe en láminas delgadas e irregulares. Lo extraordinario de esta figura no es sólo la perfección con que fue elaborada teniendo en cuenta el material utilizado, sino su diseño: posee un orificio central para el alojamiento de un eje y unos álabes de forma aerodinámica. Nadie sabe qué es ni para qué sirve, pero a primera vista no parece otra cosa que una hélice de propulsión o de un ventilador.

Podríamos seguir añadiendo más y más preguntas, pero sólo incluiremos un caso más: el de la Paleta del rey Narmer hallada en Hieracómpolis, que se supone que data del período de unificación del Alto y Bajo Egipto. En el anverso aparece el faraón Narmer golpeando a un enemigo y, por encima, el dios Horus junto con un jeroglífico que reza: «Faraón, encarnación de Horus, con su poderosa diestra, conduce cautivos a los moradores de los pantanos.» Debajo se aprecian los cadáveres de dos enemigos. En el reverso hallamos lo más interesante, con tres franjas de figuras entre las que destaca la del medio, donde dos hombres sujetan con unos lazos sendos animales de cabeza pequeña, cuatro patas, cola larga y largos cuellos enroscados uno con otro. ¿Qué animales son éstos? Se ha sugerido que fueran simbólicos o mitológicos, pero el arte egipcio era figurativo. Es decir, copiaba los modelos que le presentaba la naturaleza (a excepción de los *neteru*). No hay imágenes similares a las de esos «animales simbólicos» en otros objetos de ese tipo en el resto de Egipto. Pero cuesta creer que la paleta nos esté mos-

trando lo que parece mostrarnos: dinosaurios en la época de Narmer.

Y no obstante, en 1999, un equipo de la universidad norteamericana de Pennsylvania dirigido por Joshua Smith nos mostró su espectacular descubrimiento en las arenas del oasis de Bahariya, unos trescientos kilómetros al sudeste de El Cairo, donde desenterró los restos de un dinosaurio de unos treinta metros de longitud y sesenta toneladas de peso que vivió hace unos noventa y cuatro millones de años. Fue bautizado con el nombre de *Paralititan stromeri* y su reconstrucción infográfica componía una imagen idéntica a la de los extraños animales dibujados en la paleta. Según la investigación de Smith y su equipo, varios equipos de arqueólogos alemanes ya habían encontrado fósiles semejantes en la misma zona entre 1902 y 1936, pero todos fueron trasladados a museos germanos, donde fueron destruidos por los bombardeos aliados durante la segunda guerra mundial. Entonces ¿existían dinosaurios todavía en la época de Narmer? ¿O la Paleta es en realidad mucho más antigua de lo que podemos admitir?

La clave egipcia

En contra de lo que suele creerse, el sistema de gobierno del antiguo Egipto no era una monarquía ni un imperio, sino una auténtica teocracia. Dios, la muerte, el destino y el sentido de la existencia eran asuntos tan cotidianos para los egipcios como las cosechas o las expediciones militares a países vecinos. En un pueblo tan profundamente religioso, los sacerdotes —y en especial los altos iniciados—, con su característica indumentaria de lino blanco y su cabeza rapada como símbolo de humildad e higiene personal, eran tan importantes para la marcha diaria de la sociedad como los druidas lo fueron más tarde para las so-

ciedades celtas. En ambos casos, estas personas excepcionales actuaron no sólo como oficiantes de las ceremonias religiosas sino también como historiadores, jueces y poetas.

No se entiende el desarrollo de la cultura egipcia durante varios miles de años sin la intervención decisiva de esta clase sacerdotal, cuyo poder político y económico dirigía los destinos de la nación. Empezando por las decisiones del propio faraón, que no movía un dedo sin consultar con los que, al menos durante el Imperio antiguo y también en diversos períodos posteriores, en realidad no eran sino sus compañeros y hermanos de sociedad secreta luminosa. Así lo demuestran rituales como los que celebraba el faraón anualmente en el maravilloso conjunto de templos de la pirámide de Saqqara, donde recibía la investidura y la confianza de los sacerdotes para continuar rigiendo al pueblo durante otros doce meses.

Siguiendo las investigaciones del citado Schwaller de Lubicz, el arquitecto e investigador colombiano Fernando Malkun bautizó a esta organización sacerdotal con el nombre de «El Ojo de Horus». En su opinión, esta Escuela de Misterios se consagró a elevar el nivel consciente del pueblo egipcio utilizando para ello como «libros vivos» una serie de templos dedicados a las diversas potencias divinas que levantaron a lo largo del Nilo. Los dos conceptos fundamentales de su enseñanza habrían sido la reencarnación, como método divino para que el espíritu humano pudiera evolucionar gracias al fruto de sus diversas experiencias en el mundo, y la iluminación, como remate final del proceso. De esta forma, el ser primitivo y animalesco acabaría convirtiéndose en un superhombre, sabio e inmortal. Malkun señala, además, que las pirámides fueron construidas en una área muy determinada del país, sobre uno de los puntos neurales de la red electromagnética de la Tierra, para ser utilizadas como gigantescos diapasones que vibraran al unísono con la frecuencia planetaria gracias a la elevada concentración de

cuarzo contenida en sus bloques de piedra granítica. Las moléculas de cuarzo, al vibrar, friccionaban su superficie y se cargaban eléctricamente en un fenómeno conocido hoy como piezoeléctrico. Con esa energía acumulada se inducía a los iniciados a experimentar estados alterados de percepción que facilitaban la iluminación.

A diferencia de otras culturas anteriores y posteriores, que no contaron con la guía de una sociedad secreta luminosa, la religión y la moral egipcias consiguieron conducir de forma unánime y exitosa a todo el país. Entre otras cosas, porque nunca plantearon la idea de la muerte como algo temible o rechazable, sino como un paso natural e imprescindible para continuar viviendo en otro plano de existencia. Hay que leer con detenimiento los textos poéticos y ascéticos de aquella civilización para darse cuenta de la profundidad y potencia de sus postulados. La vida y la muerte se concebían como dos partes distintas de un mismo todo y por ello eran celebradas de igual forma en los templos a lo largo de un calendario anual muy preciso que incluía procesiones y fiestas religiosas que embriagaban a los asistentes con todos los sentidos.

Algunos autores afirman que los sacerdotes iniciados en los Misterios dividieron Egipto en 42 distritos de acuerdo con un plan concreto en el que cada uno de esos territorios era gobernado por el dirigente de la sociedad secreta allí establecida. Los 42 gobernadores constituían a su vez un nivel más profundo de esta sociedad y se reunían periódicamente en la capital de Menfis bajo la dirección del propio faraón. Era allí donde en verdad se tomaban las decisiones importantes que afectaban al reino. Además, existían otros grupos secretos provistos de un ritual diferente y en los que el número de integrantes se limitaba estrictamente a cuarenta personas. Para ingresar en estas selectas sociedades, los iniciados debían triunfar en pruebas muy severas, ya que el objetivo del grupo era que cada persona encarna-

ra una cualidad específica del llamado Hombre Perfecto. Si uno de ellos fallaba en su labor, el trabajo de todos los demás no serviría para nada. De aquí nacen los juramentos de hermandad y apoyo mutuo en cualquier circunstancia, así como las amenazas de terribles tormentos «que no finalizan con la muerte» para aquellos que, una vez iniciados, desfallecieran en su responsabilidad. Las reuniones de estos sacerdotes buscaban, entre otras cosas, materializar al ser ideal llamado Hombre Perfecto en una labor de verdadera teurgia para poder así derramar a través de él las bendiciones y los beneficios derivados de la conexión con los poderes ocultos de la Naturaleza. Este ritual era conocido como la Construcción del Templo y, mientras se cumplió al pie de la letra, la civilización egipcia se convirtió en el faro de la humanidad e irradió en beneficio de toda ella.

Un mal día, algunos miembros de las sociedades secretas oscuras consiguieron infiltrarse en estos grupos para minarlos desde dentro. Tal vez les bastó con corromper a unos pocos y débiles iniciados a través del poder, el dinero o el narcisismo. Con ello rompieron la delicada armonía que mantenía toda la estructura de orden místico y fue entonces cuando comenzó la decadencia del antiguo Egipto.

Y se produjo la catástrofe: se cuenta que uno de los más grandes sacerdotes cometió una terrible equivocación y franqueó el paso a una fuerza tan terrible como demoníaca que a partir de entonces tomó la iniciativa en la Tierra, y aún sigue teniéndola. Y comenzó una nueva era para los humanos, basada en parámetros mucho más despiadados, al quedar bajo el control de los servidores de poderes muy diferentes a los solares o luminosos.

CAPÍTULO 6

Los elegidos

El hombre está siempre dispuesto a negar todo aquello que no comprende.

ARISTÓTELES, filósofo griego

El libro más famoso de todos los tiempos se llama precisamente *El libro*, aunque nosotros lo conocemos por la traducción más popular de su nombre, la Biblia. Este fascinante volumen que contiene en sí mismo el germen de todas las historias de vida y muerte, amor y aventuras, luchas y misterios, está compuesto formalmente por dos conjuntos de textos que suelen incardinarse en la misma tradición, aunque en realidad sean más parientes lejanos que cercanos. El primero es el Antiguo Testamento, que recoge los textos más arcaicos, de diversas épocas y distintos autores, aunque se nos presenten como un todo (un examen detallado de algunos episodios demuestran que en realidad son copias de leyendas egipcias y mesopotámicas, o quizá incluso anteriores en el tiempo, y guardan poca relación con otros que sí reflejan con claridad hechos concretos del pueblo judío). La versión israelita de estos textos se conoce como la Torá. El segundo es el Nuevo Testamento, que recopila algunos de los documentos más conocidos en relación con Jesucristo, y fueron redactados en el mejor de los casos unos cien años después del nacimiento del Mesías cristiano. Por razones políticas, religiosas e ideológicas, ambos Testamentos se consideran desde hace siglos como parte de un mismo todo, como si el

nuevo fuera la continuación lógica y consecuente del antiguo —y así justamente lo sugieren estas denominaciones—, pero ésta es una falacia espiritual. Un análisis profundo del judaísmo y el cristianismo revela que son religiones distintas más allá de las tergiversaciones y manipulaciones que hayan podido sufrir los textos que conocemos. Las mismas autoridades religiosas judías se han cansado de explicar esta circunstancia, aunque agradecieran la deferencia del fallecido papa Juan Pablo II cuando éste se empeñó en definir a los judíos como «hermanos mayores» de los cristianos.

¿Cómo es posible que habiendo vivido Jesús en el seno de la sociedad judaica de su tiempo, cumpliendo con los preceptos de su época y citando en reiteradas ocasiones su tradición, se pueda sostener una opinión semejante? Él mismo habló de «forjar una nueva alianza» con la divinidad que beneficiara a todos los seres humanos y permitiera sustituir el dios poderoso, implacable y pendenciero de los antiguos manuscritos por otro muy diferente cuyas principales características eran el amor, el perdón y la compasión. El problema aquí es, como siempre, la falta de información: muy pocas personas han leído realmente la Biblia: conocen las historias más populares, y gracias a las versiones cinematográficas o a las adaptaciones infantiles. Una lectura atenta y comparada de ambos Testamentos resulta harto explícita y a menudo sorprendente sobre las profundas diferencias que existen entre el espíritu que anima al primero y el que anima al segundo, siendo ambos respetables desde el punto de vista que suponen creencias seguidas por millones de personas en todo el mundo.

La mejor forma de empezar a comprender que el judaísmo es una cosa y el cristianismo otra, aunque se encuadren ambos en un marco cultural y geográfico similar, es compararlos con el hinduismo y el budismo. Al igual que Jesús, el llamado Buda o antiguo príncipe Siddharta nació en el seno de una antigua

religión ya definida y matizada mucho tiempo atrás (la judía en el primer caso, la hinduista en el segundo) y cumplió con los preceptos correspondientes mientras estuvo integrado en ella. Pero en un momento dado, logró la iluminación y estableció así una relación especial con Dios. A partir de ahí, comienza su aventura espiritual personal, con un camino individualizado que desembocará en la creación de un nuevo sistema filosófico y religioso diferente (el cristianismo en un caso, el budismo en el otro: ambos parecidos entre sí, pero distintos de los sistemas de los que partieran sus creadores respectivos) que, en manos de sus seguidores, evolucionaría hasta convertirse en una nueva religión, con sus ventajas y sus inconvenientes.

Al este del Edén

Tradicionalmente se ha ubicado el Edén o paraíso terrenal en algún lugar de la antigua Mesopotamia, entre los ríos Tigris y Éufrates (*entre ríos* es lo que significa el nombre, en griego, de *Mesos* y *Potamos*), pero no existe ninguna prueba concreta de que esto haya sido así. De hecho, los especialistas discuten todavía hoy si alguna vez llegó a existir ese lugar maravilloso en el que no hacía falta trabajar para vivir y en el que el león y el antílope bebían juntos en el mismo lago, o estamos ante una simple metáfora. Algunos arqueólogos no desisten y autores como David Rohl sostienen en su *Legend* («Leyenda») que, si no el paraíso original, una buena copia pudo existir hace unos once mil años entre el este de Turquía y el norte de Irán, cerca del lago Urmía, en un lugar cuya descripción se parece mucho a la ofrecida por el Génesis y cerca del cual se han encontrado los restos en apariencia más antiguos de las primeras cosechas del hombre. Según algunos biólogos del Instituto Max Planck para la Investigación de Cultivos de Colonia, en esta región se pro-

dujo la mutación del nómada cazador en agricultor y granjero. Comparando la genética de casi setenta tipos del cereal conocido como escanda, han logrado retrotraerse a la que creen es la planta originaria común de todos ellos, que sigue creciendo en las laderas del volcán, hoy apagado, de Karacadag. A ello hay que sumar las huellas de la sedentarización progresiva en diversas excavaciones de Siria y Turquía, dice Rohl.

En esta región se han encontrado los que, según este autor británico, son los templos más antiguos del mundo conocido. En una colina cercana a la localidad de Urfa ya se han desenterrado cuatro y detectado una quincena más, con pilares de piedra decorados con lo que parecen arañas, ciempiés y leones. Klaus Schmidt, director de las excavaciones en el Göbekli Tepe (monte Ombligo), calificó el conjunto, levantado hace unos once mil años, de «ejemplar único» con la «energía arquitectónica de un Stonehenge». Junto a las grandes construcciones han aparecido otros objetos llamativos, como una estatua de casi dos metros de alto fechada en el décimo milenio antes de Cristo y una antiquísima plaquita de esteatita de apenas cuatro centímetros de altura en la que aparecen grabados un árbol y una serpiente, los iconos del Edén. A sólo cincuenta kilómetros del yacimiento de Göbekli Tepe, en Nevali Çori, aparecieron también un gran número de figuras de arcilla cuyo origen se remonta al 8.500 a. J.C. y, aún más cerca, apenas a dos kilómetros de distancia de este monte sacro prehistórico, se encuentra la Gruta del Nacimiento de Abraham. De la misma región procede un sello de rollo de al menos cuatro mil años de antigüedad (sabemos que, para esas fechas, habían aparecido ya las primeras ciudades en el curso inferior del Éufrates: urbes con reyes, zigurats, ruedas, escritura cuneiforme y cerveza) que se conserva en el Museo Británico de Londres y en el que aparecen dos personas sentadas junto al Árbol de la Vida de siete ramas, y tras una de las figuras de apariencia femenina, aparece enroscada una serpiente.

En 1902, el asiriólogo germano Friedrich Delitzsch ya apuntó que Moisés, al que atribuía la redacción del Antiguo Testamento, había sido antes que nada «un diligente copista». Lo cierto es que copistas ha habido muchos desde que Ptolomeo II Filadelfo, que reinó en Egipto entre el 285 y 246 a. J.C., ordenara traducir al griego el Antiguo Testamento y encargara la tarea a un grupo de setenta escribas judíos, motivo por el cual esta primitiva versión fue conocida como la *Biblia de los Setenta*. Desde entonces, el texto ha sido reescrito muchas veces. Una de las revisiones más conocidas fue la de san Jerónimo, quien en el siglo IV de nuestra era revisó la traducción al latín e impuso la versión considerada oficial por la Iglesia, hasta que en el siglo XIII el rey español Alfonso X el Sabio mandó introducir nuevas modificaciones para lograr una edición «más perfeccionada». De traducción en traducción, el libro del que hoy disponemos probablemente difiere en mucho más de lo que suponemos respecto a la edición de Ptolomeo II, sin contar con las alteraciones de esa primera traducción.

No hay que extrañarse del hecho de que los judíos «importaran» sus leyendas fundacionales de los pueblos con los que tenían relación, como los mesopotámicos, habida cuenta la estrecha relación que mantuvieron con ellos. El mismo Abraham, patriarca de patriarcas, residía en la capital de la cultura caldea, Ur, antes de iniciar su propia ordalía espiritual. Y también la tribu israelita de Benjamín estuvo asentada durante mucho tiempo en el curso superior del Éufrates. Un caso muy claro de asimilación es el ya mentado del Diluvio Universal (que padeció el caldeo Xisutro, cuya embarcación se posó en la montaña Korkura, pero también el inca Bochica, que alcanzó los Andes peruanos, el mexicano Coxcox en Sierra Madre, etcétera), cuyo carácter debió de ser en verdad pavoroso para quedar marcado a fuego en la memoria de nuestros antepasados. Aún nos obsesiona tanto que un grupo de científicos noruegos de la Univer-

sidad de Medioambiente y Tecnología de Aas, apoyado por la FAO, ha puesto en marcha la construcción de un depósito mundial de semillas en Svalbard, en el océano Ártico, para almacenar hasta tres millones de duplicados genéticos de semillas para «asegurar la continuidad de las especies agrícolas y del ser humano en caso de catástrofes naturales» y también guerras nucleares o sabotajes terroristas. Según el ministro de Agricultura noruego, Terje Riis-Johansen: «Será una especie de Arca de Noé», pero en lugar de flotar, enterrada a más de diez metros en una cámara acorazada.

Noé es, en efecto, el más conocido de los improvisados navegantes y supervivientes del diluvio, aunque su leyenda sigue fielmente la de su predecesor: el sumerio Utnapishtim, que se relata en la *Epopéya de Gilgamesh*. Según la tradición judía, la furia de las aguas duró cuarenta días y cuarenta noches antes de que la nave se posara en lo alto del monte Ararat, donde se supone que seguiría hoy día. Se han organizado numerosas expediciones en busca del Arca de Noé, pero si alguna ha llegado de verdad a encontrarla, no se ha hecho público. Los armenios que habitan en el lugar y que intentan evitar que los intrusos profanen la que consideran su montaña sagrada cuentan que un piadoso monje se empeñó en visitarla para ver los restos con sus propios ojos. Con ese propósito subió al Ararat, pero Dios confundió su camino y le obligó a errar sin rumbo, hasta que se compadeció de él y le envió un ángel para conminarle a que regresara, con la advertencia de que ningún ser humano alcanzaría nunca el Arca. Para reducir su decepción, le entregó un presunto fragmento de la nave que se conserva en el monasterio de Echmidián, sede del patriarca armenio.

Existe, en el caso de Noé, en el de Utnapishtim y en el de otros tantos héroes un elemento decisivo para comprender lo que está ocurriendo: los dioses no se consideran algo etéreo o simbólico, sino seres reales, de carne y hueso, con reacciones si-

milares a las humanas y con capacidad de intervención inmediata. Igual que en los mitos de la creación, en los del diluvio, su importancia es fundamental, ya que son ellos los que desencadenan el desastre para castigar los pecados o errores de los seres humanos, a los que en algunos casos se llega a considerar meros experimentos fracasados. Una de las numerosas inscripciones cuneiformes halladas en la antigua Mesopotamia dice textualmente: «Después fue el Diluvio y, tras el Diluvio, los reyes bajaron otra vez del cielo.» ¿Quiénes eran esos «reyes del cielo» que aparecen constantemente en el Antiguo Testamento? Su presencia es coherente si tenemos en cuenta que hablamos de un «libro revelado»; o sea, que recoge información relativa a presuntos hechos históricos en cuya redacción ha participado, antes que nadie, la propia divinidad. De hecho, si no fuera porque ella misma revela que su creación tardó seis días en completarse y que al séptimo descansó, ningún ser humano podría haberlo deducido por sí mismo. Suponiendo que dijera la verdad, claro: la mitología universal recoge centenares de historias de dioses que hacen unas cosas y luego cuentan haber hecho otras. En ese sentido, por más que la Biblia se enorgullezca de ser uno de los cimientos de la civilización occidental, no tenemos por qué conceder más credibilidad al dios del Antiguo Testamento que a otros de sus ilustres colegas, como Zeus, Wotan u Osiris. La verdad es que cabe preguntarse si el dios bíblico y sus representantes, los ángeles, pueden considerarse encarnaciones reales de la divinidad única. Para un antiguo griego o para un germano no habría ningún problema en aceptar el planteamiento judío, porque en sus sistemas de pensamiento sí cabía la posibilidad de que un dios se manifestara físicamente a un hombre, le hablara de tú a tú e incluso se dejara ver encarnado de alguna forma concreta: una zarza ardiente, un animal, incluso con apariencia humana. Pero para el pensamiento religioso moderno no sucede igual, pues éste sólo

vería al dios bíblico y sus ángeles como seres de gran poder o «agentes» de la Divinidad Absoluta, no como Ésta. Si nuestro planeta no es el centro del universo sino una simple y prescindible partícula de polvo en su insondable profundidad, resulta en exceso narcisista pensar que el verdadero creador de cuanto nos rodea se manifieste en los términos en los que se describe en el Antiguo Testamento o en otras religiones e historias míticas. Incluso aunque quisiera comunicarse con nosotros, sería prácticamente imposible que lo hiciera, puesto que la diferencia teórica entre Él y el ser humano sería muchísimo mayor de la que nos separa a nosotros mismos de un microbio y, por tanto, impediría la comunicación directa. Entonces ¿quién es el dios que interviene en estos antiguos textos, premiando y castigando, dirigiendo los acontecimientos como un gran titiritero? ¿Y quiénes son sus ángeles?

Éste es un buen momento para desechar de una vez por todas el estereotipo diseñado en la Edad Media y retocado durante el Renacimiento de un ser asexuado de largos cabellos, túnica blanca y grandes alas a la espalda. *Ángel*, en griego, sólo significa *mensajero*, y en la Biblia no se los describe de ninguna forma más que como portadores de noticias dotados de gran poder. Numerosos autores e investigadores de todos los calibres llevan tiempo insistiendo en que precisamente los libros que componen el Antiguo Testamento son la mejor prueba de la existencia de una civilización de seres superpoderosos que convivió con una humanidad atrasada y a la que ésta tomó por auténticos dioses. Luego difieren a la hora de determinar si esos seres eran extraterrestres o pertenecían a nuestro propio mundo: una cultura muy desarrollada que ya se extinguió o que aún permanece entre nosotros, según reflejaría la fenomenología ovni.

Según la versión crítica sobre textos originales en hebreo, arameo y griego con fecha de edición de 1975, las primeras fra-

ses bíblicas rezan, textualmente: «Al principio creó Elohim los cielos y tierra. Ahora bien, la tierra era yermo y vacío y las tinieblas cubrían la superficie del Océano, mientras el espíritu de Elohim se cernía sobre la haz de las aguas.» He aquí el primer enigma de una larga serie, puesto que *Elohim* no es singular sino plural. No significa *dios*, sino *dioses*. En las notas eruditas a pie de página figuran traducciones alternativas. Por ejemplo, «el espíritu de Elohim» se puede interpretar también como «el viento de Elohim» y «se cernía» como «aleteaba» o «se movía de un lado para otro». Interesante... porque un espíritu de unos dioses moviéndose sin rumbo por encima del mar no tiene mucho sentido, pero unas naves de seres divinizados volando por encima del agua suena más próximo a nuestra comprensión, aunque rechine respecto a lo que «debería» decir el texto. Todo se complica a medida que avanza el relato y esos mismos seres intervienen una y otra vez en el devenir de los acontecimientos. Como cuando los hombres empiezan a multiplicarse y a tener hijas (¿acaso no las habían tenido antes?; recordemos la extraña historia de aquella mujer alemana llamada Emminarie que dio a luz a una niña gemela a sí misma llamada Mónica) que «los hijos de Dios» —o de los dioses— encontraron bellas y, por tanto, «se las procuraron como esposas» para engendrarles hijos «que son los héroes, desde antaño varones renombrados». Uno de esos varones de renombre, según los rollos manuscritos encontrados a orillas del mar Muerto, es el hijo de Bat Enosch, mujer de Lamec.

Lamec, hijo a su vez de Matusalén y nieto de Enoch, dos de los principales patriarcas de la época, se encuentra al regresar de un largo viaje con que Bat Enosch ha dado a luz a este bebé y monta en cólera al comprender que no es suyo. Por el aspecto del niño, parece obvio que descende de uno de los «hijos de Dios». Su mujer poco puede hacer para calmar su furia, aparte de afirmar su inocencia, en un episodio por lo demás muy pa-

recido al de cierta famosa gestación relatada en el Nuevo Testamento, y llega a decirle que «el niño es tuyo, no de un ser celestial». Miente, por supuesto, tal y como más tarde le confesará Enoc, quien revela a Lamec que *Elohim* le ha/n revelado que piensa/n castigar a sus «hijos» por «cometer el pecado» de relacionarse sexualmente con las mujeres humanas y tener descendencia como el vástago de Bat Enosch. Paradójicamente, indultará/n a los niños nacidos de estas uniones, entre ellos a éste, al que aprovecha para imponer el nombre de... Noé.

Otro relato muy conocido de la ira y la escasa misericordia de *Elohim* es la destrucción de las ciudades de Sodoma y Gomorra. En esta ocasión, el protagonista es Lot, quien debe salvarse de la catástrofe en compañía de su mujer y sus hijas gracias a la advertencia de dos ángeles muy poco etéreos, pues al llegar a su casa y antes de acostarse para dormir (?), «les aderezó un convite, cocinó panes ácimos y comieron». Estos enviados divinos debían de ser muy atractivos porque entonces se presenta un grupo de sodomitas con intención de hacer honor a su nombre y amenazan con echar la puerta abajo si no se les franquea el paso. Los ángeles abren y, no se explica muy bien cómo, «del menor al mayor los hirieron de ceguera y se fatigaron en vano por hallar la entrada». ¿Cómo los hirieron? ¿Con una pistola de rayos láser al mejor estilo de una película de ciencia ficción? En seguida advierten a Lot para que abandone la ciudad y se refugie en las montañas cuanto antes. Literalmente, le empujan a salir de Sodoma, como si su destrucción estuviera prevista a una hora concreta e invariable, con uno de esos relojes de grandes dígitos rojos en cuenta atrás presidiéndolo todo. E insisten en el hecho de que no deben «mirar atrás», es decir, no deben volver. Así que se marchan, pero tras guarecerse incómodamente lejos de la ciudad, la mujer de Lot reconsidera la situación. Tal vez piensa que los ángeles los han engañado por alguna extraña razón, o quiere regresar por algo que olvidó. Sin avisar a su marido y a sus hijas, desanda el

camino y «se trocó en columna de sal» cuando descarga desde el cielo «azufre y fuego» que «arrasó estas ciudades [Sodoma y Górra] y toda la Cuenca con todos los habitantes de las ciudades y las plantas del suelo». Al día siguiente, Abraham, el tío de Lot, sube a un alto y desde allí contempla un espectáculo desolador, pues «subía de la tierra humo, como humareda de un horno», como si la región hubiese recibido un bombardeo terrible. Según algunas atrevidas hipótesis, se trata de la acertada descripción de una deflagración nuclear.

Soles que se mueven a voluntad

Esos extraños seres que acompañan a tan iracundo dios, los ángeles, también utilizan «carros de fuego» cuyo comportamiento se asemeja mucho a los avistamientos de lo que hoy conocemos como ovnis, y desde luego resultan terreno abonado para todo tipo de interpretaciones. En el libro de Ezequiel, éste relata la extraordinaria visión de la que fue testigo durante su cautiverio en Babilonia, cuando «se abrieron los cielos» y se enfrentó a una «gran nube relampagueante y un fulgor en torno» (como tantos ovnis) en medio de la cual aparecieron «cuatro seres vivientes con forma humana, cada uno de los cuales con cuatro caras y cuatro alas» que «hacían ruido al modo de aguas caudalosas» (como ángeles provistos de su propio sistema de transporte personal), con los pies brillantes «cual bronce bruñido» (como botas relucientes tan ajenas a las sandalias típicas en la época). Se revela entonces una «rueda llena de ojos» (de nuevo descripción de ovni con ventanillas) de la que sale, en una especie de «trono», una imagen del dios judío en forma de hombre que habla con él de tú a tú para advertirle de la rebelión e infidelidad de los israelitas. Se ha interpretado todo esto como una visión profética, una alucinación o un espejismo,

pero Ezequiel lo narra como algo real y tangible, de lo que da testimonio porque ocurrió físicamente. Incluso precisa que sucedió «el año treinta, el cuarto mes, a cinco del mes, estando yo en medio de los desterrados junto al río Kebar».

En la misma historia de Noé, la descripción del Arca se presta también a equívocos. Según los datos que facilita la Biblia, él y sus familiares construyeron la nave de trescientos codos de longitud (unos doscientos metros) en muy poco tiempo. Un navío, por cierto, enorme, pero dotado de una sola ventana en la parte superior y con una gran puerta en el costado que, en cuanto llegaran las inundaciones, correría el riesgo cierto de convertirse en segura vía de agua. Sabemos que Noé recibió el permiso para salvarse del desastre por ser él mismo descendiente del «pueblo celestial». Y en cuanto al nombre del Arca... ¿por qué no llamarla *Barco* o *Navío*? La palabra *arca* significa un recipiente hueco que puede cerrarse, más que una embarcación. ¿Acaso el Arca de Noé servía para navegar... en el espacio? ¿O tal vez no fuera un barco sino un *carro de fuego* submarino, como esa especie de extraña *ballena* que se tragó a Jonás? Según el relato bíblico, Jonás había sido encomendado por Jehová para que fuera a la ciudad de Nínive a clamar contra los asirios y «su maldad» en su propia capital, pero en lugar de cumplir la misión decidió embarcarse en busca de nuevos horizontes: hacia Tarsis o Tartessos. Jehová se enteró de su deserción y provocó un fuerte vendaval que estuvo a punto de hundir el barco. Jonás reveló a los marineros que el problema era por su causa y éstos acabaron arrojándole al mar. De inmediato, las aguas se calmaron y el barco pudo seguir su viaje. Jonás acabó entonces en el «estómago» de un «enorme pez» donde durante tres días con sus noches pudo reflexionar y pedir perdón por su intento de fuga, comprometiéndose a obedecer a su dios. Sólo entonces el «pez» le «vomitó» en tierra y pudo completar su misión en Nínive. Con lo que sabemos, podríamos armar una interpreta-

ción moderna en la que Jonás se convierte en un fugitivo de un ser poderoso al que no deseaba servir más, pero que termina localizándole y enviando al menos una de sus naves aéreas con varios ángeles en su interior. Al colocarse sobre el barco en el que huía, está a punto de echarlo a pique. Arrojado al agua por los marineros —arrojándose él, tal vez, prefiriendo morir a caer en manos de su amo—, es rescatado por la misma nave o por otra que emerge del mar e impide que muera ahogado. A bordo, recibe una severa reprimenda y un encarcelamiento preventivo, a consecuencia de los cuales se arrepiente de su desertión y asume el papel que se esperaba de él. ¿Alucinaciones?

En contra de lo que muchos escépticos creen, los llamados objetos voladores no identificados no son un invento del siglo xx. Los libros sagrados, las leyendas, la mitología e incluso los textos históricos antiguos están plagados de referencias a este fenómeno que suele acompañar la presencia de dioses o demonios de las distintas tradiciones. Apuntamos a continuación un puñado de los muchos casos de los que existen referencias documentadas...

La gran epopeya india del Mahābhārata, que recoge las aventuras y las guerras de los héroes divinos de hace más de tres mil años según su tradición, habla de los *vimanas* o carruajes celestiales con formas variadas y armados por poderosos rayos destructores capaces de calcinar las ciudades enemigas, igual que sucedió con Sodoma y Gomorra. En el año 332 a. J.C., Alejandro Magno sitiaba la hasta entonces inexpugnable fortaleza de Tiro cuando aparecieron unos objetos volantes que lanzaron deslumbrantes «chorros de luz» sobre la fortaleza y la derribaron. El filósofo griego Tales de Mileto explicó en uno de sus escritos que los astros del universo estaban formados por las mismas sustancias que la Tierra, por lo que era «una pretensión tosca» pensar en nuestro planeta como el único habitado; y lo mismo pensaban Anaxágoras, Anaximandro, Empédocles,

Aristarco y otros, motivo por el cual nadie se asombró cuando, cien años antes de Cristo, Hero de Alejandría informó de la existencia de algo que llamó *aelopila* y cuya descripción es la de un auténtico platillo volante. Es conocida la historia de la «cruz llameante» que el emperador Constantino vio en el cielo en el 312 y son varios los historiadores romanos que, como Tito Livio, dan cuenta de la actividad de «naves fantasma» sobrevolando Roma u otras ciudades del imperio. En tiempos de Carlomagno, el entonces obispo de Lyon, Abogordo, salvó a tres hombres y una mujer de ser linchados por sus atemorizados conciudadanos, que los consideraban brujos al servicio del demonio porque se los había visto salir de «barcos voladores» en los que habían sido transportados por «hombres milagrosos» que les habían enseñado «inauditas maravillas». Sabios como Nicolás de Cusa, Giordano Bruno, David Fabricius, Tomás Campanella y muchos otros también se refirieron a este asunto. Reinando el poderoso emperador Carlos V, se vieron en la ciudad alemana de Erfurt «dos soles brillantes» distintos del habitual, de uno de los cuales surgió un «rayo ardiente» que llegó hasta el suelo. Algunos años después, también en Alemania, pero esta vez en Nuremberg, los soles reaparecieron junto con «dos enormes tubos» que flotaban sobre la ciudad. Ya en el siglo XVIII, el presidente de la Royal Society de Londres, el físico sir Hans Sloane, fue testigo de la «luz muy brillante» que se deslizaba lentamente por el cielo y cuya descripción coincidía punto por punto con las observaciones que llevó a cabo el astrónomo suizo Sole en la misma época. Los indios hopi de Arizona dicen de los dioses *kachina* que llegaron a su tierra a bordo de «una nave luminosa», mientras que los paiute de California afirman que antes que ellos vivieron en su tierra los Hav Musuv o guerreros capaces de recorrer las nubes en sus «canoas voladoras». Al sur, el fraile mercedario Eduardo Cabello escribió en 1813 un informe sobre el paso de varias «bolas de fuego» por

los cielos de Chile. Por la misma época, a mediados del siglo XIX, hubo sucesivos avistamientos de «nubes de fuego» y «lunas relucientes» en Japón: la flota del almirante Perry, que visitaba el país, fue testigo de una de estas oleadas. Y el 12 de agosto de 1883, el astrónomo mexicano José Bonilla hizo, desde el observatorio de Zacatecas, la que se cree es la primera serie de fotografías ufológicas, tras descubrir asombrado la existencia de casi ciento cincuenta objetos voladores frente al sol.

Ya que hablamos de imágenes, no sólo en textos manuscritos encontramos el rastro de lo que la ciencia oficial considera hoy meras «fantasías» o «herejías científicas». También la historia del arte ofrece abundancia de obras que reflejan los extraños avistamientos de su época. Como el cuadro que el genio italiano de la perspectiva Piero della Francesca pintó a mediados del siglo XV en San Francisco de Arezzo: *La leyenda de la Vera Cruz*, donde reproduce unas «nubes» con la forma y el movimiento de discos volando horizontalmente. O el grabado del siglo XVI, original de la ciudad alemana de Rothemburgo, que se titula *Observad y rezad*, que muestra una curiosa aurora boreal en la que vemos un objeto ovalado con ramificaciones. Sin embargo, una de las maravillas más espectaculares son los frescos del monasterio serbio de Dechani, fundado por Esteban III en el siglo XIV. Hacia 1350, este monasterio fue decorado con murales que ilustraban temas bíblicos diversos. Hubo que esperar a 1964 para que un estudiante de la Academia de Bellas Artes de Yugoslavia llamado Alexander Paunovic redescubriera el más impresionante de ellos al visitar el monumento con intención de estudiarlo a fondo. Pertrechado con un teleobjetivo, fotografió los frescos que ilustran las paredes de la gran cúpula de forma rectangular que corona las cinco naves de la basílica, de 36 metros de longitud y 29 de anchura, y cuyas dimensiones impiden contemplar bien, desde el suelo, muchas de las pinturas. Al revelar las fotos descubrió en un fresco de la crucifixión

de Jesucristo situado a unos quince metros de altura dos naves voladoras con forma ovoide, tres patas y reflejos, como si estuvieran fabricadas con un material brillante, que se desplazaban de oeste a este, dejando a su paso ondas reactivas que sugerían su gran velocidad. En el interior de estos «carros de fuego», sendos pilotos manipulan los mandos, mientras decenas de asustados testigos observan la escena y algunos se tapan los oídos como si el espectáculo los aturdiere. Nadie ha podido explicar esta imagen. Ni tampoco otra del mismo monasterio que se refiere a Jesucristo resucitado en la que se le ve en el interior de un objeto con la misma apariencia de un cohete que se dispone a despegar y en cuya parte inferior hay un par de alas estabilizadoras. Este segundo fresco recuerda a un icono del siglo XVII que se conserva en la Academia Teológica de Moscú y en el que se le ve dentro de un receptáculo aerodinámico cuya parte inferior desprende por ambos lados un humo espeso.

Algunos investigadores, como el ruso Zacarías Sitchin, un experto en lenguas orientales como el hebreo antiguo y el sumerio, han examinado a fondo las antiguas leyendas bíblicas y mesopotámicas, combinándolas con la hipótesis de la existencia de otros seres que vivirían en nuestro sistema solar. En su opinión, el ser humano realmente fue una creación de entidades superiores físicas por razones hoy desconocidas. O quizá no tanto: las viejas leyendas sumerias dicen bien claro que los dioses tenían la intención de utilizarlo como trabajador para no tener que realizar ellos las pesadas tareas a las que se enfrentaron en un momento dado. No es un razonamiento tan extraño si pensamos que nuestros científicos trabajan todos los días en el diseño de robots cada vez más perfeccionados, incluso dotados de inteligencia artificial, con el objetivo de convertirlos en obedientes esclavos para todo tipo de tareas peligrosas, de esfuerzo o simplemente rutinarias. Sitchin suele decir que no estamos solos, «y no me refiero al universo, sino a nuestro propio siste-

ma solar». Su búsqueda comenzó a partir de los seres bíblicamente bautizados como *Nefilim*, palabra por lo general traducida como «gigantes», aunque también puede serlo como «los que descendieron» (del cielo a la Tierra), y que terminó identificando con los Anunnaki o divinidades sumerias que, a su juicio, son seres inteligentes originales de Nibiru, un planeta de nuestro sistema que también fue conocido con el nombre de Marduk, uno de los dioses mesopotámicos. El sistema astrológico de los sumerios contaba, como demuestra un sello cilíndrico datado hace cuatro mil quinientos años que se conserva en Berlín, con doce miembros: el sol, la luna y diez planetas, no nueve. El símbolo de ese décimo planeta, Nibiru, o Tránsito, es una cruz y posee, según antiguos testimonios, una órbita elíptica, como la de un cometa, que le llevaría a pasar entre Marte y Júpiter (aproximándose, por tanto, a la Tierra) cada tres mil seiscientos años. En uno de estos acercamientos, uno de sus satélites habría colisionado con otro planeta existente entre estos dos y que él llama Tiamat. De la catástrofe habría surgido el actual cinturón de asteroides (hoy se reconoce formalmente que pudo ser un planeta que, por algún motivo, fue destruido) y la propia Tierra. Los habitantes de Nibiru habrían visitado el nuestro, donde fueron tomados como dioses, cada tres milenios y medio, desde hace unos 450.000 años. Los viejos textos sumerios, como el *Enuma Elish* («Epopéya de la Creación»), son para él la prueba testimonial del paso de estos seres y la base sobre la cual los judíos escribieron los libros del Antiguo Testamento. Esos mismos seres estarían en el trasfondo mitológico de otros pueblos antiguos como egipcios, hititas, asirios y cananeos... e incluso de los olmecas americanos.

Otro autor, el turco Burak Eldem, desarrolla estos planteamientos en su *2012: cita con Marduk*, en el que augura que veremos el regreso de los Anunnaki a la Tierra para ese año, que según las profecías del llamado Calendario Maya, marca tam-

bién el final del ciclo cósmico actual. Según Eldem, la última vez que Nibiru/Marduk pasó junto a nosotros fue en el 1649 a. J.C., cuando generó severas catástrofes, incluyendo la erupción del volcán Thera.

El éxodo según Moisés

La leyenda de Moisés merece un epígrafe aparte por la importancia de su figura para el pueblo judío. En la versión bíblica que ha llegado a nosotros, los egipcios aparecen descritos como seres arrogantes, poderosos económica y militarmente, fríos de corazón y esclavistas, en especial, del pueblo judío. No es extraño que no salgan bien parados, puesto que su religión y su sistema de creencias diferían mucho de lo impuesto por Jehová y, en aquellos tiempos, una persona que cultivara una religión diferente se convertía de manera automática en un enemigo. Es el tipo de asociación que se promueve hoy de nuevo desde las sociedades secretas oscuras que manejan el poder para provocar el choque de Occidente contra otras culturas y, de manera específica, contra el islam.

Según esta versión, el «malvado» faraón odiaba a los judíos y por ello «disfrutaba» dictando diversas medidas en su contra. La más cruel de ellas, el asesinato de todos los niños varones que nacieran en su pueblo (una versión posterior de esta fábula la encontramos en el Nuevo Testamento con el nacimiento de Jesús y la tan famosa como inexistente *Matanza de los Inocentes* por orden de Herodes). Una mujer de la tribu de Leví que había dado a luz intentó salvar a su hijo depositándolo en una canastilla recubierta con asfalto y brea, para que no calara, y reconvertirla así en una barquilla, que luego dejó en el Nilo confiando en que alguna mujer egipcia lo recogiera y lo adoptara. Flotando, la canasta llega hasta el mismo palacio del fa-

raón y su propia hija se encapricha del bebé, manda salvarlo, criarlo y educarlo en palacio y le pone de nombre Mashah o Moisés, que en hebreo significa *El salvado de las aguas*. Al llegar a adulto, Moisés aparece encumbrado como príncipe, pero muestra un carácter mucho más compasivo y bondadoso que el del resto de su familia adoptiva, porque no es egipcio. Descubre su verdadero origen y decide dedicarse a «salvar» a su pueblo. Llega a un pacto con Jehová, el dios de sus antepasados, que le ayuda a desatar todo tipo de plagas y desgracias contra el faraón y el resto de Egipto, hasta que consigue que dejen marchar a los judíos. A continuación los conduce a la tierra prometida en un viaje en el curso del cual recibirá las Tablas de la Ley con los Diez Mandamientos, pero cuyo desarrollo no es tan satisfactorio como esperaba por la ingratitud de los liberados hacia el dios que los sacó de la esclavitud: todo se complica demasiado, hasta el punto de que el éxodo acaba alargándose varios decenios, y al final del mismo no llegará una sola persona de las que abandonaron Egipto, ni siquiera el propio Moisés, sino sus descendientes. Por cierto, la tierra prometida no los espera con los brazos abiertos: los judíos tendrán que luchar a brazo partido con los pueblos ya instalados en la región para hacerse un hueco.

Ahora bien, el «nacimiento peligroso» es un tema corriente en las historias de dioses y héroes de la Antigüedad. Y la especificidad de la canastilla en el río tampoco es rara. Idéntica historia que la de Moisés se relata en el Mahābhārata, un libro muy anterior a la Biblia, aunque con el hijo de la princesa Kunti como protagonista. El bebé es abandonado a bordo de una canastilla de mimbre en la corriente del río Asva y andando el tiempo se convierte en el rey Karna. Más cerca, tanto en el tiempo como en el espacio, encontramos al rey Sargón, personaje histórico y fundador del reino de Akkad a orillas del Éufrates, que también fue abandonado en una canastilla de carrizo durante su más tierna

infancia, cuando nadie esperaba que algún día llegara a ser tan poderoso. Moisés es uno de esos personajes clave en la leyenda, pero que apenas ha dejado huella histórica visible. Ni siquiera en los textos de los principales historiadores antiguos, como el fenicio Sanchoniaton, el griego Heródoto o el judeorromano Flavio Josefo, se cuenta nada acerca de él. Este último autor sí se refiere a la partida de los judíos de Egipto pero la relaciona con la marcha de los hicsos, otro pueblo semita que había gobernado las tierras del Nilo entre los siglos XVIII y XVI a. J.C.

La versión del Éxodo de Flavio Josefo es bastante más realista y menos romántica que la de la Biblia. Citando al también historiador egipcio Manetón, afirma que el faraón dictó medidas severas a fin de terminar con una plaga de lepra que infestaba su reino y amenazaba con contagiar a todos sus habitantes. Para ello ordenó reunir a todos los leprosos, muchos de ellos de origen semita, y conducirlos al otro lado del río hasta la antigua capital de los hicsos: Avaris. El objetivo era purificar el resto del país, concentrando a todos los afectados en el mismo punto y, de paso, utilizarlos como mano de obra en las minas. Un sacerdote de Heliópolis llamado Osarsef, que acababa de contraer la enfermedad, se ofreció a dirigir la expedición a través del desierto (he aquí un detalle curioso: si sustituimos la partícula *Osar*, en referencia a Osiris, por *Jo*, en referencia a Jehová, nos encontramos con que el nombre de este sacerdote es el mismo de Josef: el judío que fue vendido por sus propios hermanos a unos mercaderes y que acabó siendo la mano derecha del faraón gracias a su habilidad para interpretar los sueños) y su iniciativa fue aceptada. Según las referencias de Manetón recogidas por Flavio Josefo, Osarsef dirigió una auténtica revolución religiosa y social en Avaris. Enseñó a los nuevos trabajadores mineros a despreciar la religión egipcia, introduciéndolos en el culto monoteísta judío. Además, los organizó no sólo para sobrevivir, sino para lograr

la autosuficiencia, de manera que, a pesar de la enfermedad, la ciudad consiguió salir adelante y atraer a gentes nómadas y a grupos de hicsos que permanecían en la región. Con el tiempo se hizo lo bastante fuerte como para que sus dirigentes se plantearan la posibilidad de una venganza por el desprecio social y el desarraigo que habían sufrido. Manetón afirma que los habitantes de Avaris reunieron con ayuda de los hicsos, ansiosos de vengar la pérdida del control de Egipto, un ejército de doscientos mil hombres con el que marcharon contra el faraón y le obligaron a huir a Etiopía. Más tarde, el faraón se reorganizó y su contraofensiva alcanzó la ciudad rebelde, de la que huyeron sus habitantes con destino hacia el noreste, hasta otra ciudad fundada por los propios hicsos en tierras de Palestina y llamada Jerusalén.

Existen muchos puntos débiles en el mito de Moisés, empezando por su presunto origen. Es cierto que los egipcios no veían con buenos ojos a los judíos, por la misma razón religiosa antes apuntada y por el hecho de que su estilo de vida nómada y volátil chocaba con el egipcio, más acostumbrado a la solemnidad vital y social, así como a un asentamiento estable en lugares considerados sacros. En consecuencia, resulta difícil creer que la hija del faraón, aun siendo compasiva, quisiera adoptar un niño que obviamente procedía de un pueblo al que el suyo aborrecía, bautizarlo con un nombre judío y, además, hacerlo príncipe. La lógica nos dice que si tal niño existió, debió de ser su propio hijo natural, que fue llamado de acuerdo con las tradiciones egipcias, ya que Moisés en este idioma significa «niño» o «hijo de», como demuestran diversas nomenclaturas de faraones (Tutmosis o Tutmoses es «el hijo de Tut/Thoth», Rameses o Ramsés es «el hijo de Ra», etcétera). El por qué un príncipe egipcio decidió ponerse al frente del pueblo judío y alejarlo de su país es un misterio interesante sobre el cual podríamos incluir algunas leyendas de origen hermético o gnósti-

co, pero en este momento lo que nos interesa es el hecho mismo del éxodo.

En este punto seguiremos al investigador español Salvador Freixedo que, en su impagable *¡Defendámonos de los dioses!*, describe un interesante paralelismo nunca explicado entre el pueblo judío y el azteca. La adopción de un pueblo por parte de una divinidad concreta es un hecho corriente entre las culturas de la Antigüedad, que desde muy pronto practicaron la religión de Estado. Por ejemplo, Marduk era el dios tutelar de Babilonia como Palas Atenea lo era de Atenas. Y ni el primero protegía o ayudaba a Nínive, Ur u otras ciudades mesopotámicas que no fueran la suya, ni la segunda hacía lo propio con Esparta, Corinto u otras urbes griegas más que la que le estaba dedicada. Ello no excluía que la tradicional tolerancia del paganismo permitiera en cada una de estas localidades la existencia de templos a distintas creencias, pero siempre dejando claro cuál era la deidad principal. En este contexto, Jehová es coherente con sus panteones contemporáneos. Siempre se presentó (y la ortodoxia judía lo sigue presentando así hoy) como dios único de los judíos y de nadie más. Ésta es una de las principales diferencias con el cristianismo, donde Dios tiene una característica universal, al serlo de todos los seres humanos, sin importar su origen ni el reconocimiento que le profesen.

Respecto al paralelismo, según la mitología azteca, el dios Huitzilopochtli se apareció ante los miembros de esta cultura precolombina y los conminó a abandonar sus tierras, entre los actuales estados norteamericanos de Arizona y Utah, para iniciar un largo viaje hacia el sur que sólo concluiría cuando encontraran un lugar en el que vieran una águila devorando a una serpiente sobre un nopal. En ese sitio construirían una ciudad y se asentarían, pues sería la tierra prometida que él había reservado para ellos. A continuación los convertiría en el pueblo más grande del mundo. Así pues, los aztecas nomadearon du-

rante mucho tiempo hasta encontrar la señal predestinada en una pequeña isla ubicada en medio del lago Texcoco, donde comenzó la construcción de su capital Tenochtitlán. Es el mismo lugar en el que se yergue hoy la plaza del Zócalo, en medio de la capital de México. El éxodo azteca fue bastante más largo que el judío, pero las circunstancias que lo rodearon son asombrosamente similares, según apunta Freixedo:

1. La personalidad de Jehová y la de Huitzilopochtli es similar (ambos se presentaban como «padres protectores», pero después se mostraban muy exigentes, dados a la ira e implacables en sus castigos, que solían ser frecuentes) y cada uno de ellos eligió a un interlocutor único: Moisés entre los judíos, Mexi entre los aztecas.

2. Las dos deidades obligaron a sus pueblos escogidos a un largo viaje (de cuarenta años para los judíos y unos dos siglos para los aztecas), cubriendo distancias enormes (más de mil quinientos kilómetros en el primer caso, unos tres mil en el segundo).

3. Los acompañaron «personalmente», ayudándolos a superar toda suerte de dificultades (Jehová encabezaba la expedición disfrazado de «columna de fuego y humo», mientras Huitzilopochtli lo hacía como una «gran águila blanca»), incluyendo las numerosas guerras que tuvieron que librar con los pueblos que ya ocupaban su tierra prometida (los judíos contra los filisteos, amorreos, amalecitas y otros, mientras los aztecas luchaban con chichimecas, otomíes, xochimilcos y otros).

4. Los judíos viajaban con el Arca de la Alianza, para la cual levantaban al final de cada jornada un templo desmontable, exactamente lo mismo que hacían los aztecas, quienes, según relata el fraile franciscano Diego Durán, lo primero que hacían al terminar la diaria caminata era levantar un pequeño templo «para depositar en él el arca que transportaban» y mediante la cual «se comunicaban con su dios». Al final de los res-

pectivos éxodos, unos y otros fueron instruidos con detalle para construir un gran edificio sagrado donde depositar estos objetos en el centro de la ciudad que convirtieron en su capital. Desde allí irradiaron su poder hasta convertirse en los pueblos más fuertes de la región, avasallaron a sus vecinos y llegaron a la cúspide de su poder aproximadamente a los dos siglos de su establecimiento.

5. Los dos dioses impusieron la circuncisión como prueba de pertenencia a la comunidad de elegidos y, además, exigieron sacrificios con derramamiento de sangre. Son tristemente famosas las matanzas de miles de prisioneros en el gran templo de Tenochtitlán, donde los sacerdotes aztecas arrancaban el corazón a sus víctimas antes de arrojarlas escaleras abajo, mientras que en la Biblia tenemos diversos ejemplos de sangrientos sacrificios animales (hoy en día, la comida *kosher* o purificada según el rito judío sigue exigiendo que el animal sacrificado muera desangrado por completo antes de ser procesado) y algunas pruebas terribles, como la que padeció Abraham con su hijo Isaac o Jefté con su hija.

6. Tanto Jehová como Huitzilopochtli desaparecieron de escena, al menos físicamente, cuando sus respectivos pueblos se encontraron con sendas invasiones de pueblos más poderosos que terminaron con su preeminencia. El Imperio romano sojuzgó a los judíos y el Imperio español a los aztecas.

7. Un aporte más de Freixedo: igual que el Jehová judío tuvo su contrapartida en el Huitzilopochtli azteca, Jesucristo también se vio reflejado en Quetzalcoatl. Ambos, mensajeros divinos, instructores y salvadores. Ambos, apareciendo en el mundo de forma un tanto misteriosa, viviendo en él como hombres y abandonándolo de manera extraña, prometiendo que algún día volverían.

CAPÍTULO 7

Jesús, el Cristo

Siempre que el Bien decae extinguiéndose poco a poco, predominando en su lugar la Maldad y el orgullo, mi Espíritu se manifiesta en forma humana sobre esta tierra, para salvar a aquellos que hacen el Bien y destruir a aquellos que actúan con Maldad.

Así se restablece el reino de la Verdad, pues yo vengo a este mundo era tras era.

BHAGAVAD-GITA,
texto sagrado hindú

En 1976, el investigador español Andreas Faber Kaiser publicó un libro que se convirtió en un auténtico escándalo para su época y generó un aluvión de textos similares, en los que se copiaban las tesis originales pero retorciéndolas en busca del morbo y el dinero fácil, más allá de la mera investigación histórica. Se titulaba *Jesús vivió y murió en Cachemira* y defendía la hipótesis de que el Mesías cristiano no sólo hubiera pasado parte de su desconocida infancia en algún punto de esta remota región hoy a caballo entre la India y Pakistán, sino que tras su crucifixión hubiera sido rescatado vivo del tormento y, una vez recuperado, regresara allí para establecerse y seguir predicando hasta su muerte natural. Lo cierto es que si examinamos las leyendas y la doctrina de Jesús y las comparamos con las tradiciones hindúes,

encontramos un sinnúmero de interesantes coincidencias que dan qué pensar. Sin contar la Sagrada Trinidad, una constante en numerosas religiones del mundo (Padre, Hijo y Espíritu Santo tienen su equivalente indio en el dios creador Brahma, el dios conservador Vishnú y el dios destructor Shiva, pero también en otras tradiciones como la egipcia con Osiris, Isis y Horus, o en aquel mítico primer rey peninsular, Gerión, el de las tres cabezas), nos encontramos con que uno de los misterios fundamentales de la religión católica es el acto de la Encarnación, mediante el cual la segunda persona de la Trinidad (el Hijo) se hacía hombre para ayudar a la humanidad con el nombre de Jesús el Cristo, mientras que en el hinduismo también es la segunda persona de su Trinidad (Vishnú) el que se hace hombre con el mismo destino —según algunas tradiciones, encarnó hasta ocho veces— y el nombre de Krishna, tan fonéticamente parecido al del considerado fundador del cristianismo. Las vidas de Jesucristo y Krishna son tan parecidas que casi parecen la de la misma persona.

Jesukrishna

El tratado religioso hindú Bhagavat Purana, fechado tres mil quinientos años antes de nuestra era, afirma que el propio Vishnú se presentó ante Lamky, madre del rey Kansa de Mathura (recordemos la historia de Moisés), para anunciarle que daría a luz a una niña muy especial, ya que sería madre de un avatar o encarnación divina. Las sociedades secretas, tanto las luminosas como las oscuras, están convencidas de que no sólo es posible que grandes fuerzas divinas o demoníacas tengan acceso a nuestro mundo a partir de personas especialmente preparadas para albergarlas en su interior, sino que ese fenómeno se repite regularmente a lo largo de los milenios. La Iglesia cree

lo mismo, pero desde el punto de vista doctrinal limita la encarnación divina a una sola ocasión: la de Jesús.

La hija de Lamky recibió el nombre de Devaky y todos en palacio se felicitaron por su belleza, convencidos de que de verdad llegaría a ser lo que el dios anunciara a su madre. Pasaron los años y la profecía quedó en segundo plano. Un día, su hermano Kansa tuvo un sueño en el que ella daba a luz un niño que lo destronaba. Temeroso de perder el reino, pero sin atreverse a asesinarla, ordenó que Devaky, virgen aún, fuera encerrada en una torre cuya puerta sería tapiada y vigilada por hombres armados para evitar que nadie se le acercara. Así se hizo, pero los dioses no entienden de impedimentos humanos, y una noche en la que la doncella oraba, «el espíritu de Vishnú» atravesó los muros y en medio de «una música celestial» Devaky fue «ofuscada» por su amante divino. Nueve meses más tarde dio a luz a Krishna. En ese momento, la torre fue derribada por «un fuerte viento» y un mensajero (un ángel) de Vishnú se presentó para acompañar a madre e hijo a la casa de un pastor llamado Nanda, donde recibió refugio. Cuando los demás pastores de la zona se enteraron de quiénes estaban alojados en la humilde morada de su colega, se presentaron para postrarse ante el niño sagrado y rendirle pleitesía... Si estas semejanzas con el nacimiento de Belén no se nos antojan suficientes, sepamos que Krishna recibió desde pequeño el nombre de Dios Pastor, uno de los títulos del propio Jesús, el Buen Pastor, cuya imagen más popular durante los primeros siglos del cristianismo no fue la del crucificado sino la de un pastor o una oveja con una cruz. Por lo demás, la llegada de Krishna había sido profetizada en los Vedas, los libros sacros del hinduismo, con expresiones que hoy consideramos características de los profetas israelitas, como por ejemplo «el rayo del esplendor divino recibirá una forma humana en el seno de una virgen que parirá sin pecado» o «¡Feliz el seno que ha de llevarle dentro de sí!»

El origen divino y el nacimiento de un niño tan especial no podían mantenerse en secreto durante mucho tiempo, así que el rey Kansa terminó por enterarse y mandó capturarlo. Como ni la madre ni el hijo aparecían, el monarca ordenó degollar a todos los niños que tuvieran la edad aproximada de Krishna. Es la misma historia que se cuenta acerca del rey Herodes en el Evangelio de San Mateo a propósito de la persecución de Jesús. Por cierto que el mismo evangelista dice que la Sagrada Familia huyó a Egipto para escapar de la persecución, y en *El Evangelio de la Infancia o de Santo Tomás*, uno de los apócrifos más conocidos, se especifica que el destino final fue la localidad egipcia de Matarea o Madura... el mismo nombre del reino de Kansa. En este evangelio apócrifo también se cuenta que durante su infancia, el niño destinado a ser Mesías convertía a sus compañeros de juegos en cabritos y a los cabritos en niños, mientras que existe una leyenda sobre la infancia de Krishna en la que se relata que él también jugaba a transformar a otros pequeños en animales, en este caso becerros. Al igual que hará Jesucristo treinta y cinco siglos más tarde, el Krishna adulto reparte milagros devolviendo la vista a los ciegos y curando a los paralíticos, lava los pies de los brahmanes, predica la inmortalidad del alma y la unidad de Dios, denuncia a los sacerdotes de su época por su hipocresía, baja a los infiernos para liberar a los muertos y acaba muriendo víctima de las iras y la envidia del clero de su sociedad, para ascender con toda su gloria al paraíso de Vishnú.

¿No son demasiadas coincidencias? Sólo caben tres explicaciones. Primera: la Iglesia primitiva copió y adaptó los hechos de la vida de Krishna para agrandar y embellecer la leyenda de Jesucristo, como según algunos expertos hizo con otras tradiciones de origen pagano: el portal de Belén es una recreación del nacimiento de Mitra, la celebración de la Navidad el 25 de diciembre es la trasposición de las celebraciones del solsticio de

invierno y el alumbramiento del Sol Nuevo, numerosos santos encubren en realidad divinidades locales, etcétera (pero eso supondría unos contactos impensables hasta ahora y no documentados entre los primeros cristianos y los hinduistas de su época, aparte de poner a prueba la solidez de todo el mensaje cristiano y la misma existencia de un Mesías que, aparte de la crucifixión, tuvo que «copiar» a «otro hijo de Dios» para hacer algo digno de recuerdo). Segunda: el clero hinduista copió y adaptó la vida de Jesucristo para embellecer la leyenda de Krishna, tal y como apuntan expertos como el historiador judío Salomón Reinach, autor de *Orfeo, historia general de las religiones*, según el cual los evangelios apócrifos fueron difundidos por los cristianos nestorianos en la costa india de Malabar (pero los antiguos libros sagrados del hinduismo se remontan mucho tiempo atrás y, además, los brahmanes no se caracterizan por aceptar creencias ajenas sino que tienden a mantener las suyas lo más inmaculadas posible). Tercera: Jesús y Krishna existieron realmente y fueron personas diferentes, cada cual inserto en su tiempo y su cultura, pero ambos compartieron un destino común: convertirse, merced a su carácter excepcional como seres humanos, en el vehículo físico de una poderosa fuerza de muy alta vibración que se expresó a través de ellos para actuar en el mundo con unos fines concretos. Esa fuerza se manifestaría de una forma determinada que provocaría una serie de coincidencias inevitables en la trayectoria vital de los sujetos que la experimentarían (pero para confirmar esta explicación deberíamos tener acceso al archivo de ciertas sociedades secretas).

En busca de Jesús

Una de las pruebas más obvias de la confusión permanente en la que vive el ser humano contemporáneo radica en el hecho de

que cuando encuentra una enseñanza útil, en lugar de aprovecharla sin más, pierde el tiempo interesándose por el autor y su trayectoria personal, con qué propósito enunció sus tesis, en quién influyó o por quién fue influido... y demás matices prescindibles. Si cualquiera de los datos recogidos colisiona con los cánones vigentes o bien no puede aclararse del todo, de manera automática se duda de la susodicha enseñanza o se la margina directamente. ¿No debería bastar con la propia calidad del conocimiento, sin importar demasiado su origen o quién lo haya difundido? Esta polémica se ha reproducido en los últimos trescientos años en torno al cristianismo. Desde un punto de vista moral, ético, religioso e incluso filosófico, nadie pone en duda que los principios incluidos en el Nuevo Testamento (la compasión, el perdón, la ética interior, la renuncia a la violencia física, la búsqueda de la reconciliación interior con la divinidad, etcétera) son en general elevados y elogiados. Sin embargo, bastó que se planteara en determinados círculos si Jesús fue o no un personaje histórico —y se comprobara la imposibilidad de demostrarlo tal y como requieren los minuciosos protocolos científicos actuales— para poner en duda la validez de toda la doctrina contenida en su mensaje y comenzar a demolerla.

Quizá no sea casualidad que fueran, a finales del siglo XVIII, las corrientes filosóficas de la Revolución francesa —tan ligadas a la masonería y los Illuminati— las que plantearon por vez primera de manera pública la idea de que el cristianismo era una cosa y el Jesús histórico otra distinta que a su juicio no tenían mucho que ver. En la Alemania del XIX, Bruno Bauer y David Friedrich Strauss, discípulos ambos de Hegel, insistieron en la misma idea, asegurando que el Nuevo Testamento era una mitología basada en invenciones literarias. Y en el siglo XX, la veda se abrió definitivamente con los trabajos del británico Robertson, el alemán Drews y el francés Alfaric. Uno de

los autores destacados en este campo es el británico George Albert Wells, de la Universidad de Londres, quien diseccionó literalmente los escritos cristianos para revelar numerosas ambigüedades y demostrar la neblina que difuminaba la vida real del Mesías ya entre sus contemporáneos. En ese sentido certificaba que el hoy conocido como san Pablo, a quien se atribuye el primer armazón doctrinario sólido del cristianismo, se comportaba igual que otros correligionarios de su época: como si Jesús hubiera vivido en un momento desconocido del pasado, doscientos o trescientos años antes de lo que en teoría le correspondía. O como si en realidad nunca hubiera existido y fuera necesario pensar en él como una inspiración espiritual más que como un humano de carne y hueso. Esta falta de interés personal hacia el que se supone fundador de su religión y Hombre Dios que daba sentido a su existencia, cuando las primeras comunidades cristianas estaban deseando saber detalles sobre la vida de Jesús, resulta bastante sospechosa en lo que respecta a sus verdaderas intenciones, sobre todo teniendo en cuenta que Pablo no le conoció en persona. No perdamos de vista que los cristianos por él organizados reinterpretaron y helenizaron los mensajes cristianos, yendo en muchos casos en direcciones distintas respecto a lo que decían Pedro, Santiago y el resto de los discípulos que sí bebieron directamente de su mensaje.

En un momento dado, y sin explicar muy bien por qué, la Iglesia decidió unir la trayectoria de ambos apóstoles, equiparándolos en importancia hasta el punto de fijar la fecha de celebración de su memoria el mismo día: el 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo. Pero lo más parecido entre ambos era que sus respectivos nombres empezaban por «P». O mejor dicho, por «S», ya que el verdadero nombre de Pedro antes de que Jesús decidiera rebautizarle iniciáticamente era Simón, mientras que el de Pablo era Saulo. Aparte de eso, no tenían nada en común: Pedro era un pescador de Palestina, poco cultivado, de

modales sencillos y rurales, y fiel a Jesús desde sus primeros días de predicación. Pablo, en cambio, pertenecía a una familia judía conservadora instalada en Tarso de Cilicia (actual Turquía) y había sido bien educado, especializándose en la interpretación farisaica de la ley. Persiguió encarnizadamente a los primeros cristianos, hasta el punto de participar en la lapidación de san Esteban, el primer mártir cristiano. Y de pronto dijo experimentar una extraña visión en un viaje de Jerusalén a Damasco. A partir de entonces decidió cambiar de religión, o quizá debiéramos decir de secta religiosa, porque en aquel entonces así se consideraba el cristianismo y, de hecho, Pablo nunca usó el término *conversión* en sus escritos. Sólo decía que Dios le «había llamado» al cristianismo y a la evangelización de los gentiles. Analizando su línea de razonamiento, a menudo da la impresión de que lo que está predicando es más bien una especie de judaísmo *light* diseñado para los paganos.

La historia del papado y, en consecuencia, de la Iglesia empieza de acuerdo con la cita evangélica de Mateo donde aparece el famoso episodio en el que Jesús habría encargado a Simón Cefas fundar dicha institución al tiempo que le rebautizaba como Pedro porque «eres la piedra sobre la que fundaré mi iglesia» y le prometía las llaves del Cielo. Pero las primeras comunidades cristianas estaban divididas y con la aparición de Saulo de Tarso —que realizó numerosos viajes para controlar y adoctrinar a varias de ellas— se fragmentaron en dos grandes grupos: los discípulos originales que permanecían en Jerusalén, que a su vez entraron en conflicto entre ellos, y los de fuera de Israel, la mayoría de origen no judío. Así comienza una triste historia: el desprecio del mensaje de Jesús para enfocar todas las energías en apoderarse de su sucesión y convertirse en su máximo exégeta. El resultado es la sucesiva aparición de católicos, protestantes, ortodoxos, coptos, evangelistas, nestorianos, mormones y el largo etcétera de iglesias que se han atribuido suce-

sivamente ser la «verdadera» depositaria de la herencia cristiana. El historiador alemán Johannes Haller dice que los partidarios de Pedro, enfrentados a los de Santiago, inventaron la cita de Mateo (no parece, ciertamente, muy propia de Jesús, quien nunca habría dado las llaves del Cielo a nadie en particular, ya que predicaba el trabajo espiritual personal y sólo ese merecimiento, sin ninguna otra interferencia, franqueaba el acceso a la eternidad) para justificar su candidatura. A juicio de Haller, Pedro no tendría que haber ido a Roma a predicar porque se suponía que la cabecera de la Iglesia debía estar en Jerusalén, no en la capital del imperio. Sin embargo, en el fondo, Pedro tampoco podía ser obispo y, por tanto, el primer papa, ya que «era un apóstol y ese oficio excluye el ejercicio del obispado, pues el obispo es perpetuo dirigente de la comunidad mientras el apóstol es un predicador errante». Lo que también afectaría a los otros doce apóstoles.

En medio de la confusión, alguien tenía que encargarse de organizar el movimiento para evitar que se deshiciera pocos años después de la crucifixión. Y ese alguien fue Saulo/Pablo, quien se encargó de modelar los cimientos de lo que acabaría convirtiéndose en una de las instituciones político-religiosas más longevas y poderosas de la Historia. Más adelante, hacia el año 160 d. J.C., surgieron los primeros intentos de crear una genealogía oficial, que distaba bastante de la realidad pero que, a medida que la Iglesia tomaba cuerpo, fue adquiriendo una pátina de respetabilidad. Una novela religiosa sobre el presunto sucesor de Pedro que empezó a circular a principios del siglo III y que obtuvo gran éxito terminó de perfilar la biografía no oficial del que a partir de entonces se consideraría, sin ninguna razón histórica, como el primer papa. Y el reconocimiento del emperador Constantino, por razones meramente políticas, del cristianismo como religión única del Estado acabó de consolidar el papel preponderante que a partir de entonces

ejerció el papado. Ciertas corrientes filosóficas aseguran que algunos de los discípulos, liderados por Santiago y la misteriosa María de Magdala, guardaron el mensaje real de Jesús, que incluía conocimientos reservados para distintos niveles de comprensión, mientras que Pablo fue enviado a difuminarlo y «ablandarlo» a fin de que no se extendieran demasiado y provocaran la catarsis espiritual que su profundidad demandaba. Sería para controlar ese conocimiento para lo que en realidad fundó la Iglesia. De los primeros nacerían posteriormente las corrientes «heréticas» patrocinadas por sociedades secretas luminosas como el catarismo, mientras que el segundo construiría la institución que, sólo en las formas, impulsaría las ideas cristianas convenientemente reconducidas.

Algo de esto se barrunta en *La última tentación de Cristo*, la polémica novela del griego Nikos Kazantzakis llevada al cine por Martin Scorsese, que juega con la idea de lo que hubiera podido ocurrir si a última hora, estando ya en el Gólgota, Jesús hubiese sido convencido por el Diablo para abandonar la cruz y llevar una vida normal. En una de las escenas más impactantes de la obra, un envejecido Jesús se encuentra con Pablo, que está transmitiendo con vehemencia un relato falsificado sobre su vida. Cuando Jesús se lo recrimina, Pablo le acusa de cobarde por no haber muerto en la cruz para satisfacer las expectativas de sus seguidores y advierte de que en el fondo da igual lo que sucediera, porque él está dispuesto a crear una mitología alrededor de su persona. ¿Ocurrió así?

Todo se complica por la falta de textos históricos fiables y concretos que nos aclaren las cosas. Los escasos testimonios históricos de los que disponemos en la actualidad sobre Jesús son, cuando menos, cuestionables. ¿Por qué no existen textos más claros? Los defensores de la imagen de Jesucristo como una figura fabulada dicen que jamás pudo escribirse nada real sobre alguien que no existió. Sin embargo, ¿es creíble que toda nues-

tra civilización —desde el calendario que utilizamos hasta las creencias mayoritarias, pasando por una impresionante influencia cultural e histórica— gire en torno a una invención? Por lo que sabemos, existe otra opción muy plausible: alguien se encargó de hacer desaparecer algunos textos y dejó otros en circulación: aquellos que le interesaron por razones determinadas. Entre ellos figuran los evangelios. Existen dos tipos de evangelios: los Canónicos y los Apócrifos (en griego, *ocultos*). La Iglesia sólo reconoce como válidos los primeros, aunque esperó hasta el largo y complejo Concilio de Trento —convocado a mediados del siglo XVI como respuesta a la Reforma protestante a fin de aclarar diversos puntos doctrinales— para fijarlos como tales. Según los últimos estudios lingüísticos, los Evangelios Canónicos fueron escritos por etapas y desde luego no en una época próxima a la del Jesús histórico, sino entre sesenta y cien años más tarde de su desaparición (lo que no quiere decir que no puedan ser copias de textos anteriores). Los expertos dicen que la versión de Marcos es la más temprana, las de Mateo y Lucas las más doctrinales y elaboradas, y en cuanto a la de Juan, posee un innegable carácter gnóstico (perteneciente a la *gnosis* o *conocimiento*, una corriente esotérico-religiosa próxima a las sociedades secretas luminosas). A estos cuatro hay que sumar ese conjunto de máximas éticas y de sabiduría atribuidas a Jesús que constituyen el documento conocido como Evangelio Q, o *Quelle* (en alemán, *fuentes*), que podría ser anterior a los otros cuatro. Tras la decisión de Trento, los Apócrifos fueron prohibidos, perseguidos y destruidos, pese a lo cual han llegado hasta nosotros algunas versiones... y muchos de los detalles que conocemos sobre la vida de Jesús que no aparecen en el Nuevo Testamento. Entre ellos, los nombres de los padres de la Virgen María (Joaquín y Ana), la presencia de un asno y un buey en el pesebre, el hecho de que los magos fueran tres reyes llamados Melchor, Gaspar y Baltasar, la historia de la Verónica en el vía

crucis, el nombre de Longinos para el centurión que clavó su lanza en el costado de Jesús o los de los dos ladrones que fueron crucificados a su vera, Dimas (el *bueno*) y Gestas (el *malo*), entre otras cosas.

Por lo demás, algunas de las creencias actuales más importantes sobre la vida de Jesús son fruto de interpretaciones interesadas sumadas a menudo a pésimas traducciones. Por ejemplo, su propio nacimiento y la familia a la que pertenecía. Tradicionalmente, pensamos en José como un pobre carpintero, un hombre mayor que apenas ganaba lo suficiente para sacar adelante a su familia, compuesta por la Virgen María y el Niño, con los que se trasladaba por la antigua Palestina a lomos de un burrito navideño. Pero si escarbamos un poco en lo que nos cuenta el propio Nuevo Testamento, nos daremos cuenta de que esta imagen no se corresponde con la realidad.

José y María se vieron forzados a poner rumbo a la aldea de Belén después de que el emperador Augusto emitiera un edicto que obligaba a los judíos a empadronarse en su ciudad natal con dos objetivos: censar a la población y garantizar la recaudación de impuestos. José ejercía su profesión en Galilea y marchó de inmediato con su mujer embarazada para poder llegar dentro del plazo establecido por la burocracia romana. Pero en el texto bíblico se utiliza el término *tehton* para describir su oficio y esa palabra se puede traducir como *carpintero*, o como *herrero* o *constructor*. No estamos hablando de un trabajo cualquiera. Dejando aparte el simbolismo del herrero (en los cuentos iniciáticos medievales, el herrero es el equivalente al maestro o el hombre de conocimiento, conectado a través del fuego y el metal con el Otro Mundo), el oficio de constructor estaba tan considerado económica y socialmente en aquella época como el de arquitecto hoy en día. De hecho, la palabra utilizada para definir a José es la misma que para calificar nada menos que a Hiram, el famoso constructor del Templo de Sa-

lomón, tan añorado por numerosas sociedades secretas. José no podía ser pobre y si viajó a Belén debió de ser para pagar los impuestos que le correspondieran por sus propiedades allí. Además, era su localidad natal, así que debía de contar con familiares e incluso conocidos, antiguos clientes suyos. Sumemos a esto que los textos bíblicos insisten en que Jesús descendía de la Casa de David, el rey David, lo que sugiere que su familia no debía de estar en posición incómoda. Carece de sentido que al llegar a Belén no encontraran otro sitio donde alojarse que un establo. Y, por cierto, los pastores que estaban en medio del campo cuando recibieron la buena nueva del ángel anunciador ¿acudirían a un establo dentro de la localidad de Belén para adorar al Niño con tanta rapidez y dejando solas a sus ovejas? Y los Reyes Magos que iban buscándole, ¿cómo lograrían esconder a Herodes —que les había pedido que le informaran del lugar exacto donde había nacido Jesús para poder matarle— su presencia en Belén si se presentaban en medio de sus calles con todo el boato de sus caravanas?

Los Apócrifos nos dan algo de luz sobre lo que pudo ocurrir. Dejando aparte el misterio de la estrella que guía a los reyes y que parece cualquier cosa menos un cuerpo estelar («no gira como todas, no la oscurece la luz del sol, no es errante», dice *El libro de la infancia del Salvador*), según estos textos, María se puso de parto antes de llegar a Belén. Como recurso de emergencia, José encontró una gruta cerca del camino y la dejó allí en compañía de los hijos de su anterior matrimonio (no olvidemos que era viudo antes de casarse con María y que los evangelios hablan de los varios hermanastros de Jesús, que, por cierto, era lógico que acompañaran a su padre y su madrastra al censo; según la *Historia copta de José el Carpintero*, había seis: Judas, Josefo, Jacobo, Simeón, Lisia y Lidia), mientras se adelantaba en busca de una comadrona. Los pastores estaban en la zona y ayudaron a la familia, encendiendo incluso un fuego

para calentarlos e iluminarlos. Si el nacimiento de Jesús se hubiera producido en Belén pueblo, la estampa hubiera sido diferente: en un lugar más confortable y provisto de las comodidades posibles en la época, rodeados de familiares y amigos y, desde luego, sin la presencia de esos pastores que estaban considerados como gentes de muy bajo rango e incluso mal vistos en ciertas capas sociales. Y ya que estamos en ello, su presencia muestra que, por fuerza, el nacimiento debió de producirse en primavera o verano y nunca ese 25 de diciembre que se adoptó como fecha oficial en el Concilio de Nicea en el año 325 d. J.C.

En cuanto a los Reyes Magos, tampoco pudieron presentar sus ofrendas el 6 de enero, dos semanas después del nacimiento, tal y como nos hizo creer el monje Dionisio el Exiguo (¿dos semanas después del parto seguían alojados en el mismo establo?) cuando fabuló su versión de los hechos allá por el siglo IV de nuestra era. Según algunas versiones, estos hombres sabios, llegados probablemente de Mesopotamia (quizá de Persia, donde a los sacerdotes astrónomos de Zoroastro se los llamaba *magú*), culminaron su viaje cuando Jesús tenía ya uno o dos años de edad. Y llevaban cuatro ofrendas, o eso afirma el *Evangelió armenio de la infancia*: oro, incienso, mirra y el libro de Seth. En sus trabajos sobre los Manuscritos del mar Muerto, el investigador anglosajón Andrew Welburn precisa que este volumen hacía referencia a los catorce avatares o encarnaciones de Zoroastro, entre los cuales Jesús habría sido considerado como su penúltima aparición en el mundo. Los magos eran literalmente eso: magos pertenecientes a una sociedad secreta luminosa, no reyes al uso (o tal vez sí, pues se dice que los magos son hombres reales y completos, por tanto reyes entre los hombres). Esa sociedad secreta se encargaría a partir de aquel momento de proteger e instruir al futuro Mesías a fin de que cumpliera con éxito la misión para la que había llegado al mundo.

La prueba definitiva

Sería más sencillo si dispusiéramos de una prueba física concreta del paso de Jesús por la Tierra. En 1996, un reportaje de la BBC mostró lo que parecía el sueño de muchos arqueólogos y la pesadilla de otros tantos teólogos: la posible urna funeraria donde habrían descansado sus restos, los de un hombre obviamente no resucitado, junto con los de otros miembros de su familia. Todas las arquetas, certificadas del siglo I, estaban depositadas en unas dependencias de la Dirección General de Antigüedades de Israel desde su descubrimiento en 1980, aunque nadie habló de ellas hasta que aparecieron en el trabajo periodístico de la cadena británica. Los dos osarios más llamativos son los que muestran las siguientes inscripciones en antiguo arameo: «Jesús, hijo de José», una, y «Jacob [es decir, Santiago], hijo de José, hermano de Jesús», la otra. El epigrafista francés de la Universidad de la Sorbona André Lemaire, descubridor de estas urnas, aseguró que no ofrecían duda alguna de su autenticidad, aunque lamentaba que no conservaran nada en su interior. Sin embargo, su problema radica en el mismo hecho que les ha dado fama: los nombres con que se identifica cada una de ellas, puesto que los osarios carecen de cualquier otro tipo de información y tanto Jesús como José como Jacob eran nombres corrientes en la Jerusalén del siglo I. El norteamericano Joseph Fitzmyer, profesor de la Universidad Católica de Washington, lo resumió así: «Hay que demostrar que ese Jesús de la inscripción es el mismo Jesús de Nazaret», porque se calcula que en una ciudad de cuarenta mil habitantes como aquella Jerusalén podría haber una veintena de Jesús hijos de José y hermanos de Santiago. Lemaire insiste en que lo inusual de la urna de Santiago es la mención a su hermano, pues según las

costumbres judías el nombre de un familiar sólo se incluía en una arqueta funeraria de este tipo si ese familiar había sido de verdad importante para la comunidad. A su juicio, resulta «muy improbable» que existiera otro Santiago con un hermano tan famoso.

El debate de las urnas continúa, pero existe otro objeto que sí parece demostrar sin lugar a dudas la existencia real de Jesús con un porcentaje astronómico de posibilidades en su favor: la archiconocida Sábana Santa. La misma que hace unos años padeció una campaña contra su autenticidad que tuvo bastante éxito entre la desinformada opinión pública. En el día de hoy, y por culpa del carbono 14, numerosas personas siguen convencidas de que en realidad este paño es una falsificación medieval, cuando existen numerosas pruebas de que sí envolvió el cuerpo de un hombre que fue torturado y crucificado hace un par de miles de años en Palestina, exactamente igual a como relata el Nuevo Testamento.

La Síndone, que se conserva actualmente en la catedral de Turín, ha sido expuesta en numerosas ocasiones en diversos países durante los siglos anteriores y nadie sabe cuánto tiempo lleva en poder de la Iglesia, que la guarda, y nunca mejor dicho, como oro en paño. El primer fotógrafo que inmortalizó este fascinante pedazo de tela de 430 centímetros de largo por 110 de ancho fue el abogado Secondo Pia, en 1898. En aquella época, el lienzo llevaba treinta años sin ser expuesto y el rey italiano Humberto I había dado permiso para que pudiera ser mostrado de nuevo. Se habilitó un permiso especial y cuando Pia fue a hacer la primera foto, los focos de la cámara estallaron sin ninguna explicación. Impresionado por el suceso, revisó su equipo y extremó todas las medidas de precaución para evitar que nada fallara en un segundo intento. Cerca de la medianoche consiguió un par de exposiciones y se fue con ellas a casa para revelarlas, pero lo que descubrió le dejó atónito: ante él no

tenía dos fotos normales sino dos negativos del lienzo. Nunca pudo explicarse el porqué de lo ocurrido, ni él, ni todos los que apreciaron su trabajo, que no tardaron en volcar todo tipo de críticas sobre su supuesta incapacidad para cumplir con su trabajo. No se facilitó ningún permiso más para fotografiar la Sín-done hasta pasados otro treinta años. El escogido entonces fue Giuseppe Enrie, uno de los fotógrafos más populares del momento. Satisfecho por su elección, preparó con mimo su equipo, tomó las imágenes y... se encontró con que le había sucedido lo mismo que a Secondo Pia.

A partir de entonces se han publicado muchas teorías sobre la razón de este extraño fenómeno, pero ninguna de ellas parece lo bastante convincente, entre otras cosas porque no se sabe muy bien cómo se formó la imagen reflejada en la tela. Desde luego, no se trata de ninguna pintura elaborada con tinturas o técnicas conocidas. Según los estudios científicos elaborados en parte por técnicos de la NASA, las características con las que se define la imagen son: ausencia comprobada de pigmentación, ausencia de direccionalidad, superficialidad absoluta, estabilidad térmica y química, estabilidad al agua, pormenorización extrema, negatividad y... tridimensionalidad. Este último y escalofriante detalle permitió reconstruir matemáticamente un modelo en tres dimensiones de la figura. ¿Cómo se produjo semejante impresión? No por contacto directo: la tela no pudo tocar directamente el cuerpo, ya que en ese caso la imagen aparecería chata, con todas las áreas de contacto en idéntica elevación vertical. ¿Se trata entonces de una radiación emitida por una energía desconocida? ¿La prueba de la resurrección? Nadie lo sabe, aún hoy.

En cualquier caso, el análisis del ADN de la sangre que impregna el lienzo reveló que era del grupo AB, el más frecuente entre los hebreos. Además, las manchas indicaban que el hombre envuelto por la tela medía 1,80 metros de altura y pe-

saba unos ochenta kilogramos (un tamaño más que respetable para un judío de la época, coincidente con el aspecto físico imponente que se le supone a Jesús) y demostraban que había sido sometido a una intensa tortura de flagelación por dos verdugos, uno a cada costado y ambos por detrás de él (lo que coincide con la práctica habitual con la que la administración romana aplicaba este castigo), porque su cuerpo estaba cubierto de heridas iguales formadas dos a dos hasta sumar seiscientas. También confirmaban que había sido crucificado y se detectaba una herida en el costado derecho que coincidía con la forma elíptica de una punta de lanza como la usada por los legionarios romanos. Hay al menos dos datos extraños en todo esto. Primero: un preso flagelado con semejante violencia podría haber muerto durante el castigo y, por tanto, no habría sido necesario crucificarle; si a pesar de las seiscientas heridas el reo tuvo que ser llevado a la cruz, estamos hablando de una resistencia física extraordinaria. Y segundo: las manchas de las piernas las mostraban intactas, cuando la práctica habitual era romper las rodillas con un mazo para acelerar la muerte del crucificado por asfixia, al no poder mantener las muñecas todo el peso del cuerpo. Era raro descolgar a un crucificado con las piernas enteras. Más: las manchas de sangre en la parte superior permitieron contar hasta 33 heridas provocadas por las espigas de una especie de casco trenzado con ramas de espino que se le había colocado en la cabeza. Por último, una prueba evidente de que el hombre había sido crucificado de verdad (con los clavos atravesando los huesos carpianos en la zona de la muñeca, para que ésta pudiera sostener el cuerpo sin desgarrarse, y no en la palma de la mano como se representa en numerosos iconos) se reflejaba en el hecho de que el hombre de la Síndone parece tener sólo cuatro dedos en cada mano, como si le faltaran los pulgares. La explicación es que, al atravesar la muñeca, el clavo aplastaba el nervio que atraviesa la extremi-

dad y producía un fortísimo dolor que colocaba involuntariamente el pulgar bajo la mano.

Por si todo lo anterior no fueran suficientes «coincidencias» con el relato neotestamentario, hay que sumar los hallazgos que realizó en el tejido el criminólogo, botánico y palinólogo suizo Max Frei, director del gabinete científico de la policía de Zurich y perito de la Interpol, quien en 1973 practicó un exhaustivo análisis polínico de la Sábana Santa para intentar determinar su edad y los sitios en los que había permanecido expuesta, a través de los residuos de polen almacenados en sus fibras. Según su informe final, Frei encontró, entre otros restos, los de varias plantas que sólo crecen en Palestina. De hecho, el polen más frecuente se correspondía con el hallado en los estratos sedimentarios del lago Genesaret, con unos veinte siglos de antigüedad. Su conclusión: «Ignoro si esta tela envolvió el cuerpo del hombre que los evangelios conocen como Jesucristo, pero afirmo con toda seguridad que la sábana fue expuesta al aire en Galilea hace dos mil años; más tarde fue mostrada en Turquía y Francia.» Estudios posteriores practicados en 1983 confirmaron los trabajos de Frei y precisaron que el lienzo contenía 76 muestras de polen, la mayoría de ellas identificadas con una variedad de la Palestina del siglo I. Y entonces, por si no bastara con los detalles de la extraña impresión de la imagen, de las huellas de los latigazos, la corona de espinas, el lanzazo, la crucifixión e incluso la presencia del polen, a alguien aún no identificado se le ocurrió realizar la prueba del carbono 14 con la Síndone para «comprobar su veracidad».

Quienquiera que sugiriera la idea y organizara la prueba científica definitiva buscaba los grandes y llamativos titulares que sabía que inundarían la prensa a partir de los resultados de los análisis que finalmente se practicaron en 1988 con ayuda del laboratorio británico de Oxford, el suizo de Zurich y el norteamericano de Tucson, y que fechaban la tela entre los años

1260 y 1390: «La Sábana Santa es una falsificación fabricada en la Edad Media», «El negocio de las reliquias», «¿Pintó Leonardo da Vinci la falsa Síndone?» y demás munición. Y lo sabía, al menos por dos motivos, el primero de los cuales es el hecho de que a pesar de tratarse de una de las técnicas arqueológicas más conocidas a nivel popular, el carbono 14 no es fiable al ciento por ciento y suele utilizarse para ratificar otros indicios o técnicas de rastreo y no como prueba única. De hecho, su fiabilidad es muy escasa cuando se trata de analizar objetos que no han estado protegidos bajo tierra o en cavernas, aislados del contacto con manos posteriores a las de su fabricación; y en el caso de la Sábana Santa estamos hablando de un paño exhibido durante siglos y, por tanto, «contaminado» en multitud de escenarios. El segundo motivo es aún más importante: la Síndone sobrevivió durante su largo periplo a dos incendios diferentes que no sólo afectaron a la tela, sino que obligaron a remendarla... ¿Y de dónde se tomaron las muestras que fueron analizadas por el carbono 14? El norteamericano Raymond N. Rogers, del Laboratorio de Los Álamos en Nuevo México, confirmó años después que las pruebas de 1988 se llevaron a cabo no sobre un fragmento del sudario original —y mucho menos sobre uno de los fragmentos ensangrentados, lo que sí hubiera sido definitivo— ¡sino sobre uno de los parches medievales cosidos tras uno de esos incendios! Si el parche era medieval, el C-14 tenía forzosamente que dar ese resultado.

El mismo Rogers dijo haber hallado otra prueba de la verdadera edad del tejido al medir la concentración de vainillina —que desaparece gradualmente con el paso de los años— en el lino de la sábana: según sus investigaciones, no detectó vainillina en la parte principal de la Sábana Santa pero sí en el parche analizado, lo que indica claramente que no son de la misma época. Su conclusión es que la Sábana Santa tenía entre mil trescientos y tres mil años de antigüedad. Por supuesto, su in-

forme no se publicó con grandes titulares como aquellos que denunciaron la presunta falsificación. Lo cierto es que ni siquiera apareció en la mayoría de los medios de comunicación.

¿Quién, en el seno de la propia Iglesia, se prestó a traicionar la memoria de quien debía ser su figura más venerada, al objeto de ayudar al descrédito y la destrucción de su mensaje?

Los trabajos continúan. No hace mucho, el director del Centro Internacional de Sindonología de Turín, Bruno Barberris, planteó la posibilidad de crear un equipo internacional de expertos que, con carácter permanente, aplicaran los sucesivos avances técnicos para arrojar luz sobre el lienzo. Una de las últimas investigaciones en este sentido la desarrollaba el catedrático español de medicina legal José Delfín Villalaín, quien tras un detallado examen concluyó que la imagen se fijó entre cuatro y seis horas después de la muerte del cuerpo envuelto. Según este catedrático, la precisión de las huellas, su localización y el tipo de marcas «llevan a pensar que estamos ante la imagen de un hombre real» por la existencia de rastros de sangre venosa y arterial en los lugares que corresponden en el cuerpo humano, incluyendo huellas de sangre *post mortem* en el costado y en la cabeza. Además, detectó marcas de vísceras que hasta el momento habían pasado inadvertidas, y que se corresponden por su ubicación y tamaño con las del corazón, los pulmones, el hígado, el riñón y el colon, «similares a las que deja una resonancia nuclear magnética». Una pieza que completa la Síndone es el llamado Sudario de Oviedo, que se guarda en la catedral de la capital de Asturias, y que según el Centro Español de Sindonología —que reclama hace años al Vaticano un estudio científico exhaustivo— está también relacionado con Jesucristo, al haberse detectado más de un centenar de puntos de coincidencia entre sus manchas y las de la Sábana Santa.

Herejías completas de ayer y de hoy

Los Apócrifos nos facilitaron los nombres de los tres Reyes Magos que no aparecían en los Canónicos. En realidad, no se sabe cuántos magos acudieron a postrarse ante Jesús Niño y, según interpretaciones modernas, el número comúnmente aceptado debe entenderse como simbólico en referencia a los continentes conocidos entonces: Gaspar por Europa, Melchor por Asia y Baltasar por África. Sin embargo, sabemos que en la época sí existió un monarca histórico llamado Gaspar, cuyo reino se extendía entre el Irán suroriental y el Bajo Indo. Puede que tenga relación o puede que no, pero resulta curioso que haya sido localizado precisamente en una región próxima al lugar donde, según investigaciones como la antes mencionada del libro *Jesús vivió y murió en Cachemira*, pudo pasar el Mesías cristiano parte de su infancia y del resto de su vida tras la crucifixión... ¿Tras la crucifixión? ¿No es esto una herejía: sugerir que sobrevivió a semejante tormento? La definición oficial de *hereje* resulta especialmente significativa: «Cristiano que en materia de fe se opone con pertinacia [obstinación o terquedad] a lo que cree y propone la Iglesia católica.» De donde deducimos lo que muchas personas no terminan de comprender: que se puede ser cristiano sin formar en las filas de la Iglesia católica ni en ninguna otra Iglesia de la amplia oferta del supermercado religioso. A estas alturas del libro, hemos volcado ya tantas «herejías» contra los pilares de las creencias políticas, científicas, religiosas y sociales que un puñado más no nos importará demasiado.

Y sí, desde hace dos mil años, desde la misma crucifixión, diversas escuelas gnósticas y herméticas defienden la idea básica contenida en ese libro: que Jesús no murió en la cruz, porque no era necesario que lo hiciera. Por razones que ahora no

vienen al caso, debía predicar su mensaje y luego dejarse prender y torturar hasta llegar al suplicio más terrible, pero una vez cumplida esta misión podría desaparecer de la historia y marchar, quizá, al este, en busca de una vida nueva. En los mismos textos neotestamentarios se describen diversos hechos que deberían hacernos reflexionar. Para empezar, y con independencia del brutal castigo de la flagelación, Jesús apenas permaneció unas horas colgado de la cruz. El mismo Pilatos se sorprende («¿Ha muerto ya?», pregunta extrañado cuando se lo comunican) por la rapidez de su fallecimiento, cuando los reos sometidos a este salvaje método de ejecución podían sufrir espantosos padecimientos durante varios días antes de expirar. Se trataba de eso: de que sufrieran las inclemencias no sólo de las heridas causadas por la crucifixión, sino del hambre, la sed, el clima, los espasmos musculares y los ataques de los pájaros carroñeros que picoteaban a los reos aún vivos. No olvidemos que esta condena se aplicaba a los peores criminales del Imperio romano. Sólo se aceleraba la muerte de los condenados en ocasiones, por ejemplo cuando se necesitaba sitio en el Gólgota porque fuera necesario crucificar a un número elevado de personas: entonces se destrozaba sus rodillas a martillazos para que el peso del mismo cuerpo del crucificado impidiera su respiración.

Las piernas de Jesús no fueron golpeadas. Además, su cuerpo fue transportado de inmediato a un sepulcro privado —no a una fosa común— ubicado en un jardín de una finca próxima al Gólgota y que pertenecía a José de Arimatea, un rico comerciante judío considerado uno de sus discípulos secretos. Este tipo de tumba no era un simple nicho como los de los cementerios actuales, sino una gruta bastante amplia cuyo acceso se cerraba con una gran losa deslizante. En este caso, la tumba tampoco fue rellena con tierra una vez colocado el cuerpo, como era costumbre. Según las tradiciones heréticas, Jesús recibió allí las primeras atenciones médicas para reanimarle y lim-

piarle las heridas y, aprovechando que al día siguiente era *sabbat* o día de descanso obligado que impedía a los judíos desplazarse más que un mínimo de pasos en torno a su hogar, fue trasladado a otro lugar con discreción para ser mejor atendido. Cuando el domingo por la mañana se presentan varias mujeres para ungir el cadáver con aceites y especias aromáticas, encuentran la losa desplazada, entran en la tumba y hallan a un ángel en su interior (era una tumba realmente grande para permitir la presencia de cuatro personas) que les dice que Jesús ya no está allí sino que se ha marchado a Galilea. Según la Iglesia, es el primer signo de la resurrección, pero ¿para qué necesitaría un espíritu resucitado mover la entrada al sepulcro? ¿Y para qué tendría que ir a Galilea o a ningún otro sitio físico? Además, en el traslado del cuerpo desde el Gólgota al sepulcro participó Nicodemo, quien «llevaba una mezcla de mirra y aloe de unas cien libras», y si esto es así, ¿para qué iban a llevar el domingo las mujeres más perfume? En algunos tratados orientales, entre ellos el conocido *Canon de Avicena*, aparece la fórmula de un remedio en forma de pomada que se supone cura las heridas de cualquier parte del cuerpo y recibe el particular nombre de *Marham i Isa* («ungüento de Jesús»). Más tarde, Jesús se aparece en sucesivas ocasiones a sus discípulos para animarlos a seguir su mismo camino y siempre se comporta como si estuviera muy vivo, no como si fuera una aparición de otro mundo. Primero, le ve Magdalena, que se arroja a sus pies y se los abraza físicamente, presa de la emoción. Después se muestra a Santiago y al resto de sus discípulos, a los que les pide algo de comer porque tiene hambre y «ellos le dieron un trozo de pescado asado, lo tomó y se lo comió delante de ellos». Tomás, que duda de que sea su Maestro, le palpa para comprobar su existencia y el propio Jesús le recrimina su actitud: «Acerca el dedo aquí y mira mis manos y acerca la mano y ponla en mi costado y no seas incrédulo sino creyente.» No vuelve a mostrarse en

público, sino que se desplaza disfrazado para no volver a ser detenido, como se relata en diversos textos cuando «después de esto se apareció en una figura distinta a dos de ellos que caminaban e iban hacia el campo» o cuando «Jesús se presentó en la orilla, pero los discípulos no sabían que fuera Jesús». Finalmente, un día se marcha o «asciende a los Cielos».

El hecho de que Jesús pudiera no haber muerto en la cruz no desmerece en absoluto el valor de su mensaje, mucho más profundo y mucho más importante —y mucho más incomprendido— que el de convertirse en un desenterrador de cementerios al final de los tiempos. La Iglesia ha convertido la resurrección y todo el tormento previo a la presunta muerte en sus obsesiones favoritas, pero de las propias palabras de Jesucristo se desprende que el cuerpo y el mundo físico en el que éste actúa no son en absoluto el objetivo principal de su enseñanza. Sociedades secretas de todo tipo lo sabían y, por ello, nunca aceptaron el símbolo de la cruz como el de Jesucristo (el de la cruz como instrumento de tortura, puesto que la cruz en sí es un símbolo solar reconocido y antiquísimo que encontramos en todas las culturas antiguas). Un ejemplo de ello son los templarios, que fueron acusados, entre otras cosas, de practicar un ritual secreto en el que pisoteaban una cruz, lo que se relacionó con prácticas satánicas, aunque desde este otro punto de vista podía entenderse como una afirmación del mensaje real de Jesucristo, al tiempo que se repudiaba la versión oficial sobre su vida y muerte. Otro ejemplo es el del hoy archimentado Leonardo da Vinci, quien se relacionó con diversos personajes asociados a este tipo de sociedades —y muy posiblemente él mismo no sólo perteneciera a una de ellas sino que ostentara un alto cargo—. Entre su amplia producción pictórica, siendo muchas de sus obras de carácter religioso, jamás ha aparecido una sola crucifixión.

Y si no murió en la cruz, ¿qué ocurrió con Jesús? Los viajes

de Faber Kaiser le llevaron al convencimiento de que el hombre llamado Isa en numerosos documentos orientales que registran su paso por diversos países —como los encontrados en la lamasería tibetana de Lhasa y en la cachemir de Hemis— partió en compañía de su madre María hacia Damasco, la capital siria. Desde allí, a la localidad hoy turca de Nusaybin, para seguir hacia la iraní de Kashan, atravesar Afganistán y Pakistán por Taxila, Murree (donde habría muerto María y en cuyas colinas aún hoy se conservaría su tumba), Yusmarg y Aishmuqam, y llegar hasta Cachemira, donde finalmente se instalaría y comenzaría una nueva vida en la que no dejó de predicar como en Palestina. En su opinión, falleció allí años más tarde de muerte natural. Todavía hoy existe en el distrito de Khanyar de Srinagar, la capital cachemir, una tumba muy venerada conocida como Rozabal y que este autor identifica con el sepulcro definitivo de Isa/Jesús. Lo cierto es que en su interior se veneran los restos de «un antiguo hombre sabio» que son visitados por creyentes de diversas religiones. Un detalle curioso es la reproducción en ese sepulcro de las plantas de sus pies, que muestran unas características cicatrices. Resulta sorprendente que el itinerario descrito por este autor hace treinta años sea hoy día el escenario del mayor frente de inestabilidad mundial: Israel, Siria, Turquía, Iraq, Irán, Afganistán, Pakistán e India.

Aun siendo la más espectacular, la posibilidad de que Jesús no muriera en la cruz es sólo una de otras muchas herejías de interés: desde la más popular encarnada por la enigmática figura de María de Magdala (cuyo papel como posible discípula y esposa de Jesús, y también madre de sus hijos, ha sido explotado hasta la extenuación por todo tipo de obras literarias) hasta el posible hermano gemelo de Jesús (que aparece en varios cuadros de diversos maestros antiguos, y que habría sido identificado con su discípulo Tomás Dídimo —ambos nombres signi-

fican *gemelo*—), pasando por el origen real de algunos de sus discípulos (como Pedro y Judas, que en realidad podrían haber sido zelotes: el equivalente a terroristas judíos contra la ocupación romana) o el lugar donde en verdad se formó como Mesías (muy posiblemente una Escuela de Misterios ubicada en Egipto). La última herejía conocida es en realidad una de las primeras, pero volvió a ponerse de moda en la primavera de 2006 cuando el *National Geographic* hizo pública la primera traducción al inglés del manuscrito copto que contenía un papiro del siglo IV (a su vez traducido de un texto griego que se remonta al año 187 d. J.C.) encontrado en una cueva de la localidad egipcia de Al Minya. Este manuscrito es un apócrifo conocido como el Evangelio de Judas y contiene una versión sobre la actuación de Judas Iscariote muy distinta a la que se ha popularizado: el hombre que entregó a Jesús a cambio de un puñado de monedas y luego se ahorcó abrumado por la magnitud de su traición es aquí el discípulo preferido que no hizo más que cumplir las órdenes de su querido Maestro para que todo saliera tal cual estaba previsto. El manuscrito pone en boca de Jesús las siguientes palabras: «Tú superarás a todos ellos. Tú sacrificarás al hombre que me recubre [...]. Tú serás el decimotercero y serás maldito por generaciones, pero al final vendrás a reinar sobre ellos.»

La clave Jesucristo

En la Historia Secreta del Mundo hay un antes y un después de Jesús, quien aparece como el miembro más conocido de una sociedad secreta luminosa (como lo fueron otros grandes sabios y filósofos, como Krishna o Buda, cada uno en su momento y en su área de influencia). Su elevado nivel de conciencia y su cuidada preparación durante muchos años le permitieron cre-

cer internamente para desempeñar una muy peligrosa misión en beneficio de toda la humanidad, que incluía la manifestación a través de su cuerpo de una poderosa fuerza positiva que en su tiempo se conocía como fuerza crística o el Cristo. Esta misión trataba de equilibrar aquel gravísimo error cometido en cierto momento de la historia del antiguo Egipto que citamos en un capítulo previo.

Para las sociedades secretas oscuras, Jesucristo representa entonces el enemigo por antonomasia, ya que es la mejor demostración y el ejemplo a seguir de que un hombre puro y consciente puede luchar con éxito por él mismo y por todos los seres humanos en el camino del Bien. Por ello trabajan desde el mismo instante en que se manifestó por vez primera contaminando el verdadero cristianismo, minimizando su impacto, denigrando y envolviendo en perpetuos escándalos a los que se dicen sus representantes... Su mensaje ha sido secuestrado y tergiversado, ocultando parte de sus enseñanzas y achacándole otras que nunca defendió. Su imagen fue distorsionada gravemente. Primero se le convirtió en un icono del sadomasoquismo: una imagen ensangrentada y espantosa que mueve a la perplejidad y el rechazo de una divinidad que es capaz de destruir a «su hijo» de esa manera. Y en nuestros días se le ha dotado de una caracterización blanda e infantiloides con la consistencia de un dibujo animado japonés, como si en el fondo sus enseñanzas sólo fueran válidas para inculcar algo de moralidad a los niños y poco más: un nuevo Papá Noel.

Ejemplos evidentes de cómo se destruye poco a poco su imagen los encontramos en Estados Unidos, donde en los últimos años se ha difuminado la importancia de las dos principales festividades cristianas, aprovechando la excusa de una cierta forma de entender la tolerancia religiosa: la Semana Santa (reconvertida en unas anodinas Vacaciones de Primavera) y las Navidades (donde cada vez más comercios y más particulares

festejan la fecha con la expresión *Happy Xmas* en lugar de *Happy Christmas*; sus usuarios aducen que fonéticamente suena igual y a cambio resulta más original y simpático... La realidad es que desaparece el mismo nombre de la fuerza crística, sustituida por una *X* que no se sabe muy bien qué representa).

El proceso de demolición de la figura de Jesús el Cristo avanza con facilidad gracias a la pasividad de unos ciudadanos más interesados en el ocio que en la espiritualidad. Vistos los buenos resultados, las sociedades secretas oscuras han decidido que ha llegado el turno de hacer lo mismo con el islam, la segunda religión monoteísta más numerosa del mundo. En los últimos años hemos tenido ocasión de comprobar los sucesivos ataques gratuitos contra esta fe, al tiempo que se presentaba su cara más oscura para infundir miedo y repugnancia en aquellos que no la conocen. Al mismo tiempo, esos ataques se magnifican entre los fieles musulmanes, a fin de incrementar su propio grado de intolerancia hacia los que no comparten sus creencias y favorecer así un futuro enfrentamiento a gran escala entre cristianos y musulmanes. Lo que no deja de ser paradójico cuando sabemos que, después de Mahoma, Jesucristo es el profeta más importante reconocido por el islam.

El arma más poderosa del mundo

Me temo que al hombre de la calle no le gustará saber que los bancos pueden crear, y que de hecho crean, dinero a su gusto.

Y los que controlan el crédito de una nación dirigen la política de su gobierno y tienen en sus manos el destino del pueblo.

REGINALD MCKENNA,
político británico

A la hora de plantear esta obra ha sido necesario —y doloroso— descartar el análisis de sucesivas épocas históricas por la imposibilidad material de incluir absolutamente toda la historia del mundo en un solo volumen de las presentes características. En el proceso de composición final han quedado fuera materias tan interesantes como el desarrollo del catarismo y la alquimia, el verdadero origen de Colón y el conocimiento de América antes de su «descubrimiento» en 1492, la influencia de las sociedades secretas en los imperios español y británico o su decisivo impulso a la era de las revoluciones entre finales del XVIII y comienzos del XX. Pido disculpas a aquellos especialmente interesados en estos puntos, pero considero que sobre ellos existen ya bastantes obras publicadas que pueden ampliar sus horizontes y, por lo demás, la selección de este libro me parece que recoge lo esencial: la confirmación del combate entre

las sociedades secretas luminosas y las oscuras y la de la división del tiempo en cuatro períodos concretos (todo cuanto ocurrió en tiempos prehistóricos, la etapa de predominio luminoso hasta cierto momento del antiguo Egipto, la de predominio oscuro hasta la llegada de Jesucristo y la de la lucha más equilibrada desde entonces entre ambos bandos que llega hasta nuestros días con aparente dominio oscuro). Es hora, pues, de examinar más atentamente nuestra propia época y describir el arma principal de las sociedades secretas oscuras para lograr sus objetivos.

El escritor e intelectual portugués José Saramago, Premio Nobel de Literatura en 1998, fue severamente criticado en Europa cuando en 2005 afirmó que la democracia actual no es sino «una fachada» detrás de la cual «sólo hay unas cuantas vigas carcomidas por la polilla, llenas de polvo y excrementos». Tan dura sentencia fue pronunciada durante una conferencia en la Universidad de El Salvador, donde añadió que la oligarquía financieropolítica que dirige el mundo «pretende mantener esa decorativa fachada del edificio democrático e impide con sus discursos machacones y otros métodos que verifiquemos que existe algo todavía detrás de ella». A la democracia, insistió, hay que «arrancarla del inmovilismo, la rutina y la falta de credibilidad en sus propias virtudes: los factores “rutina” y “falta de fe en sí misma” son los que convienen a los poderes económicos y políticos». Criticó que el ciudadano sólo sirva para «quitar o poner gobiernos, a veces sin muchas diferencias» entre sí, en sucesivos procesos electorales. Y concluyó con un esperanzador deseo: «Quizá todavía no sea demasiado tarde para pensar. Ojalá.»

El dinero es uno de los grandes inventos de la humanidad. Sin él no existiría el comercio y lo más probable es que nuestro nivel de vida material fuera similar al de las tribus primitivas. A la vez, se ha convertido también en uno de los grandes proble-

mas para el ser humano, ya que es utilizado como un látigo terrible capaz de someter naciones y guiar al mundo entero en la dirección que desean las sociedades secretas oscuras. Según nos acercamos a nuestra época contemporánea se hace más necesario comprender cómo es posible que un instrumento tan útil para el progreso se haya transformado en una arma invencible. La relación de los primeros Illuminati con el fundador de la dinastía Rotschild y sus sucesores a partir del siglo XVIII constituye la consolidación definitiva de un proceso de colaboración para avanzar juntos hacia el mismo objetivo que ya se había ensayado en ocasiones anteriores con mayor o menor discreción en diversos grupos de poder. Si es de los que piensan que un primer ministro o un general tienen más fuerza que un banquero, lo primero que debe hacer es preguntarse de dónde sacan aquéllos el dinero para pagar las medidas de su gobierno o el armamento de su ejército. Si suele contestar que «simplemente, se manda a imprimir billetes», le recomiendo que medite el contenido de este capítulo.

Analice, por ejemplo, el extraño caso de la actual y angustiosa pobreza de Argentina: por qué uno de los países más ricos del mundo (con agricultura, ganadería, materias primas, agua potable y otros recursos en abundancia, además de una población joven y preparada) lleva tanto tiempo postrado por una crisis financiera de origen confuso que le ha llevado a sufrir casos de hambre y desnutrición entre su propia población, en una nación que ha sido bautizada como uno de los «graneros» del planeta. Se dice que los argentinos vivieron mucho tiempo por encima de sus posibilidades y que su clase política robó mucho dinero del erario público para traspasarlo a sus cuentas privadas en Suiza, pero ¿basta ese análisis simplista para resumir la bancarrota de toda una sociedad? Los nacionales de otros países —y sus políticos— llevan más tiempo que ellos haciendo lo mismo y no están en la misma situación.

El escritor australiano Len Clampett, en su *Hands over our loot* («Las manos sobre nuestro botín»), recuerda que hay cuatro cosas que deben estar disponibles para que un trabajo pagado se realice: el propio trabajo, los materiales necesarios para hacerlo, la mano de obra y el dinero a pagar por él. Si cualquiera de estas cuatro cosas no existe, el trabajo pagado no se puede llevar a cabo. Después advierte: «Pregúntese por qué ocurrieron las depresiones [como la que siguió al famoso crac bursátil de 1929]. Todo lo que faltaba en la comunidad era el dinero para comprar bienes y servicios, porque la mano de obra estaba disponible, el trabajo a ser realizado aún estaba allí y los materiales no habían desaparecido. Los bienes estaban también disponibles en las tiendas o podían ser producidos..., pero existía la necesidad del dinero.» Y los flujos monetarios no los maneja, tal y como suele creer la mayoría de la gente, el gobierno de su país, sino sus instituciones bancarias y financieras, que no están en sus manos. Clampett de nuevo: «En Estados Unidos, la emisión del dinero la controla la Reserva Federal, que no es un departamento del gobierno sino una junta de banqueros privados [...]. En 1913, el presidente Woodrow Wilson firmó el documento de creación de la Reserva Federal y condenó al pueblo norteamericano a la esclavitud de las deudas, hasta que los ciudadanos despierten de su letargo y derroquen esta tiranía pervertida.» El razonamiento es claro: ¿para qué tomarse la molestia de controlar un país si resulta más rápido, discreto y eficaz controlar al gobierno de ese país? De esta forma, se le puede obligar a actuar en una u otra dirección sin tener que pagar las consecuencias por ello si las cosas se tuercen. Y si surge algún político rebelde ante la mano que le da de comer, se le sustituye por otro del mismo partido o de una formación política diferente. Da igual, porque todas deben dinero a las mismas entidades: mucho más dinero del que nunca podrán pagar. Por eso saldan sus deudas cuando llegan al gobierno a base de subidas de impuestos y de favores comerciales e

industriales que benefician a sus acreedores. En el caso extremo de que una nación encontrara un grupo de hombres decididos a sacudirse la esclavitud del dinero, siempre se la puede obligar a volver al redil, forzando a los gobiernos de las naciones vecinas a organizar una guerra contra ella, utilizando una excusa política, social, religiosa o de cualquier otra índole.

Ahora bien, tengamos presente que el objetivo final de los auténticos dueños del dinero y, con él, del poder, no es destruir el mundo, sino el concepto de mundo que existe en la actualidad y que se basa, entre otras cosas, en la riqueza que aporta la diferencia. En su lugar, pretenden erigir una sociedad nueva, más acorde con sus ansias de control general, en la que se reproduzca a escala mundial la más vulgar de las jerarquías de poder: una gran masa de ciudadanos trabajando obediente al servicio de una pequeña cúpula de privilegiados. La tan cacareada globalización no es más que la estrategia general para conducir hacia ese propósito: una nueva y oscura Edad Media de proporciones planetarias, y esta vez sin posibilidad de otro Renacimiento porque los nuevos siervos no reconocerán su propia esclavitud y, por tanto, no se rebelarán contra ella. Por la propia naturaleza de la transformación en curso debe ser un proceso lento. Si los ciudadanos supieran, por ejemplo, que la globalización piensa privarles del derecho a tener tantos derechos o bienes materiales como los que hoy disfrutan alegremente harían fuerza para parar el proceso de inmediato. En lugar de ello, se dejan fascinar por el inmenso escaparate de entretenimientos que se despliega ante ellos y continúan su avance ciego hacia la trampa. Ejemplo: la vivienda. La casa de un hombre es su castillo, dice el refrán, y en siglos precedentes todas las familias libres e integradas en una comunidad construían sus viviendas o pagaban por ellas y allí se establecían, a veces durante generaciones. Hoy es cada día más difícil comprar una casa en propiedad (sólo adquirir el te-

rreno donde construir una les costó a los habitantes de la República Federal de Alemania tres veces más caro en el decenio de 1980 que en el de 1950: la llamada «reunificación» con la República Democrática disparó más los precios) aunque los bancos ofrezcan hipotecas cada vez por más años. En Suiza existen algunas heredables de padres a hijos, a pagar en más de un siglo, aunque a este ritmo es muy posible que de aquí a cien años el ciudadano corriente se vea imposibilitado por completo para pagar y mantener su propia vivienda. Incluso cuando una familia termina de pagar el dinero de un préstamo hipotecario, y durante todo aquel tiempo también, la casa nunca termina de ser suya, sino una especie de alquiler del Estado, porque la Administración cobra todos los años su propio impuesto por el hecho de disponer de un techo bajo el que cobijarse... Pero el encarecimiento de la vivienda, como lo demás, se sucede a un ritmo lo bastante lento como para que la mayoría de las personas no se percate de lo que está ocurriendo y para que, de hecho, llegue a considerarlo hasta normal.

Adelantémonos en el tiempo e imaginemos un planeta ya completamente globalizado en el que todos formemos parte de esa única sociedad, con el mismo tipo de vida, el mismo ocio, la misma comida, las mismas lecturas, las mismas creencias, los mismos apartamentos comunitarios, los mismos deseos (no está tan lejos: compare un adolescente italiano con otro norteamericano o japonés: todos comen las mismas hamburguesas, se visten con los mismos vaqueros, juegan a los mismos videojuegos, ven las mismas películas en el cine, chatean con los mismos programas de Internet, entonan los mismos eslóganes de rebeldía, etcétera). Imaginemos ese planeta sin fronteras ni opciones alternativas de vida, sin posibilidad de elegir nada más allá de las opciones —muchas, seguramente, pero todas ellas prefabricadas desde el poder—, sin acceso a según qué conocimientos o qué anhelos espirituales. Un lugar en el que todos

seamos un inmenso rebaño de seres de doble cara: trabajadores la mitad del día y consumidores la otra mitad. Y nada más.

Bienvenido al termitero.

Las aventuras de Rufus

Un cuchillo es bueno y malo al mismo tiempo. Es bueno cuando nos permite cortar el pan o la carne para comer; es malo cuando un delincuente lo usa para cometer un crimen. El agua es buena y mala. Es buena cuando calma la sed; es mala cuando provoca inundaciones. El dinero es bueno y es malo. Como medio de pago, no es ya bueno sino imprescindible para el intercambio de productos y no es ya malo sino devastador cuando se desvirtúa su naturaleza inicial para transformarlo en un fin en sí mismo a través del interés. Comprender qué es y cómo funciona el interés nos dotará de una de las grandes claves para explicar por qué ocurren las cosas que ocurren y por qué la situación mundial jamás cambiará por más que apadrinemos niños del Tercer Mundo, condonemos periódicas cantidades de deuda acumulada en los países pobres o rindamos las fronteras a los desesperados del planeta. No, nunca cambiará a no ser que seamos nosotros quienes sustituyamos el sistema ahora vigente, pero eso sí que supondría una revolución como no se ha visto en varios miles de años, pese a que muchos han sido los grandes líderes religiosos y políticos, desde Jesucristo hasta Gandhi, pasando por Mahoma o Lutero, que prohibieron en su día y en su ámbito de actuación el pago de intereses, para intentar de este modo reducir la injusticia social.

La mejor manera de entender el concepto es utilizar una fábula: con el interés sucede como con esos acertijos de planteamiento en apariencia tan complicado cuya solución resulta ser tan sencilla que, al conocerla, nos preguntamos cómo no nos

dimos cuenta antes. Existen varias versiones de la fábula explicatoria. Una de ellas, bastante completa, se puede encontrar en Internet, en la dirección *www.relife.com*, bajo el explícito título de *I want the Earth plus 5 %* («Quiero la Tierra más el 5 por ciento»). Cuenta la historia de Fabián, un ambicioso artesano dominado por uno de los sueños más corrientes del ser humano: adquirir mucho poder y prestigio en la sociedad en la que vive, trabajando lo menos posible. Para el caso resumiremos su historia y, además, le cambiaremos de nombre. Nuestro protagonista se llamará Rufus y esto es lo que le ocurre:

Rufus vive en un mundo poblado por tribus, cada una de las cuales cuenta con un gobierno simple elegido por democracia directa: a mano alzada por el resto de sus vecinos. Es un lugar primitivo, ya que todavía se utiliza el trueque sencillo como relación comercial. Cada persona está especializada en un oficio o vive del pastoreo o la agricultura, y lo que le sobra lo intercambia el día de mercado con los sobrantes de otros. Lo malo del sistema es que no está muy claro el valor de las cosas —¿una vaca vale dos sacos de trigo o tres?— y, además, no es rara la ocasión en la que la persona no encuentra a nadie a quien le interese su sobrante o tal vez es ella misma la que no encuentra ningún sobrante ajeno que le convenga. En tal caso, debe volver a casa con un producto que tal vez se estropee o deteriore hasta el siguiente día de mercado. Rufus es orfebre y trabaja metales preciosos. Un día aprovecha una de esas jornadas especiales en las que se reúne toda su comunidad para proponer a sus vecinos la solución que se le ha ocurrido para resolver los problemas comerciales. Su sistema es el dinero. Él podría transformar el oro en pequeñas piezas iguales: un número limitado de monedas con un valor concreto, cuyo uso facilitaría el intercambio de productos y mejoraría la vida de todos. Surgen dudas, como cuando uno de los vecinos preguntó qué ocurriría si alguien descubriera una mina de oro y confec-

cionara monedas por su cuenta, ya que aumentaría su propia riqueza de manera ilegal. Rufus responde que para evitar situaciones de ese tipo, el gobierno diseñará un sello que estampará en cada una de las monedas y que guardará bajo siete llaves en su caja fuerte bajo su propia responsabilidad y con la ayuda de algunos guerreros del gobierno. Uno por uno contesta todos los interrogantes y al final convence a todos para poner en marcha su plan.

Entonces se presenta otro obstáculo: ¿cuántas monedas debe tener cada miembro de la comunidad? El albañil exige ser quien más reciba porque para eso construye las casas donde viven, pero el agricultor dice que él tiene más derechos porque cultiva las plantas y el grano que les dan de comer. El pastor interviene para pedir aún más que los otros porque sus animales no sólo producen comida sino también piel y lana para confeccionar vestidos y telas. El guerrero brama que quiere más que todos ellos juntos porque si él no los defiende, serán atacados y morirán a manos de los guerreros de la tribu vecina. Con tono moderado, Rufus interrumpe la discusión y propone que cada cual pida el número de monedas que desee, que él las fabricará todas, ya que ha calculado que existe suficiente oro para ello. El único límite a la hora de pedir prestado será la necesidad de devolver anualmente la cantidad de monedas solicitada. A cambio del servicio que ofrece a la comunidad fabricando el dinero y prestándolo, Rufus sólo pide un salario del 5 por ciento: por cada 100 monedas que entregue a alguien, ese alguien tendrá que devolverle al año siguiente 105. Esas cinco monedas por cada cien serán su modesto pago, su «interés». A todo el mundo le parece un salario justo y, en consecuencia, recibe luz verde. Sin embargo, esas mismas cinco monedas arruinaron el mundo, porque no podrían ser devueltas jamás. Y en seguida veamos por qué.

El siguiente paso de Rufus fue pedir al gobierno que dise-

ñara su sello y que interviniera y acaparara todo el oro de la comunidad —junto con el resto de metales preciosos que pudieran usarse para piezas de menor valor— a fin de controlar la cantidad inicial que sería fragmentada en monedas. Luego trabajó día y noche hasta que acuñó todas las solicitadas por los vecinos. Cuando terminó, el gobierno comprobó que había cumplido lo prometido y comenzó el préstamo de monedas. Al principio todo funcionó de maravilla. La gente compraba y vendía como si fuera un juego, disfrutando de la sencillez de un sistema que por vez primera permitió regular el precio de las cosas, entendiendo como tal la cantidad de trabajo que se necesitaba para producir un artículo concreto: a más trabajo, mayor precio y más monedas había que entregar a cambio. Por ejemplo, el único pastelero de la tribu vendía sus deliciosos pasteles a un precio elevado porque nadie más tenía sus conocimientos sobre dulces ni el horno necesario para prepararlos ni su paciencia infinita para decorarlos con tanta gracia. Pero un día otro hombre empezó a hacer pasteles también y los ofreció por menos monedas para conseguir su propia clientela. El primer pastelero se vio obligado a rebajar su precio para no perder negocio. Y se produjo un fenómeno desconocido hasta entonces: la libre competencia. A partir de ese momento, ambos pasteleros, y los que llegaron más tarde, tuvieron que esforzarse para dar la mejor calidad al precio más bajo. Lo mismo ocurrió con el resto de profesiones: todos trabajaron como nunca en beneficio de los demás. Sin impuestos, sin licencias ni aranceles de ningún tipo, la calidad de vida de la comunidad mejoró de forma espectacular y hasta se generó un movimiento ciudadano que planteaba construir una estatua en honor de Rufus por su maravilloso invento.

Pasó un año y el orfebre visitó a todos los vecinos de la comunidad para cobrarles su parte del negocio, sus 5 monedas por cada 100. Unos habían prosperado de forma extraordina-

ria y tenían monedas de sobra respecto a las recibidas originalmente: pagaron con gusto y después volvieron a pedir prestada una nueva cantidad para utilizar durante el ejercicio siguiente, convencidas de que conseguirían nuevas ganancias. Pero el hecho de que algunas personas tuvieran más monedas significaba lógicamente que otras tenían menos, ya que la cantidad de piezas en circulación era limitada. Así que Rufus se encontró con gente que, por falta de esfuerzo, de ingenio o de fortuna, había perdido dinero en aquellos doce meses. Gente que, por primera vez, descubría lo que significaba esa palabra horrible asociada al interés: *deuda*. La comunidad estaba compuesta por gente sencilla y honesta que no rehuía su responsabilidad, por lo que aquellos que no tenían el dinero para pagar se deshicieron en excusas y se comprometieron a abonárselo a Rufus en un año más. De paso también siguieron pidiendo prestado para vivir. Él lo aceptó, previa firma de una hipoteca sobre algunos de sus bienes: una casa, un terreno, algo de ganado... «Si no me pagas el año que viene, tendré que quedarme con ello para compensar», decía, ante la avergonzada y ansiosa mirada del deudor.

Transcurrió otro año, en el que la inocencia original se había perdido porque todos eran ya conscientes de que necesitaban ganar lo suficiente como para devolver el 5 por 100 del dinero adelantado y vivir con sus cuentas saneadas, sin comprender que el dinero que se les exigiría al final del ejercicio en realidad no existía físicamente ni existiría nunca: alguien tendría que perderlo para generarlo. Pues aunque en un momento dado todo el mundo reembolsara todas las monedas en curso a Rufus, aún seguirían faltando las cinco monedas extras por cada cien, el interés, que jamás fueron prestadas porque jamás fueron fabricadas. Una vez puesto en marcha el sistema, siempre habría alguien endeudado. Al final del segundo ejercicio, Rufus pudo ejecutar algunas de las hipotecas de los que no ha-

bían logrado equilibrar el debe y el haber. Y todos los vecinos entendían que lo hiciera: era justo que cobrara por su trabajo, después de todo. A medida que fueron pasando los años, vio cómo aumentaba su patrimonio gradualmente y se frotó las manos satisfecho: pronto podría dedicarse a vivir de las rentas.

La fábula no termina aquí. Ése es sólo el origen del interés. Más adelante, la historia se amplía y se complica poco a poco hasta alumbrar cierto mundo que, aun siendo pura ficción, posiblemente nos termine resultando muy familiar.

El caso es que las personas que ganaron más dinero con el sistema de Rufus pensaron que su caja fuerte (en la que tenía el oro no utilizado para fabricar monedas y que estaba protegida por los guerreros facilitados por el gobierno) podía ser el lugar más seguro para guardar sus ganancias y evitar que se las robaran. Pidieron al orfebre que los dejara meter allí ese dinero a cambio de una pequeña cuota, variable según el tiempo y la cantidad a proteger. Rufus les extendía un recibo que certificaba la operación, pidiendo que no lo perdieran porque, si no, no les devolvería el dinero, pues tampoco podía recordar los datos de todo el mundo. Había nacido el banco. Con el tiempo, todos los miembros de la tribu llegaron a conocer los recibos. Confiaban tanto en ellos que a alguien se le ocurrió comprar algo y pagar con uno, ya que era el equivalente a su oro guardado en la caja fuerte. No pasó mucho tiempo sin que todo el mundo empezara a hacer lo mismo: usar los recibos como si fueran monedas, ya que resultaban más cómodos de llevar y guardar. Así apareció el papel moneda. Rufus decidió ir un paso más allá: no volvería a fabricar más monedas físicas, sino que usaría las que tenía guardadas la próxima vez que alguien le pidiera efectivo, aunque fueran de algún depositario. Al fin y al cabo, nadie diferenciaba una moneda de otra. Y empezó a prestar dinero «inexistente», ya que las piezas entregadas en realidad no eran nuevas. Sin embargo, siguió cobrando igual, con lo que

sus beneficios —el famoso 5 por ciento— crecieron aún más sin arriesgar nada a cambio, excepto la posibilidad de que alguien le descubriera, lo que era prácticamente imposible porque a estas alturas todo el mundo confiaba en él. Era un respetado miembro de la comunidad, eje fundamental del sistema económico, y el único que comprendía sus complejas cuentas.

Un día, uno de los vecinos solicitó un préstamo enorme. Le había ido muy bien en su negocio y quería comprarse un barco grande para comerciar con sus productos en otros lugares, pero el proyecto era costoso y debía pagar a varios proveedores. Sabiendo Rufus el uso que se hacía de sus recibos como papel moneda, le sugirió al solicitante que abriera un depósito formal a su nombre y que, en lugar de las monedas, recibiera varios recibos por el valor correspondiente en oro. El activo empresario aceptó y se fue a pagar a cada proveedor con su recibo. El orfebre estaba eufórico: ya no necesitaba ni siquiera facilitar las monedas de oro para luego guardar el sobrante, le bastaba con firmar un papel que atestiguara la existencia del préstamo. De hecho, poco después los vecinos empezaron a guardar también sus recibos en su caja fuerte... El siguiente paso lo dio el mismo empresario del barco. Tenía que abonar una cantidad a un último proveedor, pero estaba demasiado ocupado cargando la nave para partir aprovechando la marea, así que envió una corta nota a Rufus pidiéndole que transfiriera parte del dinero que tenía en su cuenta a la cuenta del proveedor, a fin de saldar la deuda. El orfebre encontró el procedimiento un poco irregular, pero en seguida vio sus posibilidades. Borrar una cifra de una cuenta y anotarla en otra le llevaba apenas unos minutos y podía cobrar otro pequeño extra por el servicio. En cuanto llegó a oídos de los demás vecinos esta nueva variante de pago, se puso en seguida de moda. Estas notas cortas se llamaron cheques.

Como el comercio marchaba muy bien en líneas generales, la petición de dinero era cada vez mayor. Rufus acabó prestan-

do varias veces la misma cantidad de oro —en forma de papel moneda o de cheques— a distintas personas gracias a su técnica de limitarse a anotar y borrar las cifras de una cuenta a otra. Mas él dormía tranquilo: todo funcionaría mientras disfrutara de la confianza de la sociedad y a los dueños reales de las monedas en la caja fuerte no se les ocurriera ir todos juntos a retirar su dinero. Nadie en la comunidad pensaba que los estuviera estafando, habida cuenta que gracias a él la sociedad había mejorado mucho. La fama de Rufus creció tanto que otras comunidades solicitaron a sus respectivos orfebres que pusieran en práctica la misma estrategia para prosperar. Estos orfebres se presentaron en su casa y de inmediato Rufus les ofreció explicarles su plan para que pudieran hacer lo mismo en sus respectivas tribus, porque se había dado cuenta de que necesitaba asociados. Todo estaba funcionando bien, pero el sistema crecía a una velocidad que amenazaba con írsele de las manos y si algún día tenía problemas —por ejemplo, falta de liquidez—, le vendría bien contar con aliados que le pudieran echar una mano. Rufus propuso al resto de orfebres, y éstos aceptaron, elaborar un pacto para repartirse las zonas de influencia sin hacerse competencia directa, ayudarse en el desarrollo de la estrategia, transferir fondos reales en caso de urgencia, reconocer los recibos de los demás cuando llegaran a su tribu y reunirse periódicamente para evaluar los resultados obtenidos. Después, cada cual puso en marcha su propia actividad.

La expansión del sistema catapultó aún más el prestigio de Rufus y sus socios, que fueron alabados por su esfuerzo a favor del entendimiento de distintas tribus, pero también les generó el primer quebradero de cabeza serio al aparecer los falsificadores: personas que habían descubierto por su cuenta lo sencillo que resultaba engañar a la gente corriente si conseguían fabricar unas copias lo bastante buenas del papel moneda o los cheques para comerciar ilegalmente. Semejante amenaza llevó a los

orfebres a solicitar una reunión con los gobiernos de sus respectivas tribus, a los que presentaron el problema y una posible solución con dos puntos básicos. El primero consistía en que fuera el gobierno de cada comunidad el que se responsabilizara de imprimir billetes de diverso valor para sustituir los recibos de valor fijo emitidos por los orfebres. Los nuevos billetes serían confeccionados con un papel muy difícil de falsificar y el gobierno les daría el visto bueno incluyendo su firma y su garantía en cada uno. Y, por supuesto, se encargaría de perseguir a quien osara falsificarlos. Eso sí, Rufus y los suyos seguirían controlando los flujos monetarios y decidiendo cuántos billetes se emitían. El segundo punto obligaba a controlar las minas y nuevas explotaciones de oro y otros metales preciosos utilizados en la fabricación de monedas para evitar que alguien elaborara su propio dinero imitando los sellos oficiales. Cualquier persona que encontrara pepitas debería ser obligada a entregarlas al gobierno a cambio de billetes controlados. Los gobiernos aceptaron la propuesta y actuaron en consecuencia. Y el intercambio de dinero se animó de nuevo, pues todos querían probar los nuevos billetes, que además permitían nuevas combinaciones para la compra y la venta. Con el tiempo se demostró, sin embargo, que el noventa por ciento de los negocios seguían haciéndose a través de cheques o transferencias.

Hacia la conquista del mundo

La ambición de Rufus y sus socios carecía ya de límite alguno y se juramentaron para controlar por completo el mundo en el que vivían. Un mundo que nadie imaginaba ya sin la existencia del dinero. Planearon una pequeña revolución para incrementar el volumen de sus fondos. Hasta el momento, la gente les pagaba por guardar sus monedas de oro y sus billetes en la caja

fuerte, ahora empezaron a ofrecer una pequeña gratificación del tres por ciento a aquellas personas que depositaran su dinero en sus cuentas. Los vecinos respondieron con entusiasmo, pues era la primera vez que cobraban por sus ahorros y encima los orfebres habían decidido reducir sus cuotas por prestar, seguramente porque ya eran muy ricos. Y es que la mayoría de las personas pensaron que la ganancia de Rufus y los otros se había reducido al dos por ciento: la diferencia del cinco inicial menos el tres que ahora pagaban a los depositarios. ¡Error! La realidad es que el volumen del dinero entregado en la caja fuerte creció y, con él, la posibilidad de prestar aún más. Los orfebres prestaban doscientas, quinientas... hasta novecientas monedas por cada cien reales que poseían en caja. La prudencia les forzaba a no exceder esta proporción de nueve a uno porque las estadísticas mostraban que una persona de cada diez acababa exigiendo que le devolvieran su oro en metálico. Ahora, atención al cálculo: sobre las novecientas prestadas, o apuntadas en la cuenta como si hubieran sido entregadas en forma de monedas reales, Rufus y sus socios seguían exigiendo el cinco por ciento de interés, o sea, 45. Cuando el préstamo y los intereses (las 945) eran reembolsados, se limitaban a borrar la cifra de novecientas de sus anotaciones como débitos y se guardaban como beneficio personal el resto. Podemos comprender que no los preocupara pagar un tres por ciento de interés por las cien monedas depositadas realmente y que nunca habían llegado a abandonar la caja: en pocas palabras, los vecinos pensaban que los orfebres obtenían un dos por ciento de interés o ganancias por cada cien monedas cuando lo cierto es que se estaban embolsando un 42 por ciento sin arriesgar siquiera el oro que tenían en su caja fuerte.

El éxito del plan creó una nueva casta de ricos y poderosos en la sombra, pero también propició la aparición de personas de pensamiento independiente que descubrieron por su cuenta

la falla del cinco por ciento original y se presentaron ante Rufus y sus socios para plantearla. Eran recibidos con amabilidad y cortesía, y despedidos luego con grandes sonrisas y una palmadita en la espalda tras insistirles en la complejidad del sistema financiero y la dificultad para entenderlo a no ser que uno fuera un profesional muy preparado y con conocimientos de orfebrería. Algunos no quedaron convencidos por la actitud conciliadora e hicieron públicos sus temores entre sus familiares y amigos y más tarde entre grupos más grandes de ciudadanos. Sin embargo, no obtuvieron el apoyo deseado. Nadie compartía su perplejidad por las cinco monedas de más, teniendo en cuenta la indiscutible mejora en la calidad de vida de la población. Al fin, los allegados empleaban una de esas frases trágicas que han servido siempre para encadenar las posibilidades del ser humano: «Vas a saber tú más que los expertos...»

El sistema funcionó durante años sin grandes problemas, pero al llevar dentro de sí el germen de la injusticia, empezaron a multiplicarse los insatisfechos que veían cómo cada día había que trabajar más para conseguir los mismos productos, mientras un grupo de gentes adineradas vivía sin agobios. Y es que para pagar el interés sobre las cada vez más elevadas sumas de dinero que se pedían prestadas —y en ocasiones también por pura codicia—, fabricantes y comerciantes subían los precios. Los asalariados se quejaban de ganar poco y los patronos se negaban a subir sus sueldos mucho más para no acabar arruinados. Algunos servicios que hasta entonces eran de uso común adquirieron precios prohibitivos, como la atención de los médicos o la instrucción en las escuelas. Y apareció una nueva clase de personas: los indigentes, ciudadanos que vivían de la caridad pública al margen del sistema porque habían perdido todo su dinero —y todos sus bienes, tras hipotecarse y fallar una vez más en la ardua tarea de conseguir las «cinco monedas extra»— y por distintos motivos no hallaban un trabajo nuevo o ni si-

quiera estaban en condiciones ya de trabajar. Para entonces, las tribus habían olvidado el gran secreto acerca de la riqueza real: que ésta no se encuentra en los billetes, ni en los cheques, ni siquiera en el oro que todos deseaban acumular pensando que era la cumbre de su éxito personal y profesional, sino en los bienes tangibles (las tierras de cultivo, los minerales, el ganado...) de los que se habían desprendido por querer llevar una vida más moderna y a la moda y, por encima de cualquier otra cosa, en el talento personal y la capacidad de trabajo propia de cada ser humano. Los ciudadanos estaban ya convencidos de que debían sus ingresos al patrón que les pagaba, fuera éste el gobierno, un empresario o una industria cualquiera, cuando en realidad sólo se los debían a sí mismos, al valor de su propio esfuerzo. Olvidaron que el dinero no es otra cosa que el medio a través del cual cobraban por ese esfuerzo, aunque ellos lo hubieran entronizado como su nuevo y falso dios.

Llegó un día en el que todo, incluso los productos de primera necesidad, parecía valer ya demasiado. Pero nadie cuestionó el sistema seriamente, ni siquiera cuando los antiguos disidentes desenterraron sus argumentos y fueron acallados por sus propios conocidos, que les exigían ganar más dinero en lugar de perder el tiempo elucubrando teorías conspirativas. Alguno hubo que sí obtuvo cierto éxito con sus advertencias entre los miembros de su tribu, si bien su labor no duró mucho tiempo al ser víctima de un desgraciado accidente... Aparecieron entonces las primeras protestas públicas en forma de manifestaciones que nunca se dirigieron hacia los orfebres —los auténticos amos del juego— sino hacia los patronos y el gobierno, por su incapacidad para gestionar una crisis cuyo origen tampoco ellos entendían. Acorralados por las circunstancias, los gobiernos inventaron programas de bienestar ciudadano, incluyendo la creación de empresas públicas para que los ciudadanos pudieran tener acceso de nuevo a un precio asequi-

ble a servicios como la medicina o las escuelas, aunque carecían del mismo nivel y los recursos que los profesionales del sistema privado. También emitieron por vez primera una ley que obligaba a todas las personas de la comunidad a contribuir con una pequeña parte de su dinero al bienestar general: el primer impuesto, con carácter de derrama específica para tapar un agujero puntual. Muchos ciudadanos protestaron por tener que pagar esta cantidad de dinero obligatoria: forzar a los trabajadores a los que les costaba tanto esfuerzo mantenerse en el sistema a pagar parte de lo suyo para ayudar a otros que no lo habían logrado parecía un grave contrasentido e incluso se interpretó como un robo legal. No obstante, el gobierno contaba con guerreros —policías y soldados— que obligaban a cumplir esta recaudación y metían en la cárcel a todo aquel que se negara. Además, gracias al dinero extra comenzaron a actuar los programas de bienestar, que aliviaron la situación... durante un tiempo.

Pronto fueron necesarios más recursos y más funcionarios para administrar la creciente máquina en construcción de un Estado en el que cada vez más actividades requerían ser controladas para evitar disfunciones. Eso significaba más préstamos, pero los gobiernos, que ya estaban endeudados también como institución, no querían incrementar el nivel de su débito y, angustiados, acudieron una vez más al infalible oráculo de Rufus y sus socios. Éstos escucharon sus quejas con la tranquilidad del que contempla cómo un largo y meditado plan quema una etapa tras otra de acuerdo con lo previsto y respondieron a los gobiernos desplegando ante ellos un brillante futuro si eran capaces de crear e imponer impuestos regulares para mantener diversos servicios. No se trataba ya de exigir una derrama para resolver un asunto concreto sino de introducir un sistema de tasación graduado, obligatorio y perenne para garantizar un flujo perpetuo de dinero a los gobiernos. Los gobiernos tendrían que ampliar su control sobre los ciudadanos, de forma

que cada uno de ellos pasara a formar parte de una estadística elaborada en la que se describieran con detalle sus bienes, recursos y ganancias —su potencialidad económica—, además de sus datos personales, para controlar el cobro y castigar a los rebeldes. Los que más tuvieran deberían aportar más de acuerdo con esta clasificación. El sistema debía ser muy bien explicado y promocionado a la sociedad para evitar una negativa generalizada, aunque lo más probable era que los gobiernos se aseguraran en seguida el apoyo de la mayoría —los que disponían de menores ingresos—, que verían en la nueva regulación un reparto más justo de la riqueza. Si aun así encontraban demasiada contestación, siempre podían echar mano de los guerreros para imponerlo por la fuerza.

Parecía la única salida razonable y, además, consecuente con el principio de que todos los miembros de la comunidad eran iguales ante la ley y debían contribuir al bienestar general en la medida de sus posibilidades (por supuesto y para evitar su propia gruesa contribución, los orfebres, que eran los miembros más ricos de la sociedad, ya habían distribuido previamente sus propios y lujosos bienes a través de una telaraña de empresas y fundaciones de manera que, técnicamente, no les pertenecían, aunque eran los únicos que disfrutaban de ellos). Los gobiernos se retiraron agradeciendo la perspicaz solución a Rufus y sus socios, aunque éste, antes de irse, les recordó la importante suma de dinero que debían como instituciones y les anunció una nueva medida de gracia tomada por los orfebres: ante la delicada situación que atravesaban los gobiernos, de momento no les cobrarían más que los intereses, dejando el capital de la deuda para más adelante. Decididamente, pensaron los regidores, el primero de los orfebres era un gran hombre, un mecenas de la humanidad, e institucionalizaron los impuestos, que en el proceso de acción-reacción del sistema se multiplicaron más allá de lo imaginable. Se introdujeron impuestos sobre

las nóminas de los trabajadores; sobre las infraestructuras de transporte; sobre la compra o construcción de una casa y, luego, por vivir en ella; sobre la adquisición de un vehículo, sobre su posesión, sobre el combustible utilizado, sobre la circulación con él, sobre su acceso a determinadas zonas de las ciudades, sobre su estacionamiento y hasta por desprenderse de él para venderlo a otra persona; impuestos que alcanzaban incluso a los productos básicos para la subsistencia, como el agua o el pan. Impuestos y más impuestos sobre todo aquello que se pudiera vender o comprar, sin importar su tamaño, origen o precio. Todo el mundo pagaba impuestos continuamente porque cada vez que compraba cualquier cosa imaginable, una parte del precio se destinaba a la recaudación impuesta por los gobiernos y, al final de la cadena, al interés. Y cada año, Rufus y sus socios repetían el ritual acudiendo puntuales al cobro de los préstamos, aunque en el caso de los gobiernos seguían contentándose con cobrar los intereses por aquello de ayudar a la gobernabilidad general. Pese a lo cual, cada vez era preciso dedicar más dinero de los impuestos al pago de una deuda que nunca desapareció, ya que periódicamente los gobiernos solicitaban extras (para pagar la construcción de infraestructuras necesarias, para hacer frente a una hambruna inesperada por malas cosechas, para hacer la guerra a otros gobiernos o por la simple corrupción de algunos de sus miembros). La insatisfacción creciente generó un movimiento ciudadano que creó un grupo de personas dispuestas a llegar al poder y cambiar las cosas. Lo llamaron «partido político» y pidieron el apoyo de los ciudadanos para sustituir al gobierno vigente y arreglar la situación. Otras personas siguieron el ejemplo y fundaron nuevos partidos con propuestas distintas y el mismo objetivo, solicitando también el favor social. Hubo que convocar elecciones y, en efecto, los gobiernos tradicionales desaparecieron y fueron relevados por nuevos y carismáticos líderes... Pero las cosas mejoraron muy

poco porque Rufus y sus socios seguían siendo los mismos: nadie había planteado sustituirlos y lo cierto es que sólo aceptaban el relevo de personas muy próximas y formadas directamente por ellos para mantener el sistema tal cual. Además, habían infiltrado a algunos de sus más fieles siervos en todos los partidos políticos para tomar las riendas desde dentro. Estaban ya demasiado cerca de su objetivo de control completo de la sociedad para dejarse apartar a estas alturas. A través de sus instituciones legales poseían, directamente o a través de intermediarios, una parte importantísima de la riqueza real existente. Sin embargo, trabajaban ya contra reloj: empezaba a haber demasiada gente perjudicada por el sistema y era preciso silenciar sus quejas antes de que algún disidente tuviera mayor fortuna que sus predecesores y encontrara la forma de desmontar públicamente el gran tinglado.

Para acallar a sus críticos utilizaban las presiones financieras (todo el mundo necesitaba dinero para comer) y, en ocasiones puntuales, habían llegado a emplear métodos más brutales, pero necesitaban algo más. Así que Rufus y sus amigos fundaron o compraron los principales medios de comunicación (de todas las ideologías: de izquierda, centro y derecha, para hacer llegar a todo el mundo su visión dirigida de la realidad) y luego seleccionaron con mucho cuidado a sus responsables para que fueran capaces de orientar a la opinión pública en la dirección deseada o bien para entretenerla con cuestiones sin importancia mientras ocultaban las informaciones decisivas. La mayoría de los profesionales que trabajaban en el sector no eran conscientes de hasta qué punto ellos mismos eran manipulados por sus propios jefes. Los que se dieron cuenta callaron por temor a perder su trabajo en un sector en el que primaba una extraña y anómala precariedad laboral en comparación con otras profesiones. Lo cierto es que ayudaron a que la sociedad entera girara alrededor de Rufus y sus socios, que cada día controlaban

más empresas en general y más ciudadanos en particular, incluyendo entre estos últimos a políticos, jueces, científicos... e incluso a poderosos jefes de bandas criminales, pues sabían que las personas son muy frágiles cuando se pone la suficiente cantidad de billetes sobre la mesa (¿oro?; ¿quién se acordaba a estas alturas de las monedas de oro?) o mediante becas, grupos de estudio, fundaciones, organizaciones sociales y otros proyectos de apariencia benéfica. Todos trabajaban, queriéndolo o no, para mantener el sistema y para mantener la versión de que el sistema funcionaba a la perfección. Y si había disfunciones o errores, desde luego no se les podía achacar a los orfebres, que eran los que más duro trabajaban en beneficio de la sociedad entera, y por ello merecían todo tipo de honores, privilegios y galardones.

La última fase era la toma definitiva del poder. Rufus y sus socios poseían numerosas oficinas de préstamos, algunas de las cuales competían entre sí de puertas para afuera, aunque en realidad y desde que firmaran su alianza secreta, todos la habían mantenido fielmente. Existía, además, un severo protocolo para hundir de inmediato a quien la traicionara o para quitar de en medio a cualquier advenedizo que pudiera introducirse en la organización. El poder acumulado era tan inmenso que había llegado el momento de evitar tentaciones, y para ello diseñaron una nueva institución monetaria a la que llamaron Centro de Reserva o Banco Central del Continente, cuya función externa sería garantizar la estabilidad definitiva del sistema regulando el suministro del dinero a través del control gubernamental. De esta forma, los gobiernos dejarían de relacionarse técnicamente con los orfebres: se entenderían con este aséptico centro a la hora de pedir sus préstamos, ofreciendo como garantía los impuestos de años sucesivos o los bienes que le quedaran al Estado. Los ciudadanos pensaron que el Centro de Reserva era una institución gubernamental (y a partir de en-

tonces ya no quedó duda alguna a la hora de relacionar el manejo del dinero con sus gobiernos), aunque en su anónima junta directiva sólo se sentaban... orfebres. Con su constitución se garantizaba en todo caso que el gobierno comería ya para siempre de manos de Rufus y los demás porque era imposible detener ya el volumen de sus préstamos e intereses sin colapsar la sociedad entera.

Sólo quedaba por resolver un pequeño detalle: el diez por ciento del suministro total del dinero aún circulaba en forma de billetes y monedas, que los ciudadanos utilizaban para pequeñas compras. Había que suprimirlo para transformar definitivamente todo el dinero en un simple juego de anotaciones creadas y borradas por los orfebres. El creativo Rufus y sus eternos socios diseñaron y presentaron otra innovación: una pequeña tarjeta plástica con los datos de la persona, su fotografía y un número de identificación que podía conectarse con una computadora central donde se registraban las cuentas de todos los usuarios. La tarjeta de crédito era la solución final para abandonar la moneda en efectivo (y de paso, aumentar el control sobre los ciudadanos), ya que los comerciantes aceptarían el pago de sus productos con ella al eliminar la molestia de almacenar y custodiar dinero físico. La tarjeta fue recibida con gran éxito por una sociedad adicta a las novedades. Después de esto, los orfebres celebraron una reunión extraordinaria que llegó a las siguientes conclusiones:

a) Las empresas que controlaban (en casi todos los sectores) eran cada vez más grandes, pues crecían engullendo a otras y expulsando a las más débiles del mercado. Pronto existiría un monopolio de facto que llevaría a todo el mundo a trabajar para ellos de una u otra forma.

b) El gobierno estaba en sus manos, fuese cual fuese el partido político que llegara al poder, pues todos les habían solicitado préstamos para organizarse y pagar sus campañas y mí-

tines. Además, todas las formaciones políticas estaban infiltradas por agentes de los orfebres.

c) La opinión pública nunca los criticaría gracias a la abnegada labor de los medios de comunicación que poseían y que se encargaban de repetir una y otra vez los mensajes favorables a sus planes, silenciando los contrarios.

d) Era cuestión de tiempo que todos los ciudadanos usaran sus tarjetas de plástico y abandonaran el dinero físico para siempre y, con él, la esperanza de al menos ralentizar el proceso. Uno de los orfebres advirtió que las tarjetas podían perderse o estropearse, pero Rufus, siempre por delante, anunció su última idea: ya estaba redactando una nueva ley que aprobaría en el futuro el gobierno y que obligaría a que todas y cada una de las personas grabaran un número personal e intransferible sobre su propia piel o quizá insertado en alguna pequeña maravilla científica, un chip por ejemplo, que pudiera implantarse en el interior del cuerpo y ser leído desde fuera con la máquina adecuada. Este método permitiría prescindir de las tarjetas y tener a cada ciudadano bajo estricto control.

Contentos, los orfebres se pusieron en pie para brindar por su éxito. Un éxito que sería completo una vez consiguieran extender al resto del mundo el sistema que habían impuesto a buena parte de él. Si otras culturas no querían compartirlo, simplemente arreglarían las cosas para destruirlo forzando diversos conflictos bélicos de diversa intensidad. Ahora estaban convencidos de que el triunfo final sería suyo.

Y todo gracias a cinco monedas que nunca existieron.

Buscando alternativas

En la página web donde se relata la historia del cinco por ciento se añade que este relato «es por supuesto una ficción, pero si

usted encuentra que resulta perturbadoramente cercana a la verdad y le gustaría saber quién es Fabián [nuestro Rufus en esta adaptación] en la vida real, un buen punto de partida es un estudio en las actividades de los orfebres ingleses durante los siglos XVI y XVII». Es un buen consejo. Busque documentación al respecto y medite sobre ella. Encontrará, entre otros detalles, el hecho de que la palabra alemana para designar el dinero es *Geld*, etimológicamente relacionada con el término británico *gold* (oro), lo que hace referencia al material con el que se fabricaron las primeras monedas. En realidad, el sistema monetario que padecemos hoy tiene probablemente bastante más de dos mil años de antigüedad, pues sabemos que el oro ya era el medio de cambio por excelencia hacia el 700 a. J.C. Para facilitarle alguna pista más, sepa que en el año 1694 comenzó a funcionar el Banco de Inglaterra, en la actualidad una de las mayores entidades financieras del planeta y, entre otras cosas, uno de los principales accionistas de la Reserva Federal de Estados Unidos, que recordemos que no es una institución dependiente del gobierno norteamericano, sino un banco privado.

Además de controlar los tipos de interés del billete verde, la Reserva Federal maneja el flujo de dólares en las arterias financieras norteamericanas y, por ende, mundiales. Si el presidente George W. Bush, o cualquier otro que le suceda, desea iniciar una nueva guerra contra el enésimo país del mundo donde se supone que anida el terrorismo internacional, necesita dinero para pagar la aventura. Y ese dinero tiene que pedirlo a la junta directiva de la Reserva Federal, no lo puede emitir su gobierno. No puede desde 1913, cuando el presidente Woodrow Wilson abdicó de su responsabilidad como máximo representante de su pueblo y entregó el poder del dinero a la Reserva, que es la que desde entonces decide si la Casa Blanca puede o no embarcarse en tal o cual proyecto y, por tanto, es la que en última instancia gobierna al gobierno estadounidense, al finan-

ciar sólo aquellas políticas de Washington que le gustan. Y soportando tan grave responsabilidad, ¿conoce usted a alguno de los miembros de su junta directiva? Tal vez le suene el nombre de su actual presidente, Ben Bernanke, quien recientemente sustituyó al longevo Alan Greenspan, apodado por algunos especialistas financieros como *el Maestro*, pero poco más.

La Unión Europea también se rindió hace pocos años, y lo hizo entregándose al llamado Banco Central Europeo, instalado en Frankfurt y actualmente dirigido por el francés Jean Claude Trichet. Salvando las distancias, opera con el euro exactamente igual que la Reserva con el dólar (será casualidad, pero el valor de ambas monedas se ha mantenido prácticamente parejo desde la entrada en vigor de la divisa única europea). El BCE posee idéntica inmunidad e independencia para actuar al margen de los intereses de los gobiernos europeos, que, utilizando unos argumentos tan confusos como grandilocuentes, entregaron la soberanía sobre sus respectivas monedas para crear otra común que ya no controlan y que al ciudadano de a pie tan sólo le ha reportado una inflación espectacular y la oportunidad de coleccionar los distintos reversos de los euros acuñados en cada país con permiso de esta entidad bancaria. El euro entró en vigor formal y físicamente en los bolsillos de los ciudadanos europeos el 1 de enero de 2002, después de que el más que cuestionable Tratado de Maastricht fijara diez años antes el principio «irrevocable» de una moneda única europea, en un plazo que los expertos definieron como «extraordinariamente breve» para materializar una operación «única» en la historia monetaria mundial. La idea ya se sugería en el llamado Documento Werner (por el entonces primer ministro luxemburgués Pierre Werner) de 1970 y comenzó a definirse a raíz de la implantación en 1979 del Sistema Monetario Europeo, configurado para reducir progresivamente las variaciones de cambio entre las distintas divisas de los Estados miembro e ir fijan-

do un valor permanente para cada una. Los gobiernos de Alemania, Austria, Holanda, Francia, Italia, Bélgica, España, Portugal, Irlanda, Luxemburgo y Finlandia —a los que se añadió Grecia dos años más tarde— tomaron la decisión definitiva de rendir sus respectivas divisas el primer día de 1999.

Sí, hay una ausencia llamativa: la de Gran Bretaña y su poderosa libra esterlina. No lo es tanto si recordamos la presencia del Banco de Inglaterra en la Reserva Federal de Estados Unidos, o si disponemos de denuncias como la del diario británico *The Guardian*, el cual reveló recientemente que los institutos financieros de su país entregan regularmente a la CIA información confidencial sobre las transacciones bancarias llevadas a cabo en el Reino Unido y, además, con el conocimiento del gobierno de Londres. Incluso el gabinete norteamericano ha reconocido públicamente que su agencia secreta más popular recibe estos datos —relativos a más de cuatro millones y medio de transacciones anuales— a través de la Sociedad para la Telecomunicación Financiera Interbancaria Mundial, conocida por sus siglas inglesas de SWIFT y responsable de procesar transferencias bancarias en todo el mundo.

Un manejo hábil del dinero resulta mucho más cómodo, barato y productivo que la movilización de grandes ejércitos. Se cuenta en ciertos círculos que la verdadera causa de la difamación, persecución y destrucción de la orden templaria fue la competencia que los místicos monjes guerreros hacían en su época a los socios de nuestro Rufus, ya que ofrecían créditos sin interés o a un interés mucho más bajo que los *orfebres*, con la garantía adicional de sus numerosas y fortificadas posesiones en todo el Mediterráneo.

Antes de abandonarse a la desesperanza, es bueno saber que existen alternativas..., si bien es cierto que nunca se aplicarán si nadie es capaz de reunir suficiente voluntad política para ello (voluntad libre de la influencia de los Rufus esparcidos por el

mundo o de sus siervos) o si un número elevado de personas en todo el mundo no toma conciencia de lo que está ocurriendo. Existen especialistas en economía y finanzas que han presentado opciones interesantes, como la doctora Margrit Kennedy en su *Dinero sin inflación ni tasas de interés*. Kennedy describe las creencias erróneas básicas más extendidas acerca del dinero, entre las cuales figura la de que sólo pagamos intereses en caso de solicitar un préstamo bancario (cuando la verdad es que los pagamos siempre que adquirimos algo: desde un bolígrafo en una tienda de baratillo hasta unas vacaciones en las islas Maldivas en una importante agencia de viajes) y la de que la inflación es parte integral de la economía libre de mercado (una economía sana en circunstancias normales no tendría por qué sufrirla, no tiene ningún sentido que todo suba de precio de un día para otro si no existe una presión constante). Después explica cómo es posible crear una moneda libre tanto de la inflación como del interés; por ejemplo, cambiando este último por una tasa de circulación. Esta teoría ya la defendió en 1890 el hoy olvidado empresario y economista germanoargentino Silvio Gessell en su *Die Natürliche Wirtschaftsordnung* («El orden económico natural»), cuyos planteamientos fueron alabados incluso por el economista británico John Maynard Keynes, quien llegó a decir que sus trabajos «serán en el futuro más importantes que los de Marx». Gessell afirmaba con rotundidad que «en lugar de pagar intereses a los que tienen más dinero del que necesitan y con el fin de mantenerlo en circulación, todo el que posee un excedente en dinero debería pagar una pequeña tasa si lo mantiene fuera de circulación». Con ello se garantizaría siempre la existencia de un mínimo de líquido disponible para no colapsar la economía de un país y se evitaría, por tanto, cualquier conato de depresión.

La agudeza de las teorías de Gessell llegaba a tal extremo que al poco de finalizar la primera guerra mundial, cuando a los políticos profesionales se les llenaba la boca con hermosas

palabras de paz promocionando organizaciones internacionales que debían garantizar, y no lo hicieron, la hermandad entre las naciones del mundo, publicó un artículo en el *Zeitung am Mittag* de Berlín en el que lanzaba la siguiente advertencia: «Pese a la sagrada promesa que todos hacen ahora de que la guerra será desterrada para siempre [...] debo decir esto: si continúa operando el actual sistema monetario basado en el interés y el interés compuesto, me atrevo a predecir que en menos de veinticinco años estaremos sumidos nuevamente en una guerra, y será peor que la anterior.» Y explicaba el porqué: «La formación de capital será rápida a pesar de las enormes pérdidas sufridas en la guerra y el exceso de oferta redundará en un descenso de las tasas de interés. En consecuencia, los individuos comenzarán a ampliar su capital. Las actividades económicas descenderán y un número cada vez mayor de desempleados recorrerá las calles [...] en el seno de las masas descontentas cuajarán ideas extremas y revolucionarias, y proliferará la planta venenosa llamada “super-nacionalismo”. Ninguna nación tendrá comprensión por la otra y el resultado inevitable será una nueva guerra.» No hubo que esperar veinticinco años. En las elecciones de marzo de 1933, el hipernacionalismo y la miseria económica generada por una aplicación extrema del capitalismo y un tratado de exigencias demenciales como fue el de Versalles condujeron al nacionalsocialismo al poder en Alemania y, además, lo hicieron con una victoria impecable a través de las urnas. En 1939 comenzaba la segunda guerra mundial.

Otra alternativa pasa por la sustitución del dinero por un sistema de trueque regulado como los que funcionan en algunos países azotados por las crisis financieras, pero también en países desarrollados como los europeos: los bancos de tiempo o de trabajo. Se trata de organizaciones de ciudadanos que «ofertan» individual y voluntariamente horas de su tiempo para realizar las actividades o servicios que otros no pueden o no saben

hacer. A su vez, «cobran» esas horas aceptando la oferta de otros ciudadanos para resolver sus propias necesidades. Para entender cómo funciona este sistema piense en tres personas muy diferentes viviendo por ejemplo en México, D. F.: un oficinista con buen nivel de inglés pero que necesita aprender alemán para promocionarse en su trabajo, un taxista que desea aprender informática y un estudiante alemán que se encuentra becado en una universidad mexicana. Los tres se apuntan al mismo banco de tiempo y el resultado es que el oficinista «paga» enseñando informática al taxista y «cobra» recibiendo clases de alemán del estudiante; el taxista «paga» llevando al estudiante a la universidad en su vehículo y «cobra» recibiendo clases de informática del oficinista, y el estudiante «paga» enseñando alemán al oficinista y «cobra» recibiendo transporte del taxista. Cada uno hace algo en beneficio de los demás, pero no lo hace gratis porque su servicio genera el derecho de recibir otro servicio a cambio. Además, el trabajo de cada uno es igual de importante que el de los otros: no vale más una hora de un oficinista que la de un taxista o un estudiante, con lo que el respeto hacia la dignidad del trabajo ajeno es máximo. Por si fuera poco, uno ofrece siempre el servicio que está dispuesto a dar, no algo que le obliguen a hacer. Por tanto, su labor será relajada y bien dispuesta y, al terminar, probablemente habrá ganado un amigo más que un cliente. Y por último, en todo el proceso no aparece en ningún momento el «interés». No es extraño que el sistema vigente silencie el éxito de este tipo de iniciativas, en cuyo lanzamiento participaron algunos antiguos empleados de la banca «normal», que abandonaron los despachos de las entidades financieras para, en sus propias palabras, sumarse a la «gestión de la riqueza social» que opera a través de «principios muy distintos a los de la economía monetaria, y éstos son los principios de solidaridad, lealtad, amor y ayuda».

También hay quien opta por el retorno al trueque puro y duro y le da grandes resultados, como le sucedió al emprendedor canadiense de veintiséis años que, en julio de 2005, colgó en su *blog* de Internet el siguiente anuncio: «Mi nombre es Kyle McDonald y deseo cambiar un clip rojo por algo más grande o mejor. Un bolígrafo, una cuchara o quizá una bota. Si prometes hacer trueque conmigo, prometo ir hasta donde estés. Voy a continuar la cadena de intercambios hasta conseguir una casa o una isla. O una casa en una isla.» Un año y catorce intercambios más tarde, McDonald consiguió su objetivo: una preciosa casa en el pueblo de Saskatchewan en el número 503 de su Main Street. ¿Es posible? De pequeño, Kyle solía practicar en su natal Vancouver el juego «mayor o mejor», que consistía precisamente en recorrer su vecindario cambiando cosas. Aplicó la filosofía a su nuevo objetivo y primero cambió el clip rojo por un bolígrafo en forma de pez, que a su vez cambió por un pomo de puerta de cerámica. Cada vez que intercambiaba un objeto, publicaba la historia en su *blog*. En sucesivos negocios consiguió un generador rojo, un barril de cerveza, una moto de nieve, unas vacaciones gratis en la localidad de Yahk, un contrato con una discográfica, una cena con el cantante Alice Cooper... y hasta un papel en una película de Hollywood. Esta última adquisición fue la que le reportó finalmente la casa, ya que el Ayuntamiento de Saskatchewan decidió entregársela a cambio de la oportunidad de que su pueblo fuera el protagonista de un largometraje en la meca del Séptimo Arte, además de convertirse en el lugar donde terminó esta espectacular historia de trueques.

CAPÍTULO 9

A cara descubierta

Pretender mantener la paz a toda costa equivaldría a decir que las gentes honradas no tienen derecho a ofrecer resistencia a ladrones y piratas, ya que esto podría originar desórdenes y derramamiento de sangre... Cuando ocurren estas desgracias no hay que culpar de ellas a quienes defienden su derecho sino a quienes lo atropellan... Si el hombre inocente y honrado tuviera que entregar por amor a la paz todo cuanto posee y no ofrecer resistencia a quien le pone violentamente las manos encima, ¿qué clase de paz sería la que reinaría en el mundo?

JOHN LOCKE, filósofo británico

Muchas personas siguen preguntándose por qué la segunda guerra mundial resulta una época tan atractiva históricamente para sucesivas generaciones, pese al tiempo transcurrido desde entonces y, sobre todo, pese a los horrores que la caracterizaron. La respuesta es evidente para cualquiera que sepa verla: de todos los sucesos históricos que hemos conocido en los últimos dos milenios es quizá el que nos deja ver con mayor claridad la influencia y el enfrentamiento entre sí de las sociedades secre-

tas, circunstancias habitualmente soterradas. Nunca como entonces la tecnología más avanzada se mezcló tan descaradamente con la magia y el simbolismo, nunca los jefes de los respectivos bandos asumieron unos roles tan teatrales y místicos, nunca la población afectada —en especial la europea— vivió un gran conflicto bélico con un ánimo tan apocalíptico (si exceptuamos quizás alguna de las cruzadas medievales). El caso más obvio es el del Tercer Reich, que recurrió a un símbolo milenario (el del sol mismo, representado en la esvástica), a un lenguaje milenario —el alfabeto rúnico, cuyo ejemplo más característico es la doble runa *Sieg* con la que gráficamente conocemos al cuerpo de las SS— y a una *Weltschaunung* o cosmovisión del mundo milenaria —basada en la antigua mitología germánica del choque entre el fuego y el hielo— para movilizar en su favor el alma de decenas de millones de personas.

«Hasta ahora habéis sido niños [...]. Os vais a encontrar novedades dondequiera que vayáis. Ya sea como aprendices o en vuestros futuros estudios, en el trabajo o en la vida personal, se os demandarán mayores exigencias. Cómo las hagáis frente, determinará vuestro futuro. Si obedecéis las leyes de la vida, tendréis éxito y os convertiréis en hombres útiles y mujeres diligentes. Si fracasáis, os encontraréis como náufragos a la deriva [...]. La vida es incierta. La desgracia puede que caiga sobre algunos de vosotros, puede que incluso os destruya. Somos impotentes ante algunos golpes del destino, pero éstos son muy pocos. En la mayoría de los casos en los que la vida nos va mal es debido al fracaso personal. Cada uno tiene sus aspectos positivos y negativos. Es nuestra voluntad la que determina si vence el bien o el mal [...]. ¿Qué es el bien y qué es el mal? Decimos que el mal es perjudicial y el bien es beneficioso. Nunca cometáis el error de preguntaros qué es beneficioso para vosotros. Sólo es bueno lo que se obtiene con medios honestos y es útil al pueblo. Nunca olvidéis, al iniciar vuestro período como

aprendices, el que cada uno ha de ganarse su propio pan [...]. La vida que tenéis ante vosotros no es una cuestión de buen o mal comportamiento; de castigo paterno o de comportamiento cobarde para librarse del castigo paterno. La vida es ponerse a prueba a uno mismo, como hombre o como mujer. No tendréis esa fuerza si no tenéis una viva fe en Dios toda vuestra vida. Pero debe ser una fe que os permita servir a Dios con hechos, no con palabras. Ha de ser una fe que os haga veros como herramientas de Dios, mediante el trabajo, la lucha o la creación de nueva vida, para servir a la eterna victoria del orden, la justicia, y la vida en sí misma en este mundo. Nunca debéis sentirnos como esclavos o sirvientes de Dios, sino como guerreros de Dios.»

Palabras como éstas, originales de un discurso redactado por el jefe regional de educación de las SS de Hannover, Karl Kieckbusch, para ser leído a jóvenes de entre catorce y quince años durante la *Jugendfeier* (celebración de la juventud) o *Lebenswende der Jugend* (ritos de paso a la edad adulta), una especie de «Primera Comunión» nazi, orientaban ya desde la adolescencia a la juventud alemana en el camino deseado para convertirse en los guerreros que necesitaba su *Führer* o caudillo en «la lucha contra el Mal en el mundo». Porque el nacionalsocialista no fue un régimen político sino religioso y Hitler no fue su canciller sino su sumo sacerdote.

Una nueva civilización

Los apoyos más importantes que recibió Adolf Hitler en su camino hacia el poder en Alemania los recibió de diversas sociedades secretas, y en especial de la Sociedad Thule. Si alguien quiere realmente saber cómo se cimentó ese poder, debe olvidarse de estudiar a los jerarcas oficiales del régimen, como Gö-

ring, Goebbels o Bormann, y centrarse más bien en otros nombres, como los de Dietrich Eckart, Karl Haushofer o Rudolf von Sebottendorf. El único de los colaboradores de Hitler que conocía, como él, ciertos secretos facilitados en el seno de estas organizaciones veladas al gran público fue el enigmático Rudolf Hess, quien declaró su fidelidad a su jefe de filas incluso durante el ajuste de cuentas de Nuremberg y por ello fue condenado a cadena perpetua, pese a que él no participó en ninguno de los crímenes de guerra y contra la humanidad por los que fueron condenados y ajusticiados otros líderes nazis. Por cierto, Hess murió estrangulado en la prisión de Spandau en 1987 en un crimen nunca aclarado y en el que diversos historiadores han querido ver la mano de los servicios secretos británicos ante la posibilidad de que hubiera podido ser liberado pocas semanas más tarde.

La mayoría de los estudiosos se declaran incapaces de comprender cómo es posible que el régimen nazi fuera apoyado en comicios generales y en diversos plebiscitos con mayorías superiores al noventa por ciento y sin fraude electoral de por medio, según constatan los observadores de la época, a no ser que un estado de «locura general» se hubiera apoderado de la culta sociedad germana. Sin embargo, estos historiadores se enfrentan al muro de incompreensión por un motivo básico: no podemos juzgar a nuestros antepasados con los parámetros que utilizamos en nuestros días. En cada época y lugar, cada generación ha actuado como lo ha hecho víctima de la educación recibida, del *Zeitgeist* o espíritu de los tiempos que le correspondiera y, cómo no, de la orientación que determinadas élites de poder imprimieran sobre ella. Ejemplos próximos para entender la actitud permisiva hacia regímenes políticos autoritarios u organizaciones violentas parasitarias de la sociedad los tenemos en la actuación de mafias criminales como la Cosa Nostra en Italia o ETA en España. El día de mañana será tan difícil explicar

por qué tantas personas prefirieron mirar para otro lado en lugar de involucrarse activamente en la desaparición de estos grupos como hoy lo es aventurar por qué los ciudadanos de siglos precedentes no se rebelaron contra regímenes tiranos. Así pues, la pregunta honrada —e incómoda— no es: ¿por qué la sociedad alemana no actuó contra los nazis sino que los apoyó mayoritariamente, incluso hasta el final de la segunda guerra mundial?, sino más bien: ¿habríamos apoyado nosotros a los nazis, en las mismas circunstancias en las que se encontraba la sociedad alemana en aquel entonces?

No se repetirá lo bastante que es imposible entender lo que significó el fenómeno nazi en Alemania y los países adyacentes mientras no seamos capaces de reflexionar, separando la parte emocional de la intelectual y examinando cada aspecto concreto, a la vez que en relación con la globalidad. Podemos maldecir la memoria de Adolf Hitler y los demás prebostes del régimen, podemos estremecernos de terror ante las imágenes de la guerra o los campos de concentración, podemos asombrarnos del poder destructivo de las armas que se diseñaron, pero mientras no seamos capaces de anular los sentimientos y examinar los hechos con frialdad no estaremos en condiciones de comprender cómo llegó al poder la doctrina nacionalsocialista, ni de rastrear la huella de las sociedades secretas que la iluminaron.

El Estado diseñado por los inspiradores de Hitler trataba en realidad de refundar la civilización, edificar una nueva —alternativa a la construida sobre las ideas y los conceptos bíblicos— con base en los cultos autóctonos europeos precristianos. El planteamiento de fondo era de tal calibre que la guerra mundial se hacía inevitable, porque sólo se puede crear un mundo diferente destruyendo primero el que ya existe.

No es casualidad que las SS fueran concebidas como una auténtica orden medieval al estilo de los templarios o de su más

cercano referente histórico: los caballeros teutónicos. No eran una mera guardia personal de Hitler, ni siquiera un cuerpo político, militar o administrativo de élite como se los describe por lo común. Para ingresar en ellas, el aspirante debía someterse a durísimas pruebas de acceso de carácter casi iniciático, e incluso al final de la guerra —cuando la elevada mortandad en sus filas había forzado a rebajar los requisitos de ingreso— seguían siendo unidades dotadas de una mística muy particular y de las que todos los jóvenes idealistas deseaban formar parte, como recuerda el escritor alemán Günter Grass, que se incorporó a uno de sus grupos de combate, en sus polémicas memorias *Beim häuten der Zwiebel* («Pelando la cebolla»).

Pero el departamento más interesante de las SS no era estrictamente bélico: la Ahnenerbe o Sociedad de Estudios para la Historia Antigua del Espíritu fue constituida oficialmente el 1 de enero de 1935, impulsada por el profesor holandés Hermann Wirth, y constituía uno de los principales enlaces entre algunas sociedades secretas y el régimen nazi. Sus objetivos declarados eran básicamente tres: investigar el alcance territorial y el espíritu de la raza germánica, rescatar y restituir las tradiciones alemanas y difundir la cultura tradicional entre la propia población. Esta organización sigue hoy rodeada por el misterio, ya que sus archivos desaparecieron o fueron destruidos en su mayor parte a finales de la guerra. No obstante, sabemos que la sección específicamente dedicada al esoterismo nórdico estaba a cargo de Friedrich Hielscher, amigo del explorador Sven Hedin y miembro de la logia Thule. Entre los colaboradores de la institución encontramos desde el longevo escritor Ernst Jünger hasta el especialista en historia vikinga Eric Oxenstierna, pasando paradójicamente por el filósofo judío Martin Buber. En los últimos años se han publicado diversos trabajos en que se narran algunas de sus expediciones en busca de objetos mágicos, como el tesoro de los cátaros o el Santo Grial. En la pelí-

cula *Indiana Jones y el Arca perdida* (y en una de sus continuaciones: *Indiana Jones y la última cruzada*) se parodia esta labor de la Ahnenerbe.

La misma oficina fue la encargada de rastrear y recuperar el antiguo calendario europeo sobre el que, durante la Edad Media, fueron superpuestas las festividades cristianas. Este calendario estaba basado en la historia de la muerte y resurrección del sol: el astro rey se debilita, enfermo, perdiendo su brillo a medida que avanza el invierno, hasta que en la noche del solsticio, cuando la noche es más larga, se produce el milagro y renace, se recupera y acaba triunfando, y trayendo consigo de vuelta el buen tiempo, hasta llegar a su apoteosis en el solsticio de verano, el día del año en que la noche es más corta. Ésta es una de las más viejas leyendas de la humanidad y todos los grandes dioses, desde Mitra hasta Apolo, pasando por Jesucristo, han «nacido» en este solsticio que los antiguos europeos del norte llamaban «Yule» y nosotros hoy «Navidad», y que si antiguamente se festejaba con antorchas y hogueras, hoy se recuerda con velas rojas. El ciclo anual del sol determina otros ritmos: reales, como el de las estaciones, o simbólicos, como la explicación de la vida humana en un viaje que comienza con el alba en el este (nacimiento), continúa mientras el astro rey asciende (juventud) hasta el mediodía (plenitud), empieza a declinar (envejecimiento) y, finalmente, termina, en apariencia, con el crepúsculo en el oeste (muerte) antes de volver a empezar otra vez tras el paso de la noche (reencarnación).

La Ahnenerbe facilitó a los nazis abundante armamento ideológico. Por ejemplo, a la hora de recuperar las ideas de origen indoeuropeo según las cuales la humanidad no puede entenderse como una sola, sino que está dividida en distintas razas o castas con un lugar diferente en el mundo. El linaje original de seres superiores destinados a mandar eran los *Herrenvolk*, o pueblo de los señores, herederos de la estirpe divina, que de-

bían relacionarse entre ellos y dominar a todos los demás, a los que se subdividía de acuerdo a su utilidad social en grados como artesanos o campesinos. Asunto aparte eran los *Untermenschen*, o subhumanos, enemigos de los pueblos arios y que, como su nombre indica, no podían considerarse estrictamente hombres. Por ello no gozaban de los mismos derechos que los seres humanos y, en consecuencia, debían ser separados de éstos y aislados o, a lo sumo, empleados como esclavos. Los principales *Untermenschen* eran, por supuesto, los judíos. Según algunas versiones del mito, los judíos eran los «restos orgánicos» de una oleada evolutiva previa del cosmos que no habían sido capaces de crecer espiritualmente al mismo ritmo que el resto de seres incluidos en ella y habían quedado «rezagados» en su destino. En semejantes circunstancias se habían convertido en una especie de robots humanoides al servicio de un demonio cuyo único objetivo era la conquista del mundo sin importar cuántos cayeran durante la campaña. Los arios formaban parte de la siguiente oleada evolutiva y, para su propio desarrollo, debían quitarse de en medio el obstáculo que suponían estos «seres fracasados y parasitarios» cuya presencia no hacía sino degradar su ascenso, ya que para sobrevivir y mantener el plan del demonio buscaban mezclarse racialmente y, con ello, degradaban la «pureza aria» original. Estas ideas, entre otras, motivaron el dictado de leyes como las de Nuremberg en contra de los matrimonios mixtos arios/judíos (o con otros grupos como los negros y los gitanos), en aras de «detener la decadencia» y reorientar el camino de la humanidad, entendiendo como humanos sólo a los arios. Por cierto que los arios no eran sólo los muchachotes altos, rubios y de ojos azules (como resulta obvio, al contemplar el aspecto físico de diversos jerarcas nazis, empezando por el propio Hitler), sino que se incluía en este apartado a toda la raza blanca, más o menos «contaminada» por la mezcolanza con otros grupos raciales.

La expulsión de los judíos de los territorios bajo control del Tercer Reich y el hostigamiento constante de los que se quedaron en su interior fue el motivo de que, seis años antes de que se desatara formalmente la segunda guerra mundial y cuando los nazis tomaron definitivamente el poder tras las elecciones de marzo de 1933, los propios judíos anunciaran su intención de luchar a partir de ese momento contra Hitler con todos los medios a su disposición. Así lo afirmaba el diario británico *Daily Express*, que, una vez confirmados los resultados de esos comicios, tituló el 24 de marzo: «Mundo judaico declara la guerra a Alemania. Judíos de todo el mundo unidos. Boicot de bienes alemanes.» En la misma línea se pronunció durante un discurso en Nueva York el presidente de la Federación Mundial Económica Judía, Samuel Untermeyer, quien anunció que estaba ya en marcha «una guerra que debe pelearse sin descanso ni cuartel hasta que se dispersen las nubes de la intolerancia, odio racial y fanatismo que cubren lo que fuera Alemania y ahora es Hitlerlandia. Nuestra campaña consiste en uno de sus aspectos en el boicot contra todas sus mercancías, buques y demás servicios alemanes».

Más tarde, durante el conflicto de 1939-1945, diferentes personalidades de origen judío apoyaron decisivamente todo tipo de planes contra el régimen hitleriano, utilizando Estados Unidos como base difusora de sus ideas. Así, en 1941, uno de los ideólogos del sionismo estadounidense, Theodore Nathan Kaufman, publicó su libro *Germany must perish* («Alemania debe perecer»), en el que auguraba que Alemania sería vencida y exigía que, una vez terminada la guerra, el país fuera desmembrado, su población esterilizada y sus soldados utilizados como esclavos durante tiempo indefinido. De esa manera, argumentaba, se evitarían futuros conflictos mundiales. Era la misma tesis de otros autores, como Maurice Leon Dodd y su *How many World Wars?* («¿Cuántas guerras mundiales más?»),

Charles G. Haenoann y *There must be no Germany after war* («No debe haber Alemania tras la guerra») o Einzsig Palil y *Can we win the peace?* («¿Podemos ganar la paz?»). El más interesante de todos estos textos lo firmó, también en 1941, Maurice Gomberg con el título *A New World Moral Order for Permanent Peace and Freedom* («Un nuevo orden moral mundial para [garantizar] la paz y la libertad permanentes»). En esta obra se incluía un mapamundi de cómo debería quedar «ordenado» el mundo una vez terminada la guerra: un mapa en el que encontramos asombrosas semejanzas con el reparto efectivo que se hizo en la Conferencia de Yalta en 1945 entre Roosevelt, Stalin y Churchill. Para empezar, Gomberg dibujaba Europa dividida en dos mitades: a un lado, la Europa occidental bajo el título de Estados Unidos de Europa, y, al otro, la Europa del este bajo el control de la Unión Soviética. En esta parte, la URSS se había anexionado un buen pedazo de Polonia, además de los estados bálticos, Rutenia Transcarpática, Besarabia, Bukovina, Prusia Oriental y Carelia septentrional y, en territorio asiático, las islas Kuriles y el sur de Sajalin. Los estados de China, Manchuria, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Albania, Yugoslavia y Bulgaria aparecían descritos como vasallos de Moscú. También figuraban divididas en dos: Corea, Indochina (los futuros Vietnam del Norte y del Sur) y la capital alemana, Berlín. En cuanto a los imperios ultramarinos del Reino Unido, Holanda y Francia, habían desaparecido para ser sustituidos por territorios independientes o bajo control de Estados Unidos y la Unión Soviética.

A todo ello hay que sumar el llamado Plan Morgenthau diseñado por el secretario del Tesoro del gobierno estadounidense Henry Morgenthau, quien presentó en la Conferencia de Quebec en 1944 su idea para, una vez terminada la guerra, desnaturalizar Alemania y «transformarla en un país nómada y pastoril con un mínimo de agricultura», reduciendo la pobla-

ción a «unos cuarenta millones de habitantes en vez de noventa». No llegó a aplicarse por imperativos de la posterior guerra fría, que obligó a Estados Unidos y sus aliados a utilizar la nueva República Federal de Alemania como primera trinchera frente a la también nueva República Democrática Alemana y el resto de países bajo el control del comunismo soviético.

Todos estos libros y planes fueron muy difundidos en su época y llegaron a ser de conocimiento público en la propia Alemania, donde causaron consternación entre la población civil. Ello podría ayudarnos a comprender por qué la mayoría de los alemanes apoyaron a Hitler hasta el colapso final.

Wunderwaffen

El 30 de junio de 1908, un meteorito cruzó los cielos de Europa y provocó espectaculares sucesos luminosos en diversos puntos del viejo continente. La prensa recogió con grandes titulares el impacto de este cuerpo celeste en algún remoto y desconocido lugar de Siberia. Casi cuarenta años más tarde, en 1946, el científico soviético Alexander Kazantsev escribió un libro en el que contaba la historia de un misterioso explorador de nombre Leonid Kulik que habría organizado en 1927 una expedición en busca del meteorito, hasta encontrar sus restos en un valle lejos de todo lugar habitado, en Tunguska, donde el bosque había sido arrasado por lo que parecía una gigantesca explosión, aunque no había ningún cráter abierto. La obra incluía algunas fotos tomadas en expediciones posteriores, durante los años treinta y cuarenta. Con todo ello, Kazantsev construyó entonces una de las fábulas de mayor éxito popular en el último medio siglo, la de la «explosión atómica de una nave extraterrestre» que tuvo «problemas en su viaje espacial» y al intentar «aterrizar en nuestro planeta se desintegró sobre Tunguska».

Una historia tan fascinante que nadie prestó atención a ciertos detalles. Por ejemplo, que el tal Kulik habría puesto en marcha su expedición el mismo año en el que Stalin asumió el poder en la URSS, en un momento en el que este país no era precisamente un paraíso para la ciencia, puesto que a la durísima y larga guerra civil desatada tras la Revolución le siguió un régimen que ni tenía dinero para patrocinar viajes en busca de meteoritos ni permitía el libre desplazamiento de sus ciudadanos. O que este científico se dirigió directamente a Tunguska, aunque no había testigos de dónde había caído el meteorito. O que recorrió ese camino sin complicaciones a través de la densa tundra boscosa cuando, en el día de hoy, la única forma de desplazarse por la zona es en helicóptero. O que las fotografías que se tomaron en viajes posteriores mostraban el mismo aspecto que si el meteorito hubiera caído tres días antes, cuando se supone que habían transcurrido ya treinta años. (En 1980, una explosión volcánica del monte St. Helen en el estado de Washington desató una fuerza un millón de veces mayor que la de Tunguska, que destrozó media montaña y derribó millones de árboles en un radio de decenas de kilómetros; sin embargo, en sólo quince años los bosques locales se recuperaron con rapidez casi en su totalidad. Conclusión: si la historia de Kulik fuera cierta, ya en 1927 Tunguska se habría recuperado y él nunca habría encontrado nada.)

Y algo más. Cuando se publicó el libro de Kazantsev, Kulik no pudo firmar ejemplares ni recibir un homenaje: según las autoridades soviéticas, a pesar de ser un científico de sesenta años, combatía en primera línea contra los alemanes cuando fue detenido e ingresado en un campo de concentración, donde pereció de tifus en 1942.

Entonces ¿qué sucedió en Tunguska? Investigadores españoles como José Antonio Solís en *El submarino U-234 y la bomba atómica de Hitler* o alemanes como Rainer Karlsch en su

Hitler's Bombe («La bomba de Hitler») plantean la hipótesis más lógica y, por ende, más difícil de aceptar hoy: lo que explotó en Siberia fue una bomba atómica alemana.

Uno de los grandes mitos del final de la segunda guerra mundial es la existencia de las *Wunderwaffen* o *WuWa*, las armas maravillosas con las que la propaganda nazi prometía a los cada vez más desesperados alemanes la victoria final en un conflicto que cada vez parecía más próximo a terminar con una tremenda derrota. Este armamento estaba siendo desarrollado en fábricas secretas a salvo de los bombardeos masivos de los aliados y faltaba poco para que pudiera ponerse en circulación y cambiar las tornas. Algunas de estas armas llegaron a ponerse en circulación, pero a escala reducida, pues no dio tiempo a fabricarlas en serie para suministrarlas a las agotadas tropas. Entre ellas figuraban los primeros cazas a reacción de la historia (los ME 262), submarinos de última generación con instrumental antirradar y antisónar, sistemas de visión nocturna para carros de combate y también individuales. Otras estaban en fase de experimentación y acabaron siendo desarrolladas años después con otro nombre por norteamericanos y soviéticos, que capturaron a los científicos nazis que las crearon y los obligaron a trabajar para ellos, como los misiles intercontinentales A9 y A10 o los bombarderos a reacción intercontinentales, como el Horten XVIII (de diseño idéntico a los posteriores bombarderos «invisibles» de Estados Unidos). Todo el programa de cohetes alemana, del que derivaría la carrera espacial y cuyos ejemplos más conocidos fueron los famosos proyectiles V1 y V2 (más eficaces psicológica que militarmente), también fue absorbido por las potencias vencedoras, que reclutaron y utilizaron a oficiales nazis como Werner Von Braun en Estados Unidos o Hans Kammler en la URSS. El paralelismo, en fin, entre el equipamiento y entrenamiento actual de los *marines* norteamericanos y el de las elitistas unidades de las *Waffen SS* tampoco es casual.

En Nuremberg, el arrogante mariscal Göring llegó a decir a sus jueces las siguientes palabras: «Han tenido ustedes mucha suerte de que la guerra no durara unos meses más.» Sin embargo, las WuWa por sí mismas resultaban insuficientes para cambiar la crítica situación del Tercer Reich. Todas, menos una: la bomba atómica. Nadie quiso reconocer al final de la guerra que Alemania llegó a poseer la bomba atómica, aunque no llegó a emplearla por razones que no han quedado muy claras. Tampoco se dijo que los aliados la consiguieron como botín de guerra porque fueron incapaces de culminar su propio desarrollo atómico: el Proyecto Manhattan, un esfuerzo industrial y científico sin precedentes destinado a crear la bomba basada en la fusión del átomo, que arrancó en 1942. En marzo de 1945, el senador James F. Byrnes redactó un informe para el presidente estadounidense en el que solicitaba la suspensión de las investigaciones ante los «escasos resultados» y el «coste abusivo» de dos billones de dólares de la época. En junio, muchos políticos secundaban a Byrnes, clamando el fin del programa. De pronto, a primeros de agosto se lanzaron con éxito las bombas de Hiroshima y Nagasaki. ¿Qué había ocurrido en esas semanas?

Oficialmente, el Tercer Reich no llegó jamás a desarrollar un programa nuclear con éxito. Ni siquiera científicos germanos destacados como Heisenberg, Hahn, Diebner y Gerlach sabían gran cosa aparte del programa oficial. Incluso el ministro de armamento Albert Speer dijo en Nuremberg que nunca habían dispuesto de semejante arma. Pero una de las características más conocidas de la administración nazi era la independencia y rivalidad con que trabajaban jerarquías de mando diferentes que carecían de coordinación y sólo daban cuentas a los más altos responsables del régimen, a menudo en exclusiva al propio Hitler. Distintas oficinas trabajaban en el mismo asunto por vías diferentes. Este derroche de hombres y material

condujo, sin embargo, a un avance tecnológico espectacular en diversos campos. En lo nuclear, José Antonio Solís destaca la existencia de al menos tres grupos de investigación simultáneos e independientes: el oficial, dirigido por Speer; el alternativo, dirigido por el ministro de Telecomunicaciones Ohnesorge (con la participación del prolífico inventor Manfred von Ardenne, creador del primer microscopio electrónico y padre de la técnica de centrifugación del hexafluoruro de uranio necesario para separar el uranio enriquecido 235), y el secreto, controlado por las SS bajo la dirección del general Kammler. A partir del atentado contra Hitler en julio de 1944, las SS se reservaron todos los proyectos de alto secreto, como el nuclear, ante el temor a la aparición de nuevas conspiraciones contra el régimen.

En 1943, las embajadas alemanas en toda Europa recibieron un comunicado por valija diplomática en el que se les informaba de que había sido realizada con éxito la prueba de una nueva bomba de tamaño reducido y composición mixta de explosivo convencional y materia fisionable, de resultados formidables. Ese mismo año, la Luftwaffe estudió los efectos de lanzar una bomba de este tipo en el centro mismo del barrio neoyorquino de Manhattan. El artefacto lo arrojaría un bombardero Heinkel 177 modificado, dotado de protección antirradiación, un complejo sistema externo de enganche de bombas y... un aspecto muy similar al B29 norteamericano *Enola Gay* que se paseó sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945. Por cierto, los cálculos de los científicos nazis que hoy se conservan coinciden exactamente con los valores en kilocalorías por kilómetro cúbico del efecto de la explosión registrados en la ciudad japonesa (también coinciden las fotos tomadas en los epicentros de Hiroshima y de Tunguska: pinos y estructuras son lo único que permaneció en pie porque la bomba no llegó al suelo, sino que explotó sobre él y sufrieron la onda de choque verticalmente. Además, deflagraron en una

cota similar: Tunguska a unos seiscientos metros de altitud e Hiroshima a 565).

Un año después, en octubre de 1944, el periodista italiano Luigi Romersa, enviado especial de Benito Mussolini, pudo visitar con un permiso especial en Turingia una de las impresionantes fortalezas subterráneas construidas por los alemanes para evitar los bombardeos aliados. Allí contempló las rampas de lanzamiento de los todavía desconocidos V2. Más tarde fue trasladado a la isla de Rügen, en el mar Báltico, cerca de la conocida base de Peenemunde, donde se desarrolló la mayor parte de la investigación en cohetería. En Rügen asistió a una prueba nuclear, cuya explosión fue captada fotográficamente desde varios lugares de la costa báltica y su onda sísmica detectada en Estocolmo. Dos meses después, Mussolini pronunciaba su último discurso público en Milán, en el que habló de las últimas y «extraordinarias» bombas alemanas «capaces de destruir ciudades enteras en un instante».

Solís llega a la conclusión de que Alemania contaba en 1945 con unas pocas bombas atómicas: no las suficientes para emplearlas en el campo de batalla, pero quizá sí como arma disuasoria para llegar a una tregua «honorable» si mostraba su terrible poder y amenazaba con lanzarlas sobre las capitales de los aliados. Por ello, Hitler habría ordenado arrojar una sobre una deshabitada región siberiana: el bombardero volaría la mayor parte del tiempo por una zona libre del acoso de la superioridad aérea enemiga, se evitaba matar civiles (para no provocar un incremento de represalias de los soviéticos, que luchaban ya en territorio alemán), y si el artefacto fallaba y no explotaba, sería casi imposible que alguien lo encontrara en medio del denso y remotísimo bosque siberiano... Sin embargo, Stalin no habló de lo ocurrido con los aliados. Su ejército ocupaba el este de Alemania muy cerca ya de Berlín, no había posibilidad de un ataque atómico masivo y había perdido a veinte millones de ru-

... Quería venganza, no tregua, así que, tras conocer los resultados de la explosión gracias a los informes de su aviación militar, decidió inventar la historia del meteorito de Tunguska y del inexistente viaje de Kulik. Hitler dudó entonces si repetir el ataque, esta vez en Occidente, para mostrar que iba en serio, pero si al fin llegó a tomar la decisión de hacerlo, se encontró sin recursos. Tras su desaparición, el conde Schwerin von Krosigk, efímero ministro de Exteriores del efímero gobierno del almirante Dönitz, comentó: «Hitler no echó mano de la última arma terrible que el Reich tenía a su disposición.»

Lo que sí hizo fue cederla a sus aliados japoneses. El 15 de abril de 1945 partía del puerto noruego de Kristiansend el submarino *U-234* con destino a Tokyo. El norteamericano Carter Hydrick, hermano de un agente de la NSA, publicó su historia parcialmente en Internet en un documento llamado *Critical Mass* («Masa crítica»). A bordo del submarino había 240 toneladas de diverso material, incluyendo dos aviones ME 262 en piezas, miles de planos de cohetes y armas, nuevos fusibles infrarrojos para bombas, bidones de agua pesada y... 560 kilos de uranio fisionable U235: suficientes para construir diez bombas atómicas similares a la de Hiroshima. En el submarino también viajaban varios científicos y dos oficiales nipones que se suicidaron cuando, camino de Japón, Alemania se rindió y el comandante del submarino se entregó a la marina estadounidense en el Atlántico. Al enterarse de lo que transportaba el submarino, apareció un tal «comandante» Álvarez, del ejército norteamericano, que interrogó a la tripulación, inspeccionó la carga y se llevó parte a los laboratorios del Proyecto Manhattan en Los Álamos, Nuevo México. Este «comandante» era Luis Walter Álvarez, el responsable del sistema de detonación del plutonio del proyecto nuclear estadounidense, y pasaría a la historia como el hombre que había resuelto el problema de la implosión del plutonio en el último momento y que recibió el

Premio Nobel de Física por sus descubrimientos en el campo de la tecnología de infrarrojos.

Días después explota en Alamogordo la primera bomba de plutonio, aunque lo que cayó sobre Hiroshima y poco después en Nagasaki fue una bomba de uranio 235. En medio de la euforia general tras la rendición de Japón, uno de los responsables del Proyecto Manhattan, un relajado Robert Oppenheimer, contestó en una entrevista sobre la bomba de Hiroshima que «ya la habían probado los alemanes, no había nada que investigar: sólo usarla». Y el mismo primer ministro británico, Winston Churchill, cuenta en sus memorias que cuando a finales de julio de 1945 él y el presidente norteamericano Harry Truman decidieron contarle a Stalin que disponían de la bomba, la respuesta del dictador soviético fue: «¿También habéis conseguido una bomba atómica? Qué suerte. Esa bomba es tremenda. Tirádsela a los japoneses.»

La herencia

De los numerosos enigmas que quedan por resolver sobre este período sólo apuntaremos uno más: el temor al posible resurgimiento futuro del nacionalsocialismo. Durante mucho tiempo, los supervivientes del *Ragnarök* de 1945 no se dieron por derrotados y soñaron con la posibilidad de establecer un Cuarto Reich «en la sombra», que pudiera recuperarse y emerger algún día de nuevo. Organizaciones como ODESSA habían permitido la huida de un número ingente de nazis hacia España (donde algunos hicieron fortuna, como el audaz Otto Skorzeny, especialista en misiones suicidas como el rescate de Mussolini en el Gran Sasso, que concluyó sus días en la península Ibérica como exitoso y conocido empresario y asesor militar) y América (como Josef Mengele, cruel precursor de los actuales avances

genéticos). Uno de estos fugados podría haber sido el mismo Hitler. El periodista argentino Abel Basti llegó a esa conclusión en su obra *Hitler en Argentina*, donde afirma que el suicidio en Berlín fue «una farsa» y que en realidad habría sido trasladado junto con Eva Braun y varios de sus colaboradores en un convoy de submarinos que desembarcó entre julio y agosto de 1945 en las costas patagónicas. Según Basti, Argentina contaba con una importante comunidad alemana que ya desde 1943 preparó un refugio adecuado para el Führer, un plan para «ponerlo virtualmente en el exilio», en el caso de que la suerte de las armas se tornara en su contra. En su opinión, Hitler vivió cerca de Bariloche y después en Villa La Angostura, una finca del empresario argentino Jorge Antonio, uno de los hombres de confianza del tres veces presidente Juan Domingo Perón. Desde allí se habría trasladado en diversos viajes a las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza y La Rioja, e incluso habría cruzado la frontera para entrevistarse con caudillos paraguayos en la época del dictador Alfredo Strössner.

Hay muchas otras versiones sobre el fin del caudillo nazi: que murió en el atentado de 1944 y desde entonces fue sustituido por un doble, que viajó en submarino hasta una base secreta ubicada en la Antártida, que logró escapar disfrazado de campesino y terminar así sus días sin ser reconocido...

¿Y su herencia genética? Uno de los asuntos que quitó el sueño a los servicios secretos aliados y soviéticos fue la posibilidad de que hubiera tenido descendencia. A lo largo de los últimos sesenta años han aparecido diversos presuntos descendientes: Gisela Heuser, hija de la atleta Tilly Fleischer y el odontólogo Fritz Heuser, aseguró tras la guerra que su verdadero padre fue el Führer, un rendido admirador de los éxitos de su madre en la Olimpiada de Berlín. Otra candidata era una tal Freya, hija de una campesina llamada Frida Worms, de Kleinfurt, quien desde 1935 mantuvo una amistad más o menos ín-

tima con él. Los especialistas consideran más probable la hipótesis de que Magda Göbbels —que adoraba literalmente a Hitler, hasta el punto de que el nombre de todos sus hijos empezaba con «H»— hubiera llegado a ser su amante hasta el punto de que su hijo Helmuth, que según varios testigos tenía gran parecido con el canciller, fuera descendiente suyo. Y, por supuesto, está Eva Braun. En junio de 1945, una noticia de agencia afirmaba que la hasta entonces desconocida esposa de Hitler le había dado una niña y un niño. Fritz Braun, el padre de Eva, contestó en una entrevista a propósito de este asunto: «Que mi hija haya tenido un hijo o haya estado a punto de tenerlo carece de importancia. Lo principal es que Hitler no ha muerto sin sucesor.»

El último candidato —su historia llegó a la prensa española en mayo de 2006— es un electricista español, natural de Granada y llamado Guillermo B., que esgrime un puñado de sorprendentes parecidos familiares, así como la posesión de algunos objetos relacionados con el Tercer Reich y el miedo de su familia a que su historia personal sea conocida por el peligro que podría correr su vida. Según su investigación personal sobre esos objetos, sus fotografías y sus propios recuerdos, su abuelo paterno sería Leo Rudolf Raubal, primo hermano de William Patrick Hitler y el sobrino predilecto de Adolf. Entre las imágenes de las que dispone aparece William Patrick con su propio padre, de nombre también Guillermo, sentado en sus rodillas. Su abuelo materno sería Ernst, el hermano menor de Heinrich Himmler, cuyo extraño final nunca ha sido aclarado. Según la versión oficial, el jefe máximo de las SS se suicidó con una cápsula de cianuro tras ser capturado y un sargento llamado Austin enterró su cuerpo en un lugar desconocido de Lüneburg para que «nadie sepa nunca dónde está enterrado», pero aunque esta historia no fue cuestionada en su momento, no parece normal que las autoridades aliadas no reclamaran el cadá-

ver del líder nazi más importante después de Hitler; lo más divertido es que un reciente estudio sobre los documentos presuntamente elaborados al respecto por el servicio de inteligencia británico parece demostrar que algunos de ellos fueron realizados por una impresora láser (?). En cuanto a la abuela materna de Guillermo B., conserva un asombroso parecido con Hedwig, la secretaria y amante de Himmler. Este hombre ha solicitado a los descendientes de varios dirigentes nazis la comparación de pruebas de ADN para salir de dudas. No le han contestado.

Había una vez...

La traición nunca prospera, ¿cuál será la razón? Que nadie osa llamarla, si prospera, traición.

JOHN HARINGTON,
noble británico ahijado de Isabel I

Nunca como en nuestros días el ciudadano de a pie ha tenido más información de todo tipo (incluyendo la tradicionalmente secreta) a su disposición. El problema es precisamente ése. En la Antigüedad costaba mucho encontrarla, mas cuando uno lograba acceso a ella, sabía que era verídica. Hoy es relativamente sencillo encontrar datos que no concuerdan con la versión oficial, descubrir coincidencias demasiado forzadas o husmear conspiraciones de todo tipo, pero a menudo hay tanta información que es fácil ahogarse en ella. En cualquier caso, la oportunidad está ahí, al alcance de cualquiera. En Estados Unidos existe una mayor sensibilidad al respecto: los ciudadanos norteamericanos tienen graves defectos, pero también encomiables virtudes, y no es la menor de ellas la profunda desconfianza que una gran mayoría de ellos sienten ante los que ejercen el poder y que practican por ejemplo a través de la crítica periodística. Ojalá los europeos aprendiéramos, como hacen los norteamericanos, a contemplar a los que nos dirigen a este lado del Atlántico no como una especie de casta intocable, bienintencionada e incorrupta, sino como unos meros funcio-

narios al servicio del contribuyente que deben rendirnos cuentas por su actuación.

Examinemos el caso de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Una encuesta publicada en agosto de 2004 certificaba que la mitad (algo más del 49 por ciento) de los residentes de la ciudad de Nueva York estaban convencidos de que «algunos de nuestros dirigentes sabían por adelantado que los ataques se producirían y deliberadamente se quedaron de brazos cruzados». Dos años después, con motivo del quinto aniversario de la tragedia, y extrapolando el sondeo a todo el país, más del cuarenta por ciento de los ciudadanos estadounidenses confirmaban que no creían la versión del sesudo informe oficial del suceso que inauguró políticamente el siglo XXI. El porcentaje de incrédulos aumenta cada año que pasa, mientras los comentarios editoriales de los diarios europeos ante este escepticismo popular se llenan de frases paternalistas, como «la paranoia conspiranoica es uno de los frutos perversos del estado anímico de la población norteamericana, todavía paralizada por la magnitud de lo que aconteció aquel día e incapaz de realizar un análisis sosegado y racional de los hechos». Sin embargo, la actitud de estos ciudadanos es perfectamente comprensible cuando el gobierno de su país está representado por un conjunto de individuos que a lo largo de los últimos años han demostrado una muy particular forma de entender en qué consiste ayudar a mantener la paz y la seguridad en el mundo y propiciar el desarrollo sostenible de las naciones.

A raíz del 11-S, la Casa Blanca inició diversos programas de espionaje y operaciones encubiertas que prácticamente daban carta blanca a nivel mundial a determinados grupos especiales de algunos servicios secretos. Uno de estos programas era la instalación o reactivación de centros de detención ocultos en diversos países donde los sospechosos de terrorismo o cualquier otro delito contra la seguridad del Estado podían ser interroga-

dos y retenidos sin ningún tipo de derecho ni protección legal. Las duras condiciones del más conocido, el limbo jurídico de la prisión militar de Guantánamo, nos permite imaginar cómo puede ser la vida de los detenidos en las cárceles secretas de las que no ha trascendido una sola imagen. Varios diarios norteamericanos publicaron en 2005 las primeras informaciones sobre este programa, que adquirieron el nivel de notorio escándalo cuando trascendió que algunos de los centros de detención habían estado ubicados en países de la antigua Europa del Este (aunque la mayoría de ellos estuvieran situados en otros del Tercer Mundo) y que los sospechosos viajaron en vuelos que hicieron escala en aeropuertos bajo control de diversos gobiernos de la Unión Europea, como el británico, el alemán o el español.

Desde el primer momento, el presidente George W. Bush negó la existencia de las cárceles secretas, de los vuelos secretos, de los interrogatorios secretos y del secreto destino final de los detenidos, ninguno de los cuales ha sido liberado hasta la fecha (le habría faltado tiempo para hacerse rico vendiendo su historia a la prensa). Bush bramó contra los diarios estadounidenses, los descalificó y los acusó de mentirosos tras involucrarse una vez más en la bandera de las barras y estrellas. Hablamos del mismo individuo que, finalmente, el 6 de septiembre de 2006 reconoció en público la existencia de esas mismas cárceles secretas, aunque las justificó por el «pequeño número» de detenidos que albergan estas instalaciones y por la importancia de los allí encerrados, ya que entre ellos aseguró que figuraban «sospechosos» de la planificación de los atentados del 11-S y «responsables» —aun sin juicio de por medio— de atentados contra intereses estadounidenses en Yemen, Kenya y Tanzania.

Sinceramente, si fuera norteamericano, ¿se fiaría de la palabra de un presidente capaz de cambiar de opinión de forma tan radical sobre un asunto tan importante como la investigación

del mayor atentado masivo jamás registrado en su país? Y estamos hablando de una sola de sus intervenciones. Entre otras muchas cosas, Bush justificó el programa de espionaje masivo sin orden judicial sobre sus propios ciudadanos, dio luz verde al programa informático de fichaje policial de nacionales de todo el mundo a través de la imposición de los nuevos pasaportes biométricos y sugirió quemar la mayor parte de los bosques para evitar futuros incendios. (Entre paréntesis, ¿cree realmente que este individuo dirige los destinos de Estados Unidos? Ha aparecido en televisión tantas veces que es fácil distinguir los hilos que mueven la marioneta.)

There's no business like show business...

La mayoría de las personas se pregunta todavía qué sucedió exactamente aquella fatídica mañana del 11-S, pero son incapaces de despegarse emocionalmente de los hechos y, además, los medios de comunicación bombardean una y otra vez nuestra morbosa imaginación con las mismas películas, las mismas fotografías y las mismas interpretaciones de lo ocurrido. Mascan el análisis por nosotros y a continuación regurgitan en nuestro plato una papilla preparada que debemos tragar sin rechistar, en el que las cosas tienen un sentido determinado, empezando por la división del mundo entre «buenos» y «malos», e incluyéndonos por supuesto a nosotros en el primer grupo. Y todo ello con el inconfundible sabor de Hollywood, pues no en vano la principal industria estadounidense es la del entretenimiento.

La versión oficial sobre los atentados se puede resumir en la siguiente definición: un grupo de terroristas internacionales, abanderados por la organización Al Qaeda, dirigida por un extremista musulmán de origen saudí llamado Osama Bin Laden

y apoyados por distintos países islámicos y antiamericanos, organizó una serie de ataques contra Estados Unidos utilizando como proyectiles cuatro aviones de pasajeros de líneas comerciales. Dos se estrellaron contra las Torres Gemelas del World Trade Center (Centro de Comercio Mundial) de Nueva York y produjeron su derrumbe y el de algunos edificios contiguos, con unas tres mil víctimas mortales. Otro impactó contra una de las fachadas del Pentágono y causó algo menos de doscientas muertes. El cuarto se dirigía hacia la residencia de verano del presidente George Bush en Camp David, pero el coraje de los propios pasajeros al darse cuenta de cuál era su destino los llevó a rebelarse e intentar tomar el control del aparato, que acabó estrellándose en un paraje de Pennsylvania.

No aportaré una versión distinta. Me limitaré a resumir sólo diez de los cien puntos que podrían detallarse para cuestionar el párrafo anterior. Analice estas informaciones con cuidado y elabore su propia teoría, pero cuidado, si después la compara con la oficial, corre el riesgo de ingresar también en el delirante club de los conspiranoicos (si es que a estas alturas del libro no es ya miembro de honor).

1. En agosto de 2004, la prensa norteamericana publicó alborozada los resultados positivos en el proyecto conjunto de la empresa de telecomunicaciones Qualcomm y la compañía American Airlines para permitir que los pasajeros pudieran utilizar a partir de ese momento sus teléfonos móviles o celulares desde un avión en vuelo gracias al desarrollo de nueva tecnología de telefonía. Uno de los principales directivos de la empresa aérea comentó emocionado que él personalmente había llamado a la oficina, a su esposa y a un amigo en París y que con todos ellos pudo mantener una conversación perfecta. Antes de ello, era casi imposible telefonar desde un avión de pasajeros en vuelo, en altitudes superiores a los 2.400 metros o a una velocidad superior a los 370 kilómetros

por hora... Sin embargo, en la mañana del 11 de septiembre de 2001 varios pasajeros del vuelo 93, como Todd Beamer, Mark Bingham, Jeremy Glick y Edward Felt, junto con otro llamado Peter Hanson desde el vuelo 175, la sobrecargo del vuelo 11 Madeleine Amy Sweeney y, desde el vuelo 77, Barbara Olson, hicieron llamadas desde sus respectivos teléfonos móviles. Felt y Olson llamaron, además, desde los lavabos cerrados con llave. ¿Cómo pudieron hacerlo? ¿Cómo usaron una tecnología que no existía?

2. Casi todas las películas de los ataques contra las Torres Gemelas muestran sólo el impacto del segundo avión contra la Torre Sur, mientras la Torre Norte arde ya después de haber sido alcanzada minutos antes. Sin embargo, existe el llamado «vídeo de los bomberos», en el que se documenta el primer atentado. Lo rodaron los hermanos franceses Naudet, que estaban dirigiendo un documental sobre los bomberos de Nueva York y, mientras filmaban en Canal Street, se sorprendieron ante el paso de un avión que volaba a baja altura sobre sus cabezas. El camarógrafo se incorporó por instinto y así obtuvo una clara secuencia en la que se aprecia el segundo anterior a que el aparato chocara contra el edificio y después la explosión y el desastre. A velocidad normal, este vídeo es espectacular, pero no se ve nada extraño, excepto un breve flash luminoso inmediatamente antes del impacto. Pero analizando fotograma a fotograma, nos encontraremos con muchas sorpresas, hasta el punto de dudar si lo que chocó allí era el vuelo 11 o un aparato más pequeño que disparó varios misiles para simular ser el vuelo 11. La mejor forma de entenderlo es ver el vídeo, en el que se aprecia que la envergadura del avión es bastante inferior al Boeing 767 que se supone que era. Un instante antes del impacto se aprecia una llamarada (el flash luminoso), que podría ser el disparo de un misil que hace un agujero a través del cual desaparece el avión. Sus alas son demasiado pequeñas para cau-

sar grandes destrozos, pero, poco antes de desaparecer en el interior del edificio, dispara dos proyectiles más desde algún lugar cerca de la cola: uno a la izquierda y otro a la derecha. Los tres agujeros provocados por sendos proyectiles son los que crean el tajo en el edificio. Al mismo tiempo, en el otro lado del rascacielos se ve, algunos fotogramas después, un chorro de humo blanco y polvo, se supone que por el impacto interior del avión, pero el chorro no está orientado de acuerdo con la trayectoria del aparato sino que sale en ángulo recto a la fachada, como si fuera la explosión de una bomba. Además, no vemos llamas anaranjadas ni nada similar al impacto del segundo avión que, ya con televisiones de todo el mundo retransmitiendo en directo, produjo una espectacular bola de fuego, repetida después hasta la saciedad desde todos los ángulos en varias filmaciones.

3. Ese segundo avión, el vuelo 175, también nos dejó una imagen extraordinaria en el instante previo al impacto. Observando con detenimiento los fotogramas de la toma que hizo en directo la cadena norteamericana CNN, se puede apreciar el extraño dispositivo que lleva debajo de su ala derecha, muy cerca del fuselaje. Parece una tercera turbina conectada por tuberías con la sección de la cola y tiene una boquilla en la parte delantera. En el momento en el que el morro del avión impacta contra el edificio, la boquilla dispara un chorro de fuego. Si comparamos las explosiones del vuelo 11 y la del 175, se aprecian grandes diferencias en cuanto a la extensión de los daños, lo que resulta más bien raro, teniendo en cuenta que ambos eran el mismo tipo de avión, tenían la misma ruta y habían volado cerca de cuarenta y cinco minutos antes del choque. Es decir, sus respectivos impactos tenían que haber producido el mismo efecto, lo que no sucedió. La Torre Sur sufrió un atentado más brutal porque todo parece indicar que el vuelo 175 había sido sustituido por otro avión cargado de combustible y

provisto de un sistema —la tercera turbina con boquilla— de ignición que garantizara una imagen tan terrible como inolvidable en los primeros atentados terroristas transmitidos con todo lujo de detalles por televisión. Si los aviones de pasajeros originales fueron sustituidos por estos aparatos especialmente diseñados para los atentados, ¿qué ocurrió con los verdaderos? Misterio.

4. Los cálculos oficiales aseguran que los aviones que impactaron contra las torres (si es que fueron realmente eso, los dos Boeing 767 que nos dijeron que eran) se estrellaron a más de 560 kilómetros por hora contra los edificios. Tal vez una construcción normal se hubiera venido abajo en ese mismo momento, pero estos rascacielos estaban diseñados para aguantar diversas emergencias, entre ellas precisamente un siniestro así. A pesar de ello, tras un corto incendio (cuando la Torre Sur fue alcanzada, las llamas de la Torre Norte se habían reducido a un humo negro —esto es, de baja temperatura—), ambas se desmoronaron. ¿Es posible que unas estructuras de acero reforzado y hormigón que aguantaron los impactos sin apenas inmutarse se cayeran como lo hicieron, y a la velocidad que lo hicieron, prácticamente en caída libre en poco más de diez segundos, una hora más tarde? Se supone que los incendios las debilitaron porque el combustible de los aviones ardió a tan alta temperatura que fundió las columnas de acero que las sostenían. Pero nunca, en toda la historia de los rascacielos, se había derrumbado uno (ni nunca se ha vuelto a derrumbar por un incendio, como demostró el que consumió la Torre Windsor en Madrid en 2005), porque para eso se utiliza en su construcción acero reforzado que no se funde por debajo de los 1.500 grados centígrados. Ni siquiera el combustible de un reactor, queroseno refinado, arde más allá de los ochocientos grados. Eso lo sabían los bomberos de Nueva York y por ello entraron resueltamente al interior de los edificios en llamas. El «infierno

de calor» que se supone derritió la estructura interna de los edificios no impidió, de hecho, que algunas personas se asomaran a través de la zona afectada para pedir auxilio tal y como reflejan las fotografías tomadas poco después de los atentados.

5. Cuando las torres se derrumbaron en medio de una niebla de cascotes y polvo, los pisos superiores a los afectados por los impactos aéreos desaparecieron literalmente. ¿No deberían haber chocado en tierra como un bloque compacto de miles de toneladas de hormigón y acero? Pues se evaporaron, igual que los pisos inferiores, en medio de una amalgama de pequeños escombros. Diversos supervivientes de la tragedia que pudieron abandonar a tiempo los rascacielos, como el empleado de limpieza William Rodríguez o varios de los bomberos que trabajaban en la zona, testificaron haber oído «fuertes detonaciones» en el sótano de los edificios apenas unos minutos antes de que se vinieran abajo, colapsando sobre sí mismos de manera ordenada. Rodríguez dice estar «seguro de que no cayeron por el impacto de los aviones. Posiblemente había explosivos en el interior y por eso se derrumbaron como lo hicieron». Sin embargo, este tipo de testimonios fueron sistemáticamente rechazados en la investigación oficial. Uno de los pocos ingenieros civiles que, sorprendido, se atrevió a sugerir en público en una entrevista el hecho de que las torres se habían caído como lo harían en caso de haber sido demolidas con explosivos («una cantidad relativamente pequeña puesta en puntos estratégicos del edificio»), se retractó misteriosamente diez días después de haber defendido esta tesis. Aún más, el World Trade Center estaba compuesto por siete edificios. Técnicamente, las torres eran el Edificio Norte o Uno (WTC1) y el Sur o Dos (WTC2). Aun aceptando que ambos se desmoronaran por el calor generado por el impacto de los aviones, nadie ha explicado todavía por qué se derrumbó también el WTC7: el séptimo de los rascacielos de la zona, de 47 pisos de altura y que no fue alcanza-

do por aparato alguno, ni sufrió ningún incendio ni tampoco resultó afectado por ningún pedazo de escombros gigantesco que justificara su destrucción (los edificios 3, 4, 5 y 6 recibieron numerosos fragmentos de las torres, pero ninguno de ellos se cayó). Según se ve en los vídeos grabados en aquella dramática jornada, se derrumbó sobre sí mismo (prácticamente en caída libre: sólo tardó seis segundos y medio), exactamente igual que lo hicieron las torres. Exactamente igual que se derrumban todos los edificios dinamitados a propósito con las técnicas de demolición controlada. Es interesante saber que en el WTC7 estaba la Oficina de Dirección de Emergencias de la ciudad de Nueva York, uno de los centros de su clase más sofisticados del mundo que había sido inaugurado por el alcalde Rudolph Giuliani en junio de 1999 y donde se recogieron datos clarificadores sobre lo que estaba ocurriendo que se perdieron en la catástrofe. Andreas von Bülow, experto en inteligencia y antiguo ministro de Defensa durante el gobierno del canciller federal alemán Helmut Schmidt, sentenció en una entrevista que, considerados todos los aspectos de los ataques, la única conclusión coherente era que «la versión oficial muestra tantos errores que no cabe duda de que el “trabajo” se hizo desde dentro», en referencia a algún grupo de los servicios secretos norteamericanos. A su juicio, el edificio número 7 fue utilizado como centro de operaciones del comando encargado del atentado para guiar por control remoto los aviones-misiles y, posteriormente, fue demolido para destruir las evidencias. Por cierto, uno de los dueños de la empresa de seguridad encargada de proteger el complejo del World Trade Center y, casualmente, también de las dos compañías aéreas cuyos vuelos fueron secuestrados era en el momento de los atentados Marvin Bush... hermano de George W. Bush.

6. El gobierno estadounidense mintió al decir que jamás nadie había previsto nada similar a lo que sucedió el 11-S. La

prensa israelí descubrió la existencia de una «novela futurista» publicada por un ex agente del Mossad, el servicio secreto exterior de Israel, que se titulaba *Operación Hebrón*, y en la que ya se describían ataques aéreos terroristas a las Torres Gemelas, el Pentágono, el Capitolio y la Casa Blanca. La inspiración para esta novela provenía, según el autor, de informes preventivos de la CIA. Y en el verano de 2005, el ex sargento del Ejército de Estados Unidos Timothy McNiven denunció el acoso al que estaba siendo sometido por el FBI a raíz de sus comentarios públicos sobre un proyecto financiado por el Congreso en 1976 en el que estuvo trabajando su unidad militar durante seis meses bajo el mando del oficial comandante Michael Teague. El proyecto se llamaba Plan Terrorista Perfecto y habría sido encargado por el gobierno estadounidense de la época para que los expertos militares analizaran un escenario en el que terroristas incontrolados usaban aviones de pasajeros para estrellarlos contra el WTC. ¿Era factible técnicamente? ¿Qué daños producirían? ¿Qué impacto psicológico tendría en la población? El objetivo oficial de la investigación era estudiar los fallos de seguridad en la zona y resolverlos. Cuando el plan se hizo realidad veinticinco años después de su diseño, McNiven se quedó petrificado, pero aún más cuando al comentarlo en público empezó a ser acosado por los agentes secretos. Otro caso de conocimiento previo es el de René Welch y Ronald Logsdon, dos científicos que trabajaron para la NASA, que afirman fueron advertidos en 1987 por dos de los hermanos de la familia Bin Laden (socios de los Bush y de otros importantes clanes familiares norteamericanos en el negocio del petróleo) acerca de las intenciones de la Casa Blanca de aprovechar un atentado de estas características para provocar una conflagración general en Oriente Medio que diera paso a otra de alcance mundial, dentro de un plan titulado Limpieza Global 2000. Su principal objetivo sería reducir significativamente la pobla-

ción del planeta ante la creciente escasez de recursos; un plan similar ya fue estudiado durante la presidencia de Jimmy Carter. Y un dato más: David Schippers, principal fiscal de la acusación del ex presidente Bill Clinton, también declaró haber recibido advertencias de agentes del FBI seis semanas antes de los atentados que incluían tanto la fecha como los objetivos. Estos agentes habían acudido a él porque la oficina central del servicio secreto no sólo había paralizado sus investigaciones sino que amenazaba con procesarlos si las hacían públicas. El entonces secretario de Justicia, John Ashcroft, con el que Schippers intentó contactar en repetidas ocasiones para comentar el asunto, nunca se le puso al teléfono. El periodista William Norman Grigg confirmó la información de Schippers tras entrevistarse con otros tres agentes y publicó un artículo en el que textualmente sentenciaba: «Todo el FBI estaba al corriente de la información proporcionada a Schippers antes del 11 de septiembre.»

7. Una de las partes más endeble de la versión oficial es la del vuelo 77 que se supone impactó contra el Pentágono. Si usted fuera un piloto suicida, lo lógico es que buscara el mayor daño posible sobrevolando el Pentágono y, una vez encima de él, se arrojase en picado sobre un gran blanco que no podría detenerle por la simple fuerza de la gravedad. En lugar de ello, se relata que el aparato voló en rumbo de colisión contra la fachada del ala oeste (que, además, en aquel momento estaba en reformas y, por tanto, se hallaba casi vacía de personal y de material sensible: ¡mala suerte para los terroristas!) sin que el radar y las baterías antimisiles de última generación que rodean el cuartel general del ejército más poderoso del mundo fueran capaces de reaccionar y sin que de la cercana base aérea de Andrews fuera incapaz de despegar un solo avión de caza para interceptar la amenaza. Nadie ha explicado cómo es posible que un Boeing 757 se volatilizara por completo (no quedaron res-

tos de la cola ni las alas, pese a que el agujero que presuntamente provocó apenas habría sido suficiente para «tragar» la parte delantera del aparato) en este choque, después de volar a muy escasos metros del suelo sin llevarse por delante los coches ni el césped sobre los que se supone pasó. Las propias cámaras de vigilancia del Pentágono muestran el momento de la explosión contra la fachada, pero en ninguno de los fotogramas aparece imagen alguna del avión de pasajeros. Quizá las cámaras de seguridad en una gasolinera próxima sí captaran qué fue lo que de verdad impactó allí, pero el FBI confiscó los vídeos inmediatamente después del ataque y nunca los ha hecho públicos. El libro que mejor describe lo ocurrido allí es *La gran impostura*, del francés Thierry Meyssan, uno de los primeros investigadores que aportó datos contundentes cuestionando la versión oficial.

8. El vuelo 93, que se dirigía hacia Camp David en teoría con objeto de estrellarse allí también, acabó cayendo en Pennsylvania, sobre unas tierras de cultivo, en circunstancias poco claras. Se acepta hoy la teoría de los «pasajeros héroes», que se enteraron de lo que estaba ocurriendo en otras ciudades y trataron de recuperar el mando del aparato en poder de los piratas aéreos para cambiar el rumbo o, en su defecto, sacrificarse estrellándose ellos y evitando más víctimas. Dejando aparte el extraño caso de que un grupo de terroristas conocieran los códigos de seguridad y el rumbo exacto hacia la superprotegida residencia presidencial de vacaciones, llama la atención que los pedazos del avión aparecieran desparramados a lo largo de doce kilómetros: muchos kilómetros para un siniestro en el que los restos deberían haberse encontrado en un radio de acción mucho más reducido, a no ser que el avión no se estrellara entero sino en pedazos. Es decir, que lo derribaran los misiles de los aviones de caza que protegen Camp David, en cuyo caso sí hubiera sido posible que se fragmentara en trozos suficientes para

sembrar semejante distancia. Pero si fue así, ¿cómo es que sí funcionaron las defensas de una residencia en ese momento desocupada, porque el presidente no estaba en ella, y no lo hicieron las del Pentágono? Y ya que hablamos de Bush, recordemos que su agenda oficial para el día era pública: se sabía que iba a estar en una escuela de Sarasota, en el estado de Florida. Pero ninguno de los ataques fue contra su persona, pese a encontrarse muy cerca, a unos ocho kilómetros, del aeropuerto internacional de la localidad. De hecho, y según se pudo apreciar en directo en las imágenes de televisión, siguió leyendo con total tranquilidad a los alumnos un cuento infantil sobre una cabra, pese a que los agentes de su servicio secreto le informaron de que eran dos los aviones estrellados contra el WTC. ¿Le parecía más interesante la historia de la cabra que las dramáticas noticias que le estaban facilitando sobre lo que ocurría en Nueva York? La sangre fría se le acabó poco después, porque estuvo varias horas literalmente «desaparecido».

9. Más allá de la vehemente adjudicación al nebuloso grupo de Al Qaeda, la autoría concreta de los atentados nunca ha quedado del todo clara. Las embajadas de Estados Unidos en varios países árabes fueron saturadas de indignadas llamadas telefónicas de personas que vieron sus fotos publicadas en periódicos de todo el mundo como presuntos autores de los ataques, cuando permanecían en sus respectivas casas en Arabia, Túnez o Yemen. En cuanto a los Mohamed Atta, Maruan al-Shehhi y demás acusados de protagonizar los secuestros y posteriores ataques, se ha demostrado que algunos de ellos habían hecho un curso de varios meses para aprender a pilotar pequeñas avionetas y acumular en torno a una veintena de horas de vuelo. Pero todos los pilotos veteranos consultados coinciden a la hora de opinar que carecían de capacidad suficiente para guiar grandes aviones a baja altura y acertar en semejantes blancos. Lo cierto es que cinco años después del 11-S, la justicia es-

tadounidense sólo ha sido capaz de sentar en el banquillo de los acusados a una sola persona: un marroquí de nacionalidad francesa llamado Zacarías Moussauí, sentenciado a cadena perpetua por su implicación todavía no se sabe hasta qué punto de la trama, y que niega haber participado en los hechos. Por no existir, ni siquiera existe un vídeo de Osama Bin Laden (enfermo de insuficiencia renal crónica, o sea, sin posibilidad de sobrevivir sin diálisis, y en teoría acorralado en Afganistán) o de sus principales lugartenientes en el que diga claramente: «Sí, lo hicimos nosotros y lo hicimos de esta manera», explicando quién hizo qué, dónde, cómo y cuándo. Los sucesivos mensajes de Al Qaeda en los últimos años se han limitado a representar su papel de «los malos de la película», amenazando a Estados Unidos, Israel y la Unión Europea con desatar todo tipo de males parecidos, pero sin demostrar su directa responsabilidad en lo ocurrido.

10. Algunas de las consecuencias del 11-S resultan llamativas si se observan de forma global. La Casa Blanca consiguió la excusa perfecta para impulsar su plan de democratización forzada del mundo islámico, aun a costa de guerras sucesivas como las que mantiene en Afganistán, Iraq y —apoyando a Israel— Oriente Medio, además de controlar las reservas de petróleo de la región, así como la distribución de gas desde Asia Central hasta Pakistán y la India. (Y no sólo de recursos energéticos: nadie osa decirlo en voz alta, pero el régimen talibán había suprimido por razones religiosas la producción de opio y, tan sólo un par de años después de ser derrocado por su declarado apoyo a Al Qaeda, Afganistán volvía a convertirse en el productor y exportador de más de las tres cuartas partes del género básico para crear la heroína que se distribuye en todo el mundo y que mueve un mercado de cientos de miles de millones de dólares anuales.) A ello hay que sumar el alimento al rencor y la rabia contra Occidente en su conjunto por parte de

las sociedades islámicas, de acuerdo con el objetivo de ciertas sociedades secretas oscuras de desatar un conflicto de dimensiones mundiales desempolvando los ajados roles empleados en las cruzadas medievales. Dentro de los mismos Estados Unidos, el gobierno logró implantar la llamada *Patriot Act* (Ley Patriótica), por la cual las libertades civiles del ciudadano norteamericano —y del resto de ciudadanos que se encuentren por trabajo o turismo en territorio estadounidense— se han visto recortadas hasta el punto de violar límites constitucionales. Sólo por el hecho de que un agente policial o de seguridad afirme que una persona es sospechosa de participar en un grupo terrorista, ésta puede ver intervenidos su teléfono, su correo y sus cuentas, cuando no es arrestado preventivamente y trasladado sin intervención judicial alguna a una cárcel, secreta o no. La situación actual se ha vuelto tan peligrosa que son algunos de los propios estadounidenses los que están empezando a reaccionar, como el director Dylan Avery, el productor Korey Rove y el investigador Jason Bermas, autores de uno de los principales éxitos del cine casero de Internet: *Loose Change* («Oportunidad perdida»). En la cinta plantean algunos de los interrogantes que hemos resumido y añaden otros, como por qué se informó de que el avión derribado en Pennsylvania había aterrizado en realidad en Cleveland, por qué el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, recibió tres meses antes de los ataques la potestad expresa para ordenar la destrucción de aviones secuestrados o por qué el presidente Bush no quería crear una comisión de investigación de los peores atentados de su historia. Rove advierte: «El 11-S es el caso JFK de nuestra generación.»

En cierto modo tiene razón. Es posible que sólo sepamos quién fue el autor real de los ataques el mismo día en el que confirmemos quién asesinó a John Fitzgerald Kennedy, a su hermano Robert, a Martin Luther King o a Abraham Lincoln. El mismo día que alguien explique por qué exactamente George

Washington, como ex oficial británico, traicionó el juramento a su rey y a su país para encabezar la rebelión de una lejana colonia en principio poco viable, además de cometer luego diversos actos poco honorables y nunca publicitados, como respaldar la matanza de indios norteamericanos en el territorio de lo que hoy es el estado de Ohio para luego poder reclamarlo para su naciente Unión. O por qué Thomas Jefferson, otro de los padres fundadores y firmante de esa Declaración de Independencia que recoge frases tan hermosas como «todos los hombres nacen iguales y tienen derecho a la vida, a la libertad y a perseguir la felicidad», poseía 180 esclavos y podía razonar al mismo tiempo en uno de sus escritos que el destino de los negros era el de seguir ligados a la esclavitud, ya que «carecen de capacidad de autocontrol, reflexión racional y devoción hacia una comunidad mayor» (es el mismo Jefferson que tuvo un hijo con una de sus esclavas negras y no se le ocurrió otra cosa que emplearlo como su lacayo personal). O por qué Woodrow Wilson, que llegó a la presidencia basándose en su firme promesa de no participar en la primera guerra mundial, lo primero que hizo tras ser elegido fue implantar el reclutamiento forzoso y buscar la oportunidad para enviar sus soldados a Europa, pese a tener a la opinión pública mayoritariamente en contra. O por qué Franklin Delano Roosevelt permitió el ataque japonés sobre la base estadounidense de Pearl Harbor, y con él la muerte de tres mil personas y el hundimiento de buena parte de su flota, sabiendo a ciencia cierta que se iba a producir. O por qué...

Cómo convertirse en propagandista de guerra en diez lecciones

Para controlar a la gente no basta con cambiar la Historia y contar sólo la parte que interesa. Tampoco es suficiente encarar la comisión de actos espectaculares y dramáticos que con el

tiempo se olvidan. Es imprescindible un sistema de propaganda fluido que mantenga a los ciudadanos en constante tensión y reserva hacia cuanto proceda de otras fuentes que no sean las de su propio gobierno: el único que sabe cuidarlos, mimarlos, educarlos y ayudarlos. O que parece que lo hace. «Estados Unidos sigue siendo una nación en guerra», repite cada cierto tiempo George W. Bush. Y una nación en guerra necesita una propaganda adecuada.

En 1928, el barón británico lord Arthur Ponsoby publicó un libro demoledor, *Falsehood in Wartime* («Mentiras en tiempos de guerra»), en el que explicaba cómo se organiza, utiliza y rentabiliza la propaganda de guerra: la dirigida tanto contra el enemigo como sobre los ciudadanos propios. En esta obra se negó a echar la culpa de la primera guerra mundial única y exclusivamente a las potencias centrales y, en especial, a Alemania, tal y como era norma obligada entre sus contemporáneos, sino que repartió las culpas de manera equitativa y explicó que todas las naciones que participaron en el conflicto tenían parte de responsabilidad y habían utilizado la mentira, la exageración y el engaño para movilizar a los suyos y atacar a los otros. Por ello fue vilipendiado en su propio país y su obra perseguida y silenciada en la medida de lo posible. Ponsoby conocía bien los entresijos del poder, ya que su padre había sido secretario particular de la reina Victoria y él mismo había nacido en el castillo de Windsor. Contrario a la intervención del Reino Unido en las dos guerras mundiales, cofundó en 1914 una interesante iniciativa: la Union of Democratic Control (Unión para el Control Democrático), con la que intentó denunciar públicamente las desviaciones de la diplomacia británica. Con el mismo objetivo fundó más tarde la revista mensual *Foreign Affairs* (Asuntos extranjeros). Volviendo a su libro, lord Ponsoby tuvo una influencia decisiva en los escasos autores que, tras él, se han atrevido a profundizar en esta línea de investigación. Tal vez el

trabajo más pulido sea el que setenta años después elaboró la historiadora belga Anne Morelli, quien aplicó los puntos descritos por el británico a conflictos militares posteriores y descubrió que «cada uno de los principios elementales de la propaganda de guerra [...] se utilizaron con regularidad en los distintos conflictos, incluso en los más recientes». En consecuencia, Morelli decidió redactar la que puede considerarse como verdadera continuación de la obra de lord Ponsoby: *Principes élémentaires de propagande de guerre* («Principios elementales de la propaganda de guerra»), que sintetiza en diez capítulos sendos puntos de partida para manipular con éxito a propios y extraños en «guerras calientes, frías e incluso tibias».

Primero: *Nosotros no queremos la guerra, nunca la hemos querido*. En el curso de la historia moderna, ningún mandatario en su sano juicio ha hecho declaración alguna de desear la guerra contra otro Estado. Hasta el más feroz de los tiranos se limita a expresar en público su deseo de hallar la paz, aunque esté deseando que estalle el conflicto para intentar cumplir sus propósitos ocultos (por razones en general económicas, pero también territoriales, por fanatismo religioso o ideológico y hasta por venganza histórica). Como mucho, define la guerra como el «último recurso», sin especificar que en la lista de recursos sólo hay uno. Ejemplo: en 1999, la propaganda occidental aseguraba que las autoridades yugoslavas habían «desafiado» a la OTAN y la «empujaban a responder con violencia» para evitar una campaña de «purificación étnica» de los serbios contra los albaneses de Kosovo. La organización «no quería» atacar territorio yugoslavo, pero se veía «forzada» a evitar la «destabilización de los Balcanes» (muchos editoriales de la época relacionaban sin fundamento la delicada situación de la Europa de principios de siglo xx con la de finales del mismo en la región balcánica). Años más tarde, la OSCE, Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, confirmó la existen-

cia de documentos según los cuales, cuando el 24 de marzo la Alianza Atlántica empezó a bombardear Yugoslavia, y sólo entonces, el gobierno de Slobodan Milosevic reaccionó mediante una campaña de violencia contra la mayoría albanesa de Kosovo. Antes de eso, la violencia policial contra pequeños grupos de albaneses se limitaba a hechos aislados, muy lejos de la «purificación étnica».

Segundo: *El adversario es el único responsable de la guerra: échenle a él la culpa de lo que pase.* Este principio es, en cierto modo, la continuación del anterior; si yo no quiero la guerra y ésta se desata, la culpa es del otro. Cada uno de los bandos en conflicto insiste —sobre todo al final, si se encuentra entre los vencedores y, por tanto, puede imponer su punto de vista— en que no dio el primer golpe y que si después de todo resulta que sí lo dio, fue porque el enemigo le obligó a ello para evitar las funestas consecuencias de un primer ataque del rival. Los expertos militares dicen que es relativamente fácil deducir quién dio el primer paso: suele ser el bando que cree poder ganar la guerra porque cuenta con ventajas estratégicas suficientes (rapidez de su ofensiva, más y mejor armamento, condiciones internacionales favorables a sus posiciones, etcétera). El artículo 231 del Tratado de Versalles obligaba a Alemania y sus aliados a reconocerse como únicos responsables de la primera guerra mundial, pero, años más tarde, el presidente italiano Francesco Nitti confesó, desde el bando de los vencedores, que esta culpabilidad exclusiva era mentira: «Afirmamos eso durante la guerra y fue una arma para ser utilizada en esta época; ahora que la guerra ha terminado, no podemos tomarlo como un argumento serio.»

Tercero: *El enemigo tiene el rostro del diablo, quizá porque es una de sus encarnaciones.* Suele decirse que hace más daño el tacón de un zapato de aguja que el pisotón de un elefante: concentrar la fuerza en un solo punto hace que un golpe sea verda-

deramente doloroso. Así que siempre resulta útil personificar a un país enemigo en la cara de su líder y convertir a éste en una especie de supervillano. De esta forma se anulan las dudas y, en especial, la identificación que nuestros soldados y ciudadanos pudieran sentir hacia los de la población enemiga, que en el fondo son personas exactamente iguales que ellos y que, de la misma forma, se han visto arrastradas a un conflicto en el que no tienen nada que ganar a nivel personal. En consecuencia, el líder enemigo debe encarnar todas las maldades del mundo y recibir todo tipo de descalificaciones sobre su capacidad de mando y organización, su fiabilidad personal, su moralidad e incluso su salud mental. Todos los adjetivos denigrantes se quedan cortos a la hora de fijar la imagen de crueldad y brutalidad de este sujeto que carece de cualquier virtud; se muestra insensible incluso con sus propios compatriotas y con sus seres queridos, sufre tendencias homicidas y a veces suicidas, y cuya monstruosidad le lleva al borde de la locura. Ejemplo: durante la guerra civil española y la subsiguiente dictadura, los franquistas descalificaron por sistema a los dirigentes de izquierdas (Azaña era «un pusilánime incapaz y rencoroso»; Negrín, «un chulo miserable y un traidor»; Durruti, «un sádico asesino»...), pero finalizada la llamada «transición política» y consolidada la democracia en España, los historiadores y analistas con simpatías republicanas han firmado multitud de libros y documentales en los que se utiliza el mismo lenguaje aplicado a los dirigentes del otro bando (Franco era «un pusilánime incapaz y rencoroso»; Queipo de Llano, «un chulo miserable y un traidor»; Millán Astray, «un sádico asesino»...).

Cuarto: *Si vamos a la guerra, es por una causa noble, al contrario que el enemigo.* El móvil básico en nueve de cada diez guerras es el económico. Sin embargo, no se despierta el patriotismo de los ciudadanos y su motivación para alistarse invocando la necesidad de arrebatarse al país vecino tal o cual

provincia para favorecer las posiciones propias en los mercados internacionales. Hoy en día, cuando se supone que somos ciudadanos con derechos en países democráticos con parlamentos elegidos (que a menudo son ignorados por los gobiernos a la hora de implicarse en un conflicto) nadie puede obligarnos a tomar las armas si no se nos convence previamente con una buena causa. Por eso se enmascara el móvil real, presentando otros llenos de buenas intenciones: la independencia o el honor del país, su libertad e incluso el auxilio a naciones indefensas que han sido agredidas y nos piden ayuda. Ejemplo: para convencer a la opinión pública norteamericana de la necesidad de ayudar al Kuwait invadido por Iraq en los meses previos a la primera guerra del Golfo, dirigentes kuwaitíes contrataron a la firma publicitaria Hill & Knowlton a fin de que diseñara una campaña de prensa favorable. Uno de los puntos clave de esa campaña pasaba por difundir el horroroso relato de unos bebés kuwaitíes que habían muerto en un hospital tras ser salvajemente sacados de sus incubadoras por los soldados de Saddam Hussein. Esta historia se utilizó en el Congreso de Estados Unidos y en la ONU y fue citada por el propio presidente norteamericano George Bush senior para demostrar la necesidad de parar los pies a semejantes bárbaros, hasta que se descubrió que era una mentira. Pero para entonces, los sondeos en Estados Unidos ya daban el visto bueno a la intervención: ¡había que salvar al pequeño agredido por un matón tan brutal!

Quinto: *El enemigo provoca atrocidades a propósito; si nosotros cometemos alguna, es por error y, desde luego, involuntariamente.* La guerra es, sin duda, la mayor escuela del crimen para el ser humano. La persona decente y honrada que en la vida civil se comporta de acuerdo con la ley y a la que no se le ocurriría decir una palabra más alta que otra se convierte en pleno fragor bélico en un robot asesino —mato o me matan— capaz de destruir, incendiar, saquear, violar y aniquilar... y de hacer-

lo, además, sin plantearse ninguna objeción moral, puesto que declina la responsabilidad de sus actos, por vandálicos que éstos sean, en los mandos que le dirigen. Después, la propaganda se encargará de trasladar esa responsabilidad todavía más lejos: directamente hacia el enemigo. Por supuesto, si éste hace lo mismo que nosotros, es condenado de inmediato. Nosotros «liberamos» territorios y el enemigo los «ocupa»; guerreamos «para conseguir la paz», mientras que en el otro lado se lucha «porque quieren imponernos su tiranía»; facilitamos «información verídica» frente a la «propaganda» de ellos, aunque a veces nos equivocamos y provocamos «daños colaterales», no como el enemigo, que provoca un «genocidio»; «enterramos» a los «caídos» en «cementerios», pero el bando contrario «oculta» las «víctimas» en «fosas comunes»; en ocasiones «se produce» un «desplazamiento de población» de los civiles enemigos, mientras que el enemigo practica por sistema la «depuración étnica»... Luchamos por la «civilización», porque somos nobles, viriles y caballerosos, mientras que ellos quieren «imponer la barbarie» porque son un «hatajo de bandidos, sinvergüenzas y criminales». Ejemplo: una de las fábulas acerca de las barbaridades presuntamente cometidas por soldados alemanes durante la primera guerra mundial aseguraba que se entretenían cortando sádicamente las manos de los niños durante la ocupación de Bélgica. Se publicaron cientos de cuentos de terror de este estilo que motivaron la indignación en la opinión pública de los países aliados, pero tras la guerra, el mandatario británico Lloyd George confesó haber encargado «minuciosas investigaciones en cuanto a la veracidad de estas acusaciones, en algunas de las cuales se habían especificado nombres y lugares». El resultado: «Todos los casos, todos los objetos de nuestra investigación, eran inventados.»

Sexto: *El enemigo utiliza armas no autorizadas por las convenciones de la guerra.* Es una aplicación del anterior principio:

nosotros luchamos «legalmente» como si fuéramos caballeros en un torneo medieval a tres lanzas, pero el enemigo está dispuesto a todo para vencer y recurre al armamento más vil con tal de adquirir ventaja. Es más, dedica un gran esfuerzo al desarrollo de tecnologías malévolas con tal de utilizarlas en nuestra contra. Una guerra es una situación de máximo estrés no sólo para los contendientes considerados de manera individual sino para los países que se enfrentan el uno contra el otro y cuyas respectivas sociedades se ven sometidas a la máxima presión en busca de todo tipo de recursos. En consecuencia, no es extraño que una época bélica coincida con una extraordinaria creatividad tecnológica que da a luz numerosas invenciones en principio pensadas para sumarse al esfuerzo de guerra, aunque más tarde tengan otras aplicaciones civiles beneficiosas. En estas circunstancias, ¿qué es una arma «ilegal»? Obviamente, la que nosotros no tenemos y el enemigo sí. En caso de que no podamos desarrollarla y utilizarla nosotros también, hay que descalificarla cuanto antes, tildando su uso de «cobarde», «malintencionado» e «inhumano», sobre todo si resulta eficaz. Aquí también se incluye el desarrollo de tácticas y estrategias novedosas que han de ser utilizadas como clara muestra de la maldad del enemigo... hasta que podamos emplearlas nosotros también. Ejemplo: el bombardeo de la localidad de Guernica durante la guerra civil española por parte de la Legión Cóndor alemana, el primer bombardeo militar con armas convencionales de una población civil con más que dudoso interés militar y en el que murieron unos centenares de personas, fue severamente criticado y despreciado por las democracias occidentales, que no dudaron en arrasar años más tarde ciudades alemanas como Dresde, igual de desarmadas, pero esta vez con bombas de fósforo, en ataques en los que perecieron centenares de miles de civiles.

Séptimo: *Nosotros sufrimos muy pocas pérdidas, pero las del enemigo son enormes.* El sueño de cualquier comandante es ga-

nar la batalla y hacerlo, además, con un mínimo o nulo número de bajas propias, mientras que el otro bando pierda cuantos más efectivos mejor. Siempre es más fácil conseguir el apoyo de nuestra población y nuestros aliados, y mantener elevada la moral de nuestras tropas, si nuestro ejército demuestra estar «a la altura de las circunstancias» y cosecha victoria tras victoria. Si empezamos a admitir que la suerte de las armas no nos favorece tanto como esperábamos, alguien en casa empezará a preguntarse por la utilidad del conflicto y de ahí a perder el apoyo general de la opinión pública hay un trecho muy corto. Como reza el clásico: la victoria tiene mil padres, pero la derrota no tiene ninguno. Ello obliga a magnificar e idealizar cada triunfo, reduciendo a la mínima expresión cada derrota. Ejemplo: tras la decisiva derrota de Stalingrado durante la segunda guerra mundial, el frente del Este se hundió progresivamente y el ejército alemán tuvo que replegarse cada vez con mayor celeridad, primero hasta Polonia, y luego al interior de sus propias fronteras, a medida que los soviéticos empujaban en dirección contraria. Incluso cuando las vanguardias del Ejército Rojo habían ocupado amplios territorios en Alemania y se aproximaban hacia Berlín, los noticiarios documentales producidos por las autoridades nazis seguían ocultando las enormes pérdidas y las sucesivas derrotas de sus mermadas divisiones, disfrazando el retroceso como una defensa encarnizada que se transformaría en una exitosa contraofensiva en cuestión de pocos días.

Octavo: *Los artistas e intelectuales, el mundo de la cultura en general, apoyan nuestra causa al unísono.* Y lo hacen porque es «justa», naturalmente, no como la del enemigo. La propaganda es una forma de publicidad y, como tal, utiliza recursos como la identificación emocional de la persona hacia la que va dirigida. Nuestros soldados son «nuestros chicos», gente «como tú y como yo», son los «jóvenes y simpáticos vecinos» de la casa de al lado, que marchan a enfrentarse contra una horda de crimi-

nales para que podamos seguir viviendo más o menos igual nuestra propia vida. Así que compartimos muchas cosas con nuestras tropas: leemos los mismos libros, escuchamos la misma música, nos embebemos de la misma cultura, pensamos las mismas cosas... Podemos imaginar que en los escasos momentos de asueto entre batalla y batalla se entretendrán con los mismos juegos y similares canciones, películas o lecturas con que lo haríamos nosotros si estuviéramos en su lugar. Durante un conflicto bélico, el apoyo de las élites sociales, y en especial las creativas, es uno de los primeros puntales propagandísticos que se aseguran las autoridades. Poetas, novelistas, ilustradores, músicos, creadores en general se ponen al servicio del gobierno, impulsados por su propio patriotismo o forzados a desarrollarlo, si no quieren verse silenciados o incluso acusados de traición por su «falta de compromiso». En el caso de la música, multitud de intérpretes y compositores han apoyado sin pensárselo dos veces a su gobierno (uno de los discos más promocionados y vendidos en Estados Unidos durante la segunda guerra mundial fue «Remember Pearl Harbor», «Recuerda Pearl Harbor») o han sido censurados, incluso preventivamente (durante la primera guerra del Golfo, las autoridades anglosajonas hicieron pública una lista de canciones que no podían ser escuchadas en los cuarteles, como *In the air tonight*, «En el aire esta noche», de Phil Collins). A menudo se han organizado conciertos multitudinarios por Camboya, Bangladesh, Kosovo, etcétera, cuyos beneficios se supone que iban a parar a las sufridas poblaciones civiles de los respectivos conflictos, si bien sus cuentas definitivas no eran auditadas públicamente (con el paso de los años se ha descubierto que algunos de los organizadores de estos conciertos, como el británico Bob Geldof o el irlandés Bono, incrementaron sus propias cuentas corrientes a costa de explotar el sentimiento de culpa de los ciudadanos de los países industrializados por el sufrimiento de los de países tercermundistas).

La propaganda se ha utilizado incluso a través del cómic: los tebeos han sido profusamente utilizados en este sentido, desde las victoriosas luchas del Capitán América del Marvel Comics Group contra el malvado supervillano nazi Cráneo Rojo, hasta las edulcoradas y políticamente orientadas aventuras del reportero Tintín del dibujante belga Hergé, quien, sin ir más lejos, en *Tintín en el Congo*, ocultaba la realidad del sistema racista y esclavista impuesto por los colonizadores belgas sobre la población nativa.

Noveno: *Nuestra causa tiene un carácter sagrado*. Y, por tanto, se puede calificar incluso de «cruzada», aunque lo cierto es que este término fue desechado en Occidente hace medio siglo y en la actualidad está aún peor visto desde que el integrismo radical islámico decidió recuperarlo para su rearme verbal. Si se puede convencer a las tropas y a los simpatizantes del propio bando de que están luchando no sólo por intereses geoestratégicos, sino porque así lo desea y le place al mismo Dios (las hebillas de la Wehrmacht, el ejército alemán durante la segunda guerra mundial, llevaban una inscripción que rezaba «*Gott mit uns*», «Dios con nosotros»), se logrará un apoyo incondicional, puesto que si el Creador mismo está de acuerdo con nuestros objetivos, es obvio que nos echará una mano en cuanto pueda y, en consecuencia, no perderemos la guerra. Luchar se convierte así en un privilegio, ya que incluso en el caso de resultar muertos en combate, nuestro ardor guerrero será ampliamente recompensado en el otro mundo. El factor religioso como arma propagandística es anterior a la misma propaganda: los antiguos pueblos germánicos, en especial los guerreros conocidos como *Berserkers* consagrados al dios Wotan, no se detenían nunca ante el enemigo a no ser que resultaran heridos de muerte, ya que estaban convencidos de que si fallecían durante el combate, su alma engrosaría de inmediato las filas de la guardia escogida del dios en el Walhalla. Sin embargo, el carácter sagrado no se re-

fiere sólo a la religión. En las naciones modernas, ésta suele ser sustituida por cualquier otro ideal, como la democracia, la libertad, la solidaridad o la justicia. Un bonito conjunto de vaguedades. Ejemplo: en Iraq ¿quién decide si la causa es justa? Para los norteamericanos, la causa de la libertad justifica, en teoría, su invasión del territorio, pero para los iraquíes rebeldes, la misma causa, la libertad, justifica la resistencia contra la ocupación. La autoridad legítima en Bagdad es para Estados Unidos la impuesta a partir de las elecciones forzadas tras la caída del régimen de Saddam Hussein, pero para los rebeldes, la autoridad legítima era precisamente la de Saddam y su partido, el Baaz.

Y décimo: *Los que ponen en duda la propaganda de guerra son unos traidores.* Es uno de los principios más claramente señalados por lord Ponsoby y, de hecho, uno de los más sencillos de comprobar personalmente, ya que no se aplica sólo durante períodos de guerra, sino que el poder constituido lo utiliza constantemente cuando se refiere a un problema grave en el que tenga especial interés por mantener su versión de los hechos. Si alguien se atreve a dudar de ella, el sistema le descalifica en público, destruye su nombre y su reputación, mientras pone en duda su cordura, su integridad y, por supuesto, su patriotismo. Pocos seres humanos son capaces de enfrentar semejante desafío. Salvo honrosas excepciones, el hombre es un animal muy gregario en busca siempre de caminos trillados y soluciones preestablecidas a los problemas que le permitan avanzar por la vida sabiéndose arropado por los demás. Le atraen las escasas personas de juicio independiente que pueda encontrar pero, inevitablemente, acaba adorándolas o bien crucificándolas, porque no se siente con fuerzas para tomar, como ellas, las riendas de su propio destino. En el caso de las guerras, cualquiera que muestre cierto grado de imparcialidad o de prudencia a la hora de juzgar una información concreta en lugar de dejarse llevar por la marea general suele ser de inmediato acusado de traición

y puesto bajo vigilancia. Ejemplo: durante la guerra con Yugoslavia, el escritor francés Régis Debray viajó a territorio serbio con la intención de descubrir personalmente qué ocurría bajo el régimen de Slobodan Milosevic, especialmente en Kosovo. Tras examinar la situación sobre el terreno, publicó dos artículos en la prensa francesa en los que desmontaba la propaganda de la OTAN (que presentaba a un pueblo serbio colectivamente inestable, rabioso y criminal acosando a los pobres, inocentes e indefensos albaneses) y concluía con un imperativo «¡Dudad!» a sus lectores. Desde el mismo día siguiente a la publicación de estos artículos, Debray fue sometido a un implacable acoso y destrucción de su reputación por parte de la «intelectualidad» francesa, empezando por su principal representante, el políticamente correctísimo y bien relacionado Bernard Henry Lévy, y se le negó la posibilidad de desarrollar sus análisis en más profundidad en diversos medios. Fue denigrado con adjetivos como «cínico», «negacionista», «revisionista», «ingenuo», «títere de los serbios», «falso periodista», «abofeteador de los refugiados» y otras lindezas semejantes, por parte de personas que ni siquiera se habían molestado en acercarse a las fronteras yugoslavas para preguntar a los paisanos más próximos al conflicto.

Epílogo

Yo soy el dueño de mi destino; yo soy el capitán de mi alma.

WILLIAM ERNEST HENLEY,
poeta británico

En los últimos años se ha puesto de moda en las televisiones de todo el mundo un tipo de programa realmente sucio. Se trata de encerrar en un ambiente específico (una casa, una isla, un pueblo, un local de ensayo, etcétera) a un grupo de concursantes de perfil definido (jóvenes, parejas, personas maduras, de distintas razas...) que quedan aislados durante un tiempo pre-determinado y sólo pueden interactuar entre sí. El único contacto de los concursantes con el exterior son los responsables «invisibles» del programa, que se dirigen a ellos sin dejarse ver para indicarles las pruebas a las que deben someterse a fin de recibir comida u otras comodidades y recabar su opinión sobre sus compañeros de juego para saber los que serán eliminados progresivamente. Todo lo que ocurre durante el tiempo que permanecen encerrados es grabado por multitud de cámaras de televisión: desde sus momentos de tranquilidad hasta los enfrentamientos, desde las relaciones sexuales hasta sus visitas más íntimas al cuarto de baño. Después, el programa ofrecerá la selección de imágenes que considere oportuna. Cientos de miles de personas se presentan a la selección de concursantes para estos programas. Todas ellas están dispuestas a perder su intimidad, su dignidad y lo que haga falta con tal de hacerse

con importantes premios en metálico y convertirse en fenómenos mediáticos. La pregunta es: ¿por qué se bombardea a la audiencia con estos programas en los que, si nos atenemos a la experiencia, nunca encontraremos precisamente una lección de convivencia y humanidad ni ninguna virtud parecida, sino más bien todo lo contrario?

Algunos zoológicos modernos utilizan grandes pantallas de televisión para enseñar a los animales nacidos en cautividad y, por tanto, desprovistos de instinto cómo deben comportarse para sobrevivir como individuos y como especie (cautiva). Por ejemplo, se ha conseguido enseñar a ciertas especies de monos sexualmente inactivos a copular entre ellos mostrándoles grabaciones de ejemplares en libertad. Ahora vuelva a mirar su aparato de televisión y pregúntese qué nos están enseñando a hacer a través de esos programas. ¿A comportarnos en cautividad? ¿A obedecer órdenes de «superiores desconocidos»? ¿A aceptar como algo normal que alguien nos vigile a todas horas, sea cual sea nuestra actividad? ¿A delatar a quien nos cae mal? ¿A llevar nuestra competitividad hasta extremos en los que se haga imposible un tipo de relación afectuosa con los demás? ¿Por qué una de las actividades ilícitas en este tipo de espacio es la lectura de libros? ¿También hemos de aprender a renunciar de una vez y para siempre a la reflexión y el pensamiento individual?

Cuidado: alguien le está mirando

El esclavo antiguo sabía que lo era, pero a no ser que su amo estuviera loco o fuera un sádico, también sabía que su vida no corría peligro y que sería bien tratado mientras se comportara de manera obediente, pues era un «objeto valioso»; por último, podía rebelarse o fugarse y buscar en un lugar lo más lejano po-

sible una nueva vida como hombre libre. La esclavitud moderna es muy diferente: nadie se rebela contra las cadenas que le estrangulan si no es capaz de verlas y está convencido de que disfruta del mejor de los mundos posibles, aunque su libertad consista en escoger entre diversas opciones que no son sino dedos diferentes de la misma mano. Las técnicas de control social que soporta el mundo desarrollado a estas alturas de la Historia han alcanzado un refinamiento y una sutileza dignas de admiración, si no fuera por los perversos propósitos para las que son utilizadas. Podemos resumirlas en la Teoría de las Tres D: *Distraer*, *Degradar* y *Disminuir*.

Distraer. O desviar la atención respecto a los problemas importantes y acuciantes, a base de facilitar noticias, debates e informaciones sobre cualquier cosa lo más insignificante posible —mejor si es visualmente atractiva—, aunque no sirva para nada (los ciudadanos europeos han sufrido en los últimos años importantes recortes sociales y laborales, pero parece importarles más si su equipo ha pasado o no la siguiente eliminatoria de la Liga de Campeones de fútbol o si una conocida actriz ha sido fotografiada en *topless* en una playa). Todo vale con tal de que las personas no se detengan un momento, piensen dónde están y se bajen del carrusel para aclarar su situación real.

Degradar. La mejor manera de resolver un problema es crearlo primero y después presentar una solución ya preestablecida. Si damos carta blanca a ciertas bandas criminales para que operen con especial violencia durante el tiempo suficiente, nos aseguraremos la protesta de los ciudadanos, que estarán dispuestos a sacrificar libertad por seguridad en el desarrollo de nuevas leyes. Para hacer aceptable cualquier medida, por «dolorosa pero necesaria» que sea (por ejemplo, eliminar ayudas públicas a un sector productivo), bastará con aplicarla dilatándola en el tiempo (recortando las ayudas poco a poco a lo largo de los años en lugar de hacerlo de una vez) o fijando una fecha

para un futuro a medio plazo (la gente tiende a pensar que tal vez la situación ha mejorado para entonces).

Disminuir. Es fundamental dejar de tratar a los ciudadanos como adultos hechos y derechos, serios, responsables, independientes y merecedores de respeto. Para ello se manipula su emoción (cuanto más alterada emocionalmente está una persona, más fácil es manipularla), se le induce hacia la ignorancia, reduciendo la calidad de su educación al mínimo imprescindible (basta comparar la formación de un niño hoy día con la de sus predecesores en cualquier plan escolar previo a la primera mitad del siglo xx), se promueve todo tipo de vulgaridades y estupideces (véase la programación habitual de cualquier canal de televisión), penalizando y desprestigiando a aquellos que intentan mantener cierto nivel intelectual (se los acusa de clasistas y se les impide por sistema el acceso a los grandes medios de comunicación) y se lanzan mensajes publicitarios y propagandísticos con un tono deliberadamente infantil como si los receptores fueran niños (para que la reacción de esos receptores sea, por automatismo, la esperable en un niño).

A ello hay que sumar el espionaje puro y duro. El último medio siglo nos ha aportado espectaculares avances en este sentido, de los cuales la gran estrella hoy día es Echelon, la red anglosajona de sistemas preparada para intervenir mensajes transmitidos por vía telefónica, informática o radial en cualquier parte del planeta. Un investigador neozelandés, Nicky Hager, fue el primer investigador que desveló su existencia en su obra *Secret power. New Zealand's role in the international spy network* («Poder secreto. El papel de Nueva Zelanda en la red internacional de espionaje»), donde describía su funcionamiento desde al menos la década de 1980. El embrión del sistema data de los inicios de la llamada guerra fría, con el primer pacto de recogida e intercambio de información entre el Reino Unido y Esta-

dos Unidos, el UKUSA. Posteriormente, se añadirían Canadá, Australia y la propia Nueva Zelanda. El diseño permite interconectar todos los sistemas de escucha de los servicios secretos de estos países para funcionar como componentes de un todo integrado y mucho más poderoso (igual que hizo la NASA pidiendo voluntarios privados para interconectar sus ordenadores durante el tiempo en el que no los usan a fin de sumar recursos en el programa SETI). El potencial tecnológico de Echelon permite cribar, seleccionar y analizar cada día millones de faxes, comunicaciones de télex, conversaciones telefónicas, correos electrónicos y mensajes de todo tipo a través de satélites espía que interceptan las señales enviadas desde las torres de telecomunicaciones a su estación central del tipo Intelsat (la más importante está en Menwith Hill, Inglaterra, bajo control directo de la NSA estadounidense) o mediante rastreadores que peinan Internet periódicamente. La información recopilada se procesa con ordenadores potentísimos que utilizan diccionarios con palabras clave.

Autores como Patrick S. Poole comprobaron que, para el espionaje industrial, las empresas más beneficiadas eran, lógicamente, aquellas que fabricaban el equipamiento de la propia Echelon; en especial, Lockheed, Boeing, Loral, TRW y Raytheon. Según este investigador, la «relación incestuosa» es tan fuerte que las informaciones recibidas «en ocasiones son utilizadas para expulsar a algunos fabricantes norteamericanos por parte de los más grandes contratistas de los sectores de la Defensa y la Información», los cuales por cierto «son con frecuencia la fuente de las mayores contribuciones financieras a los partidos que dominan la vida política norteamericana». Los miembros de Echelon nunca han reconocido oficialmente su existencia. Ni siquiera el Reino Unido ha informado de ello, al menos en público, a sus socios de la Unión Europea, continuando con su larga tradición de arrogante desprecio hacia sus

propios aliados. Y ello pese a que el Parlamento Europeo sí confirmó en una comisión de investigación ad hoc que uno de sus propios miembros estaba en condiciones de espiar política y comercialmente a todos los demás. Steve Wright, de la organización británica Fundación Omega en pro de los Derechos Humanos, redactó un informe para el Europarlamento en el que explicaba que «Echelon está dirigido sobre todo contra objetivos no militares: gobiernos, organizaciones y empresas en virtualmente todos los países», y especificaba que «aunque muchas informaciones puedan concernir a terroristas potenciales, la vigilancia económica es especialmente intensa sobre los países participantes en las negociaciones del GATT». Esto condujo al eurodiputado alemán Gerhard Schmid a sentenciar en marzo de 2001 que «no existe ninguna duda» sobre la existencia de esta red mundial de interceptación de información. «El problema es que está funcionando y puede tener efectos perjudiciales para los intereses europeos.»

A pesar de lo cual, las lánguidas autoridades de Bruselas nunca se han atrevido a levantar la voz contra el particular «europeísmo» del gobierno de Londres. El eurocomisario de Comercio Martin Bangemann llegó a decir sin sonrojarse que no iniciaría movimiento alguno contra el ejecutivo británico hasta contar con «pruebas sobre la existencia del sistema» para «no entorpecer las buenas relaciones comerciales», pero ni siquiera con las conclusiones de Schmid en la mano hizo nada. El éxito de este tipo de espionaje y la impunidad con que se practica ha animado a otros países a emular esta iniciativa, y sabemos ya que Rusia ha puesto en marcha, al menos desde el año 2000, su propio Echelon, aunque en este caso responde al nombre de Sorm. Esta red no es aún tan poderosa como su «hermana mayor», pero sí es capaz de interceptar ya las comunicaciones entre los ordenadores rusos y cualquier otro punto del mundo. Lo que está claro es que si usted es de los que manejan información

confidencial, le conviene no fiarse en absoluto de la tecnología a su disposición so pena de ver cómo sus mayores secretos dejan de serlo. Eche un vistazo al programa gratuito de mapas vía satélite Google Earth que el famoso buscador de Internet puso recientemente a disposición de todos los usuarios informáticos. Introduciendo cualquier dirección reconocible, el programa le ofrecerá una panorámica aérea de gran precisión. Ahora bien, si esta herramienta está a disposición de cualquier ciudadano común sin coste alguno, ¿cuáles otras servirán los intereses de los que manejan poder verdadero, ya sea oficialmente o entre bambalinas? Como ironizaba en una entrevista de 1998 el tenebroso Zbigniew Brzezinski, uno de los principales asesores presidenciales de los mandatarios norteamericanos desde hace decenios: «Cuando uno dispone de la capacidad para contar con informaciones, es muy duro imponer barreras arbitrarias respecto a su adquisición.»

Bienvenido a Vigilancialandia

Las medidas de vigilancia y control de la población puestas en marcha por Estados Unidos y secundadas por el Reino Unido —y a no mucho tardar por la Unión Europea en pleno— nos aproximan cada día que pasa al escenario global de un gran plató de televisión para todos los obedientes ciudadanos al servicio del Estado (¿no era al revés?, ¿no se trataba de que fuera el Estado el que estuviese al servicio del ciudadano?). Tras los atentados del 11-S, George Bush dio luz verde, entre otros, a un programa secreto por el cual se permitía a la críptica Agencia Nacional de Seguridad el registro de miles de millones de llamadas telefónicas de particulares con la expresa colaboración de las tres grandes compañías instaladas en Estados Unidos (AT&T, Verizon y BellSouth). Ello permitió la creación de

una gigantesca base de datos a partir de las conversaciones entre ciudadanos comunes, que en su inmensa mayoría no son sospechosos de delito alguno pero que en la práctica son vigilados como si fueran a delinquir en cualquier momento. No es la primera vez que se producen espionajes masivos, directamente impulsados por Estados Unidos (o por cualquier otro país como Rusia o China, sobre los que, obviamente, no existe tanta información disponible por el carácter autoritario o directamente totalitario que padecen los ciudadanos de estos países; pero a nosotros nos preocupa el mundo occidental, que es donde vivimos). Por poner sólo un par de ejemplos: en 1967, el Tribunal Supremo norteamericano detuvo mediante una ley el llamado Proyecto Minarete por el que las agencias estadounidenses ficharon sin ninguna cortapisa a miles de organizaciones e individuos, y en 1975 fue el propio director de la NSA el que cerró el Proyecto Shamrock para vigilar los mensajes telegráficos que entraran o salieran del país, ante el escándalo desencadenado en el Congreso.

Otra gigantesca base de datos a nivel mundial comenzó a gestarse a partir del otoño de 2004, cuando entró en vigor la nueva normativa de control de turistas que afecta desde entonces a las personas de una treintena de países (entre ellos el Reino Unido, Alemania, Francia, Italia, España, Irlanda, Australia, Nueva Zelanda y Japón) que hasta entonces no necesitaban más que enseñar su pasaporte para entrar en Estados Unidos si viajaban por turismo y por un período no superior a noventa días. Se implantó un registro obligatorio de las huellas y una foto digital, como si cada turista fuera un delincuente en potencia. Y sólo era el primer paso, ya que poco después se impuso la exigencia de los pasaportes biométricos, que incluyen datos mucho más precisos, como la distancia entre los lacrimales de una persona. Para el verano de 2006 empezó a funcionar en pruebas en el aeropuerto de Knoxville, Tennessee, un nuevo

«detector de terroristas» patentado por la empresa israelí Suspect Detection Systems Ltd., sobre una tecnología denominada Cogito. Como en la famosa secuencia de la película de ciencia ficción *Blade Runner*, en la que un agente de seguridad intenta averiguar si la persona ante él es un ser humano o un androide replicante sometiéndole al test de empatía Void Kampf, el pasajero debe ponerse unos audífonos y colocar una mano dentro de un sensor que registra respuestas físicas, mientras con la otra mano responde preguntas sobre sus planes en una pantalla sensible al tacto. La máquina analiza respuestas como su presión sanguínea, su pulso y sus niveles de sudor, mezclando principios poligráficos con *software* de inteligencia artificial y diversos algoritmos —e incluso adaptándose a la cultura específica a la que pertenece el sujeto entrevistado— para pronosticar si el viajero posee «intenciones hostiles» ocultas. Según el presidente ejecutivo de la empresa que desarrolló Cogito, Shabtai Shoval, no se trata de buscar mentiras específicas sino «patrones de comportamiento que indiquen algo que los terroristas tienen: miedo a ser descubiertos». Luego tiene la humorada de añadir que esta tecnología «no está diseñada para detectar el nerviosismo general». Las autoridades policiales han acogido con simpatía esta iniciativa, pese a que en las últimas pruebas con sujetos que se hacían pasar por terroristas camuflados entre pasajeros normales la máquina sólo consiguió detectar al 85 por ciento de ellos. Además, señaló a un ocho por ciento de pasajeros inocentes como si fueran amenazas potenciales.

Aún más increíble que todo lo anterior es el anuncio publicado ya en junio de 2004 por el *British Medical Journal* bajo el siguiente sombrero titular: «Bush tiene previsto someter a toda la población de Estados Unidos a pruebas psiquiátricas.» Kathryn Power, directora del Centro de Servicios de Salud Mental, confirmó que la Casa Blanca ha empezado a desarro-

llar una Agenda Federal de Acción «no divulgada al público en general» con el peculiar nombre de *Nueva Libertad* para fijar y establecer pruebas y tratamientos psiquiátricos obligatorios a todos los ciudadanos estadounidenses. Puede parecer increíble que todo un país pueda ser sometido a un plan semejante, sobre todo con la mayor de las discreciones, pero es tan real como la consecuencia directa de la orden ejecutiva 13.263 que data del 29 de abril de 2002. Este tipo de orden concede fuerza de ley al plan, tras saltarse el trámite parlamentario. Y por lo demás, no es tan difícil aplicar semejantes pruebas a la población sin que ésta se entere. De hecho, las revisiones médicas que realizan periódicamente a sus empleados las grandes empresas incluyen análisis para detectar si sus trabajadores padecen sida, lo sepan o no, pero cuando le sacan sangre para ese análisis rutinario nadie le dice que van a hurgar en su intimidad hasta ese punto. Así que las pruebas psiquiátricas se pueden camuflar con un poco de habilidad dentro de esas mismas revisiones.

A este lado del Atlántico, el Reino Unido y, en menor medida, Francia se han convertido en los adalides del principio «cambio libertad por seguridad» que se extiende como un virus al resto de países europeos. Prueba del retroceso de las libertades civiles es la información publicada por el diario *The Independent*, que contabilizó en más de tres mil los delitos nuevos creados por el gobierno laborista de Tony Blair desde que llegó al poder en 1997, lo que equivale a inventar casi un delito por día desde que tomara el control de la nación. Es el doble del ritmo de creación de delitos que los dos gobiernos anteriores, de signo conservador. Una tónica habitual en cada vez más gobiernos europeos empeñados, según denunciaba Nick Clegg, portavoz del Partido Liberal Demócrata y tercero en discordia en la política británica, en regular los más mínimos aspectos de la vida individual de cada ciudadano: «El resultado es un país menos libre y una clara erosión de la confianza entre gobierno

y gobernados.» Porque si es cierto que algunos nuevos delitos pueden gozar del apoyo ciudadano, como los relativos a la lucha contra el crimen violento o la venta de alimentos contaminados, otros son calificados por el mismo diario como «surrealistas», como por ejemplo ejercer de controlador aéreo sin disponer de la titulación oficial, causar una explosión nuclear o entrar en el casco del *Titanic* sin permiso de la Secretaría de Estado.

La paranoia anglosajona se ha filtrado al resto de la Unión Europea, hasta el punto de impulsarla a asumir todo tipo de medidas para «combatir con mayor eficacia el terrorismo». Léase incrementar aún más el control de la población, con propuestas como la lectura informática del iris o la toma sistemática de las huellas digitales de los pasajeros. Un reciente estudio de la Red de Estudios de la Vigilancia del gobierno británico concluía, con lógica aplastante, que el Reino Unido era «el país más vigilado del mundo» y «se aproxima con rapidez a la sociedad descrita por George Orwell en su novela *1984*».

En esta línea, otra propuesta es la de limitar la libertad de expresión bloqueando las páginas *web* «que inciten al odio». ¿Quién define lo que es una incitación al odio? Y en cualquier caso ¿valen lo mismo todos los tipos de odio? ¿Por qué deberían, por ejemplo, cerrarse las *webs* que publican caricaturas de Mahoma, pero no las que publican las de Jesucristo o cualquier otro líder espiritual? ¿Por qué tenemos que controlar las páginas que incluyen críticas a la religión, pero no hacer nada contra las de índole pornográfico con imágenes explícitas de sadismo, bestialismo u otras desviaciones sexuales? ¿Por qué determinadas opciones políticas deben desaparecer de la Red, pero otras igual de brutales, aunque de signo contrario, pueden tolerarse? Hay mucha hipocresía en todo esto. La libertad de expresión es o no es; pero si es, debe serlo en su totalidad. El caso de la repercusión mediática provocada por las imágenes

burlonas del profeta islámico o el de ciertas palabras sacadas de contexto de un discurso del papa Benedicto XVI no son más que otras dos gotas más a sumar en el vaso que lenta pero inexorablemente llenan desde hace años las sociedades secretas oscuras para contribuir al plan de fondo que incluye un choque de consecuencias incalculables entre Occidente y el islam. Estas crisis periódicas cuentan, además, entre sus objetivos secundarios, con forzar una reducción sensible de la libertad de que todavía a día de hoy goza Internet en buena parte del mundo (ya lo están consiguiendo, como demuestra el sometimiento de los principales navegadores y otras grandes empresas de la Red a los intereses dictatoriales de gigantes como China o la censura de determinadas noticias, como algunas investigaciones judiciales publicadas en Estados Unidos que el gobierno británico bloqueó en los accesos de los ciudadanos de su propio país). Hace años que los personajes tras el decorado estudian cómo recuperar el control del único medio de comunicación medianamente libre que existe hoy día en el planeta, por el hecho de que cualquiera puede acceder a él y publicar lo que quiera sin pasar por los filtros formales.

Sin miedo

Una de las expresiones que más veces habrá leído en este libro es «se supone que», porque la verdad tiene muchos ángulos y, créalo, las cosas nunca son lo que parecen. Por eso, el escepticismo no es hoy una postura pedante, sino pura supervivencia: no podemos confiar en la bondad de ninguna cosa, a no ser que uno la haya comprobado personalmente. Y a menudo ni siquiera entonces, puesto que los sentidos nos engañan con facilidad.

Eso no implica asumir el rol pesimista y apocalíptico que pa-

rece haberse puesto de moda. En general, la gente se imagina el mundo del mañana como un caos similar al de la serie de *Mad Max*, en la que casi ni merece la pena luchar por seguir adelante. Es cierto que cuanto más pensamos en ello, más fuerza damos a esa idea y contribuimos a hacerla realidad. Ni siquiera en el campo del medioambiente y el trato a la Naturaleza parecemos capaces de imaginar que aún podemos recuperar de alguna forma el equilibrio del mundo. Preferimos regodearnos en la masoquista posibilidad de horribles inundaciones a consecuencia del deshielo polar, en los desastres provocados por la caída de un meteorito o en la muerte de millones por culpa de la contaminación de aguas y alimentos. Así, en lugar de luchar por nuestro futuro, bajamos los brazos y nos abandonamos al pesimismo. Y con ello perdemos aquello sin lo cual no podremos reclamar nuestra condición de verdaderos seres humanos: la conciencia de serlo y la dignidad de luchar por ello. ¿Acaso derramará el universo una sola lágrima por nosotros si nos entregamos al matadero? No lo hizo por los dinosaurios ni por ninguna otra especie que quedó por el camino a lo largo de la evolución y no lo hará tampoco por nosotros. Si de verdad queremos salvarnos, tendremos que hacerlo nosotros solos.

A los pesimistas les recomiendo que busquen los trabajos del japonés Masaru Emoto y se asombren ante las pruebas fotográficas que, por la vía de la investigación científica, demuestran (además de la existencia de la influencia magnética) cómo podemos influir los humanos en el agua a través del pensamiento o la música. Entre otras experiencias, Emoto tomó una cantidad de agua y la dividió en dos muestras separadas. A una le obsequió pensamientos y palabras positivos, como *gracias* y *comprensión*. A otra le dedicó conceptos negativos, como *diablo* o *estúpido*. Después fotografió su cristalización y descubrió la impresionante diferencia entre las bellas, geométricas y luminosas imágenes de la primera muestra frente a las monstruosas y

caóticas de la segunda. Ahora recordemos que nuestro cuerpo es, en un setenta por ciento, agua...

Los experimentos de Emoto prueban que tal vez no podemos cambiar todo el mundo en general, pero sí el pequeño mundo que nos rodea. Cada uno puede influir en la realidad a su propio nivel y cambiar, aunque sea fragmentariamente, ese nivel. Los ecologistas usan, desde hace tiempo, un eslogan muy adecuado: «Piensa global, actúa local.» En cualquier caso, pase lo que pase y vea lo que vea, nunca se deje dominar ni paralizar por el miedo. El espíritu humano fue creado para luchar, no para adocenarse, y si uno ha de caer, debe hacerlo luchando. Éste es el sentido oculto tras el mandato de las antiguas religiones, que exigían al guerrero morir con la espada en la mano para alcanzar el paraíso. Pero, atención, una de las trampas favoritas de las sociedades secretas oscuras es animar a la guerra y la revolución materiales, y no se trata de eso, al menos no estrictamente, sino de una guerra y una revolución «internas», de cada cual. La espada que debemos empuñar es la de la propia y verídica voluntad, puesto que nunca tendremos capacidad de influencia en lo que nos rodea si antes no hemos adquirido capacidad de influencia sobre nosotros mismos.

Tenemos una vida por delante. El día de mañana, cuando haya terminado, el juez más grande —uno mismo— sólo tendrá en cuenta si usted la ha dejado pasar encadenado como un esclavo o despertó a tiempo para luchar como un guerrero.

Bibliografía para el lector español

- Acharya, S., *La conspiración de Cristo*, Valdemar, Madrid, España, 2005.
- Angebert, Jean-Michel, *Los místicos de Sol*, Plaza y Janés, S. A., Barcelona, España, 1976.
- Azzellini, Darío, *El negocio de la guerra*, Editorial Txalaparta, Tafalla, España, 2005.
- Báez, Fernando, *Historia universal de la destrucción de libros*, Colección Imago Mundi, Ediciones Destino, Barcelona, España, 2004.
- Benítez, J. J., *Terror en la luna*, Planeta, Barcelona, España, 1994.
- Bergier, Jorges, y George H. Gallet, *El libro del misterio*, Plaza y Janés, S. A., Barcelona, España, 1977.
- Blavatsky, H. P., *La doctrina secreta*, Luis Carcamo, ed., Madrid, España, 1978.
- Blech, Jörg, *Los inventores de enfermedades*, Ediciones Destino, Barcelona, España, 2005.
- Bochaca, J., *La finanza y el poder*, Ediciones BASUP, Barcelona, España, 1974.
- Baines, John, *Moral para el siglo XXI*, Xistral Editores, Madrid, España, 2000.

- Baines, John, *Hipsoconciencia*, Auyantepuy Editores, Caracas, Venezuela, 1984.
- , *Desarrollo del mundo interno*, Madrid, España, 1984.
- Emoto, Masaru, *Mensajes del agua*, La Liebre de Marzo, Barcelona, España, 2003.
- Faber-Kaiser, Andreas, *Jesús vivió y murió en Cachemira*, Edaf. Madrid, España, 2005.
- Frattini Eric, *ONU: historia de la corrupción*, Espasa Calpe, Madrid, España, 2005.
- Freixedo, Salvador, *¡Defendámonos de los dioses!*, Quintá, Madrid, España, 1984.
- , *La granja humana*, Plaza y Janés Editores, Barcelona, España, 1989.
- Goodman, Robert, *El gran complot: cien años de poder en la sombra*, Ediciones Robinbook, Barcelona, España, 2005.
- Hutin, Serge, *Historia mundial de las sociedades secretas*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, España, 1967.
- Javaloy, Joaquín, *El origen judío de las monarquías europeas*, EDAF, Madrid, España, 2000.
- Kennedy, Margrit, *Dinero sin inflación ni tasas de interés*, Editorial Vitae, Buenos Aires, Argentina, 1995.
- Leadbeater, C. W., *Historia secreta de la masonería*, Gómez-Gómez Hermanos Editores, México.
- Marcos, D., *La plutocracia. El control del Estado por el dinero*, Buenos Aires, Argentina, 2000.
- Milá, E., *La gran mentira*, Pyre, Barcelona, España, 2004.
- Morelli, A., *Principios elementales de la propaganda de guerra*, Colección Sediciones, Hiru Ediciones, Fuenterrabía, España, 2002.
- Nardini, Bruno, *Misterios y doctrinas secretas. Del «pasado anterior» a nuestros días*, Editorial Debate y Ediciones Internacionales Futuro, Madrid, España, 1986.

- Parker Yockey, Francis, *Imperium*, Ediciones BAU, Barcelona, España, 2001.
- Pignarre, Philippe, *El gran secreto de la industria farmacéutica*, Gedisa, Barcelona, España, 2005.
- Regan, Geoffrey, *Guerras, políticos y mentiras. Cómo nos engañan manipulando el pasado y el presente*, Crítica, Barcelona, España, 2006.
- Revel, Jean-François, *El conocimiento útil*, Colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, España, 1993.
- Ribero Meneses, J. M., «La escritura nació en Cantabria, más de 30.000 años antes que en Mesopotamia», *Revista Los Cántabros* (Especial Verano 2004), Torrelavega, España, 2004.
- , *El fraude de la cuna riojana del castellano*, edición conjunta de Ediciones de Cámara, *Revista Los Cántabros*, Zarzuelo-Sihuro Editor y Le Berceau du Langage, Cantabria, Barcelona y Francia, 2004.
- , *Primer diccionario histórico-etimológico-geográfico-iconográfico universal*, Fundación de Occidente, Santander, España, 2006.
- Rojo, Macarena, *Interpretación de las runas*, LIBSA, Madrid, España, 2005.
- Romero López, Juan Francisco, *El origen extraterrestre del arte de la prehistoria (dioses menores)*, Graphicsol, Zahara de los Atunes, España, 2006.
- Samivel, M., *Egipto. Cuarenta siglos de cultura*, Editorial Herbero y Plaza y Janés, México, 1964.
- Sánchez Navarro, J., y F. de Felipe, J. L. Fecé, M. Ges, A. Hispano, A. Sala, M. Ibáñez, *Imágenes para la sospecha. Falsos documentales y otras piruetas de la no-ficción*, Colección Parapapel, Ediciones Glenat, Barcelona, España, 2001.
- Scrutton, Robert, *La otra Atlántida*, Edaf. Madrid, España, 1978.

- Steiner, Rudolf, *La crónica del Akasha*, editorial Antroposófica, Buenos Aires, Argentina, 1987.
- Solís, José Antonio, *El submarino U-234 y la bomba atómica de Hitler*, El Arca de Papel Editores, La Coruña, España, 2002.
- Vaquero Trucios, Joaquín, *Maestros subterráneos: las técnicas del arte paleolítico*, Celeste Ediciones, Madrid, España, 1995.
- Vidal, César, *La estrategia de la conspiración: conjuras antidemocráticas en el siglo XX*, Ediciones B, Barcelona, España, 2005.
- Weitzel, Fritz, *Las ceremonias de la orden SS*, Ediciones Hispanoamericanas, Buenos Aires, Argentina, 2001.

Otros títulos publicados por Bronce:

Daniel Estulin
LOS SECRETOS
DEL CLUB BILDERBERG

Mariana Brasil
EL MANUSCRITO
DE SONIA

Jim Marrs
LAS SOCIEDADES SECRETAS

Sami Naïr
Y VENDRÁN...

Daniel Estulin
LA VERDADERA HISTORIA
DEL CLUB BILDERBERG

Barry Gifford y Lawrence Lee
EL LIBRO DE JACK

Francine Prose
VIDA DE LAS MUSAS

Dawn Annandale
LLÁMAME ELIZABETH

Peter Eigen
LAS REDES DE LA CORRUPCIÓN

Craig Unger
LOS BUSH Y LOS SAUD

Bob Woodward
PLAN DE ATAQUE

Las sociedades secretas han estado presentes a lo largo de toda la historia de la humanidad, influyendo en los acontecimientos más importantes de las sucesivas culturas, desde la primera sociedad civilizada hasta el recién estrenado siglo XXI, aunque siempre intentaron ocultar su presencia a los ojos de los neófitos. En ocasiones lo consiguieron y otras no pudieron evitar dejar cabos sueltos a través de los cuales es posible rastrear su forma de actuar y las consecuencias de su intervención.

Paul H. Koch afirma que existen dos tipos de sociedades actuando en el mundo. La primera, de aspiraciones elevadas y fines espirituales, trata de conducir al ser humano por un camino de evolución ascendente. La segunda, que ansía obtener el poder y la riqueza material, trabaja desde siempre para asegurarse el dominio de un planeta esclavizado a sus propósitos. En *La historia oculta del mundo* podemos apreciar la presencia de ambas en distintos momentos de nuestra historia, especialmente durante su actuación en las civilizaciones de la Antigüedad y con significativa incidencia en la península Ibérica.

ISBN 13: 978-84-8453-172-2

ISBN 10: 84-8453-172-4



9 788484 531722